



MANUEL ANEA

130

COLECCION

DE IMPRESOS

SAGRADA

EUCARISTIA

BX880

M5

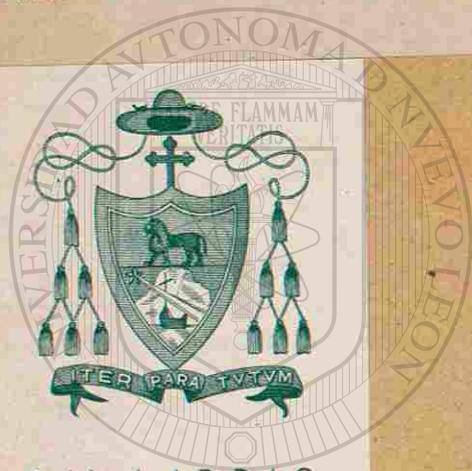
v. 130

004535

Cancee



1080015550



EX LIBRIS

HEMETHERIL VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA  
HORA EUCARISTICA

DIRECTORIO  
PARA LA ADORACION

TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCES

POR

Gabino Chávez, Pbro.

*Con licencia Eclesiástica.*



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

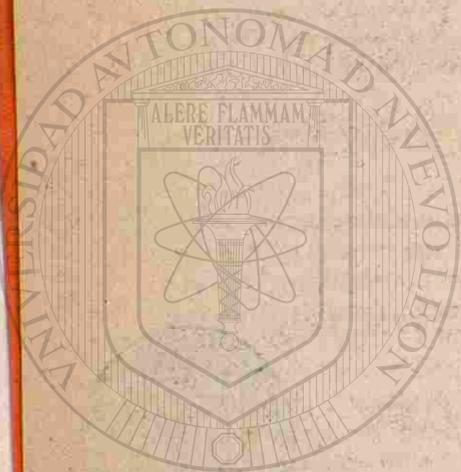
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Biblioteca Universitaria  
LEON  
Imprenta de Gomez Hermanos  
1893

41707

BX 890

M5

v. 130



H UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## LA HORA EUCARÍSTICA.

### DIRECTORIO PARA LA ADORACION

I. El objeto á que la adoración eucarística se encamina es la divina Persona de Nuestro Señor Jesucristo, real y verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento. Como su Magestad se encuentra allí glorioso, inmortal y lleno de vida, quiere que le hablemos para respondernos y hablar con nosotros. Todos, todos sin excepción podemos ir á adorarle, porque para todos está allí, y desde allí nos llama diciendo: "Venid á mí todos."

El coloquio íntimo, la conversación amistosa que se entabla entre Cristo y el alma, es pues la adoración de que vamos á tratar y la verdadera meditación eucarística. No hay una sola alma que no tenga la gracia suficiente para practicarla; si bien cada una tiene su atractivo especial del que es necesario dejarse llevar para evitar la rutina y

004535

contrarestar la aridez. Así, unos son llevados á considerar los diversos misterios de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, otros, los de la Santísima Virgen ó de los Santos, honrando y glorificando al Dios de la Eucaristía, por las virtudes de su vida mortal, por las de su Madre Inmaculada, y por las de los santos que en la Eucaristía miraron su gracia y su fin, y hoy tienen al Señor por corona y por gloria.

Miremos la hora de adoración que vamos á practicar, como una hora de cielo; vamos á hacerla como si fuésemos á sentarnos al banquete divino, y así la desearemos, y la saludaremos con entusiasmo: alimentemos suavemente el deseo de esta hora en nuestro corazón, diciéndonos á nosotros mismos: dentro de cuatro horas, dentro de una, acudiré á la audiencia de gracia y de amor; Jesús, el bueno, Jesús, el dulce, Jesús, mi Dios y mi Amado, se ha dignado convidarme: sé que me espera con ansia, conozco que me desea con ardor!

Si la hora que haceis ha sido penosa para la naturaleza, alegraos, alegraos; que vuestro amor por haber sido más paciente, mostróse también más grande, y esa hora privilegiada se os contará como dos.

Si alguna vez, por enfermedad ó por otra causa grave no podeis hacer la adoración, dejad á vuestro corazón entristecerse unos momentos; mas luego poneos á hacer la adoración en espíritu, en unión con tantas almas que entónces la están haciendo: y en vuestro lecho de dolor, en el tren que rápido os arrastra, ó en el trabajo preciso que os detiene, procurad permanecer toda la hora con el posible recogimiento; y así obtendreis el mismo fruto que si hubiérais podido acudir á los piés del Maestro, y aún os será contada la hora en duplicado.

Tal como os encontréis, encaminaos al Señor, meditando de un modo natural y sin violencia: explotad vuestro propio fondo de piedad y de amor antes de servir de los labios; que el libro inagotable de la humildad y del amor es el mejor en estas circunstancias. No porque deje de ser bueno un libro piadoso que os ponga en buen camino cuando el espíritu se extravía ó los sentidos se adormecen; mas no debemos olvidar que nuestro Dueño prefiere los pobres sentimientos de nuestro corazón á las sublimes ideas y á los afectos de los otros. Sabedlo bien, Jesucristo quiere nuestro corazón y no el ajeno: quiere el pensamiento y la oración de

ese corazón como la expresión natural del amor que le tenemos. El no querer presentarnos ante el Señor con nuestra propia miseria y abatida bajeza, es á menudo, fruto de un sutil amor propio que nos hace impacientes ó cobardes; y sin embargo, eso es lo que Dios quiere, lo que ama en nosotros y bendice.

Si os encontrais en estado de sequedad, glorificad á la gracia, sin la cual nada podeis, y abrid hácia el cielo vuestra alma como al salir el sol abre la flor su cáliz para atraer el rocío que la refresca.

Si os encontrais en la mayor impotencia, con el espíritu rodeado de tinieblas, oprimido el corazón con el peso de su nada, y aun el cuerpo como descoyuntado y lánguido, haced entonces la adoración del pobre; salid del seno de vuestra flaqueza, é id á morar al pecho de Jesús ofreciéndole vuestra pobreza para que la enriquezca, y habreis hecho una obra maestra digna de su gloria.

Si os encontrais por ventura en estado de tentación y de tristeza, todo dentro de vos sublevado, todo llevandoos á dejar la adoración, so pretexto de que más que servir á Dios le ofendeis yendo así á su presencia, no escuchéis esta especiosa tentación; esa

viene á ser la adoración del combate y de la fidelidad á Jesús contra vos mismo. Nó, alma atribulada, no le desagradais en ese estado, antes regocijais al divino Maestro que atento os mira, y él mismo ha dado licencia á Satanás de perturbaros. Allí espera de nosotros el homenaje de la perseverancia hasta el último instante de la hora que debemos consagrarle.

La confianza, pues, la simplicidad y el amor, nos deben llevar á la adoración eucarística.

II. Quien quisiere ser dichoso en el amor, que viva continuamente en la bondad de Jesucristo siempre nuevo para nosotros, y que siga, en Jesús, el trabajo de su amor para con nuestra alma. Es menester contemplar la belleza de sus virtudes, y la luz de su amor ántes que sus ardores, pues la fogosidad del amor pasa presto en nosotros, mas su verdad es permanente. Comenzad con un acto de amor vuestras adoraciones, y de este modo abrireis deliciosamente vuestra alma á la acción divina, porque si comenzais por vos mismo, os detendreis en el camino, y si comenzais por otra virtud que el amor no sea, torcereis la verda. ¿Por ventura el niño no abraza á su madre ántes de obedecerla?

Ciertamente; y el amor es del corazón la única puerta.

Quien quisiere ser noble en el amor, que hable á Jesús de su Padre celestial que tanto le ama; que le hable de los trabajos que ha emprendido por su gloria, y regocijará su amante Corazón, y será de él más tiernamente amado: que hable á Jesús, de su amor para con los hombres, y se dilatará su sagrado Corazón, y llenará al de quien le adora de dicha y de alegría; que le hable de su dulce é inmaculada Madre, á quien ama más que al mundo universo y le renovará la dicha de un buen hijo; que le hable de sus santos, para glorificar en ellos, su amor y su gracia. El verdadero secreto del amor está, pués, en olvidarse de sí mismo, como San Juan Bautista, para exaltar y glorificar al Señor, al Maestro y al Rey Jesús. El amor puro, no atiende á lo que dá el Amado, sino á lo que merece. Y si así lo haceis, entónces Jesús, por su parte, contento de vos y satisfecho, comenzará á hablaros de vos mismo: os contará el amor ardoroso y divino con que os ama, y vuestro corazón, anhelante, abriráse á los rayos de este sol fulgurante, como la florecilla refrigerada por el fresco de la noche se entreabre plácidamente á los calien-

tes rayos del astro del día. Entónces su dulce voz penetrará vuestra alma como el fuego penetra un cuerpo simpático. Como la Esposa del divino Cantor direis cantando: "Mi ánima derritióse de gozo, á la voz de mi Amado." Entónces os pondreis á escucharle en el silencio, ó más bien, la suave y fuerte acción del amor os llevará hácia él sin vos sentirlo.

Interésanos saber, que lo que más contraría en nosotros el desarrollo de la gracia del amor, es el que apenas llegados á los piés del buen Maestro, nos apresuramos á hablarle de nosotros mismos; de nuestras culpas y defectos, de nuestra espiritual pobreza y nuestras penas. De este modo, fatigamos el espíritu á la vista de nuestras miserias: con el pensamiento de nuestra ingratitud contristamos el corazón, nos aflijimos con nuestras infidelidades; la tristeza trae la pena; la pena el desaliento, y solo á fuerza de humildad, de trabajo y sufrimiento podremos salir de ese lóbrego laberinto para volver á vernos libres, y en la luz delante del Señor.

No lo hagais pues de ese modo; ántes, como el primer movimiento del alma dirige y determina todo el cuerpo de la oración, dirijidlo luego á Dios, diciéndole: "¡Oh Jesús,

dulzura mía! cuán dichoso me contemplo al venir á haceros esta visita! ¡cuán dulce es pasar una hora á vuestro lado para hablaros de mi amor y mi dicha! ¡Qué bondad la vuestra en haberme llamado! Solo vos, Señor, podeis amar tan inmensamente á tan pobre y ruin criatura! Yo os amaré, Dios mío, en justa correspondencia! os amaré, Señor, con todo el corazón y toda el alma!"

Y el amor os habrá abierto la puerta del Corazón de Jesús. Entrad á él tranquilamente: amad; amad y adorad!

III. Para practicar la adoración bien y como conviene, es necesario acordarnos que Jesucristo, presente en la Eucaristía, está continuamente glorificando los misterios y virtudes de su vida mortal:

Que la Santa Eucaristía es Jesucristo, pasado, presente y venidero;

Que la Eucaristía es la última manifestación de la Encarnación y de la vida mortal del Salvador;

Que en ella nos dá todas las gracias; que á ella se refieren todas las verdades, y que nombrando la Eucaristía, se ha dicho todo, pues que ella es Jesucristo.

La santísima Eucaristía, debe ser pues, nuestro punto de partida en la meditación

de los misterios, de las verdades y virtudes de la religión, pues son todas como rayos de ese foco, y partiendo de él nos irradian. ¿Qué cosa más natural que ver en el nacimiento de Jesús en el altar, su nacimiento en el establo de Belen, en la vida oculta del Tabernáculo, la vida oculta en Nazareth, y en el Santo Sacrificio sin cesar celebrado en la redondez del mundo, la Pasión del Señor y su crucifixión y muerte en el Calvario? En el Sacramento ¿no se ostenta manso y humilde como en su vida mortal? ¿No es allí el buen Pastor, el dulce Consolador, el amigo íntimo del alma? Dichoso pues, y muy dichoso, el que sabe encontrar á Jesús en la Eucaristía, y en la Eucaristía, todas las cosas!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DIRECTORIO PRACTICO PARA LA ADORACION

Jesús siempre viviendo para interceder por nosotros.—*Hebr. VII. 25.*

La más sublime de las oraciones es sin duda el Santo Sacrificio de la Misa, en el cual Jesucristo se ofrece á su Eterno Padre, lo adora, le dá gracias, lo desagravia, y le pide en favor de su Iglesia, de los hombres sus hermanos y de los pobres pecadores; y esta augusta oración la continúa sin cesar por su estado de víctima en la Sagrada Eucaristía. Convenientísimo será pues unirnos con la oración de nuestro amado Salvador, y orar conforme á los cuatro fines del Santo Sacrificio, cuya oración compendia la religión entera y comprende los actos de todas las virtudes.

DE LA ADORACION

El objeto de la adoración eucarística es la excelencia infinita de Jesucristo, infinita-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Teller

mente digna de todo honor y de toda gloria. Uníos pues á las alabanzas de la corte celestial, cuando prosternada ante el trono del Cordero clama llena de admiración; "Honra, gloria, acción de gracias, virtud, poder y divinidad por los siglos de los siglos, al que está sentado en el trono y al Cordero inmolado!"

En seguida podeis pasar á contemplar la grandeza del amor de Jesús al establecer la divina Eucaristía, multiplicándola y perpetuándola hasta el fin del mundo; poneos á admirar la sabiduría que resplandece en esta amorosa invención que llena de estupor á los ángeles del cielo; dedicaos á alabar la inmensidad de ese poder que ha podido vencer todos los obstáculos, y á exaltar la bondad incomprendible que nos ha proporcionado tan grandes y preciosos dones. Al llegar aquí podeis prorrumpir en transportes de gozo y de amor al veros hecho el fin del más santo y augusto de los sacramentos; pues es cierto que Jesucristo habría hecho por vos solo lo que ha establecido para todos los hombres. ¡Amor verdaderamente admirable, amor sorprendente, amor que debería arrebatarnos en eternos transportes!

Ya que es imposible á nuestra flaqueza el

adorar á Jesús Sacramentado como lo merece, sollicitad el auxilio de vuestro ángel custodio, pues este fiel compañero de la vida se tendrá por muy dichoso al practicar con vos aquí en la tierra lo que ha de continuar con vos allá en la gloria eternamente.

Adorad al Señor á nombre de la santa Iglesia, quien se digna permitir que la representeis á sus piés. Uníos á todas las adoraciones de los justos de la tierra y á las de los ángeles y santos del cielo; pero más particularmente uníos á las adoraciones de María Santísima y de Señor San José, que le tributaban cuando solo ellos poseían al Dios escondido, y solos formaban su familia y toda su corte.

Adorad á Jesús por medio de él mismo, que es la más perfecta adoración, pues es Dios y Hombre, vuestro Salvador y vuestro hermano.

Adorad al Padre celestial por medio de su Unigénito Hijo, objeto de todas sus complacencias, y de este modo vuestra adoración imitará á la suya, y aun vendrá á ser como una misma con ella.

II

DE LA ACCIÓN DE GRACIAS

El acto del amor más dulce y el más gustoso para el alma, así como el más grato al Señor, es la acción de gracias, que es un perfecto homenaje á su bondad infinita. La Eucaristía es la gratitud perfecta, pues su nombre quiere decir *buena gracia ó acción de gracias*, y Jesucristo las dá en ella á su Eterno Padre por nosotros, siendo allí su Magestad, nuestra propia acción de gracias. Dadlas muy rendidas pues, al Señor por habernos dado á su divino hijo, no solo como Salvador en la Encarnación, como Maestro en la predicación y como Redentor en la pasión, sino sobre todo, como nuestra Eucaristía, nuestro Pan de vida y cielo anticipado. Dad gracias al Espíritu Santo porque sigue en cierto modo produciéndolo cada día por medio del sacerdote en nuestros altares, como lo hizo por primera vez en el seno inmaculado de la más pura de las vírgenes. Que vuestra acción de gracias se eleve hácia el trono del Cordero, que suba hácia el Dios escondido cual puro incienso de suavísimo olor, cual armonía gratísima de vuestra alma

conmovida, cual purísimo amor de vuestro inflamado corazón.

Dad gracias con la más profunda humildad como las daba Santa Isabel delante de María Santísima y del Verbo que llevaba en sus entrañas; dad gracias con los estremecimientos del gozo del Bautista al sentir la aproximación del divino Maestro oculto entónces en el seno de su purísima Madre como ahora en el secreto del tabernáculo: dad gracias con el gozo y la generosidad de Zaqueo al recibir en su casa la visita del Salvador: dad gracias en unión de la Santa Iglesia y de toda la corte celestial; y para que vuestra acción de gracias nunca acabe y antes siempre vaya creciendo, haced lo que hacen en el cielo los bienaventurados: considerad la hermosura y la bondad siempre antigua y siempre nueva del Dios de la Eucaristía, que por amor de los hombres se consume y renace sin cesar en los altares; contemplad su estado sacramental, los sacrificios que ha venido haciendo desde el cenáculo para poder llegar hasta vos; las luchas, digámoslo así, que ha tenido que emprender contra su propia gloria para abajarse hasta el límite de la nada, sacrificando su libertad, su cuerpo y su misma persona, y

esto sin límites de tiempos ni lugares, antes abandonándose sin más defensa que su amor, al amor como al odio de los hombres.

A la vista, pues, de tantas bondades del Salvador para con nosotros y en particular para con vos, pues le poseéis todo entero y entero le gozais, y con él entero vivís, dejad que se entreabra vuestro corazón y que brote de él la acción de gracias, cual brota con vehemencia la llama de un horno ardoroso, y que esta llama circunde el trono eucarístico hasta venir á juntarse, á mezclarse y confundirse con esa hoguera divina, con la radiante y devoradora llama del Corazón de Jesucristo, para que ambas llamas se eleven hasta el cielo, al trono de Dios Padre que con tanto amor os ha dado por siempre á su Unigénito.

### III.

#### DE LA PROPICIACIÓN.

Después de la acción de gracias conviene continuar con el desagravio, reparación ó propiciación; es decir, que el corazón debe pasar del regocijo á la tristeza, del júbilo y el gozo á los gemidos, á las lágrimas y al

dolor más profundo, considerando la ingratitud, la indiferencia é impiedad de la mayor parte de los hombres para con el Salvador eucarístico.

Mirad cuántos llegan á olvidar á Jesús después de haberle amado y adorado tal vez por largo tiempo. ¿Qué, no sigue siendo aún el más hermoso de los hijos de los hombres? no es todavía el más amable ó ha dejado acaso de amarnos? Ingratos!! Acaso porque su Magestad es tan amante ya no quieren amarle, y porque es tan bueno no quieren ya recibirle? porque se ha hecho tan pequeño y tan humilde, porque se ha anodado por ellos ya no quieren visitarle, huyen de su Magestad, y la presencia de Dios y aun su recuerdo lo arrojan de su pensamiento como una cosa importuna y molesta.

Muchos hay que, como para *vengarse* del grande amor de Jesucristo, le insultan, le ultrajan y le niegan, y esto no puede ignorarlo este Padre tan bondadoso, esté tan dulce Maestro.

Otros hay que cierran los ojos para no ver más á este brillantísimo sol de amor; y ¡ay! entre tantos ingratos se encuentran vírgenes sacrílegas, sacerdotes indignos, corazones

apóstatas, querubines y serafines caídos.... He aquí, pues, vuestra gran tarea, adoradores de la Eucaristía: el llorar á los pies de Jesús despreciado de sus amigos, crucificado en tantos corazones, abandonado en tantos lugares; vosotros debeis consolar el Corazón de este tierno Padre á quien el demonio su enemigo le ha arrebatado tantos hijos.

Este amante prisionero eucarístico no puede correr tras de las ovejas perdidas y expuestas á los dientes de los lobos devoradores; y vuestra misión es el pedir gracia para los culpables, pagando su rescate á la divina misericordia, que necesita corazones suplicantes; vosotros debeis haceros víctimas de propiciación con el divino Salvador, que no pudiendo en su estado glorioso volver á padecer, quiere sufrir en vosotros y por medio de vosotros.

#### IV.

##### DE LA SÚPLICA Ó PETICIÓN.

Finalmente, la súplica ó la impetración es la que debe coronar vuestra adoración, formando como su glorioso trofeo. La impetración es la fuerza y la potencia de la oración

eucarística. No todos pueden predicar á Jesucristo por la palabra, ni trabajar directamente en la conversión de los pecadores y en la santificación de las almas; pero sí, todos los adoradores tienen la misión de María á los piés de Jesús, que es la misión apostólica de la oración eucarística, en medio de los esplendores del culto, al pié del trono de la gracia y de la misericordia. Orar, es glorificar la infinita bondad de Dios, es poner en acción la divina misericordia, es regocijar y dilatar el amor de Dios para con su criatura, cumpliendo la ley de la gracia que es la oración. La oración es, pues, el mejor modo con que el hombre puede glorificar á Dios: es también la más grande virtud del hombre, porque reúne en sí todas las virtudes, y todas ellas la preparan y la componen. La fé es la que creé, la esperanza la que ora, la caridad, la que pide para dar; la humildad es la que compone la oración, la confianza es quien la dice, y la perseverancia es la que en ella triunfa del mismo Dios.

La oración eucarística tiene una excelencia más, y es que vá directamente al corazón de Dios como un dardo inflamado; hace trabajar, obrar y revivir á Jesús en su Sacramento, y á veces desarma su potencia. El

adorador hace más aún, pues ora por medio de Jesucristo, y le pone sobre su trono de intercesión cerca del Eterno Padre, como el abogado divino de sus hermanos rescatados.

Mas ¿cuál deberá ser el objeto de la oración? Venga á nos tu reino, *Adveniat regnum tuum*, tal debe ser como el fin y la regla de la oración de los adoradores eucarísticos: deben orar para que la luz de la verdad de Jesucristo alumbre á todos los hombres, principalmente á los infieles, judíos, herejes y cismáticos, pidiendo que vuelvan á la verdadera fé y á la verdadera caridad.

Los adoradores deben orar por el reino de la santidad de Jesús en los fieles, en los religiosos y en los sacerdotes, á fin de que viva en ellos por amor. Deben, sobre todo, orar por el Sumo Pontífice, según todas las intenciones de su corazón; por el Obispo diocesano, según todos los deseos de su celo; por todos los sacerdotes de la diócesis, á fin de que Dios bendiga sus trabajos apostólicos, y los abraze de celo por su gloria y de amor á la Santa Iglesia.

Podrán los adoradores, para variar las oraciones, parafrasear unas veces la oración dominical, otras, esta hermosa oración: "Alma santísima de Jesús, santificadme; cuerpo de

Jesús, salvadme; Corazón purísimo de Jesús, purificadme, alumbradme, abrazadme; sangre de Jesús, embriagadme; agua sagrada del costado de Jesús, lavadme; Pasión de Jesús, fortificadme; Jesús, escondedme en vuestras llagas; no permitais que me separe de vos por el pecado; del enemigo malo defendedme; en la hora de mi muerte llamadme para que os alabe eternamente, en unión con los Santos. Así sea."—Podrán también parafrasear las letanías tan piadosas del santo nombre de Jesús.

No deben retirarse los adoradores de la presencia del divino Maestro, sin darle gracias por esta audiencia de amor, sin pedirle perdón por las distracciones é irreverencias en que hayan incurrido, y sin ofrecerle como homenaje de fidelidad una flor de virtud, un ramillete de pequeños sacrificios; y después salir del templo, como del cenáculo, ó como el ángel que se aleja del trono de Dios para volar presuroso al cumplimiento de sus divinas voluntades.

## METODO DE ADORACION

CONFORME A LOS CUATRO FINES DEL SANTO SACRIFICIO  
DE LA MISA.

Se puede dividir la hora de adoración en cuatro partes.

En cada cuarto de hora se honra á Nuestro Señor conforme á uno de los cuatro fines del Santo Sacrificio, á saber: *la Adoración, la Acción de gracias, la Propiciación y la Súplica.*

*Primer cuarto de hora.*

*La adoración.*

1º Adorad primeramente á Nuestro Señor en su divino Sacramento, con el homenaje exterior del cuerpo: ponéos de rodillas luego que os acerqueis al Sagrario en donde está Jesús en la Hostia adorable; y postraos con gran respeto delante de su Magestad, en señal de sumisión y de amor. Adoradle en unión con los Reyes Magos cuando prosternándose con el rostro contra la tierra,

adoraron al Niño Dios recostado en humilde pesebre y envuelto en pobres pañales.

2º Después de este primer homenaje silencioso y espontáneo, adorad á Nuestro Señor con un acto de fé exterior; pues este acto de fé es utilísimo para abriarnos los sentidos, el corazón y el espíritu á la devoción eucarística, abriéndonos también el Corazón de Dios y los tesoros de sus gracias, y por esto es necesario ser fiel en este punto y hacerlo santa y devotamente.

3º Ofreced en seguida á Jesucristo el homenaje de vuestro ser, haciéndolo en particular con cada una de las facultades de vuestra alma; el de vuestro espíritu para conocerle mejor; el de vuestro corazón para amarle y el de vuestra voluntad para servirle: ofrecedle vuestro cuerpo con todos sus sentidos para glorificarle con cada uno de ellos; pero sobre todo, ofrecedle el homenaje de vuestros pensamientos, deseando que la divina Eucaristía sea el pensamiento real de vuestra vida; el de vuestros afectos, teniendo á Jesús por el rey y el Dios de vuestro corazón; el de vuestra voluntad, no queriendo tener otra ley ni otro fin que su servicio, su amor y su gloria; y finalmente, el de vuestra memoria para no acordaros mas que de

su Magestad, y no vivir sino de Jesús, por Jesús y para Jesús.

4.º Mas como vuestras adoraciones son tan imperfectas, unidlas con las de la Santísima Virgen cuando en Belén, en Nazaréth, en el Calvario, en el Cenáculo y al pié del Sagra-rio adoraba á su divino Hijo; unidlas con las adoraciones actuales de la Santa Iglesia, de todas las almas santas que adoran á Nues-tro Señor en ese instante, y de toda la Cor-te celestial que le glorifica en el cielo, y en-tónces vuestra adoración participará del mé-rito y la santidad de todas ellas.

*Segundo cuarto de hora.*

La acción de gracias.

1.º Adorad y bendecid el amor inmenso que os tiene Jesús en el Santísimo Sacra-mento, pues para no dejaros solo, huérfano y desterrado en este valle de miserias, viene del cielo por vos personalmente para hace-ros compañía y ser vuestro consolador. Dad-le gracias con todo el amor de vuestro co-razón, con todas vuestras fuerzas, y dádselas en unión con todos los santos.

2.º Admirad los sacrificios que el Señor se impone en su estado sacramental, en el

cual oculta su gloria divina y corporal para no deslumbraros; oculta su magestad para que os animeis á llegar á su presencia y ha-blarle como un amigo á otro amigo; allí su-jeta su poder, pues no quiere causaros es-panto ni castigaros; no os muestra sus vir-tudes por no desalentar vuestra debilidad; y aun modera el ardor de su Corazón y del amor que os tiene, porque no podríais sopor-tar la fuerza de él ni su excesiva ternura: solo os deja ver su bondad que se trasluce y se trasparente al través de las santas espe-cies, como los rayos del sol al través de una ligera nube. ¡Oh y cuán bueno es Jesús Sa-cramentado! Recibe á todos á cualquiera hora del día y de la noche, pues su amor no descansa jamás: siempre está lleno de dul-zura para con vos, y olvida vuestros pecados é imperfecciones cuando vais á verle, para no hablaros mas que de su alegría, de la ternura y del amor de su Corazón. Cuando os recibe, diríase que tiene necesidad de vos para ser feliz. ¡Ah! dadle gracias al buen Jesús con toda la efusión de vuestra alma: dadle gracias al Eterno Padre por haberos dado á su divino Hijo; dádselas al Espíritu Santo por haberle encarnado de nuevo so-bre el Altar por ministerio del sacerdote, y

para vos personalmente. Invitad al cielo y á la tierra, á los Angeles y á los hombres para que os ayuden á dar gracias, á bendecir y á exaltar el grande amor de Jesús para con vos.

3.<sup>o</sup> Contemplad el estado sacramental en que se ha puesto Jesús por vuestro amor, inspiraos de sus sentimientos é imitad los ejemplos de su vida. Jesús está en la Eucaristía tan pobre como en Belén, y todavía más; porque en Belén tenía á su Madre y aquí no la tiene, ni trae consigo del cielo otra cosa que su amor y sus gracias. Mirad cuán obediente es en la Hostia divina, pues obedece con prontitud y dulzura aun á sus enemigos: admirad su humildad que le hace descender hasta el límite de la nada, pues que se une sacramentalmente con las especies viles é inanimadas, que no tienen ningún apoyo natural, ni otra consistencia que la que su Omnipotencia les dá, conservándolas por un milagro continuado. Su amor para con nosotros le hace ser nuestro prisionero, pues se ha encadenado hasta el fin del mundo en su prisión eucarística, de la cual deberíamos hacer nuestro cielo aquí en la tierra.

4.<sup>o</sup> Finalmente, unid vuestra acción de gra-

cias á la de la Santísima Virgen en el Misterio de la Encarnación, y sobre todo, á la que hizo después de la comunión: repetid en su compañía con grande júbilo y alegría el *Magnificat* de vuestro agradecimiento y de vuestro amor, diciendo sin cesar: ¡Oh Jesús Hostia, cuán bueno, cuán amante y cuán amable sois!

*Tercer cuarto de hora.*

*La propiciación.*

1.<sup>o</sup> Adorad y consolad á Jesús despreciado y abandonado de los hombres en su Sacramento de amor; pues llenos de ingratitude, para todo tienen tiempo, ménos para visitar á su Señor y á su Dios que los espera y desea en el Tabernáculo. Las calles y los lugares de placer están llenos de gente, y la casa de Dios siempre desierta. ¡Parece como que huimos de su presencia, como que su amor nos causa miedo!

¡Ah! pobre Jesús mío: ¿podíais esperar tanta indiferencia de parte de aquellos á quienes habeis rescatado con vuestra sangre, de vuestros amigos, de vuestros hijos y aun de mí mismo?

2º Llorad por Jesús, vendido, insultado, burlado y crucificado mucho más indignamente en el Sacramento de su amor, que en el huerto de los Olivos, en Jerusalén y en el Calvario. Aquellos á quienes ha honrado, amado y enriquecido con más dones y gracias, son los que más le ofenden, los que le deshonoran en su templo por el poco respeto con que allí están, los que le crucifican de nuevo en sus mismos corazones por las comuniones sacrílegas, vendiéndole así al demonio que es el señor que en ellos se impone por el pecado. ¡Ay de mí! ¿y no tengo yo nada en esto que reprocharme? Podáis pensar, ¡oh Jesús mio! que vuestro grande amor para con el hombre, vendría á ser el objeto de su malicia, y que habrían de volver contra vos mismo vuestras gracias y vuestros más preciosos dones? Y yo, ¿no he sido por desgracia también infiel para con vos?

3º Adorad á Jesús, y reparad tantas ingraticudes, profanaciones y sacrilegios de que está lleno el mundo: ofreced con esta intención todos los sufrimientos que habeis tenido en el día ó en la semana; imponéos algunas penitencias satisfactorias por vuestros propios pecados, y por los de vuestros parientes ó de aquellos á quienes hayais po-

dido desedificar con vuestro poco respeto ó con vuestras irreverencias en el lugar santo.

4º Mas como todas vuestras satisfacciones y penitencias son tan pequeñas y de tan poco valor para reparar tantos crímenes, unidlas con las de Jesús, vuestro Salvador clavado en la cruz. Recoged la sangre preciosa que sale de sus llagas y ofrecedla á la justicia divina en satisfacción de los pecados: tomad sus dolores y la oración que hizo en la cruz, y pedid por ello al Padre celestial, gracia y misericordia para vos y para todos los pecadores. Unid también vuestra reparación á la de la Santísima Virgen al pié de la cruz, ó delante del tabernáculo, y obtendreis todo del amor de Jesús para con su divina Madre.

*Ultimo cuarto de hora.*

La súplica ó petición.

1º Adorad á Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento pidiendo sin cesar á su Padre por vos, mostrándole sus llagas para enternecerle, su Corazón abierto sobre vos y para vos; unid vuestra oración con la suya, y pedid lo que su Majestad pide.

2º Así como Jesús pide á su Padre que

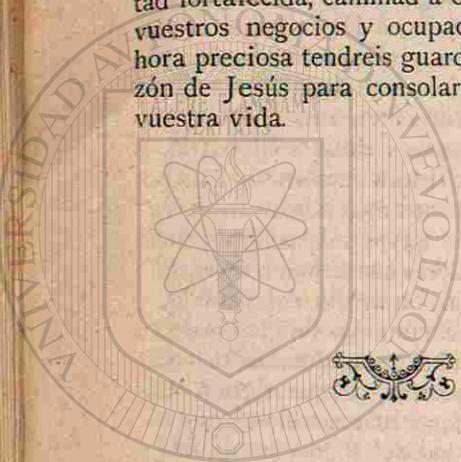
bendiga, defienda y exalte á su Iglesia, para que por medio de ella sea más conocido, amado y servido de todos los hombres, así orad también mucho por la santa Iglesia, tan probada y perseguida en la persona del vicario de Jesucristo, para que Dios le libre de sus enemigos entre quienes hay hijos suyos, que los cambie, los convierta, y los haga humildes y penitentes á los piés de la misericordia y de la justicia. Jesús ora perpetuamente por todos los miembros de su sacerdocio, para que sean llenos del Espíritu Santo y de sus dones: llenos de celo por la gloria de Dios y consagrados enteramente á la salvación de las almas que ha rescatado al precio de su sangre. Orad también por vuestro Obispo, para que Dios le conserve, le dé el consuelo en sus penas y bendiga sus santos deseos: orad por vuestro pastor para que Dios aumente todas las gracias que tanto necesita para dirigir bien y santificar el rebaño confiado á su solicitud y á su conciencia: orad también para que Dios conceda á su Iglesia numerosas y santas vocaciones al sacerdocio, puesto que un sacerdote santo es el don más grande del cielo, pudiendo él solo salvar á toda una nación: orad por todas las órdenes religiosas á fin de que sean muy fieles á las

gracias de su evangélica vocación; y que todos aquellos á quienes Dios llama á ellas tengan la fortaleza y el amor necesarios para seguir el llamamiento divino y ser constantes en permanecer en su seno. Un solo santo guarda á veces y salva á su patria, y su oración y sus virtudes suelen ser más poderosas que todos los ejércitos de la tierra.

3º Pedid por el fervor y la perseverancia de las almas piadosas que se han consagrado al servicio de Dios en medio del mundo, y vienen á ser en él como las religiosas de su amor y de su caridad; estas almas tienen más necesidad de socorros, porque tienen más peligros que evitar y más sacrificios que hacer entre la frialdad del siglo y las burlas y censuras de los hombres.

4º Pedid por la conversión de algún grande pecador, durante un tiempo determinado, pues son de mucha gloria para Dios esos grandes golpes de la gracia. Por último, pedid por vos mismo para que paseis bien este santo día, y vayáis adelantando en la virtud. Finalmente, haced un precioso ramillete de todos vuestros dones, y ofrecedlo á Jesús, como á vuestro Rey y á vuestro Dios, pidiéndole su bendición; y después, lleno de amor, con el corazón encendido, y la volun-

tad fortalecida, caminad á donde os llevan  
vuestros negocios y ocupaciones: que una  
hora preciosa tendreis guardada en el Cora-  
zón de Jesús para consolaros en el fin de  
vuestra vida.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

2

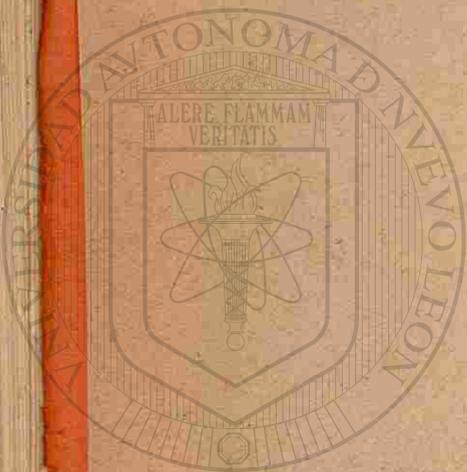


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



MANUAL

DE LA

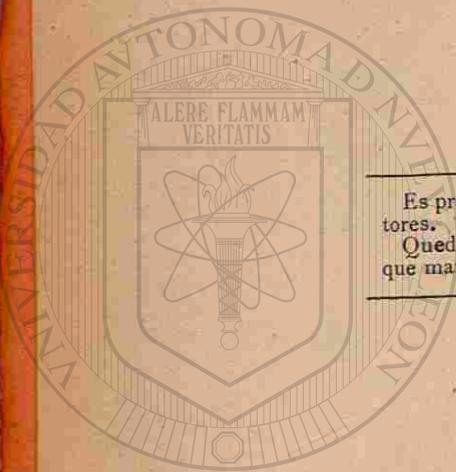
ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



---

Es propiedad de sus editores.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

*Tomada según*

MANUAL DE LA ADORACIÓN  
DEL  
**SANTÍSIMO SACRAMENTO**

POR EL

**R. P. A. TESNIÈRE**

de la Congregación del Santísimo Sacramento.

~~~~~  
Primera serie

**LA PERSONA DEL CRISTO EUCARÍSTICO**

*Adveniat regnum tuum eucharisticum.*

Obra escrita en francés y traducida al castellano,  
bajo la dirección del

**Ilmo. Sr. D. Joaquín María Díaz y Vargas**

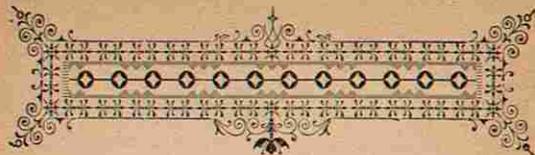
aumentada con un prólogo del mismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉJICO  
LIBRERÍA RELIGIOSA  
HERRERO HERMANOS, EDITORES  
San José el Real, 3

1894

MÉJICO.—Imprenta de la Librería Religiosa.



## PRÓLOGO.

---

**E**N medio de las grandes calamidades que afligen á la sociedad en los tiempos presentes, es altamente consolador, y como un signo de bendición y prosperidad, el espíritu de ferviente devoción, cuyo incremento es mayor cada día y más universal hacia el Santísimo Misterio de la Eucaristía. Parece que el Señor, en su inexcrutable Providencia, ha reservado para los últimos siglos del mundo la admirable propagación del fuego celestial que el Salvador vino á encender en la tierra (1); fuego divino destinado á extender sus misteriosos incendios por todos

---

(1) Lucæ, XII, 49.

los pueblos y naciones, renovando la faz del orbe en sus relaciones morales y en las aspiraciones que le atraen al orden sobrenatural.

Sabemos que para alcanzar la vida eterna estamos obligados á conocer, amar y adorar á Dios; y este triple deber se cumple y se perfecciona en toda su plenitud si llevamos á Jesucristo Nuestro Señor, presente en la Adorable Eucaristía, todo nuestro entendimiento y toda nuestra voluntad. Si aprendemos á conocerle, también aprenderemos á amarle con todas las fuerzas de nuestra alma, y aprenderemos también á tributarle la adoración que le es debida. *Hæc est vita æterna, ut cognoscant Te, Solum Deum verum, et quem missisti, Jesum Christum* (1).

La adoración, pues, de la Divina Eucaristía en que nuestro Amantísimo Redentor se contiene real y verdaderamente, es al mismo tiempo el testimonio elocuente de nuestra fe y el medio seguro de aumentarla. Con esta nobilísima virtud, cuya pérdida es verdadera

(1) Ioann., XVII, 3.

desgracia, vendrán prontos á domiciliarse en el alma la esperanza y el amor, vínculos de altísimo precio que preparan y consuman nuestra perfecta unión con Dios.

¿Pero qué singulares caracteres deben hallarse en el perfecto adorador de Jesucristo? Él mismo quiso marcarlos diciéndonos que permanezcamos en Él y que sus palabras permanezcan en nosotros. ¿Y qué cosa es permanecer en Jesucristo? ¡Ah! es tener la misma voluntad que Él tiene en orden á nuestra eterna salvación; es alimentar todos los días en nuestro corazón el eficaz deseo y la valiente resolución de sacrificarlo todo por su amor; es renunciar á las depravadas inclinaciones que tantas veces nos hacen enemigos de Dios y nos despojan del derecho que hemos adquirido al reino de los cielos. Y, para decirlo de una vez, es conservar fielmente el tesoro de las verdades reveladas por Dios, abriendo nuestra inteligencia á los resplandores de la fe, y encender constantemente la vivísima llama de la caridad, obedeciendo y haciendo que todos obedezcan á la ley divina. ¡Qué felicidad tan

digna de desearse y conseguirse es venir á la presencia del misterioso trono en que nuestro Salvador nos espera, y darle allí un testimonio tan afectuoso como solemne de que permanecemos en Él por la fe y por el amor! ¡Qué suavidad, qué gozo para nuestro corazón escuchar á los pies de Jesucristo, lejos del mundo, en el silencio del Santuario, las dulces inspiraciones y las palabras de vida eterna! (1).

Cuando nuestro miserable corazón, oprimido por el peso de las adversidades, desgarrado por la ingratitude de los demás, y abatido por los crueles desengaños del mundo, se acuerda de que está muy cerca del Salvador, entonces viene y se postra y pide el remedio de sus penas. Pero ¿cómo describir lo que pasa entonces en nuestro corazón? Todavía oye el sordo murmullo de los negocios temporales, todavía se agita por el sobresalto de la contradicción y del engaño, todavía siente las heridas que le abrieron sus enemigos. ¿Pero qué? Apenas comienza á entrar insensible-

(1) Ioann., XXXV, 69.

mente en ese sosiego que tanto ha deseado, en ese silencio respetuoso que inspira el lugar santo, cuando sin quererlo y sin oirlo, siente llegar una voz que le dice: «Aquí estoy.» Suben entonces de punto nuestra fe, nuestro amor y nuestra confianza; porque nuestro corazón, por criminal que sea, está criado para Dios y debe sentir necesariamente la presencia de nuestro Dios..... y palpita, y se humilla, y se enternece..... y, por fin, sin sentirlo, saltan las lágrimas á los ojos..... Allí entonces el recuerdo de la grandeza de Dios y de sus infinitas misericordias; allí el olvido de todos los bienes de la tierra; allí el conocimiento de nuestra ingratitude para con Dios; allí las palabras de agradecimiento y de gloria para celebrar el amor que Jesucristo nos tiene en la dulcísima Eucaristía. Y nuestra confianza crece al comprender tanta benevolencia, y nos convencemos profundamente de que estamos unidos con Dios y de que hemos escuchado su palabra, y se cumple entonces en nosotros la promesa que nos ha hecho de concedernos cuanto le pidamos para nuestro verdadero bien. *Si man-*

*seritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis* (1).

Este libro, por tanto, especialmente se dedica á la *Asociación de Sacerdotes Adoradores del Santísimo Sacramento*. Se dedica también á los fieles de toda edad, sexo y condición que, deseando siempre gustar cuán suave es el Señor con los que le buscan, cifran su consuelo, su bienestar y su gloria en humillarse y gemir á las puertas del Tabernáculo.

Y, no lo dudemos, vendrán para la Santa Iglesia días más tranquilos, porque el Señor, que vive con nosotros en la Eucaristía y es verdaderamente rico en misericordia (2), se apiaciará, por fin, de nosotros y escuchará benigno nuestros ruegos. *Tu exurgens miseraberis Sion; quia tempus miserendi ejus, quia venit tempus* (3).

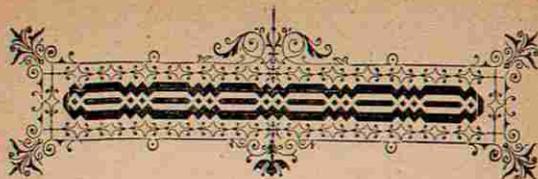
Joaquín María Díaz y Vargas.

México, 12 de Diciembre de 1893,  
FIESTA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE.

(1) Ioann., XV, 7.

(2) Ad Efes., II, 4.

(3) Psalm. CI, 14.



## INTRODUCCIÓN

### CONSIDERACIONES PRÁCTICAS

SOBRE LA

### ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

I.

#### Del objeto y fin de la Adoración.

**P**ARA comprender bien la naturaleza de una virtud, los deberes que impone, los actos que debe inspirar y con qué espíritu se les debe cumplir, es necesario conocer, con la mayor claridad posible, su objeto y su fin.

¿Cuál es, pues, el objeto, cuál es el fin de la Adoración del Santísimo Sacramento, de este acto excelente entre todos, de la virtud de la

*seritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis* (1).

Este libro, por tanto, especialmente se dedica á la *Asociación de Sacerdotes Adoradores del Santísimo Sacramento*. Se dedica también á los fieles de toda edad, sexo y condición que, deseando siempre gustar cuán suave es el Señor con los que le buscan, cifran su consuelo, su bienestar y su gloria en humillarse y gemir á las puertas del Tabernáculo.

Y, no lo dudemos, vendrán para la Santa Iglesia días más tranquilos, porque el Señor, que vive con nosotros en la Eucaristía y es verdaderamente rico en misericordia (2), se apiaciará, por fin, de nosotros y escuchará benigno nuestros ruegos. *Tu exurgens miseraberis Sion; quia tempus miserendi ejus, quia venit tempus* (3).

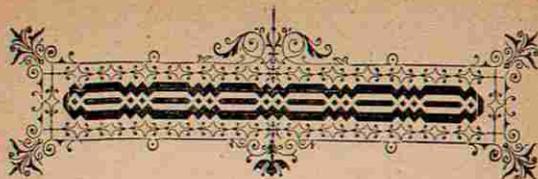
Joaquín María Díaz y Vargas.

México, 12 de Diciembre de 1893,  
FIESTA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE.

(1) Ioann., XV, 7.

(2) Ad Efes., II, 4.

(3) Psalm. CI, 14.



## INTRODUCCIÓN

### CONSIDERACIONES PRÁCTICAS

SOBRE LA

### ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

I.

#### Del objeto y fin de la Adoración.

**P**ARA comprender bien la naturaleza de una virtud, los deberes que impone, los actos que debe inspirar y con qué espíritu se les debe cumplir, es necesario conocer, con la mayor claridad posible, su objeto y su fin.

¿Cuál es, pues, el objeto, cuál es el fin de la Adoración del Santísimo Sacramento, de este acto excelente entre todos, de la virtud de la

Religión? Vamos á indicarlo aquí de un modo sencillo y práctico á la vez, para la mayor utilidad de las almas á quienes la gracia del Espíritu Santo ha conducido á filiarse en nuestras diversas Asociaciones Eucarísticas, de las cuales todas tienen, aunque con prácticas diferentes, la Adoración por deber esencial. El lazo espiritual que une en una sola familia de adoradores los miembros de la Obra de los Sacerdotes Adoradores, los de la Agregación y los de la Exposición mensual en las parroquias, con los religiosos de la Congregación del Santísimo Sacramento, permite dirigirles las enseñanzas que el P. Eymard daba á sus hijos en su Regla, expresión perfecta de su pensamiento y de su espíritu. Efectivamente es la misma savia la que debe alimentar el tronco religioso y las ramas seculares del árbol eucarístico, plantado por el venerable Fundador para que produjera los frutos de amor, de honor, de satisfacción y de gloria, que desea tanto y tan legítimamente saborear el divino Rey del Sacramento.

La Adoración tiene un triple objeto, y debe considerarse bajo una triple relación: primeramente con relación á Nuestro Señor Jesucristo,

á quien debe honrar bajo los velos eucarísticos; en segundo lugar con relación al alma del Adorador, á quien debe santificar, y finalmente con relación al prójimo, á quien debe asistir y ayudar particularmente en esta forma, la más excelente de todas, que es la Santa Iglesia.

#### LA ADORACIÓN CON RELACIÓN Á NUESTRO SEÑOR.

I. — Que Nuestro Señor Jesucristo, verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento, tiene todo derecho á ser adorado, lo proclaman hasta la evidencia su Divinidad con todas sus infinitas perfecciones; su título de primer Principio y de Creador de todas las cosas; su título de Conservador universal de todo lo que existe; su título de Fin supremo y de remunerador soberano.

Lo proclama su Humanidad deificada en el seno de María por la unión personal al Verbo, y aun más esta Humanidad glorificada á la diestra del Padre en los cielos, donde, en compensación de sus abatimientos y su muerte, ha recibido por recompensa ejercer el imperio universal.

Lo proclama no menos evidentemente la Eucaristía, es decir, la presencia real de Jesu-

cristo bajo los velos del Sacramento, su realidad, su perpetuidad y su universalidad. Pues si está presente aquí abajo, en la verdad de su ser divino y humano, reclama la Adoración debida á su divinidad y á su humanidad; si permanece de una manera asidua y continua que desafía al tiempo, es para recibir desde ahora sobre la tierra, como las recibe en los cielos, las adoraciones á que, después de su victoria, tiene un derecho riguroso é inviolable; si extiende á todas partes su augusta y benéfica presencia, es para que el imperio que ha conquistado se extienda á toda la tierra, y porque quiere verle reconocido de hecho por todas las naciones y en todos los lugares.

He aquí la razón fundamental, y que se impone á todos los hombres, de la Adoración: rendir á Jesucristo, Dios, Hombre y Rey, presente en el Sacramento, y á causa de esta presencia misma, todas las adoraciones que por todos los títulos le son debidas.

II. — He aquí otra razón particular á todos los que han sido llamados, en mayor ó menor medida, á la vocación eucarística.

Nuestro Señor se presenta al P. Eymard, y durante más de veinte años le habla al cora-

zón. Cierta día le dice por la dulce voz de María: «Todos los misterios de mi Hijo tienen un cuerpo religioso que les honra: la Encaristía no lo tiene por sí sola; es preciso uno.» Y el P. Eymard, para responder á esto, funda la Asociación del Santísimo Sacramento, consagrada al único servicio de la Eucaristía, cuyo acto esencial es la adoración perpetua y solemne del Santísimo Sacramento.

El Cristo Sacramental nos especifica sus derechos y su voluntad de ser adorado en la Eucaristía, y nos hace de esto una obligación personal y el deber más importante de nuestra vocación particular. Evidentemente nos pide así que consideremos la Adoración como nuestro fin supremo aquí en este mundo, como nuestro único negocio, como el fin de todos nuestros esfuerzos.

Parece que nos dice: «Todos me deben adoración fiel y asidua en mi Sacramento, y muchos me la rehusan absolutamente.»

»Un gran número de los que me rinden este homenaje no lo hacen ni bastante, ni bastante bien.

»Nadie hace de adorarme su supremo deber, su única ocupación, su vida; y sin embargo: *Unum est necessarium*, una sola cosa es abso-

lutamente necesaria, antes y sobre todas las demás: Que Dios sea adorado, y yo, Jesucristo, el Hijo de sus complacencias.

»Al menos, vosotros rendidme este homenaje, dadme la satisfacción de hacer la adoración que me es debida, á mi Padre y á mí, que he venido á buscar al hacerme hombre, y que sigo buscando en mi permanencia en la Eucaristía; dadme la satisfacción de hacer de esta adoración vuestro estado, vuestro único todo.»

Tal es el sentido de la fundación de la Asociación del Santísimo Sacramento, y de la vocación individual de todos los que la gracia divina llama á ella.

«La razón suprema de la Asociación del Santísimo Sacramento, dice el P. Eymard, consiste enteramente en esto: en dar á Nuestro Señor Jesucristo verdaderamente presente y siempre permanente en el Sacramento por amor á los hombres, verdaderos y perpetuos adoradores y propagadores de su gloria eucarística, á fin de que Jesucristo sea adorado socialmente en el mundo entero.

»También que todos los que han sido llamados sepan que no se han dado más que para una sola cosa, para el servicio de la Adorable Persona de Jesucristo en la Eucaristía, y que

consagren á este servicio sus cualidades y sus dones, sus gracias y sus virtudes, su persona y todo lo que tienen, sin guardar nada en propiedad ni aun su personalidad. *Absque sui proprio.*»

III.— De allí dos importantes consecuencias: una que nos hace apreciar la Adoración en su justo valor; otra que nos enseña cómo debemos practicarla con respecto á Nuestro Señor.

Primera consecuencia: valor de la Adoración.

Esta es un ejercicio santo, una función angélica, una cosa casi divina, puesto que nos da á la realidad de nuestro Dios, en su presencia terrestre, por objeto inmediato á quien honrar, á quien servir, á quien adorar cara á cara.

Es un servicio real, puesto que nos exige que le sirvamos en el trono que tiene en este mundo, para ejercer las funciones de su majestad en la tierra, y recibir homenajes en compensación de las humillaciones que sufrió en su Pasión, y de las que le alcanzan aún en su estado Eucarístico.

Es, pues, el deber, la tarea, el empleo más noble, más elevado y más glorioso que pueda

asignarse á una vida, puesto que la Persona y los derechos personales de Jesucristo, á los que hay que satisfacer, le elevan evidentemente sobre los derechos y las necesidades del prójimo, que no es más que una criatura: *Optimam partem.*

Ella tiene, pues, el derecho legítimo y fundado, absolutamente y por sí misma, de que se prefiera á cualquier otro trabajo, á cualquier otro servicio, y en caso de concurrencia de exigir que todo se posponga á ella y le sea sacrificado. Aquel que obra así, es simplemente lógico con la fe conforme á la verdad; obra bien y nadie puede reprochárselo: *Quæ non auferetur ab ea.* Lo que hace simplemente es rendir á la Persona adorabilísima de Jesucristo aquello á que tiene derecho. Y aquel que no lo hace, ó es ignorante ó ilógico con su fe, ó perezoso para cumplir el primero de todos sus deberes. Desconoce de hecho, si no es que formalmente, á Nuestro Señor Jesucristo, puesto que deja al último el servicio de su Persona.

Segunda consecuencia: Espíritu práctico de la Adoración con relación á Nuestro Señor.

Teniendo á Nuestro Señor Jesucristo por

objeto inmediato que reconocer y honrar, la adoración exige de nosotros:

La pureza y la santidad de la vida. Nadie es capaz de presentarse al servicio de un rey que esté en el trono, de una manera inconveniente; en el cielo los ángeles que rodean el trono de gloria son la pureza misma, y los santos no son admitidos á la Adoración eterna hasta que están purificados de las más ligeras manchas, no sólo del pecado, sino de todo lo que tiende al pecado ¿No es al mismo Dios de santidad á quien adoramos bajo los velos del Santísimo Sacramento?

Se requiere una preparación inmediata ó próxima del espíritu, de la memoria y del corazón. Porque Dios es espíritu, y busca, no adoradores de pura forma, sino adoradores que le adoren en espíritu y en verdad por todos los homenajes interiores de sus facultades: la fe, el amor, la alabanza, el don, la sumisión, la humildad y los actos interiores de todas las virtudes. Pues bien; sin preparación, que hace salir al espíritu de sus ocupaciones habituales y fija su atención sobre un punto preciso, nuestra alma, absorta por los cuidados inmediatos de las cosas sensibles, agobiada por el peso de la carne, es incapaz de elevarse hasta

la región de la fe y entregarse á un comercio espiritual con Dios.

En fin, debemos proponernos, como fin principal en la Adoración, honrar á Jesucristo, satisfacerle y servirle, y servirnos á nosotros mismos santificándonos y santificando á nuestros intereses, aun los espirituales. Sin excluir este último fin, y procurando favorecerlo, como después veremos, la Adoración debe practicarse ante todo, sobre todo y primero que todo. Esta es, en su naturaleza, la expresión de la caridad más perfecta, del amor más puro, que sólo encuentra su perfección y su reposo en la satisfacción del objeto amado, y no en su propia satisfacción, pues está gobernada por la presencia inmediata y los derechos superiores de Jesucristo. La primera de todas las cosas ¿no es que Dios sea Dios y que sea reconocido como tal? Su gloria sobrepuja á nuestros intereses, y por esto debemos quererla y pedirla ante todas las cosas que nos son necesarias, aun para esta misma gloria. ¿No es así que el Señor nos ha enseñado pedirle en el *Padre Nuestro*, antes que nuestro pan de cada día, antes de que nos perdone y nos preserve de la tentación y del mal, la santificación del nombre de Dios, el advenimiento de su reino y el

cumplimiento de su voluntad? Luego ante todo y en primer término de la Adoración, debemos dedicarnos á reconocer á Nuestro Señor en sus misterios, en su persona y en su vida, en sus palabras y en sus virtudes, en sus bellezas, sus amabilidades y sus bondades, en su amor sobre todo, y en su amor al Sacramento, en sus ternuras, sus larguezas, sus sacrificios, sus anonadamientos conmovedores.

Debemos estudiar todas las maravillas de hermosura, de grandeza y de verdad; esforzarnos en verlas, en comprenderlas, en penetrarlas por la fe aplicada y activa, humilde y perseverante: este es el homenaje y el don del espíritu. Después, amar todas esas amabilidades, adherirnos á ellas, desearlas, recrearnos en ellas, y al mismo tiempo alabarlas, bendecirlas, exaltarlas, felicitarlas, cantarlas en nuestros corazones. En seguida, contemplar, adorar en el silencio de la admiración, de la contemplación y del éxtasis, última expresión del amor: este es el homenaje del corazón. Finalmente, darnos, someternos y conformarnos á lo que nos parezca tan hermoso y tan bueno, como nos damos al Infinito Bien, sin reserva y totalmente, para poseer, para depender, para vivificarlos, para asimilarnos, para transformarnos

interiormente en la semejanza del divino objeto que adoramos, á fin de que sea todo en nosotros: autoridad, principio y vida, y que desaparezcamos y nos perdamos totalmente en Él.

Tal es el primer fin de la Adoración, tal el principal empleo del tiempo consagrado á ella: este es el homenaje de todo el ser interior á Jesucristo; sin más razón sino que lo merece soberanamente; sin más interés que satisfacerle, honrarle y amarle. En el cielo no se hace más que amar, alabar, darse y perderse en Dios: este es el supremo homenaje, la glorificación más alta que Dios puede recibir de sus criaturas. El Dios del Sacramento la reclama y la espera. Él está allí para eso; quiere recibirla sobre la tierra, en cuanto es posible aquí abajo, en que la fe reemplaza á la visión, la caridad militante al amor consumado, y la esperanza á la posesión; pero en que la fe, la esperanza y la caridad nos unen realmente á Él, en el sacramento de su real presencia y de su verdadero don. *Adveniat regnum tuum..... sicut in celo et in terra.*

#### LA ADORACIÓN CON RELACIÓN Á NOSOTROS MISMOS.

La adoración, con relación á nosotros, reviste un doble carácter: 1.º Es nuestro principal deber; 2.º Es nuestro principal medio de santificación. Por este doble título nos impone obligaciones que importa mucho conocer.

I.—Principal deber.—El P. Eymard declara formalmente que «la Adoración es el fin supremo de su instituto,» y al formar Apóstoles, quiere que «éstos tengan por único objeto hacer adorar al Santísimo Sacramento por todos los hombres y en el mundo entero.» La razón fundamental de todas las Obras seculares que completan la Asociación del Santísimo Sacramento es pues, la Adoración. En consecuencia, á todos, y en la escala que les corresponde, se dirigen estas otras palabras del Padre, intimando el gran deber de la Adoración: «Como el servicio de la Adoración es por sí mismo el principal de todos nuestros deberes, que debe ser preferido á todo, nadie omite, ni cambie, ni disminuya las horas de Adoración que tiene asignadas.» Dice además con incom-

parable suavidad: «Mirad la hora de Adoración que os toque en suerte como una hora del Paraíso; id á ella como si fuerais al cielo, al divino banquete; y esa hora será deseada y saludada con alegría; mantened suavemente ese deseo en vuestro corazón. Cuando tuviereis una hora penosa en su naturaleza, regocijaos mucho más, pues vuestro amor será más grande mientras mayor sea vuestro sufrimiento. Cuando por algún achaque, enfermedad ó imposibilidad no pudierais hacer vuestra Adoración, dejad que vuestro corazón se aflija un momento; después poneos á adorar en espíritu; uníos á los que adoran en aquel momento, teniéndos durante aquella hora en un gran recogimiento.»

Estas palabras dicen muy claramente que la Adoración es el primero de todos nuestros deberes, de donde se deduce que es preciso darle más importancia que á cualquiera otro, y que si no se le cumple, ó no se le cumple bastante bien, toda nuestra vida sería inútil.

De allí la necesidad de reconocer prácticamente la importancia de la Adoración por los medios siguientes:

Prefiriéndola al estudio, al servicio del prójimo, al ministerio de las almas, á la predica-

ción y al celo, á todos los ejercicios de devoción particular, y aun á la salud misma y al cuidado de la vida.

Tratándola con todo el esmero y las atenciones que reclama, esmero para preparar á ella el espíritu, por la fijeza del motivo de la Adoración; esmero para preparar á ella el corazón, por el recogimiento habitual en el amor de nuestro Señor: *Manete in me, in dilectione mea*; esmero para preparar á ella la voluntad, por la fidelidad al deber, el fervor al trabajo espiritual, la conformidad á la voluntad de Dios y el abandono á su voluntad; esmero para preparar á ella la conciencia por la pureza, la delicadeza asegurada por exámenes frecuentes; esmero para preparar al cuerpo guardándose de todo exceso, aun de trabajo y de celo que le haga impropio á causa de la excitación ó de la fatiga, para que coopere á la Adoración con el recogimiento de los sentidos. Finalmente, si la Adoración es el primer deber, todo debe tender á ella y prepararla: los estudios y la oración, el oficio divino, la misa y la comunión, las acciones y las virtudes, el trabajo y la mortificación, los goces y las penas; la vida entera debe moverse sobre ese eje y converger hacia su centro.

II. — Principal medio de santificación.—La Adoración sería imperfecta si, tendiendo á honrar á Dios, no procurase la santificación del alma. También se la considera en su naturaleza como teórica y práctica, especulativa y moral.

Ella prosigue honrando á Dios en la fe, en el amor, en la alabanza del espíritu y del corazón y de la voluntad. Pero Dios tiene derecho á más: á la vida entera, á la vida práctica, que debe alabarle por el concierto de todas las virtudes, probadas por acciones manifiestas. La perfecta alabanza de Dios es la semejanza con Él en la santidad: se inaugura en la convicción, el deseo y la resolución, y debe acabar en las obras. De suerte es que la Adoración tiene un doble fin: honrar á Dios por la alabanza de las facultades interiores, y después santificar al hombre para ponerle en aptitud de dar á Dios la alabanza de las virtudes y de las obras. Pero las virtudes, para tomar raíz en el alma, tienen necesidad del trabajo preparatorio de la oración. Porque sólo en el silencio y el recogimiento los gérmenes sobrenaturales se entreabren, arrojan sus primeras raíces, forman su tallo, que desde luego ha de aparecer en las acciones. La oración es la el-

boración interior de la santidad. Los maestros de la vida espiritual están de acuerdo en que es el medio indispensable de la santificación, sobre todo para el sacerdote y el religioso, porque es el único medio de llegar al conocimiento y á la reforma de nosotros mismos.

Pues bien; nuestra oración es la Adoración. No tenemos otra. Y ¿podría haber otra mejor que la que se pasa á los pies de Jesús, objeto, maestro, medio y modelo de toda oración; que la que se hace á su vista, en unión con su oración, en el lugar santificado por la oración y donde se respira una atmósfera impregnada enteramente de las gracias de la oración?

La Adoración debe, pues, producir en nosotros, como toda oración asidua, el resultado de la santificación efectiva y de las virtudes prácticas; pero con la condición de que hagamos un ejercicio de conocimiento de nosotros mismos y de reforma de nuestras costumbres.

1.º En la Adoración hemos de trabajar al conocimiento de nosotros mismos, lo que quiere decir:

Que consagremos una parte del tiempo de la Adoración á un trabajo enteramente personal, de examen de nuestro estado espiritual, de discusión de nuestros actos y de aplicación á

nuestra propia vida de las consecuencias prácticas y morales de nuestro objeto de Adoración.

Que tengamos cuidado de considerar en todas las verdades, aun las más especulativas, las enseñanzas morales que contienen; de escoger, de vez en cuando, por asunto de nuestras adoraciones, algunas verdades exclusivamente positivas y prácticas; y, finalmente, de escoger de preferencia aquellas que tengan relación con nuestro estado de alma actual, nuestros deberes de estado, cuyo cumplimiento es urgente, nuestras necesidades inmediatas, nuestras tentaciones del momento y nuestras debilidades ordinarias.

2.º Nos ocuparemos durante la Adoración en reformar nuestras costumbres, en corregir nuestros defectos, nuestras pasiones y nuestros vicios, por exámenes atentos, precisos y prolongados, inquiriendo las causas y efectos de todo, añadiendo el arrepentimiento, la contrición y la detestación del mal reconocido en nosotros, y tomando resoluciones formales y precisas que tengan por objeto ocasiones netamente definidas.

3.º Nos dedicaremos al ejercicio interior de las virtudes. Toda virtud debe primeramente practicarse en el reino interior de la intelligen-

cia, del corazón y de la voluntad, de donde el Rey Jesús espera actos tan numerosos y tan preciosos. El alma debe, ante todo, santificarse en sus potencias para que en seguida broten vigorosos y frecuentes los actos exteriores de las virtudes. Es un deber activar nuestras facultades para el ejercicio regular y sostenido de las virtudes que les convienen: al espíritu, los actos de todas las virtudes intelectuales; á la voluntad, los de las virtudes morales; al corazón, los innumerables frutos del amor.

Será preciso, pues, en la Adoración, hacer actos positivos y precisos de las virtudes que se encuentren en el asunto meditado. Ver en un misterio de Jesús, por ejemplo, la humildad, la dulzura, la paciencia que tuvo siempre; y si en seguida no se forman en la voluntad actos esas virtudes, sería hacer una Adoración incompleta é interrumpida.

Estos actos deben ser tan precisos como multiplicados, tan prolongados como sea posible. Aun cuando no pudiéramos darles demasiada intensidad, es fuerza que se acumulen en el interior para que obren en seguida en la vida exterior; el desarrollo de ésta será en razón directa de la fuerza adquirida en el interior.

Para poner de relieve la práctica de las virtudes que deben manifestarse en la vida, particularmente en el cumplimiento de los deberes de estado, en el ejercicio interior de las virtudes, en la Adoración, es preciso considerar su encuentro, las circunstancias en que se le encuentran, y tomar resoluciones muy netas y muy firmes de conducirse de tal ó cual manera, de evitar tal ó cual exceso, de hacer tal ó cual esfuerzo.

En cuanto al tiempo que debe emplearse en este práctico trabajo de santificación, puede decirse que debe llenar poco más ó menos la mitad de la Adoración, puesto que, según el método de los cuatro fines del sacrificio, la segunda parte de la Adoración está consagrada á la Reparación y á la Súplica. La reparación exige naturalmente el examen, la discusión de los actos, la satisfacción por el arrepentimiento y cambio de vida. La súplica sólo se hará debidamente si se piden gracias precisas, conforme á las necesidades reconocidas de nuestra alma, con la firme resolución de aprovecharse de ellas, ó lo que es lo mismo, corresponder á ellas efectivamente; lo que supone que se han reconocido esas necesidades y se ha formado la resolución de obrar con firmeza y constancia.

Ultimo consejo.—Para cumplir plenamente con la ley del trabajo de la santificación personal en la Adoración y sacar todo el fruto, es preciso guardar y adoptar los mismos asuntos de Adoración, sobre la corrección de los defectos ó sobre los progresos de la virtud, por todo el tiempo necesario mientras no conste la enmienda ó el provecho intentados. La santificación es obra de toda la vida, y cada uno de los obstáculos que hay que vencer ó de los pasos que hay que dar, exigen un largo y perseverante trabajo. Andar de asunto en asunto es curiosidad y ligereza; el trabajo de la santidad es por demás serio y continuo.

III.—Tales son las reglas prácticas de la Adoración considerada con relación á nosotros mismos. Si no se cumplen, la Adoración recae forzosamente en uno de los defectos siguientes:

La pura especulación, el estudio, el trabajo exclusivo del espíritu, la curiosidad intelectual, son cosas que, puestas en lugar de la oración, son el más sustancial alimento del orgullo espiritual: esto conduce, tarde ó temprano, á la alianza extraña y funesta de los bellos pensamientos y de las bellas representaciones imaginarias sobre todas las verdades

de la religión con una vida indiferente, poco arreglada, y finalmente culpable.

Una sentimentalidad exagerada y la sobreexcitación de la imaginación, que engendran la piedad floja, egoísta, personal, variable é indiferente, sin virtud, sin estímulo, sin fuerza para el sacrificio; en que todo se pasa en sueños más ó menos bonitos, en proyectos más ó menos hermosos, en promesas sin fidelidad, en ilusiones sin causa, en principios sin consecución.

Y lo que es peor: la pereza espiritual, una especie de somnolencia del espíritu, del corazón y de la voluntad, que engendra la torpeza, después la rutina y lleva á la Adoración absolutamente nula; nula como homenaje de religión, nula como causa de santificación.

De allí nace el fastidio en la Adoración, el disgusto de tan santo ejercicio y la infidelidad al deber capital. Si damos este último paso, seremos infieles al mismo divino Rey, infieles á nuestra divina vocación y apóstatas al servicio de la Eucaristía.

#### LA ADORACIÓN CON RELACIÓN AL PRÓJIMO.

I. — La adoración es esencialmente un fruto de la caridad perfecta, para que teniendo presente su primer y adorable objeto, que es el Dios Hombre del Sacramento, sea necesariamente conducida por el mismo movimiento de caridad al servicio del prójimo. El amor del prójimo es inseparable del amor de Dios: el primero no es solamente señal del segundo, sino que es su efecto necesario, su fruto natural. La misma savia alimenta al uno y al otro; son dos ramas de un solo tronco. Ellas crecen, florecen, se cubren á un mismo tiempo de los mismos frutos; pero también el disecamiento y la esterilidad los alcanzan al mismo tiempo y en la misma proporción. «Quien dice que ama á Dios y no ama á su prójimo, miente», dice el Apóstol de la caridad. No cabe duda que las formas exteriores de la caridad hacia el prójimo pueden variar y algunas veces no manifestarse sino en un número de actos muy restricto. Esto depende de las vocaciones particulares, de las cuales unas se aplican más al servicio del prójimo y otras menos. Pero para el amor del fondo, para la predilección, para

la abnegación del corazón y para el celo íntimo, ninguna vocación puede dispensarse: aquel amor debe ser sin medida, y marchar á la par con el amor de Dios.

En la vocación adoradora los ministerios directos hacia el prójimo están bastante limitados, pues no pueden disponer más que de una parte de nuestro tiempo y de nuestros recursos; la primera y la mayor parte pertenece á la Adoración, al servicio personal del divino Rey en la oración, en la alabanza divina y en el culto solemne. Pero esto no nos dispensa de servir al prójimo con un amor inmenso. Y este amor debe procurar el servicio y la utilidad del prójimo por el apostolado de la oración, por la proposición y reparación en la Adoración misma.

Aquél es un deber de vocación. La Asociación del Santísimo Sacramento fué fundada para el fin de la oración apostólica, de la reparación por los otros y de la propiciación por el mundo entero. ¿Podría ser de otro modo, cuando pide á sus miembros que se mantengan suplicantes ante el trono de la gracia, donde expone solemnemente y hace subir entre la tierra y el cielo á Aquel de quien dice San Juan: «es el abogado, el justo Jesús, la

propiciación por nuestros pecados, y no sólo por nuestros pecados, sino por los del mundo entero?»

Pues bien; entre todos los prójimos que tienen derecho á nuestra caridad y á nuestras oraciones, el primero, el más augusto, el que nos obliga más estrechamente que cualquiera otro, es la Santa Iglesia Católica, esposa amadísima de Jesucristo, por cuyo amor vertió toda su sangre «á fin de que le fuese una esposa bella, pura y sin mancha»; y por la cual ha instituido la Eucaristía, á fin de serle siempre presente, de conducirla, de guardarla, de defenderla y de alimentarla con su sustancia. A la Iglesia, pues, ante todo, y al Soberano Pontífice en quien ella resume enteramente todo nuestro amor, toda nuestra abnegación, todo nuestro celo en la Adoración y en la oración. Después á todos los miembros de la Iglesia en el orden que les ha colocado su mayor ó menor participación á la autoridad, á la santidad y á la vida de la Iglesia: á los Obispos, á los sacerdotes y á los obreros apostólicos, á los fieles, á los pecadores, aun á aquellos que no hacen caso de la Iglesia aunque ésta tenga sobre ellos todos los derechos de su Real Esposo, á quien «han sido dadas todas las na-

ciones en herencia», á los herejes, á los cismáticos, á los judíos y á los infieles.

Y más allá de este mundo, en las sombrías prisiones del Purgatorio, debe ejercitarse nuestra caridad en la persona tan interesante y tan digna de piedad y amor que se llama «Iglesia purgante».

Queda por decir que todas las obligaciones particulares que se pueden imponer al tributo de la caridad de cada uno de parte de la sangre ó de la afinidad sobrenatural ó del reconocimiento, deben ser respetadas y satisfechas en el ministerio apostólico de la Adoración. Y entre estos lazos que crea la gracia, ninguno es más sagrado ni más fuerte que aquel que liga juntamente á las almas en la unidad de una familia religiosa ó de una asociación reconocida por la Iglesia. A nuestros hermanos, pues, miembros del mismo cuerpo eucarístico, y á la sociedad que nos tiene unidos y nos da á todos la gracia de nuestra santa vocación, toca una parte excelente en el ejercicio de nuestra caridad filial y agradecida.

Pero dejemos que el Padre nos diga, con su autoridad de fundador, lo que debe ser la Adoración con relación al prójimo.

II.—«Que el adorador se consagre al sublime ministerio de la Adoración como diputado de la sociedad y de la Iglesia.»

La oración es uno de los fines esenciales de la Adoración, según el método de los cuatro fines del sacrificio; ella debe, pues, ocupar un tiempo normal, que es el cuarto de hora de Adoración.

«La súplica ó impetración, dice el Padre, debe coronar vuestra Adoración y hacer su glorioso trofeo. La impetración es la fuerza y el poder de la oración eucarística. No todos pueden predicar á Jesucristo por la palabra, ni trabajar directamente en la conversión de los pecadores y en la santificación de las almas. Pero todos los adoradores tienen la misión de María á los pies de Jesús: ésta es la misión apostólica de la oración y de la oración Eucarística, en medio de los esplendores del culto, al pie del trono de la gracia y de la misericordia. La oración eucarística va directamente al corazón de Dios, como dardo inflamado; ella hace trabajar, obrar y revivir á Jesús en su Sacramento; ella da actividad á su poder. El adorador hace más aún: ruega por Jesucristo y le pone sobre su trono de intercesión cerca de su Padre, como abogado divino de sus hermanos rescatados.

Vuestra misión es pedir gracia con Él por todos los culpables, pagar su rescate á la Divina Misericordia que tiene necesidad de corazones suplicantes; á vosotros os toca haceros víctimas de propiciación con Jesús Salvador, quien, no pudiendo sufrir ya en su estado resucitado, sufrirá en Vos y por Vos.

Esta divisa: *Adveniat regnum tuum!* debe ser como la regla de la oración de todos los adoradores. Que ellos ofrezcan su Adoración por el Soberano Pontífice y por todas sus intenciones; por la exaltación de Nuestra Madre la Santa Iglesia, para obtener las bendiciones de Dios sobre la sociedad y la santificación de sus socios; por todas las personas constituídas en dignidad, tanto en la Iglesia y la Religión como en el Estado, especialmente por todos los sacerdotes, á fin de que Jesús viva en ellos por amor y santidad; por la destrucción de las herejías y de los cismas, para obtener á los judíos el reconocimiento de Jesucristo, á los paganos la Adoración de su Salvador; y, finalmente, porque todos los hombres del mundo entero lleguen á amar á Nuestro Señor Jesucristo y se precipiten hacia su Sacramento de vida.

III. — Resulta de estas palabras, y de las consideraciones que preceden, que tenemos en la Adoración un verdadero ministerio de caridad que cumplir para con el prójimo; debemos ser en ella propiciadores, abogados, mediadores y apóstoles.

Pensar, en la Adoración, únicamente en nosotros; no pedir sino para nuestros intereses personales, por santos que éstos sean, no es bastante: debemos hacer á nuestros corazones generosos, desinteresados, abnegados, abiertos á todos los santos intereses de Jesucristo y á las necesidades del mundo entero. Los grandes deseos, los ardores excesivos, las santas torturas de la angustia por las almas y por la Iglesia, deben inflamar y consumir nuestros corazones.

Para esto, nos basta comprender cuán extensa, inmensa é infinita es la obra de la Redención del Mundo, que prosigue el Divino Salvador en su oración y en su inmolación perpetua en el Sacramento. Él trabaja allí de noche y día. ¡Qué labor! ¡Qué labor tan ingrata, tan contrariada y combatida, exponiéndose á la malicia obstinada, á las traiciones torbas, al odio sin compasión! A esta tarea nos convida. Y como en la oración y la inmó-

lación perpetua la prosigue, Él reclama las asiduidades de nuestras súplicas, de nuestros llamamientos, y espera los sacrificios de todas las penas secretas, de todas las torturas del alma y de todas las mortificaciones conocidas sólo por Él.

¡ Ah! ¿ Quién querrá rehusarle aceptar de buen corazón y con alegría, humillarse, sufrir el desprecio, la traición y el abandono, la calumnia, las acusaciones y las condenaciones injustas; quién le rehusará estar privado en la oración, de toda alegría; en la vida espiritual, de todo consuelo; en el trabajo, de todo éxito personal; en la vida entera, de toda satisfacción, para completar su Pasión y cooperar por este medio á obtener su reino Eucarístico, ó la exaltación de la Iglesia, ó la libertad del Soberano Pontífice, ó la conquista de un país infiel, ó la firmeza y prosperidad de la sociedad dedicada al único servicio y al único apostolado de su Sacramento de amor, ó el éxito de tal ó cual obra particular que cada uno conozca, á la cual le unan lazos personales de vocación ó de predilección: la conversión de una parroquia, la conversión ó la santificación de una sola alma, sobre todo si es el alma de un padre, de un esposo ó de un

hijo; más aún, si se trata de un alma, de la cual Dios parezca esperar, por los dones exquisitos que le haya prodigado, más satisfacción y mayor gloria!

Tal es la Adoración con relación al prójimo: obra de perfecta caridad, de celo apostólico, de abnegación universal é infatigable. Sus medios son, ante todo, la oración y la inmoción interior. Pero debe tenerse presente que la condición indispensable á todo mediador, si quiere ser escuchado, es la pureza, la santidad, la separación del pecado y la vida sobrenatural; á lo menos, bajo estos rasgos San Pablo nos representa al Pontífice Eterno y Adorador Perfecto Nuestro Señor Jesucristo. Sólo á este precio nuestra oración, unida á la suya, será agradable á Dios. *Talis enim decebat ut nobis esset pontifex: sanctus, innocens, impollutus, segregatus á peccatoribus et excelsior cælis factus.*

## II.

**Del Método de Adoración para los cuatro fines del Sacrificio.**

IDEA DEL MÉTODO LLAMADO DE LOS CUATRO FINES.

Todo arte, además de los principios generales, tiene su método; es decir, una disciplina elemental, una cierta manera de proceder por medio de la cual se inicia á los discípulos al conocimiento de este arte, después á su práctica aplicada y, por último, á sus secretos y á su perfección. Santos y maestros ilustres han dado diversos métodos del gran arte de la oración, cuya excelencia queda bastante demostrada. Dichos métodos tienen caracteres comunes, los cuales tienen este doble fin necesario: poner al alma en estado de glorificar á Dios por el homenaje de la Religión interior, después santificarse por la contemplación de las verdades eternas, el conocimiento de sí misma y la preparación de sus deberes. Ellas varían según el punto de vista especial que ha

dirigido á sus autores y el fin particular que pretenden obtener.

Cuando la oración tiene por objeto principal preparar al obrero de Dios para los buenos trabajos, ó armar al soldado de Cristo para los santos combates, el método exige mucho al trabajo del espíritu, por la reflexión, el discurso interior y el estudio: ella se dirige, sobre todo, á los resultados prácticos, á las resoluciones fuertes y precisas de la voluntad, que disponen inmediatamente á la acción. Si, al contrario, la oración está destinada á permitir al alma encontrar á Dios desde luego, para conversar con Él y unirse á Él en el reposo activo del amor; si se dirige á hacer un contemplador más bien que un trabajador, un orador más bien que un apóstol, el método exige menos trabajo abstracto al espíritu, menos resoluciones actuales y determinaciones precisas á la voluntad. Sin perdonar estas cosas, haciéndolas una parte legítima y necesaria, ella esperará más de la simple mira del espíritu, de los sentimientos del corazón, de las aquiescencias apacibles de la voluntad. Ella fijará la mirada del alma sobre Dios, sobre Jesús, sus misterios y su espíritu; sobre su interior y sus sentimientos más que sobre sí misma; sobre

sus deberes que cumplir, y sobre sus pasiones que reprimir. Que no excluya el alma al trabajo santificador, homenaje necesario de toda verdadera religión: así como el método de la oración que forma al obrero apostólico no podría excluir la unión á Dios, el reposo en Dios como término de sus actos diversos. Pero combinando estos dos elementos necesarios de la oración, este método dará más al trabajo sobre sí mismo, y aquél más á la contemplación de Dios: el primero conducirá más á la discusión de los actos personales, y el segundo á la alabanza de las perfecciones divinas.

El Padre Eymard, reemplazando en su plan de vida espiritual, tal como lo estableció para las almas llamadas á servir á la Eucaristía, la oración por la Adoración del Santísimo Sacramento debía adoptar un método que favoreciese sobre todo á la contemplación, la alabanza, la conversación, la unión con Dios. La Adoración, en efecto, debe hacerse á los pies del Santísimo Sacramento, sea al pie del trono de la exposición solemne, sea ante el Tabernáculo, cuya lámpara ardiente anuncia al Dios Vivo que le habita.

El hecho sólo de esta presencia reclama que el adorador, saliendo de sí mismo, fije

todos los pensamientos de su alma sobre la augusta Persona del Dios Hombre que le muestran los velos transparentes del Sacramento. Aun parece que se faltaría á grandes conveniencias si se ocupase más de sí propio que de Él, sin darse bastante cuenta de lo que reclama su próxima presencia. Por necesarios que sean el estudio y la reforma de nosotros mismos, parece que, presentándose tan claramente á nuestras miradas el Dios oculto que desea tanto ser reconocido, nos solicita que le estudiemos, que le conozcamos, que nos dediquemos á Él; procura luego bajar á nosotros mismos, seguros de que jamás veremos lo que somos, hasta que hayamos visto bien lo que Él es. *Noverim te, noverim me!*

Aun más; queriendo que el Adorador una su oración á la que, detrás del velo Eucarístico, verdadero Santo de los Santos, Jesús, el único Pontífice, ofrece á su Padre, y que es la continuación de su Sacrificio, es decir, de su muerte, verificada por la mañana en el altar, el P. Eymard debía buscar un método que permitiese al Adorador apropiarse los actos, los homenajes, los sentimientos y los deberes, cuya expresión solemne y perfecta es la Misa. Pues bien; por la Misa ó por su Sacrificio,

Jesucristo rinde á Dios cuatro principales homenajes, que el Concilio de Trento define: la Adoración, la Acción de gracias, la Reparación ó Propiciación y la Oración. Estos cuatro homenajes resumen todos los deberes de la Religión, es decir, el reconocimiento teórico y práctico de todos los lazos que unen al hombre con Dios. Santo Tomás ha definido en estas breves y profundas palabras la religión del hombre hacia Dios: «El hombre está obligado y ligado para con Dios, sobre todo, por cuatro razones: á causa de su Majestad soberana, compuesta de todas sus excelencias divinas; á causa de sus beneficios pasados, testimonios de su amor y su bondad; á causa de las ofensas cometidas hacia su santidad, que le hacen deudor de su Justicia; á causa de los bienes que son necesarios para el porvenir del tiempo y de la eternidad, y que no pueden obtenerse más que de su bondad liberal y rica de todos los bienes (1).

Cada uno de esos homenajes encierra una multitud de las virtudes más preciosas y más

(1) Homo maxime obligatur Deo propter majestatem ejus, propter beneficia jam accepta, propter offensam et propter beneficia sperata. 1.<sup>a</sup> 2.ª e. q. CXII, a. III ad. 10.

necesarias; todos cuatro contienen todo lo que puede expresar el reconocimiento de las perfecciones y de los derechos de Dios, la confesión de todos los deberes y de todas las obligaciones del hombre. Pues no hay en realidad más que una oración de todo punto perfecta: la Santa Misa; cualquiera otra oración vale únicamente por su unión más ó menos grande con esta oración personal de Jesucristo. Lo mismo sucede con las virtudes cristianas que componen, con los homenajes de la oración, la religión del hombre hacia Dios; ellas no valen sino según la medida en que tomen su origen y se consuman en el Sacrificio de Jesucristo. No hay, pues, para el cristiano ninguna forma de oración más perfecta que la participación en espíritu y en verdad del Santo Sacrificio. Pero nótese bien, que durante todo el tiempo en que el Cristo guarda en el Sacramento el estado de víctima inmolada que revistió al ofrecer á su Padre su muerte misteriosa, pero real en el Sacrificio de la Misa, continúa la religión expresada entonces, y los homenajes rendidos entonces por la continuación de este estado rindiéndolos á su Padre, y todos los días y las noches en la permanencia de su estado de víctima anonadada, bajo las

especies de pan y vino, adora á la Majestad, da gracias á la Bondad, hace reparación á la Justicia é implora la Liberalidad de Dios.

He allí lo que inspiró al P. Eymard su método de adoración que llama Método de los cuatro fines del Sacrificio. Considerando á los adoradores en presencia de Jesús, ¿el Adorador perfecto podría pedirle alguna cosa más oportuna, más conveniente y aun más necesaria que unirse al Maestro de la oración, al Pontífice en el ejercicio de su oración, y orar como Él, con Él y por Él?

Él pide, pues, á sus discípulos que procuren, ante todo, en sus adoraciones producir actos de Adoración, de Acción de gracias, de Reparación y de Oración; dirigirlas á Dios Padre, Mediador y Pontífice; dirigirlas también al mismo Jesucristo, que es Dios y Sacerdote y Fin eterno de todas las cosas, al mismo tiempo que mediador entre su Padre y los hombres.

Mas como estos homenajes deben nacer de todo lo que Dios nos ha revelado de sus Excelencias, de todo lo que su Bondad nos ha dado, de todo lo que debemos á su Justicia, de todo lo que esperamos de su Plenitud infinitamente buena, el P. Eymard enseña á sus discípulos á descubrir en todas las verdades, en todos los

misterios, en todos los asuntos de meditación, en una palabra, los asuntos de Adoración, de Acción de gracias, de Reparación y de Oración que ellos contienen necesariamente. El mismo Padre les enseña los actos de virtud que comprende cada uno de estos homenajes primordiales para ser bien rendidos: unos que convienen mejor á la Adoración, otros á la Acción de gracias; éstos á la Reparación y aquéllos á la Oración. Y, por último, no pudiéndose descubrir estos motivos, estos actos ser bien producidos, más que por cierto trabajo de las facultades y de las potencias, el P. Eymard pide á la inteligencia, al corazón y á la voluntad su concurso regular, que reclaman todos los métodos de oración. Así se ve á todo el ser exterior emplearse en producir sucesivamente, en unión con el Pontífice Eucarístico, los homenajes de la grande y perpetua oración de su Sacrificio.

Bajo el punto de vista estrictamente metódico, cada uno de estos homenajes debe sucederse en el orden en que el Concilio de Trento enumera los fines del Sacrificio Eucarístico: Adoración, Acción de gracias, Reparación, Oración. El P. Eymard recomienda también que se divida la hora de Adoración (pues

exige que la Adoración dure ordinariamente una hora) en cuatro cuartos de hora, y consagrarse respectivamente á rendir á Dios los cuatro grandes homenajes. No obliga absolutamente á medir el tiempo con estricta precisión, pues se puede, si la gracia mueve á ello, prolongar tal ó cual homenaje más que los otros.

Mas, cualquiera que sea el tiempo dedicado á cada uno, la sucesión de estos cuatro pensamientos facilita singularmente el ejercicio de la Adoración aun para los más inexperimentados, pues se hace como cuatro oraciones sucesivas de un cuarto de hora cada una, enlazadas juntamente por la unidad del mismo asunto, pero variadas por cuatro los diversos puntos de vista bajo los cuales se le hace pasar, y en cada uno todas las facultades entrar en juego, para sacar de ellas los motivos diversos de los cuatro fines, y producir los actos de las virtudes propias á cada una. ¿Qué cosa puede haber más sencilla, más elemental y más fácil? La misma verdad repetida cuatro veces al día de diferente manera: 1.º de la Adoración ó de las Excelencias divinas que se reflejan en ella; —2.º de la Acción de gracias y de los rasgos de la Bondad divina que presenta, y de los beneficios que nos recuerda; —3.º de la Repa-

ración y de las diferencias que manifiesta, y lo que deberíamos ser para satisfacer á los deberes que ella nos revela;—y 4.º de la Oración y de las gracias cuya necesidad conocemos para cumplir las obligaciones que ella nos impone.

Tal es el método de los cuatro fines del Sacrificio. ¿No se ve claramente que por este método de Adoración hacemos que nuestra oración participe de una manera particularísima de la oración augusta de Jesucristo, y que unimos nuestra religión privada á la religión pública del Santo Sacrificio; que nos ponemos, por consiguiente, en una estrechísima relación con el Pontífice Eucarístico, y que honramos muy directamente su estado y su acción en el Sacramento?

Para facilitar el ejercicio, vamos á enumerar los actos de las diferentes virtudes que pueden ser producidos por nuestras diversas facultades para expresar los homenajes de cada uno de los cuatro fines del Sacrificio. No obliga en manera alguna que se hagan cada vez los actos de todas estas virtudes. Los ponemos en lista para que puedan escogerse, según la naturaleza del asunto, ó la disposición del alma, ó el movimiento de la gracia, los actos que más agraden.

## III.

Actos de las facultades y de las virtudes en cada uno de los cuatro fines.

## I. — ACTOS Y VIRTUDES DEL PRIMER FIN. —

La Adoración, considerada como el primero de los fines del Sacrificio, tiene por objeto el reconocimiento de la Majestad divina, dice Santo Tomás: *Propter Majestatem*; y, como dice en otra parte: todo lo que compone su excelencia es sobre toda criatura: las bellezas, las perfecciones, las amabilidades de Dios; todo lo que constituye su ser infinito. Y con relación á nosotros, sus derechos soberanos de primer Principio y de Fin supremo, de Criador y Conservador de todo lo que somos.

Los actos del espíritu en la Adoración son: *la fe* á la verdad propuesta como asunto de Adoración, á la palabra, á la autoridad divinas; *la inteligencia* sobrenatural de esta verdad; *la contemplación* de las perfecciones y de las amabilidades de Dios que se manifiestan en ella; *la admiración*; *la alabanza*.

Los actos del corazón ó de la voluntad afectiva son: *la complacencia*, *el deseo*, *la benevolencia*, *la alegría*.

Los de la voluntad propiamente dicha: *el don*, *la tradición de nosotros mismos* á las excelencias, á las perfecciones, á las amabilidades, á los derechos, á la soberanía de Dios; y este don no se puede manifestar como conviene, sino por una especie de *anonadamiento de nosotros mismos* ante tanta grandeza, tanto esplendor de los derechos tan altos, una majestad tan sublime. *La humildad*, *la sumisión absoluta*, *el abandono sin reserva*, *el santo temor*, *el silencio religioso y profundo*, son las expresiones que convienen á rendir este anonadamiento de la criatura ante su Criador, á quien adora.

II. — ACTOS DE LAS VIRTUDES DEL SEGUNDO FIN. — La Acción de gracias tiene por objeto los dones, los beneficios de Dios: *Propter data*, tales como nos son manifestados en la verdad que meditamos; por consiguiente, su objeto formal es la bondad y el amor de Dios, probados por sus beneficios.

Los actos del espíritu son los siguientes: *consideración* de la parte que ejercen la bondad y el amor de Dios en la verdad propuesta, por las vistas, los designios misericordiosos que se revelan en él; *recuerdo y enumeración* de los beneficios relativos á esta verdad, que hemos recibido en nuestra vida pasada ó que recibimos todavía; *estudio* del valor, de la grandeza, de la magnificencia de estos beneficios, sacada de las diversas circunstancias que les dan más ó menos valor; *la gratitud; la grandeza del donante; la indigencia y la indignidad del donatario; la continuación de los dones*, á pesar del abuso ó el poco provecho; *la admiración; la alabanza.*

Los actos del corazón son: *el amor de reconocimiento, la complacencia y la alegría, la bendición y la jubilación, las efusiones de gratitud y de ternura, la dicha y el reposo, el silencio de beatitud.* Estos actos salen de las consideraciones de espíritu enunciadas más alto, el corazón siguiendo al espíritu en vista de la bondad divina y la revista de sus dones.

Los actos de la voluntad son: *el reconocimiento efectivo, testificado por las protestas de*

*fidelidad* hacia un benefactor tan magnífico; *la humildad*, ó la aceptación muy humilde de la situación de *deudor y de obligación insolvente; las resoluciones de no servirse de sus dones más que por su gloria*, de rendirle el fruto de estas semillas de su liberalidad; *las promesas de establecer un comercio espiritual con Él*, y, por último, *el don de sí mismo*, de todo lo que tenemos, de todo lo que somos, de todo lo que hagamos, *en testimonio de reconocimiento y á cuenta de nuestra deuda.*

III. — ACTOS DE LAS VIRTUDES DEL TERCER FIN. — La Propiciación ó Reparación tiene por objeto las ofensas y las insuficiencias que se encuentran en nuestra vida, respecto la verdad de que meditamos y que nos descubre esta meditación: *Propter offensam.* La reparación supone primeramente la confesión de la falta cometida hacia la Santidad de Dios y la aceptación de la deuda contraída hacia su Justicia; después, por la oración, la entrada en favor cerca de su Misericordia. El objeto formal de la Reparación es, pues, apaciguar la Justicia y ganar después la misericordia de Dios.

Actos del espíritu. — *El examen ó la atenta*

*consideración del contraste de nuestra vida con la verdad propuesta, sea por nuestros pecados formales, sea por nuestras imperfecciones; la meditación de la gravedad de este estado, de la gravedad y del número de nuestras faltas, de las consecuencias que este estado y estas faltas arrastran ante Dios, ante Jesús sobre todo, ante nuestras obligaciones para con el prójimo, ante nuestra vocación en el tiempo y nuestro porvenir en la eternidad, la confesión sincera y humilde de todos nuestros errores.*

**Actos del corazón.**—Estos consisten sobre todo en el amor humillado, la compunción, el destrozamiento del corazón, la contrición; el disgusto, la amargura, el temor saludable, la santa tristeza, el horror del pecado; la compasión, la piedad sobre todos nosotros como víctimas del pecado, la compasión sobre Jesús sobre todo, primera, universal, inocente y dulce Víctima de nuestros pecados.

**Actos de la voluntad.**—*La detestación y el aborrecimiento al mal, la huida de sus ocasiones, la ruptura de sus lazos, la conversión interior, el propósito firme, la satisfacción y la resolución de hacer penitencia, la humilla-*

*ción voluntaria, la aceptación de todas las penas que Dios puede imponernos en expiación de todas nuestras faltas, y por último, el don de nosotros mismos, en el anonadamiento humillado del pecador: á la Justicia, para que ella se satisfaga en este mundo en nosotros; á la Misericordia para que tenga piedad, tenga paciencia y nos conceda nuevas gracias; á la Santidad para que nos restaure y nos transforme.*

IV. — ACTOS Y VIRTUDES DEL CUARTO FIN.  
— La súplica ú oración tiene por objeto los dones, los beneficios y las gracias que hay que pedir á Dios para el porvenir, así como la acción de gracias tiene por objeto dar gracias de los beneficios ya recibidos: *Propter beneficia sperata.*—Ella tiene por razón formal la Bondad, la Liberalidad, la Plenitud, la Providencia de Dios que se trata de impetrar y de hacer atentas y generosas para darnos todos los bienes necesarios á nuestra indigencia de criaturas miserables. La vista de esta indigencia aparece necesariamente durante la *Reparación* en la consideración de las insuficiencias y de las faltas que hallamos en nuestra alma con respecto á la verdad propuesta como asunto.

Esta indigencia se había dejado ver ya por el contraste de las manchas del alma contempladas en la *Adoración*, con los beneficios y los dones reconocidos en la *Acción de gracias*.

**Actos del espíritu.** — *Vista* neta de nuestras necesidades; *consideración* de las gracias precisas que tenemos que pedir para hacer que nuestra alma aproveche todos los frutos contenidos en la verdad propuesta; *consideración* de la *Riqueza*, de la *Plenitud*, de la *Providencia* de Dios, quien, sin empobrecerse, tiene con que enriquecer á millones de miserables; *recuerdos* de las *promesas* por las cuales Dios se ha comprometido á dar, ó *hechos* ó *prendas* que muestren que quiere ser más liberal, habiéndolo sido ya tan magníficamente.

Los actos del corazón consisten en la *esperanza*, en la *confianza*, en los *deseos* vivos y ardientes avivados por el *sentimiento de lo que se ha recibido ya*; en el *sufrimiento* que uno experimenta de su indigencia; en la *piedad* por sí y por los demás, cuyas necesidades, idénticas á las nuestras, se conocen en la *caridad*, el amor *desinteresado*, *generoso*, *celoso*, *apostólico*, que hace que se desee y pida con insis-

tencia lo que debe ser un bien para Dios ó para el prójimo.

Los actos de la voluntad son: la *oración formal* ó la *petición*, expresada por el corazón ó por los labios; la *oración repetida*, *obligatoria*, *perseverante*; la *oración humilde* y *humillada*, *llena de ardor* y *de abandono* al mismo tiempo; *deseando* lo que pide, pero más lo que sea del agrado de la Voluntad divina, que puede preferir, por razones conocidas de su insondable sabiduría, retardar en lugar de conceder inmediatamente, permitir el cumplimiento de la prueba en lugar de preservar de él; la *resolución de poner en obra*, en seguida y muy fielmente las gracias pedidas, la *petición* de los mismos dones *para todos aquellos que los necesitan*, y por último el *don de nosotros mismos*, la oblación de nuestro ser y de toda nuestra vida al Dios bueno de quien esperamos socorro, para pagarlos, á lo menos en pequeña parte, por el poco precio de lo mejor que podemos ofrecer.

Al terminar, es preciso dirigir una mirada sobre los deberes que van á seguir inmediatamente á la *Adoración*; pedir las gracias muy precisas que nos han de ser entonces necesari-

rias; después implorar, por la intercesión de María y del señor San José, la bendición de Nuestro Señor.

Los asuntos de adoración que van á leerse están compuestos solamente de estos diversos actos; si no los hemos especificado ni colocado en una evidencia metódica, es para permitir al piadoso adorador expresarlos por sí mismo según se sienta inspirado, y creemos que si es bueno sostener y reglamentar la oración, es preciso dejar á cada alma la tarea y el consuelo de hacerla.

MANUAL

DE

LA ADORACIÓN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rias; después implorar, por la intercesión de María y del señor San José, la bendición de Nuestro Señor.

Los asuntos de adoración que van á leerse están compuestos solamente de estos diversos actos; si no los hemos especificado ni colocado en una evidencia metódica, es para permitir al piadoso adorador expresarlos por sí mismo según se sienta inspirado, y creemos que si es bueno sostener y reglamentar la oración, es preciso dejar á cada alma la tarea y el consuelo de hacerla.

MANUAL

DE

LA ADORACIÓN.

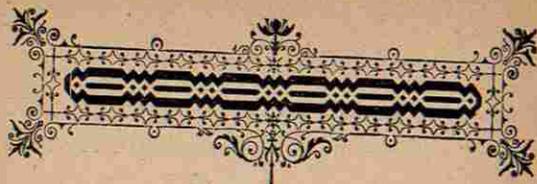
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA.

El Hecho.

I. — ADORACIÓN.

**A**DORAD á Nuestro Señor instituyendo el Sacramento de la Eucaristía en el exceso del más grande amor. Contempladle en el último día de su vida, en la tarde de su muerte, en su última hora de libertad, sentado en medio de sus apóstoles, entre San Pedro y San Juan. Acaba de humillarse ante ellos hasta el grado de lavarles los pies; los apóstoles están emocionados, conmovidos: ¿qué va á suceder? Jesús toma el pan, levanta los ojos al cielo, da gracias á su Padre, bendice el pan y lo

parte, diciendo: «Tomad y comed todos. Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí.»

En seguida tomó el cáliz lleno de vino y mezclado con un poco de agua; le bendice, da gracias y dice: «Tomad y bebed. Esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por muchos en remisión de sus pecados.»

Adorad á Jesús en esos diversos actos; escuchad sus palabras y seguidlas atentamente con el respeto del amor. Ved qué dulce majestad ostenta toda su Persona, qué bondad su mirada, qué acento de ternura sus palabras.

Después, haced un acto de fe formal y detallado á todo este misterio.

Yo adoro, oh Jesús, vuestra veracidad; yo creo que verdaderamente habéis pronunciado aquellas palabras adorables; creo que son ciertas y que producirán eficazmente lo que ellas enuncian.

Yo creo que, á vuestra palabra, el pan se convierte en vuestro propio Cuerpo, y el vino en vuestra propia Sangre.

Creo que toda la sustancia del pan y del vino fué cambiada ó transustanciada en vuestro cuerpo y en vuestra sangre.

Creo que sólo quedaron del pan y del vino las apariencias ó accidentes exteriores, tales como el color, el sabor, el peso y la cantidad, y que sólo en vuestra sustancia quedaron convertidos esos accidentes.

Creo que entonces estabais tan verdaderamente presente bajo las especies consagradas, como en la mesa á la vista de vuestros apóstoles.

Creo que toda vuestra sangre se unió á la sustancia de vuestro cuerpo, bajo la apariencia del pan, y toda vuestra carne á la sustancia de sangre, bajo la apariencia del vino.

Y creo también, oh Jesús, que lo que hicisteis una vez en la cena, lo verifican como Vos, por orden y poder vuestro, los sacerdotes, en virtud de las palabras: «Haced esto en memoria de Mí.»

Creo, pues, que estáis presente en todas las Hostias consagradas, en todos los Tabernáculos del mundo, y os adoro en ellos, os alabo en ellos, os bendigo en ellos, ¡oh Jesús, autor de este Sacramento de amor! Uno mi adoración y mi fe á la de los apóstoles en la cena; os adoro con los ángeles que velan silenciosos y ardientes de amor en torno de vuestros Tabernáculos.

## II.— ACCIÓN DE GRACIAS.

«Jesús dió gracias: *gratias egit.*»

Oh Jesús, Vos disteis gracias de que hubiera llegado el momento en que pudisteis dar libre curso á vuestro amor, y dejarle franquear todos los límites que pueden imaginarse.

Disteis gracias á vuestro Padre de que os permitiese entregaros á todos para siempre, sin reservar nada de Vos mismo, ni vuestro ser, ni vuestra gloria, ni vuestros derechos.

Os congratulasteis y expresasteis vuestro reconocimiento como si hubiese sido una ganancia ó un provecho para Vos.

¿Qué ganáis, pues, con daros así personalmente? ¿Qué esperáis sacar para Vos de tal exceso de amor? Las alabanzas y los homenajes ¿compensarán los olvidos y los desprecios, los insultos que habéis sufrido en la larga vida sacramental que comenzasteis en aquella hora?

¿Recibís tanto amor como ingratitud?

¿Creéis que se estimará ese tesoro en todo su valor?

¡Ah! ¡Vos sabéis qué cáliz tan amargo, siempre lleno y desbordante, os prepara este estado sacramental; sabéis muy detalladamente todo

lo que os espera; prevéis todas las circunstancias de la malicia humana; conocéis todos sus dobleces; medís toda su obstinación, y dais gracias porque queréis hacer el bien á muchas almas, á vuestras pobres criaturas: este es vuestro objeto supremo, vuestra alegría, vuestra recompensa, la necesidad siempre ávida y jamás saciada de vuestro corazón!

Y si Vos dais gracias porque podéis daros, ¿cuál deberá ser mi reconocimiento para Vos de quien recibo el don de vuestro infinito amor?

Es por mí y por nosotros todos por quienes instituisteis este Sacramento: *Pro nobis.*

¡Por mí aquella idea, por mí la invención sublime de la Eucaristía!

¡Por mí las maravillas del poder y el cúmulo de milagros que exige su institución!

¡Por mí esos esfuerzos de amor, de paciencia y de perdón, y los sacrificios sin número y sin nombre que cuesta su perpetuidad!

¡Por mí, por mi bien y salvación, por mi fuerza, asistencia y consuelo!

¡Por mí! ¿Y quién soy yo? Nada y pecado, impotencia é ingratitud.

Y Vos, que os dais así, ¿quién sois? ¡Todo ser, toda perfección, todo amor!

¡ Oh amor, oh bondad, oh condescendencia, oh tesoros inagotables de las ternuras del corazón de Jesús! ¿qué os daré?

Reconozco, al menos, mis deudas, que no puedo satisfacer; confieso para gloria vuestra que os debo todo, ¡oh Jesús! Os doy gracias y os bendigo por todo.

Y alabaré y cantaré, para siempre jamás, la bendita hora de vuestro Sacramento y de mi Sacramento; fuente que no se agotará, principio siempre activo, foco inextinguible de la vida, de la gracia y de la misericordia de la Iglesia.

Ella produjo la Hostia llena de purísimas delicias de mi primera comunión; de esta cepa bendecida recojo todos los días el fruto fortificante que mantiene mi vida desfalleciente, porque la hora de la institución dura siempre, fija como un sol al firmamento de la Iglesia, y de quien espero el viático de mi día postrero. ¡De Vos, oh Jesús Eucaristía, espero mi Cielo eterno!

Entonces, en aquellos días que no tendrán noche, será cuando os rinda dignamente gracias por la institución de vuestro Sacramento, ya que mi inteligencia esté abierta para comprender las maravillas, y mi corazón abrasado

del amor infinito para amarle bastante. Y aun en el Cielo, ¿será capaz mi reconocimiento de subir á la altura del beneficio de vuestra Eucaristía?.....

### III.—REPARACIÓN.

Al instituir la Eucaristía, dijo el Señor: «Este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros; esta es mi Sangre, que será derramada por muchos en remisión de sus pecados.»

Estas palabras demuestran que la Eucaristía es un sacrificio, una inmolación, una muerte por el pecado.

Efectivamente, ¿no es estar muerto y más que muerto, para un hombre vivo, que reducido al estado de una hostia, se constituye en alimento del hombre? Ya no hay brillo en sus ojos, ni majestad en su persona, ni vida en sus labios; sólo reina el silencio, la obscuridad, la inercia y la muerte. ¡Ved si hay alguna diferencia entre un hombre vivo y su cadáver, y entre Jesús vivo, sentado en la mesa con sus apóstoles, y Jesús convertido en el pan que comen temblando.

El estado Eucarístico es, pues, un estado de muerte. Jesús le instituye, se reviste de él para

expiar nuestros pecados. Su sabiduría le muestra que es el único medio de contrabalancear ante el Padre el peso de los crímenes del mundo.

Es necesaria la humillación profunda de Jesús en la hostia para oponerse á nuestro orgullo; su obediencia, contra nuestras continuas contradicciones; su pobreza, contra la ostentación de nuestro lujo; su pureza y su desprendimiento de todo lo creado, contra nuestra sensualidad y las inclinaciones de nuestro corazón.

¡Padre santo, recibid esta hostia por mis pecados! ¡Jesús, yo os pido perdón de todas mis faltas y de la malicia persistente que tengo en renovarlas, cuando Vos aceptáis tan grandes sacrificios para expiarlas! ¡Yo las detesto con Vos, como Vos y tanto como Vos!

Además del estado de muerte que Vos mismo escogisteis, en el momento de la institución de la Eucaristía, ¡cuántas otras muertes llenas de ignominia os imponemos, oh víctima divina!

¡Muerte del aislamiento, muerte del insulto, muerte de la ingratitud, muerte del sacrilegio!

Y Vos las veis dirigirse á Vos, odiosas, despreciativas, amenazadoras, insultantes, en la persona de Judas.

¡Y, sin embargo, instituíis vuestro Sacramento, y aceptáis sufrirlas!

Pero, ¡desgraciados de aquellos que os las inferen! ¡Perdón para ellos, oh Jesús! ¡Perdón para todos los que os abandonan, os desprecian y os insultan! Aceptad en reparación mi fe, mi respeto, mi poco amor.

«Esta es mi Sangre, que será derramada por muchos.» ¿Qué significa ese «muchos», sino que esta Sangre, dada por todos, no ha de servir en realidad á todos, y que habrá algunos endurecidos que se abstraigan obstinadamente á su acción redentora?

¡Ah! ¡Muy bien lo vemos! Esa Sangre se digna correr sin interrupción y brotar de mil fuentes á la vez, para extender por todas partes sus olas saludables, y hay almas que tienen la funesta ciencia de desaprovecharla.

Y pensando en estos pobres extraviados, padecisteis, al instituir la Eucaristía, el más penetrante dolor. Los visteis á todos en Judas; en aquel Judas que fué insensible á todas las muestras de vuestra ternura, que comulgó sacrilegamente, que murió impenitente, á pesar de los avisos, de las prendas sinnúmero de vuestro amor.

Y aquella idea os conmovía tristemente y os

hacía estremecer; os llenaba de profunda turbación. En esto estuvo el tormento supremo de vuestro corazón: en considerar inútil para muchas almas este Sacramento, prueba de un amor inmenso, fruto de innumerables sacrificios, renovación diaria y continuada de vuestra muerte.

¡Oh Jesús, yo participo de vuestro dolor y de vuestras angustias; yo os pido por los obstinados; os suplico que tengáis misericordia de los moribundos que rehusan, en aquella hora, recibir el Viático de su eternidad!

#### IV. — SÚPLICA.

«Haced esto en memoria de mí.»

Cuando Jesús nos ha dado todo; cuando en el acto sólo de la Cena se hizo á la vez nuestra víctima, nuestro alimento y nuestro compañero: nuestra víctima, para ser inmolado hasta el fin; nuestro alimento, para darse á todos los hombres de todos los siglos, pequeños ó grandes, pecadores ó santos; nuestro compañero, para guiarnos, seguirnos á todas partes y en todas las latitudes, y vivir con nosotros como un padre en medio de sus hijos, y como un amigo con sus amigos; cuando hace este

don que abraza todas las plenitudes, la de su ser divino y humano, la del tiempo y la del espacio, entonces, en cambio, hace á sus apóstoles, y á nosotros en persona de éstos, una humilde y conmovedora súplica: «Acordaos de mí.»

¡Sí, en pago de este amor, que reviste tantas formas magníficas, que es tan liberal, constante y magnánimo, sólo nos pide un recuerdo! ¡No olvidar que Él está allí; acordarnos que está á nuestra disposición; saber que nos espera y nos ofrece sin cesar todos sus bienes, es todo lo que Él desea, todo lo que exige, todo lo que solicita de nosotros! Sólo nos pide, sólo nos suplica que «nos acordemos de Él.»

¡Ah! ¡Quién comprendiera lo que encierran de amor y de ternura estas palabras del Salvador! ¡Con qué armonía, dulzura y poder suenan al oído del corazón! Pobres, débiles, afligidos, tentados, turbados, desfallecidos, ciegos, desnudos, hambrientos, pecadores, á todos vosotros os pido, por vosotros y por mí: «¡Acordaos de mí!»

¡Salvador de mi alma, Jesús-Hostia, yo quiero acordarme de Vos! Me lo propongo desde este momento. Pero ya sabéis lo que valen, lo que pueden, lo que duran mis reso-

luciones si vuestra gracia no las previene y sostiene.

¡Haced, pues, todo! Concededme la gracia de acordarme de Vos y guardadla Vos mismo en mi alma. Dadme que piense en Vos, en vuestro Sacramento, con un recuerdo constante; que no ceda ni á las preocupaciones de mi trabajo, ni á las distracciones de la vanidad, ni á las seducciones del mundo, ni al agobiamiento de mis disgustos. Dadme que me acuerde de vuestra Eucaristía por todas partes; en la soledad de mi morada, en mi familia, en mis relaciones sociales, en todas partes.

Que vuestro divino recuerdo temple y santifique mis alegrías y mis placeres; que dulcifique, sobrenaturalice y haga útiles y fecundos mis sufrimientos y mis lágrimas.

Que os consagre un recuerdo de amor con mi corazón. Que os consagre un recuerdo tal como Vos lo queréis; que me haga fiel á vuestro Sacramento, respetuoso en su presencia, solícito en recibirle; siempre digno de Él.

Que mi vida esté enteramente ordenada, instituída para Vos, dirigida hacia Vos, vivificada por Vos.

¡Oh Eucaristía! Que tu recuerdo sea el sol

de mi vida, la luz de mi espíritu, la pasión de mi corazón, la salvaguardia de mi conciencia, la pureza de mis intenciones, el móvil de mis pasos, el poderoso apoyo de mi oración; en una palabra, mi fe, mi esperanza y mi amor.

¡Que yo viva de tu recuerdo, Sacramento de Jesús!



LA INSTITUCION  
DE LA EUCARISTÍA,

La obra maestra de Dios.

I. — ADORACIÓN.

**A**DORAD el Poder divino de Jesús, desplegando la fuerza de su brazo y acumulando las más admirables maravillas en la institución de la Eucaristía. La Transustanciación es su obra maestra, que contiene y resume todos los prodigios que ha obrado en el transcurso de los siglos.

La Omnipotencia, con una sola palabra, cambia el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo: es obra de una fuerza tan grande como la creación misma, porque hace desapa-

recer, ó mejor dicho, sumerge en la nada toda la sustancia de los dos elementos. Pues bien; para hacer entrar en la nada á un ser, se necesita tanto poder como para sacarlo de ella, y para esto Dios debe vencer la inclinación natural de su bondad, que es de dar el ser más bien que restringirlo.

Después de esto, los accidentes ó las apariencias del pan y del vino quedan en su estado primitivo, con el mismo gusto, la misma apariencia, la misma forma y el mismo aspecto que antes. Esta es otra maravilla, porque estas apariencias no pueden, según las leyes de la naturaleza, existir sin estar sostenidas y sin reposar sobre la sustancia, para la cual son creadas, como sobre su base natural. El Cuerpo de Jesucristo no es su punto de apoyo, pues no tiene ni la forma, ni la blancura, ni el sabor de la Hostia. ¿Quién, pues, sostiene en su soledad, y como suspendidos sobre el abismo de la nada, sin dejarlos caer en él, á estos seres tan frágiles, á los que el cuerpo de Jesús no sostiene? La Omnipotencia.

Jesús tiene treinta y tres años cuando instituye la Eucaristía; es un hombre hecho, de alta estatura, de miembros fuertes y ágiles, de

rostro noble, tal, en fin, como el primer hombre salido de las manos del Criador. Pues bien; de repente este hombre es reducido á un punto, no conservando ni dimensiones, ni talla, ni tamaño, ni cantidad; todo ha desaparecido, sin que los ojos puedan percibir más que el velo del pan, que le cubre como una piedra de sepulcro. ¿Quién, pues, ha podido ejercer esta destructora acción sobre el cuerpo de Jesús? El brazo de la Omnipotencia.

Y en el punto del pan consagrado, imperceptible, indivisible, inaccesible á la vista y á la mano, así como á la inteligencia del hombre, el Cristo continúa vivo, organizado en las proporciones tan bien arregladas de su cuerpo, con todos sus miembros, con su rostro de dulce mirar, con su corazón, cuyas pulsaciones violentas, ó apaciguan nuestro amor ó nuestra frialdad. ¿Quién es, pues, esa mano que juega así entre las maravillas más admirables y más contradictorias en apariencia? La mano de la Omnipotencia.

Y como este adorable juego recrea soberanamente al Amor, la misma Omnipotencia que lo inauguró en la Cena lo continúa á través de los siglos, confiando sus admirables resortes á pobres ministros escogidos entre los hombres;

y he ahí que á cada hora del día, en toda la superficie del globo, millares de sacerdotes repiten y perpetúan esos insondables prodigios, sin esfuerzo, con la acción más simple, pronunciando algunas palabras en voz baja.

¿Quién piensa en esa acción incesante de la Omnipotencia, que transforma la tierra en un campo de innumerables maravillas? ¿Quién piensa en ella para adorar, para bendecir á la Omnipotencia y vivir en el santo temor que deberían inspirarnos su presencia que nos rodea, su acción que se ejerce tan cerca de nosotros, y las maravillas sembradas bajo nuestros pasos, á través de las cuales pasamos sin fijarnos en ellas, de un modo semejante á los monarcas de Oriente, acostumbrados á pisar tapices de oro, cuyo valor equivaldría á la fortuna de una provincia?

¡Omnipotencia de Jesús, yo os adoro! La Eucaristía es vuestra obra por excelencia; sólo Vos pudisteis crearla, y sólo Vos podéis mantenerla: bien sé que cuando el Amor lo desea, todo es posible, y creo en todas las maravillas que reunís en la Eucaristía.

## II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

Dad gracias á la divina Sabiduría por la parte que toma en la institución de la Eucaristía; estudiad los medios admirables que toma, los recursos variables que despliega, los prodigios de inteligente ternura que verifica para ajustar la Eucaristía á nuestras necesidades, y para hacer de todo la obra maestra de amor, de bondad, de dulzura y de condescendencia, que ella ha sabido hacernos tan familiar.

Teníamos necesidad de que nuestro Dios se hiciese presente á nosotros de una manera al mismo tiempo sensible y espiritual, accesible y oculta: sensible, para que nuestra alma, encerrada en la prisión del cuerpo, no pudiese ver nada sino por la ventana de los sentidos; oculta, para que la fe se ejercitase á través de los velos de lo incomprendible; sensible, para ayudar á nuestra fe; oculta, para templar el esplendor del cuerpo glorioso de Jesús y abatir su majestad.

La Sabiduría inventó la presencia bajo las apariencias sensibles del pan; vemos entonces á nuestro Dios, sabemos dónde está, vamos derechos á Él sin temer, y no le palpamos: la

se tiene lugar de ejercitarse, al mismo tiempo que el amor, estimulado por el velo discreto que le encubre, anuda con Él las íntimas relaciones de la amistad familiar.

Teníamos necesidad de encontrar en un alimento divino y reparador la vida sobrenatural que perdimos al comer el fruto prohibido y envenenado.

La Sabiduría ha puesto la propia vida de Dios, la vida con que vive en sí misma, en la carne de Jesús, pues la ha envuelto y reducido á un poco de pan, á fin de que podamos recibirla sin la repugnancia que causaría la vista de la carne viva, el estupor que causaría Jesús si viese á nosotros con su grandeza natural.

En fin, era preciso que todos los hombres, teniendo las mismas necesidades, pudiesen disfrutar de la misma felicidad que los Apóstoles en la Cena. La Sabiduría hizo á un tiempo las dos maravillas de la perpetuidad y de la multiplicación de la Eucaristía, y gracias á este medio la Eucaristía se reproduce todos los días, en todos los lugares, y la Mesa se encuentra por todas partes para alimento y consuelo de todos.

Sabiduría eterna, Sabiduría encarnada, Sabiduría que habéis inspirado las armonías de

la Eucaristía, ¡cuán dulce es vuestro espíritu! Para testificarme vuestra ternura, me da el pan celestial, que encierra en sí todos los sabores: ¡Vos le habéis preparado expresamente para mí, y tan bien apropiado á su objeto, que no pudiera encontrar nada más accesible á mi amor, más creíble á mi fe, más conveniente á vuestra majestad y más conforme con mis necesidades! Sed alabada, bendecida, y déneos gracias para siempre jamás, ¡oh Sabiduría eternamente amante, eternamente amable! Vos sois la Eucaristía misma, y venís á nosotros en el dulce maná del Sacramento.

### III.—REPARACIÓN.

Contemplad á la Divina Misericordia en la parte que ha tomado en la institución de la Eucaristía. En ella ha depositado el perdón, la expiación y la reparación perpetua por los pecados del mundo.

Y el pecado, ¡ah! el pecado sigue cometiéndose después que Jesús murió sobre la Cruz para destruirlo y expiarlo. ¿No era preciso que la muerte de Jesús continuase persiguiéndolo y reparándolo á medida que fuese cometido?

La Misericordia ha hecho que la Eucaristía sea, no sólo un sacramento, sino un sacrificio, y ha puesto en éste todos los méritos, todas las satisfacciones, todas las eficacias del sacrificio de la Cruz. Cada día ella repite en nuestro favor la obra del Calvario: ella inmola á Jesús, ella consume la víctima, y no cesa de tener al mundo empapado en su sangre redentora.

¡Oh Misericordia, cómo os esmeráis en perdonar!

¿No era preciso que todas las almas pudiesen acercarse al Calvario, empapar sus vestiduras en la sangre del Cordero para purificarse, beber en aquella fuente saludable para santificarse, y comer su parte de la víctima para participar plenamente de la virtud del sacrificio de Jesús? ¿No era una necesidad que el pecado fuese perseguido hasta en los retiros profundos del cuerpo y del alma de cada uno, donde se extienden sus raíces? ¿Que la Carne purísima purificase nuestra carne, y que la Sangre inocente apagase los funestos ardores de nuestra sangre corrompida?

Y la Misericordia conserva en la carne resucitada de Jesús todas las virtudes santificantes de la Víctima sacrificada en el Calvario; hace de ella un bálsamo, un colirio, un remedio

soberano, y todos los días nos lo da en la comunión; ella entra en nosotros con la Hostia santa y se dedica á restaurar, á extinguir, á arrancar, á curar: nada de lo que está enfermo y herido, ni el sufrimiento, escapa á su acción, en el alma ni en el cuerpo.

¡Oh Misericordia, cómo os ocupáis en restaurar!

¿No era necesario también que los hombres culpables y obstinados tuviesen sobre ellos, para que rogase por ellos y desviase los rayos de la Justicia, un sacerdote santo, inocente, sin mancha, que no necesitase perdón para Él y que pudiese desde luego ofrecer en favor de aquéllos todas sus oraciones y todos sus méritos, y que hiciese oír, noche y día, la voz de su sangre voluntariamente derramada?

Y he ahí que la Misericordia ha colocado á este Sacerdote soberano, á este mediador omnipotente, á este infatigable abogado, á este vigilante centinela en todos los Tabernáculos, en todas las Hostias; y la misma Misericordia le ordena que defienda nuestra causa con instancia, que vigile sin tregua, que dé el toque de alarma, que llame á socorro, que acepte los ultrajes, las humillaciones, las heridas y aun la muerte; que en lugar de desertar de ese

lugar avanzado de la protección, de esa ciudadela de salud que cubre el mundo, le defienda y asegure sus comunicaciones con Dios. Y Jesús se queda cumpliendo su misión. Y el mundo vive, y la paciencia de Dios no se cansa.

¡Oh Misericordia, cómo evitáis castigarnos!

¿Qué tengo yo que hacer, sino unirme á vuestros designios, reparar con la Víctima del altar, pedir perdón para mí y para mis hermanos, con el Sacerdote del Tabernáculo, y santificarme por la recepción cotidiana de esa Hostia tan saludable, oh Misericordia infinita de mi Dios?

#### IV.—SÚPLICA.

Abrid vuestra alma; dilatadla en la confianza para admirar la parte que toma en la institución de la Eucaristía la Liberalidad divina.

«Señor, dijo el Profeta, Vos abris vuestra mano y colmáis á todos los seres de vuestra bendición.» Esta bendición es el pan bendito y consagrado por Jesús en la Cena, por el Sacerdote en el altar; es la Eucaristía que la Liberalidad de Dios derrama sobre nosotros á

manos llenas. «Tomad, comed, bebed todos.» La Liberalidad de Dios, tan magnífica en todas sus obras, pasa en esto de toda medida. A todos nos dice, todos los días y en todas partes: «Tomad y comed, tomad y bebed; este es mi Cuerpo..... esta es mi Sangre, que os entrego.»

Pero si Dios se nos da á sí mismo, ¿qué nos dará consigo?

¿Los bienes humanos y divinos? La Eucaristía nos da á la misma Divinidad.

¿Bienes del alma? Ella nos da el Alma de Jesús.

¿Salud, vigor y pureza del cuerpo? Ella nos da el Cuerpo de Jesús.

¿Socorros temporales, pan de cada día, utilidad en el comercio, salario en el trabajo? Ella nos da todos los socorros, todos los bienes, todos los tesoros encerrados en el Corazón de Jesús.

¿Quien da lo más, puede rehusar lo menos?

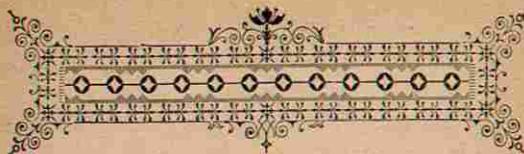
Y esto que la Liberalidad de Dios nos da así, sus bienes, sus gracias, sus tesoros, sus socorros y su Eucaristía, nos los da siempre, sin cansarse y sin rehusarlos ni aun á los que abusan de ellos.

¡Siempre! ¡á todos! y ¿á qué precio? Al

precio de un simple deseo, de una mirada dirigida hacia el Tabernáculo, de una necesidad que se expresa, de una miseria que se confiesa. «Venid, venid todos; venid también los que no tenéis ni oro, ni plata; venid en grupo y comprad sin desembolsar, sin dar ninguna compensación; comprad el pan y el vino que sacian; venid, bebed, comed, embriagaos, carísimos.»

Dulce Liberalidad de mi Dios, que queréis colmarme, hacerme abundar y oprimirme bajo vuestros beneficios, yo confío en Vos, á Vos me dirijo sin temor y sin poner límite á mis deseos, pues mis necesidades no los conocen. ¡Ah! Entre todos los pobres, cuyos ojos están abiertos y dirigidos hacia Vos, esperando todo de vuestra mano, dignaos contarme y dadme á mí también como á los demás mi alimento en la hora favorable. Y este alimento, ¡oh inefable Liberalidad! es la luz, la fuerza, el consuelo, la paciencia, el amor á vuestra voluntad y la humildad; es la salud del cuerpo y del alma para mí y para los míos; es todos los socorros, innumerables é incesantes de que tendré necesidad hoy y mañana y todos los días de mi vida, hasta aquel en que os posea en el cielo. Dádmelos abundantes, prontos y

eficaces; tenédmelos en reserva, para que á la hora que los necesite me lleguen vivos y vencedores de los tesoros de vuestra Eucaristía, donde residió y donde siempre podré encontraros, ¡oh Liberalidad siempre adorable!



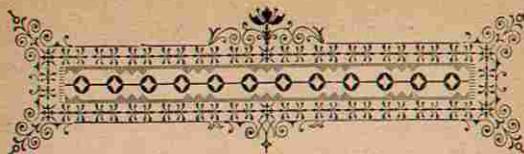
## LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

El Sacerdote.

I.—ADORACIÓN.

**R**EUNID todos los sentimientos de respeto, de veneración, de reconocimiento, de amor y de fe que pueden entrar en el acto de adoración, para adorar á Nuestro Señor Jesucristo como lo merece, bajo su nombre sacrosanto y admirable é inefable de Sacerdote. Descorred por la fe el velo de las especies, y en éste Santo de los santos en que ejerce hasta el fin la función suprema de su sacerdocio eterno, adorad al Sacerdote por excelencia: «*Tu es sacerdos in æternum.*» Vos sois Sacerdote, Vos sois el único Sacer-

eficaces; tenédmelos en reserva, para que á la hora que los necesite me lleguen vivos y vencedores de los tesoros de vuestra Eucaristía, donde residió y donde siempre podré encontraros, ¡oh Liberalidad siempre adorable!



## LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

El Sacerdote.

I.—ADORACIÓN.

**R**EUNID todos los sentimientos de respeto, de veneración, de reconocimiento, de amor y de fe que pueden entrar en el acto de adoración, para adorar á Nuestro Señor Jesucristo como lo merece, bajo su nombre sacrosanto y admirable é inefable de Sacerdote. Descorred por la fe el velo de las especies, y en éste Santo de los santos en que ejerce hasta el fin la función suprema de su sacerdocio eterno, adorad al Sacerdote por excelencia: «*Tu es sacerdos in æternum.*» Vos sois Sacerdote, Vos sois el único Sacer-

dote eterno, oh Jesús, hijo de Dios hecho hombre. Vos sois Sacerdote como nadie lo ha sido ni lo será, Sacerdote por esencia, Sacerdote por naturaleza, así como por elección, y vuestra elección es vuestra naturaleza misma que os ha constituido Hombre-Dios. Vos sois Sacerdote en toda la plenitud de la forma sacerdotal, en toda la perfección de las cualidades sacerdotales, en toda la extensión posible del poder, de la acción y de las funciones del Sacerdocio: *Tu es sacerdos*. Oh Jesús, nuestro Sacerdote, yo os saludo, os aclamo y me prosterno delante de Vos, os adoro y quisiera fundirme de reconocimiento y anonadarme de respeto ante la verdad profunda é incomprensible, ante las cualidades preeminentes, ante la acción infinita é inefable de vuestro nombre, de vuestra perfección, de vuestras funciones de Sacerdote: *Tu es sacerdos*.

El primer oficio de Cristo como mediador del sacerdocio, y su primer acto es intervenir entre Dios y los hombres para ser el intermediario auténtico de sus relaciones religiosas, *Sacerdos, quasi sacra dans*, dice Santo Tomás: propio es del sacerdocio comunicar al pueblo los dones sagrados de Dios, la verdad, la gracia, el perdón, la vida sobrenatural, y hacer

subir hasta Dios los dones sagrados de los hombres, sus adoraciones, sus oraciones y sus ofrendas. Tal es el sacerdocio: es el poder dado por Dios á un hombre, escogido por Él, de ofrecerle en nombre de la sociedad humana los homenajes religiosos que le debe, en la forma que á Él le agrada recibirlos, é igualmente el poder de traer á los hombres las palabras, las órdenes y los dones de Dios. El Sacerdote es, pues, á un mismo tiempo, el hombre de Dios, su ministro para con los hombres, el hombre de los hombres, su embajador y su ministro cerca de Dios. El acto esencial del sacerdocio es el sacrificio, cumbre de la Religión desde donde Dios se arroja sobre la sociedad humana, para honrarle con la ofrenda de una víctima que expresa todos sus deberes, y desde donde le concede sus perdones, le envía sus socorros y la asegura de su satisfacción soberana.

Concentremos nuestra atención en la persona de nuestro adorable Sacerdote. Es claro que el Sacerdote necesita un llamamiento de Dios, para que pueda pretender, sin temeridad sacrilega, aproximarse á Él é interceder por sus hermanos. La delegación del pueblo no bastaría: ¿en qué podría ésta comprometer á

Dios? Dios no se compromete sino con aquellos á quienes llama y á éstos los consagra; es decir, que les da todas las cualidades que quiere encontrar en sus Sacerdotes. ¿Cuándo, por qué signo, unción ó sacramento ha sido Jesús consagrado sacerdote de Dios y de la humanidad?

¡Ah! remontaos á la fuente de su vida, penetrad en lo más íntimo de su ser: ¿veis el momento esperado desde la creación del mundo, en que el Espíritu Santo, habiendo formado un cuerpo de la más pura sangre de María, le infundió una alma más bella que todas las almas creadas? En aquel momento, más violento que el relámpago, pero más grande que el momento de la creación misma, la segunda Persona de la Trinidad, el Verbo, atrae á sí á esta humanidad privilegiada y le da la existencia, haciéndose su propia persona; Dios Padre contempla á su Hijo, no ya en su seno solamente invisible y espiritual, sino hecho Hombre, hecho carne, teniendo un cuerpo propio y una alma propia; y á pesar de este nuevo estado, como su Verbo no ha perdido nada atrayendo á sí á esta humanidad, Dios Padre dijo á este Verbo, ya hecho verdadero hombre por su naturaleza humana, y Dios por su naturaleza divina: «*Tu es filius meus, ego hodie*

*genui te.* Tú eres mi Hijo, oh Verbo encarnado; yo te engendro hoy hecho carne, como te engendré desde la eternidad, espíritu puro, en mi seno. *Tu es filius meus.*» Y al mismo tiempo, dice San Pablo, el Padre añade: «*Tu es sacerdos in æternum.* Tú eres Sacerdote por toda la eternidad.» ¡Al mismo tiempo! Es una misma cosa para Jesucristo ser hecho Verbo encarnado y Sacerdote eterno: el llamamiento de Dios consiste en separar esta humanidad de la masa humana infectada del pecado, y unirla á la Persona del Verbo. Allí, como las olas del óleo santo sobre la cabeza del Sacerdote figurativo, todas las perfecciones, la santidad, la verdad, la justicia, la vida, todos los dones y tesoros del Padre á que el Hijo tiene igual derecho, son derramados en la humanidad de Cristo sin medida y sin reserva. Ella goza de todas las infinitas complacencias del Padre, recibe todos los dones divinos, entrando por su Persona en posesión de la naturaleza divina, fuente de todos los bienes; ella se ha hecho santa, inocente, sin mancha, puesta al abrigo de todo pecado, y no teniendo deuda ninguna delante de Dios. Tal es la consagración de nuestro Sacerdote. Y al mismo tiempo, como es el hombre perfecto por excelencia, el más

noble, más puro y más rico de los hijos de los hombres y por la naturaleza y por la gracia su preferido por todos motivos, encuentra en este hecho el derecho de representarlos á todos delante de Dios, resumir en Él todos sus homenajes, todas sus necesidades, todos sus votos, como un jefe de familia representa á todos sus miembros. He ahí su sacerdocio y su doble delegación: la de Dios, que le consagra y acepta, y la de la humanidad, que le delega y envía. ¡Oh Sacerdocio sublime! ¡Sacerdote perfecto! ¡Consagración superabundante! Jesús, yo os adoro en la plenitud y la perfección de vuestro Sacerdocio. Subid á vuestro altar, «trono eterno de la justicia; Dios, vuestro Dios, aquel que es vuestro Padre, os ha consagrado por la unción del más glorioso sacerdocio, sobre todos los ángeles y todos los hombres, vuestros hermanos: *Thronus tuus Deus..... unxit te Deus, Deus tuus, oleo exultationis præ participibus tuis!*» De Vos descollarán, como de su única fuente creada, todas las gracias sacerdotales, y todos los que sean llamados al envidiable honor del sacerdocio participarán de vuestra incomparable elevación, y deberán mostrarse dignos de Vos, por una santidad que los haga más semejantes á Vos que todos sus hermanos.

## II. — ACCIÓN DE GRACIAS.

La consagración sacerdotal de nuestro Sacerdote es tan conmovedora como sublime. Porque por nosotros, en nuestro nombre, para representarnos y para provecho nuestro, se hizo Sacerdote el Unigénito del Padre. Como pecadores y culpables, como deudores é indigentes, somos tan impotentes como indignos de llegar á Dios para glorificarle, apaciguarle y solicitar de nuevo sus beneficios. He aquí al Sacerdote santísimo y omnipotente, que siempre será escuchado, porque su mérito infinito le da derecho para ello: *Exauditus pro sua reverentia*. Mas su eminente santidad, que lo sobrepone á toda la masa culpable, ¿no le hará olvidar ó despreciar á la tierra? No; la bondad divina ha querido que, revistiéndose de todas las cualidades de un Dios, tomase todas las miserias, todas las enfermedades, todas las debilidades de un hombre, excepto el pecado. Y aun del pecado, de nuestros horribles pecados, que son nuestro mal esencial y la causa de nuestros innumerales males, nuestro Sacerdote santísimo (y aun parece ser más misericordioso que santo)

toma la tentación, la responsabilidad y el castigo. Él se carga de todo esto, á fin de tener por siempre piedad, condescendencia, misericordia y amor inagotables para el pecador. ¡Ah! Gustad, saboread estas palabras de San Pablo, dichas en alabanza de nuestro Sacerdote infinitamente bueno: «Por lo mismo que los hijos de los hombres son carne y sangre, Él ha querido nacer en la carne y en la sangre, á fin de destruir en su propia muerte al demonio, príncipe de la muerte, y libertar á aquellos que, por temor á la muerte, pasaban toda su vida en la esclavitud. Él no tomó la naturaleza de los ángeles, sino la de los hijos de Abraham. Quiso también ser semejante en todo á sus hermanos, para ser misericordioso y fiel Sacerdote que ofrezca á Dios el sacrificio de propiciación por los pecados del pueblo. Quiso sufrir ser tentado para hacerse omnipotente en socorrer á los que son tentados. (Heb., capítulo II.)—Vayamos, pues, con confianza hacia el trono de la gracia, á fin de encontrar allí misericordia, gracia y socorros oportunos en todas nuestras necesidades. Porque nosotros no tenemos un Sacerdote incapaz de compadecer á nuestras necesidades; nuestro

»Sacerdote ha sido tentado y probado como nosotros para asemejársenos en todo, salvo en el pecado. (Heb., cap. IV.)—Porque es preciso que todo Sacerdote sea sacado de entre los hombres y establecido para ofrecer á Dios, en nombre de éstos, dones y sacrificios por sus pecados; es preciso que el Sacerdote pueda compadecer á los que ignoran y caen; y por esto Él mismo se sometió á la miseria humana.—(Heb., cap. V.) Así, nuestro Padre Jesús, durante los días de su vida mortal, ofreció á Dios oraciones y súplicas con lágrimas y sollozos: y aunque fuese Hijo de Dios, aprendió, por todo lo que sufrió, la sumisión y la paciencia; y habiendo sido consumado en la muerte, se hizo para todos los que le obedeciesen la causa segura de su salvación eterna.» (Heb., cap. V.) Jesús, nuestro Sacerdote, se vió, como cualquiera de nosotros, tentado, débil, desolado, abandonado y perseguido, á fin de comprender todo por experiencia, y compadecer más misericordiosa y tiernamente á nuestras tentaciones, á nuestras debilidades, á nuestras miserias, á nuestras ignorancias y á nuestras caídas. ¡Oh amante y dulce Jesús caritativo y condescendiente, Sacerdote de compasivo corazón! Que

mi confianza en volver siempre á Vos, sin dudar de vuestro corazón, sea mi eterna acción de gracias.

### III.—PROPICIACIÓN.

La vista de la incomparable dignidad de sacerdocio de Jesucristo hace comprender muy bien el crimen que comete el mundo cuando, por exigencia ó violencia, lucha contra los sacerdotes que en la Iglesia continúan visiblemente el sacerdocio de Cristo, y son la personificación real y visible en este mundo del Pontífice eterno. Por baja que sea su cuna, vulgar su espíritu, corta su instrucción, y comunes sus virtudes, desde el momento en que el más humilde de los hijos de los hombres ha sentido correr en su alma de la unción santa, que consagró nuestro soberano Sacerdote, Jesús, quien desde la obra adorable del sacerdocio se difunde hasta á los grados más inferiores de la jerarquía sacerdotal, aquel humilde es Sacerdote, Sacerdote por elección de Dios, Sacerdote por comunicación del sacerdocio de Jesús, Sacerdote por toda la eternidad. Él es la parte de Dios, su propiedad, su ministro; es su instrumento, su órgano, su

boca, para decir sus palabras y su ley, sus perdones y sus condenaciones; su brazo para obrar las maravillas de la vida sobrenatural, crear las realidades del sacramento, aplicar sus bálsamos y distribuir todos los dones de la vida sobrenatural. Él imprime á lo más íntimo de su ser un carácter único é imborrable. El habita en el Santo de los Santos; está sobre todos los pueblos, súbditos y reyes; no pertenece sino á Dios: es el hombre de Dios. Y salvo una apostasía pública, que obligue á la Iglesia á desterrarle de su santuario, tiene derecho á la libertad absoluta de su divino ministerio, á los respetos, á la sumisión, al concurso fiel de todos. Este ha sido el sentir unánime de todos los siglos y de todos los pueblos que no han caído en el delirio de la sinrazón social. ¿Cómo caracterizar entonces los atentados de los poderes públicos contra los derechos, la libertad y la vocación de los clérigos? Este es el más grande de los crímenes sociales, y se comete contra los clérigos de toda jerarquía, desde el niño que es violentamente arrastrado á cambiar contra el escándalo de los campos la paz del Santuario, tan necesario á su vocación naciente, hasta el Soberano Pontífice, cuya libertad está encadenada y su

dignidad ultrajada por las usurpaciones de un poder sacrilego. Reparad también por los juicios temerarios, los cálculos miserables y la inteligencia injuriosa que guían á un gran número de cristianos en su juicio práctico sobre el sacerdocio; por las oposiciones irracionales, las maniobras desleales, tiránicas y sacrilegas, por las cuales algunos se oponen, hasta entre las familias cristianas, á las vocaciones sacerdotales. Y, por último, si algún astro, cayendo del firmamento de la Iglesia, contrista á las almas por el ruido de su caída y deshonor á la Iglesia por su apostasía, reparad también por oraciones, lágrimas y penitencia este crimen, que fué el de Lucifer en el cielo y el de Judas en el Cenáculo.

#### IV.—ORACIÓN.

Nuestro Señor decía á sus Apóstoles: «Ved cómo las mieses se extienden y blanquean á lo lejos; pedid, pues, al Amo que envíe obreros á su mies.» *Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam.* Que sea nuestra oración ardiente y apremiante al terminar la Adoración. Si el sacerdocio es tan magnífico, tan poderoso y tan benéfico; si es

el medio necesario de su mediación y, por consiguiente, de la Redención del mundo, pidamos para innumerables almas la gracia y el honor de participar al sacerdocio de Jesucristo, de extenderlo, de multiplicarlo según las exigencias de la gloria de Dios, del servicio de la Iglesia y de la santificación de los hombres. Pidamos sacerdotes, más sacerdotes, á Aquel que sólo los discierne, los escoge y los llama. Ayudemos por consejos, entusiasmo y limosnas las vocaciones sacerdotales, tan contrariadas en nuestros días por la debilidad de la fe en las familias y por el espíritu del mal que anima á los poderes contra Cristo y contra su Iglesia.

Sobre todo, no cesemos de pedir para todos los sacerdotes una abundante y nueva efusión del espíritu sacerdotal del Sacerdote por excelencia: la santidad de Jesús; es decir, la separación del mundo y de su espíritu; el afecto cordial y profundo al Dios que está en el Tabernáculo, único á quien deber aspirar; el celo por sus intereses en las almas, y, por último, el amor que no retrocede ante el sufrimiento, para completar en ellos el sacrificio no sangriento que ofrecen cada día, y cooperar así á la Redención del mundo: *Sacerdotes tui induantur justitiam et sancti tui exultent.*

LA INSTITUCIÓN  
DE LA EUCARISTÍA.

El Sacrificio.

I.—ADORACIÓN.

**C**ONTEMPLAD hoy al magnificentísimo y poderoso Sacerdote, cuyas perfecciones habéis reconocido y adorado, no ya en su persona, sino en su oficio sacerdotal por excelencia: la oblación del sacrificio. Pues aunque los sacerdotes tengan diversos oficios que cumplir ante Dios y ante los hombres, el más importante, el que es al mismo tiempo la razón fundamental, el carácter esencial y el punto culminante de su sacerdocio, es ofrecer á Dios el sacrificio público. Este sacrificio, en efecto, no es el homenaje arbitrario de un individuo, de una fa-

milia ó de un grupo. Es el homenaje religioso de la gran familia cristiana esparcida en el mundo entero. Aun más: habiendo sido Cristo consagrado Sacerdote á nombre de toda la humanidad, de la cual es jefe, su sacrificio es la expresión solemne de la religión de toda criatura, en todos los tiempos y en todos los lugares. Ved, pues, al adorable Pontifice vestido, no de un traje de lino deslumbrante de blancura, ni con mitra de oro y cíngulo precioso, sino envuelto en el espléndido vestido de la divinidad, en que brillan como bordados preciosos todas las variedades de los dones, de las cualidades, de las virtudes y de los méritos de su santidad creada; vedle subir al altar para ofrecer á Dios el sacrificio que reclaman á la vez su majestad soberana, su liberalidad inagotable y su justicia herida por el pecado; vedle elevarse del seno de la multitud, más grande, más santo que todos, llevando en su alma las obligaciones, las necesidades y los deseos de todos. Él va á satisfacer á la vez á Dios y á los hombres, á unirlos en una amistad que sea igualmente digna de Dios y necesaria á la criatura, pagar la deuda de los hombres é inclinar la bondad de Dios, presentar á Dios los dones sagrados de la humanidad y

atraer á la tierra los dones sagrados de Dios.

Pero no hay sacrificio sin víctima. ¿Dónde está la víctima de este Sacerdote? Ella debe ser digna de su sacerdocio. Como Sacerdote de una dignidad infinita por la elevación de su persona divina, la tierra no podrá encontrar, ni en sus verjeles, ni en los tesoros de sus minas, ni en los seres que la pueblan, una víctima digna de ser puesta en sus manos sacrosantas y asociada á su función divina. ¡Atención! Sí: la tierra ha encontrado, ha dado el fruto: *Terra dedit fructum suum*, y este fruto ha sido aceptado como dignísimo del Sacerdote divino. Pero ¿dónde está? Mirad bien con los ojos de la fe: sólo la luz de lo alto puede hacérsela descubrir. Cristo es una persona divina que posee dos naturalezas, ¿no es esto? Pues bien; esta persona, que es el Verbo de Dios, Dios mismo, toma, se adapta la naturaleza humana, el alma y el cuerpo de Cristo, su humanidad, en una palabra, la separa de la masa corrompida de la humanidad, de manera que las manchas de ésta son ignoradas absolutamente por aquélla; Él la santifica, la adorna de todos los dones, la habilita de todas las potencias, la atrae hasta Él, se une á ella y la penetra de tal manera, que forma una sola cosa con ella. En

esta unión, ella se hace digna de Él: santa de su santidad, fuerte de su fuerza, poderosa de todos sus derechos, agradable á Dios necesaria y plenamente, como su Verbo, su propio Hijo, el objeto de sus eternas complacencias.

Y entonces, cuando la ha escogido, preparado y adornado, la toma con sus manos, la presenta y la ofrece á su Padre: «Padre, Tú no has querido carne de corderos y machos de cabrío, sino que me has dado un cuerpo y me has pedido que satisfaga á tus voluntades: la primera de éstas, conforme á tus derechos, es que la criatura te rinda todos sus deberes, cosa que no podrá hacer sino anonadándose delante de ti (pues sólo Tú mereces ser) y sacrificándose á tu majestad y á tu justicia: heme aquí: *¡Ecce venio!* ¡Toma Tú, en nombre de toda la creación, esta alma y este cuerpo, que valen más que todo lo que ha salido de tus manos; tómalos, pues te pertenecen, que te sean inmolados y que en su inmolación den plena satisfacción á todos tus derechos, y merezcan á la criatura tus perdones y tus beneficios!»

La humanidad de Cristo: tal es la víctima santa, de un precio infinito, soberanamente digna del Sacerdote infinito. La Persona del

Verbo, que tiene todos sus derechos sobre la humanidad, porque es su Criador y su Dios, se apodera de ella, la consagra y la ofrece en holocausto.

El hombre, que se debe á Dios en su doble naturaleza espiritual y corporal, habiendo recibido una y otra de Dios, y habiéndole ofendido en una y en otra; el hombre se verá rescatado por el sacrificio de la naturaleza, á la vez espiritual y corporal de Cristo, y Dios será plenamente satisfecho. *Christus est Sacerdos et Hostia. Ipse enim Dominus hostia omnium sacerdotum est, qui semetipsum pro omnium reconciliatione Patri libans, victima sacerdotii sui, et sacerdos suæ victimæ fuit.* (S. Paulino de Nola.) Comprended la hermosura, la grandeza y la profundidad de este misterio, por el cual el Cristo Sacerdote encuentra en sí mismo su víctima, digna de su sacerdocio, digna de Dios, á quien debe satisfacer, y suficiente á todas las exigencias del rescate de los hombres. Adorad á la santa Víctima con respeto y con amor. Pero contemplad su inmolación: el reconocimiento se unirá á la admiración para que produzca en vosotros el amor que hace á la adoración perfecta.

## II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

El Verbo hace la ofrenda de su humanidad á su Padre, como víctima de su sacrificio desde el momento de la Encarnación en que la toma en las manos de su poder. Él la tuvo á la vista de su padre, ofrecida, presente, inmolada en su voluntad y en su deseo, durante los treinta y tres años de su vida. Y entonces sonó la hora de inmolarla realmente. Esta inmolación se hizo en dos actos, en dos momentos y bajo dos formas distintas. La inmolación sangrienta del Calvario á la faz del cielo, sobre una colina como en altar elevado, ante todo el pueblo reunido, con gran brillo. Los verdugos no eran más que los instrumentos materiales y exteriores del Sacrificio en que el soberano Sacerdote inmolaba su cuerpo, en los ardores de las llagas y las efusiones de sangre, y su alma en las angustias, los terrores, las humillaciones y los abandonos. El verdadero sacrificador era el Verbo divino, el Cristo mismo, quien quería su inmolación y permitía á los tormentos que le consumiesen poco á poco; pero no había de entregarse á la muerte hasta que lo juzgase oportuno, hasta que fuese

consumado todo lo que tenía que hacer en este mundo, y decía á voz llena: «Nadie puede quitarme la vida; yo la depondré cuando quiera.» Sin esta voluntad del Verbo, que entregaba toda su humanidad, pero quedando siempre dueño de ella hasta el fin, ni los verdugos le hubiesen podido aprehender, ni los tormentos alcanzarle, ni la muerte vencerle. Esta inmolación sangrienta es conocida de los cristianos: jamás se bendecirá ni se comprenderá jamás su amor, sus virtudes y su heroísmo.

Hay otro acto de sacrificio que concurre á la inmolación de la santa Víctima y que ha precedido al acto sangriento del Calvario: es la inmolación que tuvo lugar en la Cena, en la víspera sangrienta de la muerte de Cristo. Sin duda no hubo dos sacrificios extraños el uno al otro, ni dos muertes distintas de la santa Víctima, constituyendo dos distintos sacrificios. San Pablo enseña que «en su único sacrificio, el soberano Sacerdote consumó toda la obra de santificación.» Pero este único sacrificio tuvo dos partes, dos actos: uno en la Cena y otro en el Calvario. El sacrificio de la Cena implicaba el del Calvario; y al mismo tiempo que daba al sacerdocio de Cristo su carácter

distintivo, debía quedar permanente el sacrificio, y siempre renovado, de la nueva alianza. No es, según el orden de Aarón, por el sacrificio sangriento por el que Jesucristo es Sacerdote, sino, según el orden de Melchisedec, por el sacrificio no sangriento del pan y del vino. *Mysterium nostrum*, dice San Jerónimo, *in verbo ordinis significatur, nequaquam per Aaron irrationabilibus victimis immolandis, sed oblato pane et vino, id est corpore et sanguine Domini Jesu*. Luego el sacrificio sangriento del Calvario, necesario para poner fin á la ley de sacrificios sangrientos, acabando su obra de santificación, que sin este complemento hubiera sido totalmente ineficaz, estaba ordenado al sacrificio no sangriento de la Eucaristía, él no debía ser más que momentáneo, pasajero, y terminar, acabar y hacerse permanente en la inmolación espiritual de la Eucaristía.

Asimismo hubo en la Cena verdadera y real inmolación, verdadero y real sacrificio; sacrificio no extraño al del Calvario, sino implicándolo, conteniéndolo, ejecutándolo ya. ¿Acaso no decía el Salvador á sus apóstoles: «He aquí mi cuerpo que es entregado; he aquí mi sangre que es derramada por la remi-

sión de los pecados? *Corpus quod traditur; Sanguis qui effunditur.*» Que es como si dijera: Mi humanidad, que sacrificaré mañana de una manera sangrienta, la sacrifico desde ahora de una manera no sangrienta, reduciéndola á ser vuestro pan, vuestra bebida: Yo la destruyo, la inmoló y la anonado, haciéndola capaz de ser comida y de ser bebida. Y como el sacrificio de una víctima tiene por objeto la expiación del pecado y la satisfacción de Dios, doy gracias á mi padre, elevo los ojos hacia Él, le ofrezco mi vida, la anonado bajo las especies sacramentales por su amor, y esta inmolación sirve para expiar los pecados de todos. ¿No es ser inmolado y morir en verdad aquel que siendo hombre perfecto se convierte en estado de pan, toma el estado de éste y sus condiciones llenas de abatimiento, perdiendo todo lo que constituye el estado y las condiciones de la vida humana? Como el cadáver privado por la muerte de la vida que le animaba no es ya un hombre, sino una cosa, una vil materia, así Cristo, convertido por la inmolación eucarística en el pan y en el vino del sacrificio, no es ya el Hombre Dios, Rey del cielo y de la tierra, sino una cosa que se toma, que se come, que se bebe, y que su-

fre las humillantes condiciones de la materia. Pues bien; este sacrificio, esta inmolación que Cristo cumplió en el Cenáculo, en persona, la cumple también todos los días sobre toda la tierra, del Levante al Occidente, en la persona de sus sacerdotes, quienes no son más que sus formas visibles, sus instrumentos y sus órganos. Es Él quien, diciendo por su boca: «Este es mi cuerpo; esta es mi sangre», se inmoló reconstituyéndose presente bajo las apariencias de pan y vino, tomando la condición de éstos á costa de todas las prerrogativas de su estado humano glorificado. ¡Y esto es todos los días! ¡Por todas partes! ¡Hasta el fin! Sin que la ingratitud, las profanaciones y la inutilidad de su inmolación para un gran número, puedan hacerle renunciar á sacrificarse con tanto amor como cuando, «habiendo amado á los hombres, resolvió amarlos hasta el fin», y les entregó su santa humanidad, su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad en sacrificio y en alimento. ¿Qué acciones de gracias serán bastante extensas, bastante ardientes, bastante humildes y bastante perseverantes para responder á la verdad y á la perpetuidad de este Sacrificio de nuestro tan amoroso Padre?

## III. -- PROPICIACIÓN.

Teniendo por objeto todo sacrificio reconocer de hecho y de derecho el ser soberano de Dios y todas sus perfecciones, infinitas como su ser, debe confesar al mismo tiempo, y por una correlación necesaria, la nada de la criatura, la nada de su ser y de todas sus cualidades: esta doble confesión supone un abatimiento claro y voluntario de la criatura ante su Criador, una especie de libre despojo de sí misma y de entrega de todo lo que es, en manos y á disposición de Aquel que es su principio y su fin. Este justo anonadamiento de lo que no es más que nada por origen y por naturaleza, se expresa en las criaturas puramente espirituales por un homenaje espiritual; mas el hombre, que es á la vez espíritu y cuerpo, debe traducir su religión interior por un signo exterior y material. Hay más; habiendo el pecado merecido el castigo de la muerte, precedida de sufrimientos y rodeada de humillación, el sacrificio que tuviera por fin arrancar al hombre esta condenación, apaciguando la divina Justicia, debería después cumplirse por una muerte sangrienta, por una destrucción

humillante, por una muerte violenta, sufrida como un castigo, llevando consigo los sufrimientos, los gritos y las resistencias naturales de la víctima, la efusión horrible de su sangre y, por último, su destrucción y su consunción. Así el hombre confiesa su culpabilidad, acepta su castigo y lo sufre en la víctima que lo representa; y Dios, habiendo recibido satisfacción, olvida el pecado y concede el perdón.

El sacrificio por excelencia debía cumplir esta ley en su perfección. El adorable Sacerdote entregó su humanidad, que cargaba el peso de todos los pecados de los hombres, á todas las causas que podían destruir, consumir y anonadar la vida: interiormente, los bienes del alma, del espíritu y del corazón, la alegría, la paz, la tranquilidad, el afecto, la amistad, la estimación y la reputación le fueron cortadas, arrancadas unas tras otras; los ultrajes sobre las calumnias, los abandonos sobre las traiciones; las condenaciones sobre las acusaciones, los terrores, las angustias, la tristeza mortal y desfalleciente, herían su alma, la devastaban, «*la hacían fundir y agotarse*», no dejándole nada sano. Y exteriormente, el cuerpo de la santa Víctima había sido herido de tantos golpes, atravesado con tantos dardos,

que de pies á cabeza no era ya más que una inmensa y profunda llaga sangrienta, odiosa á la vista, mezclada de lodo, que desfiguraba á Cristo á tal punto, que no tenía ya apariencia alguna de ser humano.

He ahí la muerte sangrienta, humillante é ignominiosa, merecida por el pecado, y que el Divino Sacerdote debía imponer á su Víctima para que su sacrificio expiase la falta del hombre y pagase su deuda: *Vulneratus est propter iniquitates nostras.*

Esta destrucción ignominiosa de la víctima, testimonio de la aceptación del castigo merecido por el pecado, se encuentra necesariamente en el sacrificio eucarístico, porque forma una sola cosa con el sacrificio del Calvario; pero con las diferencias que distinguen el sacrificio no sangriento según el orden de Melchisedec, del sacrificio sangriento de los hijos de Aarón. No hay ya heridas en la carne, ni efusión visible de sangre, ni muerte por la separación violenta del alma del cuerpo. Mas, sin embargo, ved cómo la Víctima es destruída, consumida, anonadada: en el Calvario fué herida, aquí es destruída: *Attritus est propter scelera nostra!* Ser destruído, es perder la forma, la extensión, la organización: el grano de

trigo es destruído y se convierte en harina, un polvo sin consistencia compuesto de moléculas casi imperceptibles; es el ser en su más ínfima esencia, casi sin forma, casi sin extensión, casi sin cantidad, sin acción aparente, sin lugar bien determinado. Polvo y nada son dos términos tan semejantes, que á menudo se toma el uno por el otro.

Pues bien, considerad la acción y el resultado del sacrificio eucarístico. ¡Vedle en la Cena, vedle en el altar! El hombre perfecto en la fuerza de sus treinta y tres años, en la hermosura viril de sus facciones, en el pleno uso de sus sentidos, de sus miembros, de su palabra, de sus movimientos, de su libertad, ¿en qué se convierte al estar en las manos del mismo Cristo que consagra? En un poco de pan, cuyas migajas todas y cada una, que caen cuando el Salvador le rompe para darle á los doce, le contiene todo entero. ¿Dónde están, pues, su cuerpo, sus miembros, su forma, su vida humana? Todo ha sido comprimido, destruído, reducido á una migaja imperceptible. Cristo está personalmente todo entero, todo vivo, en este polvo, en esta nada; ¿no es esto el colmo del abatimiento, de la depresión y un verdadero anonadamiento? Pero

¿qué es lo que puede pesar bastante sobre el Hijo de Dios para reducirle á esta impotencia, á esta debilidad, á esta degradación, á esta muerte? El pecado, el peso, la vergüenza, la responsabilidad, el castigo y la expiación del pecado. «Tú eres polvo y en polvo te has de convertir», había dicho el Criador temblando de ira al hombre rebelde. Y el Hijo de Dios hecho hombre, tomando y apropiándose este castigo, se hace polvo, y aparece humillado á la vista del Juez soberano en este estado que implora por los culpables.

La inmolación eucarística que ejerció en la Cena sobre la humanidad mortal de la santa Víctima, se ejerce ahora sobre su humanidad glorificada. Esto es un grado más en el anonadamiento. El divino Sacerdote hace pesar, no solamente sobre la vida y la forma humana, sino también sobre la vida y la forma gloriosa de su divinidad, la acción sacrificadora que la reduce y la destruye hasta hacerla la Hostia frágil de nuestros altares. ¿Qué poder incomprensible y admirable hay como el del sacrificio eucarístico, que es capaz de traer, de comprimir, de encerrar en el polvo de nuestras Hostias la humanidad glorificada de aquel que impera en lo más alto de los cielos, en la

posesión más abundante de la más poderosa y bella de las vidas posibles? Tomad una partícula consagrada, escapada á la piadosa solicitud que pone el Sacerdote en recoger este polvo divino y que queda olvidada sobre el altar: ¿dónde está la forma exquisita, dónde la hermosura, dónde la gloria, dónde el esplendor del que contempláis en el sueño de vuestras esperanzas en la cumbre de la mansión gloriosa, digna de fijar vuestras miradas, de extasiar vuestro corazón y de sumergiros por toda la eternidad en una admiración que será vuestra beatitud? Escrutad, analizad, interrogad. ¡No hallaréis en ella nada de hombre y mucho menos del Cristo glorioso! Sólo hallaréis la obscuridad, la fragilidad, la vulgaridad del grano de polvo, el átomo y casi la nada; y en todo caso, casi la nada de las prerrogativas, de las manifestaciones y de las operaciones de la vida humana.

Después, á esta partícula que contiene al Rey triunfante, al Cristo que ha conquistado las naciones y que tiene el riguroso derecho actual é inmediato de ser honrado, glorificado, exaltado por toda la tierra, poneda en el Tabernáculo; aunque la olviden, aunque la abandonen en la pobreza, la miseria, la soledad y

el desprecio; aunque no vea pasar á lo lejos más que á los indiferentes y que los que se acercan sean enemigos secretos ó enemigos públicos; aunque la toquen con mano sacrílega ó la profanen pisoteándola ó arrojándola en la cloaca de una alma contaminada, cuyo jefe reconocido y rey obedecido es Satanás, la Víctima Eucarística sufrirá todas estas privaciones, todas estas degradaciones, todas estas ignominias que acaban de inmolarla, de hacerla descender hasta lo que no es; al polvo y á la nada: *Attritus est propter scelera nostra!*

¡Oh, qué bruscamente pasa el pecado sobre la Víctima perpetuamente anonadada del Tabernáculo! Para expiarlo es por lo que abraza y acepta todos estos abatimientos que la inmolan tan profundamente. Pero ¡cuánto aumenta su humillación y dolor cuando, desde el fondo del abismo en que su amor le ha arrojado y la mantiene por nuestra salud, nos ve recaer en el pecado, y perseverar sin temor en el mal camino, haciendo inútiles sus inmensos sacrificios! Nosotros la crucificamos, la despedazamos de nuevo, la destruimos más ignominiosamente: *Vulnus super vulnus addiderunt*; todos los pesos de sus anonadamientos recaen brutal-

mente sobre ella; y parece que desde el fondo del Tabernáculo se desprende esta dolorosa queja: «Oh pueblo mío, pueblo mío, ¿qué he podido hacer por ti que no haya hecho?» Y su corazón desolado, más destrozado que todos los demás porque es el foco del amor desconocido, parece experimentar aún los mortales sufrimientos de la agonía: «¿Será posible que haya sacrificado mi corazón á tal grado, en vano, sin resultado y fruto? *Ergo sine causa justificavi cor meum?.....*»

#### IV.—SÚPLICA.

La Víctima del sacrificio es ofrecida á Dios por cuatro razones: 1.<sup>a</sup>, para adorar á su ser soberano; 2.<sup>a</sup>, para apaciguar su justicia, 3.<sup>a</sup>, para reconocer sus beneficios pasados; y 4.<sup>a</sup>, para impetrar otros nuevos. Este cuádruple objeto del sacrificio está proporcionado á la medida de las cualidades personales del sacerdote que le ofrece y al precio de la Víctima inmolada. En el Sacrificio Eucarístico el Sacerdote es infinito en dignidad y en mérito; sus deseos, sus oraciones, su acción personal, todo es infinito. Lo mismo la Víctima: penetrada por la Divi-

nidad, sus sufrimientos y sus humillaciones, la más ligera gota de su sangre y la más corta de sus genuflexiones tienen un valor infinito, siendo los frutos de este árbol y los efectos de esta causa que son Dios mismo. ¿Cómo será si este Sacerdote Dios inmola esta Víctima divina al impulso de un amor infinito hacia su Padre y hacia los hombres? ¿Cómo será si la inmola por la acción sacrificadora más inmensa, más extensa, más dolorosa, más anonadadora? ¿Cómo será, en fin, si perpetúa esta inmolación á través de los siglos, y la renueva á cada instante, no en un lugar, sino en millares de lugares? La fe nos lo enseña. Nuestra religión hacia Dios, como indigentes é indignos, debe apoyarse fielmente sobre el Sacrificio de Jesucristo: ella vale exactamente en la medida en que se identifica con la de este Sacerdote y la de esta Víctima igualmente adorables. Es nuestro derecho y deber tomar parte en este sacrificio, unir nuestras oraciones á las de este Sacerdote y ofrecer por nosotros y por los nuestros esta Víctima que bastaría para el rescate de millares de mundos.—Quizá no se piense bastante en el honor y en la prerrogativa del bautismo que da á todo cristiano una participación al sacerdocio de Jesucristo, menos extensa sin duda

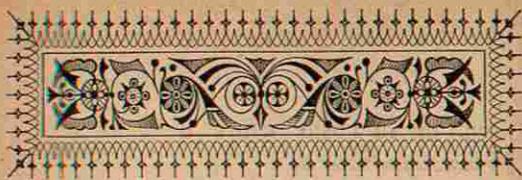
que la que confiere el sacramento del Orden, pero real y cierta sin embargo.

Este sacerdocio inicial nos confiere en cierto modo el poder de sacrificar, y nos da un derecho correspondiente sobre la santa Víctima. Si bien lo supiésemos, nos haríamos más dignos de ese reflejo de la dignidad sacerdotal de Cristo que radia en nosotros; tendríamos mayor confianza en apoyar nuestra religión, nuestras satisfacciones, y sobre todo nuestras oraciones sobre la Víctima de suave olor, cuyo sacrificio es siempre aceptable. Oraríamos más «por Jesucristo, con El y en El», nos acercaríamos con más frecuencia, «con una fe más llena», al altar en que se inmola la santa Víctima. Nosotros haríamos valer su precio infinito, su valor intrínseco, representando á Dios su naturaleza y dignidad, las perfecciones de su persona y las virtudes de su alma, la realidad de su inmolación y la profundidad de su anonadamiento; se la presentaríamos extendida y sacrificada actualmente sobre todos los altares de la tierra, sufriendo cada día nuevas y más atroces ignominias, que añaden á su sacrificio radical no sé qué aumento y qué superabundancia; recordaríamos á Dios los compromisos que ha contraído para con ella, de escucharle siempre y

de darle todas las naciones.—Este comercio habitual con la santa Víctima nos penetraría poco á poco, pero cada día más, de sus disposiciones; nos uniría á su oración, nos haría entrar, por la mortificación y la humillación amorosamente abrasadas, en su inmólación: víctimas con la Hostia, nos mantendríamos con ella en el altar del sacrificio, aceptando todo sufrimiento, toda humillación y toda pena, como el cumplimiento de nuestro sacrificio y la ejecución parcial de nuestra inmólación: esto sería la religión perfecta, la verdadera vida cristiana, la santidad.—Y asimismo, á la hora en que el sacrificio se consumara por nuestra muerte, nuestra alma, desprendida de toda cosa, libre de toda deuda, subiría derecha al cielo, como la nube perfumada que se eleva de los carbones sagrados en que el incienso es consumido.

Pidamos para nosotros, pidamos para todos los que amamos, y para aquellos cuyo bien verdadero deseamos, y sobre todo por nuestros sacerdotes, una abundante participación al sacrificio de la santa Víctima, á su espíritu y á sus frutos. Recordemos que, cuando comulgamos, comemos una carne crucificada, una alma sumergida en una tristeza mortal, una víctima

sacrificada en el acto mismo de su inmólación, en el estado de su anonadamiento, y que todo esto nos obligue á hacer de nuestra vida una muerte, para que nuestra muerte en la última noche nos dé una vida sin fin!



## LA EUCARISTÍA.

Memorial de la Pasión.

I.—ADORACIÓN.

**A**DORAD á Nuestro Señor diciendo en la Cena: «Este es mi cuerpo, que es entregado: *Corpus quod traditur*; mi sangre, que es derramada: *Sanguis qui effunditur*. Haced esto en memoria de mí: *Hoc in mei memoriam facite*. Siempre que consagrareis y comiereis mi carne y mi sangre, anunciareis mi muerte: *Quotiescumque.... mortem Domini annuntiabitis.*»

Adorad á Jesús instituyendo su Eucaristía la víspera de su muerte, y haciendo confundir en una sola relación, por los evangelistas, el

hecho de su Pasión con el de la Eucaristía: *Prius quam pateretur*.

Evidentemente Nuestro Señor creó entre la Eucaristía y la Pasión lazos estrechos indisolubles; y como la Eucaristía es para perpetuarse aquí abajo, se perpetuará en su íntima alianza con la Pasión y la Muerte del Salvador. Ella será su memorial auténtico, perfecto y perpetuo. Este título de memorial, que el Salvador le da aquí, *in mei memoriam*, la Iglesia lo consagrará. Este será de institución divina y expresará uno de los fines esenciales y sacramentales de la Eucaristía: *Deus qui nobis sub sacramento mirabili Passionis tuæ memoriam reliquisti*.

¡Adorad este designio del Salvador; creed esta verdad, y desde que estéis en presencia de la Eucaristía, ved como aparece el Jesús paciente y moribundo! Bajo pena de no responder á la intención del Augusto Institutor de los Sacramentos, el solo nombre de la Eucaristía debe expresar Pasión y muerte, así como el mismo Sacramento debe contener la virtud, la obra, la sustancia de la Pasión y de la muerte: ¡*Mortem Domini annuntiabitis!*

Supuesto este acto de fe, veamos con qué excelencia, con qué superabundancia, con qué

rigurosa exactitud une la Eucaristía al Cristo resucitado que encierra y al Cristo moribundo y muerto.

Ved en qué estado le constituye el acto consagrador en el momento del sacrificio: este es el estado de su muerte.

La muerte del Salvador consistió en que su alma, dejando su cuerpo acribillado de llagas, desfigurado, no teniendo ya nada de humano, le abandonó inerte y sin vida. ¿Qué es, pues, la Hostia sobre el altar? Es el Cristo vivo, sin duda; pero á causa del estado de pan y vino que toma, las especies sacramentales le privan de toda apariencia de vida, de todo movimiento, de toda acción, de toda libertad, entregándole á los elementos, á la voluntad del hombre, como un cadáver, y menos todavía, puesto que no conserva los rasgos que recuerdan al hombre en el despojo humano.

La comunión acentúa la significación de la muerte, pues nos le entrega como un alimento. Uno no se alimenta más que de cosas que han perdido su ser natural, ó que han pasado por la muerte, si se trata de alimentos que han tenido vida.—En seguida viene á perderse en nosotros este ser sacramental tan frágil y que tan poco vive, pero que le daba al menos una

existencia independiente, un ser á él. ¡Él se pierde y se funde en nosotros: este es un paso de más que da hacia la muerte.

Siendo su presencia en el Tabernáculo de día y de noche la continuación del estado de pan tomado en el sacrificio, no hace más que perpetuar su estado de muerte. Y esto no es sólo por tres días como en el sepulcro, sino por todos los siglos. Tomadas estas significaciones que se confirman la una á la otra, todas estas afirmaciones redobladas deben, pues, conducirnos á ver inmediatamente en la Eucaristía la Pasión y la muerte del Salvador. ¡He allí al Salvador traicionado por Judas, condenado por Pilatos; flagelado y coronado de espinas por los soldados; clavado sobre la Cruz por los verdugos, y muerto en el abandono de su Padre: hele allí! ¡Es Él y no otro!

Sois Vos mismo: ¡oh Jesús! la fe me lo dice; mi corazón me lo hace sentir; yo no puedo estar un minuto en vuestra presencia y preguntarme quién sois, sin que al momento el estado en que os veo me diga que sois el Hombre del dolor, el Divino Crucificado.

No es un relato quien me lo enseña, ni una imagen quien me lo recuerda, sino Vos en persona, que estáis allí, y esa inercia, ese silen-

cio, esa forma de cosa y no de ser humano, que continúa en la única manera posible vuestra muerte aquí abajo.

Y sois Vos quien, presente bajo estas señales de muerte, obrando espiritualmente sobre mi alma, mientras que todo lo exterior obra sobre mis sentidos, me decís, me gritáis de manera que no pueda dejar de oírlo: ¡Yo soy el Crucificado! ¡Yo soy el agonizante del Jardín de los Olivos! ¡Yo soy el acusado sin defensa; el condenado sin pruebas, el flagelado. Yo soy quien tuvo sed, quien fué flagelado, traicionado, abandonado, insultado, burlado, golpeado; soy Yo y no otro! ¿Dónde buscas á Aquel que ha muerto por ti, oh alma que no puedes vivir más que al precio de esta muerte? Heme aquí. No me busques en otra parte más que en el Sacramento; en ninguna parte estoy en realidad más que aquí; y todos los signos de mi Sacramento son para hacerte conocer á tu Salvador paciente y moribundo. ¿No me conoces? ¿Qué necesito hacer para ser reconocido por ti? ¿Es á mi imagen ó á mí mismo á quien buscas? ¿La prefieres á la realidad de mi persona? Entonces, ¿dónde está tu fe? La imagen de mi muerte no me cuesta nada, y es insensible; pero para continuarte el recuerdo

de mi muerte en esta realidad de mi presencia, yo he debido afrontar y soporto aún inmensos sacrificios, de los que cada uno vale una muerte.

¡Oh Jesús oculto bajo la Hostia! os reconozco por el Hombre de dolor, por el Crucificado, por mi Víctima, muerta sobre el Calvario, con María, con la Verónica y las piadosas mujeres que os siguieron llorando, con San Juan y el Buen Ladrón, os adoro sobre el Calvario del altar, monte de vuestro Sacrificio y de vuestra muerte, tan real y verdaderamente como el Calvario de Jerusalén. Yo os hago honroso desagravio por haberos desconocido tantas veces. De hoy en adelante yo sabré encontraros en vuestra Eucaristía y ver en ella vuestra Pasión y vuestra muerte, con todo el amor de la una y de la otra.

## II. — ACCIÓN DE GRACIAS.

Bendito seáis, oh Jesús, que habéis instituído de vuestra Pasión un memorial tan completo y vivo, tan eficaz y poderoso, tan dulce y tan conmovedor, tan sabiamente conforme á vuestros designios como á mis necesidades.

Vuestra Pasión es mi vida por el tiempo y

la eternidad. Fuera de la fe á vuestra muerte y de la participación á vuestra sangre, no hay salvación eterna para mí, ni perdón aquí abajo, ni esperanza, ni fuerza, ni virtud, ni consuelo: todo lo encontramos en vuestra muerte, que sola nos ha dado todo lo que el pecado nos había hecho perder.

Tengo necesidad de vuestra Pasión; es preciso que yo participe abundantemente de ella, y que á ella pueda recurrir fácilmente con toda confianza y á todo instante.

Vos sabéis todas estas cosas, oh Maestro, pues con vuestro poder soberano las habéis arreglado así. Asimismo para hacerla venir hasta mí habéis instituido millares de canales: la oración, el Evangelio, los Sacramentos, vuestro recuerdo, las santas imágenes; y por todos estos medios recibo gracias, efectos maravillosos, instancias, lecciones, algo, en fin, de vuestra pasión.

¡Mas esto no bastaba! Así como queríais extender y perpetuar en persona vuestra venida á la tierra por la Encarnación, permaneciendo realmente siempre presente en el Sacramento, así habéis querido extender á todos los hombres, perpetuar en todos los siglos vuestra Redención, continuando en persona vuestra Pa-

sión y vuestra Muerte, en el estado de muerte de este mismo Sacramento.

¡Y Vos habéis sido sabio y bueno, previsor y condescendiente por nuestra miseria en esta institución! Porque ni el Crucifijo, ni el Evangelio, ni los otros medios hubieran podido guardar entre los hombres bastante vivo el recuerdo de vuestra Pasión. Era preciso que continuárais Vos mismo muriendo todos los días ante nuestros ojos.—Y á pesar de los sacrificios de tal condición, á pesar de las ignominias que os debían rodear, os habéis sacrificado, habéis quedado sobre vuestra Cruz y estaréis en ella hasta el fin, repitiendo al mundo sin interrupción que habéis muerto por su amor y por su salvación. ¡Oh superabundancia de las condescendencias divinas! ¡Bendita seáis!

Yo conoceré de hoy en adelante á mi Salvador muerto por mí; yo gustaré la suavidad del amor que corre con su sangre de su cuerpo desgarrado como el jugo de la uva hollada en el lagar; acercaré mis labios sedientos á la fuente viva que brota de su corazón traspasado. Esta Hostia ha sufrido, ha sido condenada y entregada á la muerte, y ella me amaba ya entonces, y me ama con el mismo amor

que me tuvo sobre la Cruz; porque es la misma muerte la que continúa padeciendo por mí, aunque bajo otra apariencia. ¿De dónde puede venir la identidad de la muerte, afrontada y sufrida, si no es de la identidad del amor?

Sin la Eucaristía, la Pasión no me dice nada que sea bastante vivo, ni bastante amante sobre todo; no me presenta la plenitud de la redención y de sus frutos, ni sus dulzuras, ni su amor.

Pero vuestra Hostia, oh Cristo, es el retrato vivo, completo, dramático, exacto, patente y sublime de vuestra Pasión. Vuestra Hostia es mi cruz cargada de su adorable Víctima; es mi Crucifijo que me guarda y presenta, doquiera y siempre, al Redentor de mis pecados para que llore á sus pies.

Y si la presencia real me muestra tan vivamente al Crucificado, la Misa, renovando su muerte, completa de nuevo toda justicia y toda salud: Dios es tan adorado, satisfecho y suplicado, como el hombre purificado, salvado, rescatado á cada misa tanto como en el Calvario: es el mismo fin, las mismas obras, los mismos frutos, el mismo valor, porque es el mismo Sacerdote y la misma Víctima inmolándose siempre verdaderamente á Dios y á los hombres.

Y la comunión me trae al Crucificado, me une corporalmente á Él, en una identidad profunda; Él está en mí, yo estoy en Él y puedo decir entonces con toda verdad, como San Pablo: *Christo confixus sum Cruci*. Yo estoy unido entonces, identificado, no á la cruz desnuda, sino al que muere sobre la cruz. Al venir á mí, aplica á mi alma, á mi espíritu, á mi corazón, á mi voluntad, á cada uno de mis miembros y de mis sentidos, las virtudes que ha practicado, los méritos que ha adquirido, la eficacia santificante conquistada por cada una de sus potencias durante su Pasión. Cada comunión es para hacerme morir y sepultarme con Jesús Crucificado: dichoso sepulcro, de donde saldré con Él el día de mi gloria, cuando ya esté allí rehecho por Él según sus eternos designios. ¡Oh, qué obra! El obrero la hace en persona; obra en nosotros su propia muerte, sin cuya reproducción no podemos ser salvos, porque sólo resucitarán los que hayan muerto con él.

¡Vos sois bueno, demasiado bueno, os diré una vez más, oh dulce Cordero inmolado todos los días!

Y como, aunque vuestra muerte nos sea necesaria, no podéis morir realmente, atento á

que esto es contrario á vuestro estado de resurrección; como, por otra parte, sería sobre la tierra un espectáculo horrible que un hombre fuese puesto á muerte sangrienta en todos los lugares del globo, ponéis colmo á vuestra bondad muriendo con una muerte que os deja sin embargo vivir en Vos mismo, y cambiando el acto que os inmola y que era un crimen en el Calvario, en un acto muy santo, muy meritorio y muy dulce para el que lo verifica. En lugar de un verdugo, es un Sacerdote que os adora y os ama, que inmolándoos se santifica; y nosotros podemos ver efectuarse toda vuestra Pasión ante nuestros ojos, sin experimentar ningún terror de sangre vertida, sin oír ninguna queja de la santa Víctima. ¡Dios mío, bendito seáis también en vuestra sabiduría y en vuestra bondad!

### III.—REPARACIÓN.

Jesús, en virtud del estado glorioso que tiene desde su resurrección, está regularmente exento de todo sufrimiento de cuerpo y de alma y no puede morir más. Esto es de fe.

Por lo tanto, la Eucaristía es el Memorial de su muerte. Esto es también de fe. ¿Es ésta

un simple memorial material, un signo desnudo é insensible como una inscripción ó un monumento que recuerda la muerte de un ser amado?

No, en verdad. Muchos, ¡ah! muchos lo creen así, y por esto no comprenden lo que hay de más dulce y santificante en la Eucaristía; ellos ignoran asimismo la forma de la devoción y del amor más capaz de agradar al Dios del Sacramento: la compasión, el amor de condolencia, la simpatía dolorosa y aflicta por los males del amigo. ¡Perdonadme, divina Víctima, de haberos desconocido hasta hoy en vuestra inmolación eucarística, y de haber permanecido insensible hasta este momento á la Pasión nueva y á la muerte que sufrís desde la Cena y sufrireis hasta el fin sobre el altar!

La Eucaristía no sólo es un recuerdo, sino que es la continuación de la Pasión de Jesús; la continuación real, auténtica, completa, aunque bajo otra forma y en condiciones diferentes de su Pasión y de su muerte.

No pudiendo, pues, sufrir del mismo modo que en su vida mortal, y queriendo continuar su Pasión y su muerte por una pasión y una muerte real, aunque de nuevo género, ¡ved con qué profunda realidad y patente heroísmo lo

hace! Constituyéndose en las condiciones de pan y vino que toma para hacerse Sacramento, y aceptando las consecuencias verdaderamente humillantes y dolorosas para su corazón á que le expone este estado de cosa inerte, vulgar, sin acción y sin vida.

Desde luego la Eucaristía permite echar mano directamente de Él para ultrajarle; sólo de este modo se consigue atraparle: las especies son las cadenas que le entregan á discreción de sus enemigos. No se diga que sólo se echa mano á los signos sin alcanzar á la realidad viva que envuelven. Los verdugos que despojaban al Salvador, los que maltrataban su rostro ó herían su cuerpo, ¿no alcanzaban á su corazón para afligirlo, á su alma para llenarla de dolor, á su divinidad para ultrajarla? ¿Son las especies sacramentales menos que el vestido del Cristo Eucarístico? Son mucho más que esto; son un elemento del Cristo Sacramental: pues la Eucaristía se compone de dos elementos inseparables: la sustancia de Jesús y los signos del pan. Por esto es que en la Hostia entera adoramos con un solo culto de adoración divina al Cristo y á las especies que le contienen.

Idéntica cosa sucede cuando se le ultraja:

alcanzarán á Cristo los desprecios y los ultrajes que se dirijan al Sacramento. Ved, pues, á qué punto es entregado el Cristo en su estado sacramental. A los elementos naturales que descomponen la Hostia; á los animales que pueden hacerlo su presa, pisotearle y consumirle; á los sacrílegos y á los profanadores: ¿qué resistencia puede oponer á todas estas violencias?

¿Acaso no sufre el Salvador el ultraje de las negaciones, de los insultos, de las blasfemias, del desprecio público como en su Pasión?

¿No es, acaso, traicionado por los suyos, renegado por muchos, abandonado por todos en muchas ocasiones?

¿No es, acaso, arrojado por tierra en las apariencias de su Hostia? ¿atravesado de puñales? ¿cubierto de heridas? ¿colmado de golpes? ¿maltratado y pisoteado? — ¿No gime, acaso, abandonado á los gusanos, en los tabernáculos convertidos para Él en calabozos de ignominia? Enclavado en su Hostia y no pudiendo salir de ella, ¿no se ve devorado por la sed, privado del amor de los suyos á quienes le sería tan dulce recibir? ¿No recibe, decidme, el colmo de la ingratitud y de la dureza?

¿No escucha también los arrogantes desafíos

y las soberbias provocaciones de sus enemigos triunfantes sobre su silencio y su impotencia?

¿Y no parece, en verdad, abandonado de Dios, de los ángeles y de los hombres, cuando los malhechores profanan la Hostia adorable, la estrujan, la mutilan y la arrojan á las inmundicias?

¿No es, por último, una piedra pesada, fría y sellada la que, con ignominioso peso, pesa sobre Él, estas especies que ocultan á las miradas de los que le aman su rostro adorable y lo mantienen bajo la dependencia de sus enemigos?

¿No es el estado sacramental la muerte del Salvador?

Tenéis razón; éste es mil veces peor que la muerte.

La muerte arranca la Víctima á los verdugos; es un fin del sufrimiento; es en realidad una redención.

El estado sacramental es una muerte unida á la vida, que pesa sobre la vida, que sofoca la vida; es la inhumación de un ser enteramente vivo, que continúa viviendo, sintiendo y recibiendo ultrajes y golpes del odio de sus encarnizados enemigos.

¡ Oh memorial de la Pasión y muerte de mi

Salvador! ¡ Con qué terrible realidad continuáis recordándolas! Y teniéndoos á la vista, perpetuando en realidad vuestra muerte por mí, ¿podría abandonaros para buscar en otra parte un recuerdo más palpitante y más eficaz de vuestro amor redentor? ¡ Oh ignorancia, estupidez y dureza de mi miserable corazón! ¡ Qué hombre tan de poca fe soy yo! Si mis sentidos me muestran una imagen de Jesús que sufre, me conmoveré aunque esté sin vida y sin amor. La fe me grita que Jesús en persona, devorado y consumido de amor por mí, está allí en unos suplicios é ignominias peores que las de su Pasión; en un estado más lamentable que el de su muerte: ¿y el grito de mi fe me deja sordo, indiferente é insensible hacia mi mismo Salvador?

No me condenéis como lo mereciera, ¡ oh misericordiosa Víctima de mi triste corazón! Al contrario, hacedme la gracia de darme un corazón compasivo que comprenda cómo habéis sustituido á vuestra Pasión sangrienta vuestra Pasión eucarística, á vuestra muerte sobre la cruz el anonadamiento sobre el altar, en los lazos de independencia y de inercia de un signo material que os entregue amante á la indiferencia de vuestras ingratas criaturas, glo-

rioso al desprecio de nuestro orgullo, vivo á los malos tratamientos del odio de los hombres y del demonio.

#### IV. — SÚPLICA.

Las gracias que debemos implorar se desprenden de las consideraciones precedentes y de las resoluciones que necesariamente engendran.

La primera resolución que hay que tomar y la primera gracia que hay que pedir es meditar asiduamente la Pasión y la muerte del Salvador ante su Memorial siempre presente. No deberíamos pasar un solo día sin hacerlo. La santa Misa cotidiana nos presenta la ocasión más favorable. Esta es el acto que cumple, en realidad, la renovación de la muerte del Salvador. Ella despliega bajo nuestros ojos el divino Memorial en toda su actualidad, cuando á las palabras de la consagración Cristo reviste sobre el altar el estado de pan y desciende obediente, apresurado y silencioso al sepulcro de las especies á que le arroja su amor la necesidad de entregarse por nosotros. Consideremos entonces los motivos de la Pasión, las virtudes

que muestra en ella el Salvador y los fines que prosigue: sigamos paso á paso cada una de las circunstancias de este drama del amor infinito: la presencia de la santa Víctima, la renovación de su Sacrificio, las virtudes depositadas en este Sacramento para derramarlas en las almas, obrarán en nosotros, nos dispondrán á entrar en comunión de pensamientos, de amor, de generosidad, de imitación con nuestro modelo. Entraremos en las llagas de Jesús, penetraremos en su corazón, descenderemos á las regiones profundas y desoladas de su alma; nos asimilaremos á la Pasión y acabaremos por comprenderla.

Este primer resultado, por el cual sería preciso sacrificar con alegría todas las felicidades de la tierra, y dar mil veces la vida, lo obtendremos con mayor seguridad si comulgamos sacramentalmente á la Víctima. El fin mismo de la institución del Sacramento es reproducir en las almas el eficaz recuerdo de la Pasión de Jesús y de su muerte; recuerdo eficaz, es decir, vivo, activo, fecundo, duradero, que nos hace realmente pensar, sentir, sufrir como Jesús por las mismas causas y para los mismos fines.

¿Puede encontrarse un medio mejor para penetrarse de las cualidades de una cosa que

alimentarse de ella? Nosotros nos alimentamos de la carne flagelada y desgarrada; de la sangre derramada con dolor en la lucha de la agonía y de la que brotaba á los golpes; del corazón yerto por la ingratitud y la traición, destrozado por la apostasía de sus amigos; nos alimentamos de los sufrimientos y de la muerte, y también de la intrepidez de esta carne que ha resistido hasta el exceso; del amor heroico de este corazón que ha amado hasta el fin; de las virtudes, de la fuerza, de la paciencia, de la dulzura, del amor, en fin, de esta alma que se ha sometido siempre, que se ha entregado siempre, por Dios, porque ella quería su triunfo, por nosotros, porque quería nuestra salud. ¡Ah! comulguemos á la Pasión de Jesús y á su muerte! Pongamos nuestro rostro contra su rostro desgarrado, nuestro corazón contra su corazón desolado, nuestras manos contra sus manos atravesadas; ajustémonos á esta Víctima adorable. Y allí, unamos nuestra alma á la suya, perdámosla en los dolores y en las virtudes, en la vista y amor de su grande alma.

Comulgar es esto: entrar en Jesús, hacerse uno con Jesús, identificarse y fundirse en Él; pero en el Jesús sufriente y moribundo: porque

sólo en Él se encuentra el remedio á nuestros vicios, la destrucción de nuestros pecados, la curación y la vida.

En seguida, y sobre todo, pidamos la gracia de un precio inestimable, de la compasión, del amor de condolencia, de la ternura de corazón para el Jesús paciente y moribundo; la gracia de complacernos en meditar sus sufrimientos, en estarnos largo tiempo sin cesar ante Él para consolar con nuestra presencia la fría soledad en que se encuentra; la gracia de conocer el secreto de las palabras que fortifican y elevan y de las que consuelan y dulcifican; la gracia de las santas lágrimas, que mezcladas á las de María y de Magdalena derraman la frescura sobre las llagas y parecen llevar en sus torrentes lo que hay de más ardiente en los dolores; y, por último, la gracia de tener el corazón bastante puro y amante, el alma bastante bien dispuesta, para aproximarnos tan íntimamente y con una sinceridad tan entera á nuestro Salvador, que pueda verter en nosotros la inmensidad de sus sufrimientos, pasarnos una parte de ellos, descargarse un poco sobre nosotros. Allí está la perfecta compasión: «tomar en sí los sufrimientos del Amigo» (S. Francisco de Sales), y entrar en comunión de sus dolores:

«*In communionem arumnarum venire.*» (San Juan Crisóstomo.)

¡Ah, si pudierais tener siempre un corazón compasivo, tierno, conmovido, herido y agonizante de dolor por los sufrimientos, las humillaciones, el amor de Jesús moribundo! ¡Si pudierais tener el alma siempre tan llena de sus tristezas, de sus abandonos, de sus dolores íntimos, que llegarais á ser como impotente para reír y gozar sobre la tierra! Esto podría ser siempre que llevarais «en vuestro pecho á vuestro Bien amado como un ramo de mirra, cuya presencia y perfume sería para vosotros la mayor de las fuerzas para afrontar el sacrificio y la mortificación, y el más dulce de los consuelos para soportar la prueba y la desolación: *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi inter ubera mea commorabitur.*»

Por último, como toda adoración completa invoca el homenaje de la vida práctica, es decir, de la virtud efectiva, pedid la gracia y tomad la resolución de practicar el gran deber cristiano del sufrimiento; saber que es preciso sufrir, no temer el sufrimiento como el más grande de los males, no escandalizarse cuando llegue, acogerle como desprendido de la Cruz de Jesús, que pasó por su Corazón; después su-

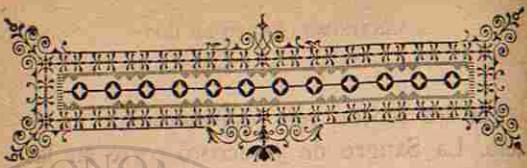
frirlo humilde, paciente y religiosamente, con amor, en una unión estrechísima con nuestro Jefe invocado, recibido, invocado asiduamente; he ahí la gracia de las gracias, la adoración perfecta; he ahí la santidad.

«*In communionem arumnarum venire.*» (San Juan Crisóstomo.)

¡Ah, si pudierais tener siempre un corazón compasivo, tierno, conmovido, herido y agonizante de dolor por los sufrimientos, las humillaciones, el amor de Jesús moribundo! ¡Si pudierais tener el alma siempre tan llena de sus tristezas, de sus abandonos, de sus dolores íntimos, que llegarais á ser como impotente para reír y gozar sobre la tierra! Esto podría ser siempre que llevarais «en vuestro pecho á vuestro Bien amado como un ramo de mirra, cuya presencia y perfume sería para vosotros la mayor de las fuerzas para afrontar el sacrificio y la mortificación, y el más dulce de los consuelos para soportar la prueba y la desolación: *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi inter ubera mea commorabitur.*»

Por último, como toda adoración completa invoca el homenaje de la vida práctica, es decir, de la virtud efectiva, pedid la gracia y tomad la resolución de practicar el gran deber cristiano del sufrimiento; saber que es preciso sufrir, no temer el sufrimiento como el más grande de los males, no escandalizarse cuando llegue, acogerle como desprendido de la Cruz de Jesús, que pasó por su Corazón; después su-

frirlo humilde, paciente y religiosamente, con amor, en una unión estrechísima con nuestro Jefe invocado, recibido, invocado asiduamente; he ahí la gracia de las gracias, la adoración perfecta; he ahí la santidad.



EL SANTÍSIMO CUERPO DE JESÚS.

*Hoc est Corpus meum:*  
Este es mi Cuerpo.

I.—ADORACIÓN.

¿QUÉ cosa es la Eucaristía?

Es el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo, bajo las apariencias de pan y vino.

Haced un acto de fe preciso, explícito y detallado á la presencia del Cuerpo sacrosanto de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.

El Cuerpo está unido á su alma; vivo, organizado, completo, lleno de gloria é inmortal. El Cuerpo está formado de la más pura sangre de la Virgen María, alimentado con su leche, muerto sobre la Cruz, resucitado en la gloria

y que los santos ven resplandeciente en el cielo. La Sangre de Jesucristo corre en las venas de este Cuerpo y mantiene su vida; ésta es la sangre que viene de la fuente purísima del Corazón de María, que fué derramada durante la Pasión y recobrada en la Resurrección; circula en el Cuerpo de Jesús y hace de Él un Cuerpo vivo. El Cuerpo eucarístico de Jesucristo es vivificado por su corazón, que existe verdaderamente y late y se mueve en la Hostia. Creed en la verdad de este Cuerpo de carne; no es una imagen, sino una realidad. Jesús lo ha dicho: *Hoc est Corpus meum*; la fe lo enseña; creedlo.

Y como este Cuerpo es el Cuerpo de Jesús inseparablemente unido á la persona divina del Verbo, es santo, sagrado y adorable: adorable.

Creed con todas vuestras fuerzas en esta realidad; porque no es una copia, ni un símbolo, ni un recuerdo; sino el verdadero Cuerpo y la verdadera Carne de Jesús.

Cierto es que es invisible y que está reducida á un punto imperceptible. Sin embargo, está allí todo entero en la plenitud de su ser, de su vida, con todos sus miembros, con todos sus órganos, con todos sus músculos y

huesos. Él obra : nosotros no vemos su acción; pero es muy real y muy poderosa. Los ojos de Jesús nos ven á través de las Santas Especies; sus oídos oyen nuestras oraciones; su cabeza tiene la impresión de la corona de espinas, brillante como una corona de diamantes; en sus manos, pies y costado brillan como rubíes las señales de los clavos y de la lanza. Adorad á cada uno de los miembros sagrados del Santo Cuerpo de Jesús. Contempladlos y besadlos uno tras otro, en espíritu. Estando el Corazón de Jesús vivo en el Santísimo Sacramento, es sensible á vuestro amor, á vuestras atenciones; como también vuestras frialdades, vuestras irreverencias en su presencia le afligen y le apenan; las resiente dolorosamente. Creed, adorad, reverenciad, haceos una profunda impresión de esta presencia, una impresión viva y duradera; no una impresión de imaginación, pues no podríais encontrar el modo con que Jesús está en el Santísimo Sacramento, sino una impresión de fe. ¡Él está allí! ¡todo entero! ¡vivo! ¡activo! ¡Yo lo creo!.....

## II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

Dad gracias á Nuestro Señor de su presencia y de los grandes bienes que brotan de ella sobre vosotros. Esta es una presencia real, sensible, á lo menos por las especies de pan que la muestran. Luego tenemos necesidad de que nuestros sentidos sean interesados; de otra manera, olvidamos.

Es la presencia de este Cuerpo á quienes los Patriarcas deseaban ver, tras de la cual corrían las multitudes: nosotros la tenemos, es de nosotros, es de todos; es para todos y para siempre.

Esta es la presencia de ese Cuerpo que cura por su solo contacto á tantos enfermos desesperados; las especies son la franja poderosa del vestido de Jesús; Él tiene tanta virtud y poder en su vida eucarística como en su vida pública. Y obra si se quiere más maravillas de las que se cree.

Esta es la presencia de este Cuerpo quien muriendo venció á Satanás, reconcilió al mundo con Dios y abrió para siempre los tesoros de la misericordia. Él tiene la misma eficacia, obra constantemente los mismos efectos;

dadle gracias. Cierto es que está oculto; pero esto es por condescendencia para nuestra debilidad, pues no podríamos resistir el brillo de su gloria: esta es una razón de más para darle gracias.

Y vosotros tenéis este Cuerpo bajo vuestros ojos, todo es vuestro; ¿no tenéis en Él y por Él todos los bienes?

¿Recordáis las tentaciones de que su recepción en la comunión os ha arrancado, los pecados inveterados de que os ha curado, las fuerzas, los consuelos que os ha procurado? ¡Ah! ¡dad gracias al Cuerpo santísimo, bonísimo y vivificantísimo de Jesucristo Sacramentado!

### III.—PROPICIACIÓN.

¡Reparad! porque este Cuerpo es olvidado, desconocido y muchas veces ultrajado.

¿Quién no olvida que el Cuerpo de Jesús en la Eucaristía tiene un verdadero corazón, un corazón delicado, atento, amante y verdaderamente vivo?

¿Quién trata á la Hostia como al cuerpo de Dios, como el cuerpo vivo y animado de Jesús en persona?

¡Reparad por los herejes y consolad á Jesús,

porque ellos dicen que la Hostia no es más que una imagen, un signo conmemorativo de la carne de Jesús! ¡Ellos le acusan de mentira!

Los incrédulos, los racionalistas dicen que la Eucaristía no es más que una fábula, una superstición imposible: ¡qué ultrajante despreciol

¡Los malos cristianos se portan en su presencia con una ligereza y una inconveniencia muy despreciables! Y los buenos, y los que están consagrados al ministerio de la Eucaristía, ¿no olvidan muy frecuentemente, cuando se acercan al Cuerpo del Señor, que sus ojos están abiertos, su persona viva, su corazón sensible; y por último, que está allí una persona dignísima, respetabilísima, adorabilísima?

¡Reparad por vosotros! porque esos olvidos, esas irreverencias, esas faltas de delicadeza son, mirándolo bien, verdaderos crímenes cometidos contra la Divina Majestad. Cuando se recuerdan los honores, homenajes y adoraciones y alabanzas que la corte celestial rinde al Cuerpo de Jesús, y se palpa la manera con que lo tratamos, hay mucho por que llorar de dolor y temblar de espanto!

Nada digo de las comuniones y robos sacrílegos, atentados horribles cometidos sobre el más santo de los cuerpos; crímenes mucho más

negros que los de los judíos cuando arrastraron, flagelaron y crucificaron el cuerpo de Jesús.

¡Y esta monstruosidad es de todos los días, sí, de cada día! ¡Sabedlo! ¡Vivid en este pensamiento, y si después de esto no se ven mezcladas de amargura todas vuestras alegrías, es porque no sabéis lo que es amar á Jesús!

#### IV. — SÚPLICA.

Pedid, pedid á Dios Padre por el honor de su Hijo; pedidle que derrame una gracia más abundante de fe y de amor hacia el Cuerpo Eucarístico de su Hijo adorable, á fin de que sea más conocido, mejor tratado, más amado en el Santísimo Sacramento. — Pedid por los sacerdotes, ministros del altar, por todos los hijos de la Iglesia, á fin de que le traten siempre con fe, reverencia y devoción.

Pedid por vosotros mismos, y pedid la gracia de la fe práctica, sincera y constante de la presencia real y viva del Cuerpo Sagrado de Jesús en la Eucaristía. ¡Que vuestra vida cambie pronto de aspecto! Tan pronto como vuestras oraciones, vuestras súplicas y vuestra pie-

dad se santifiquen, se elevarán y os serán más provechosas.

Pedid por el cuerpo de Jesús, por su Pasión del Calvario, por su corazón, por su pureza, su santidad y mortificación de otros tiempos; pedid por sus anonadamientos eucarísticos, por sus humillaciones, su santidad, su separación del mundo, su modestia, su dulzura en el Sacramento; ofreced á Dios cada uno de sus miembros y las santas acciones de cada uno, y los pensamientos, deseos y amor de su corazón; ofreced su presencia y todos los deberes que ésta rinde á Dios, todos los homenajes que le ofrece, todo el placer, la alegría, el contento, la gloria, cuyo foco perpetuo es Él.

Ofreced á Dios el cuerpo de su amadísimo Hijo Jesús, por manos de aquella que le formó y alimentó, por la salud del mundo; elevadle como una plegaria, como una reparación, como una oración purísima, omnipotente, viva y perpetua, por la Santa Iglesia, por vuestra patria, por todos los que os son queridos y por todas vuestras necesidades: el Cuerpo de Jesús es la salud, la caución, el rescate, la satisfacción, el precio superabundante de toda gracia, de todo beneficio, de todo socorro: pedid por el Cuerpo de Jesús-Eucaristía.



## LA PRECIOSA SANGRE.

*Hic est Sanguis meus,  
Esta es mi Sangre.*

### I.—ADORACIÓN.

**C**REO de todo mi corazón, con la Iglesia Católica, que toda vuestra Sangre, oh Jesús Salvador y Dios mío, está contenida, está presente en el Santísimo Sacramento: presente en vuestro Cuerpo oculto bajo las especies, como en vuestro Cuerpo sentado en el trono del cielo; yo la creo presente y animada, viva y glorificada, circulando á través de vuestras venas; Sangre verdadera, humana y divina juntamente, humana por su naturaleza, divina por su unión al Verbo.

La adoro como á la Sangre de mi Dios; creo que cada una de sus gotas está unida al Verbo, inmediatamente, sin separación posible, y verdaderamente divinizada por este maravilloso contacto y unión inefable.

La adoro y la contemplo con la admiración de mi fe, en su esplendor y en su hermosura: es una sangre purísima, luminosa, incorruptible, penetrada por la vida inmutable y gloriosa de la resurrección.

La adoro y la amo con la alegría de mi corazón, porque es una sangre verdaderamente humana y de la misma naturaleza que la mía, es la Sangre tomada de María, que corrió de su corazón, que se alimentó y aumentó con la leche de María, y que guarda siempre, por un maravilloso privilegio del amor de su Hijo hacia su Madre, el perfume virginal de su fuente inmaculada.

La adoro y la venero con un santo temor, porque es la Sangre del dulce Cordero degollado á causa de mis pecados; ella se escapó de las venas de Cristo con inmensos dolores, y cubrió el polvo y las rocas de la gruta de la agonía, cayó sobre las manos de los verdugos, tiñó las cañas de la flagelación y la espigas de la corona, dejó sus huellas sobre las gradas

del Pretorio y en las calles de Jerusalén, sobre los clavos y el árbol de la cruz, sobre el velo de María y sobre la túnica de Magdalena: allí y en todas partes donde existía una gota de ella, los Angeles fueron á recogerla y la vertieron en las venas del Salvador en el momento de su resurrección: el Sacramento contiene toda la Sangre derramada por amor al hombre y por la expiación de sus crímenes.

La adoro en el triple estado que reviste en la Eucaristía: creo que está presente en su totalidad en la Hostia del Tabernáculo, animando allí la vida perpetua de Jesús y haciendo resplandecer sus cinco llagas adorables.

Creo que es derramada bajo la apariencia distinta del vino en el Sacrificio, reproduciendo así el acto final que la separó del Cuerpo de Cristo y dió la muerte al Salvador; pero al mismo tiempo la creo presente bajo una y otra apariencia, inseparablemente unida á la carne del Salvador y á su divinidad.

Creo, por último, que se da real y totalmente en la Comunión; creo que permanece en el que comulga, para vivificar, refrescar y fecundizar su vida sobrenatural, mientras duran las Santas Especies. — En todas partes es la sangre verdadera, santísima, preciosísima y

divinísima del Hijo de María, del Hijo de Dios; la sangre del Salvador resucitado y glorificado. ¡Seanle dadas adoración, alabanza, honor y bendición.

## II. — ACCIÓN DE GRACIAS.

Dad gracias, agradeced, entrad en la admiración del reconocimiento ante las prodigalidades y las eficacias benéficas de la Preciosa Sangre: todas las efusiones de esas prodigalidades son para nosotros; para nosotros también y por nuestra salud son todos los maravillosos efectos de esas eficacias omnipotentes.

¡Sus prodigalidades! — Ella ha corrido desde la cuna bajo el cuchillo de la circuncisión: era el nacimiento bullicioso de una fuente que va á desbordarse.

Ella se desborda, en efecto, durante la Pasión. ¡Cuántos torrentes llenos de sus olas impetuosas!

Sangre de su rostro y de todo su cuerpo, bajo el peso de la agonía en Getsemaní.

Sangre de su frente bajo las espinas de la corona.

Sangre de sus espaldas bajo los crueles golpes de la flagelación.

Sangre de sus manos y de sus pies bajo la punta de los clavos que lo suspenden á la cruz.

Sangre de su corazón agotado hasta su última gota bajo el hierro de la lanza.

Y toda esa sangre derramada sucesivamente por tantos conductos hasta su completo agotamiento, la derrama y la vierte por completo y de un solo golpe en cada una de las Hostias consagradas que cubren la superficie de la tierra.

En todos los cálices, todas las mañanas y á toda hora del día y en todas las partes del globo se derrama de nuevo, se entrega y se ofrece á su Padre: ¡por mí!

En mi pecho se derrama cada día con toda su plenitud, sin enfriarse, sin disminuirse ni reservarse; ¡y está en mí, por mí y para mí!

Y si mil, si cien mil se acercan á comulgar cada día, multiplica sus efusiones para darse á todos: no obstante esto, cada uno la recibe no menos plenamente, y todos beben en el mismo cáliz y se abrevan en él, y absorben hasta la última gota.

Y de esa Sangre tan pródigamente derramada, cada átomo vale más que un mundo, y cada gotita es capaz de salvar á todos los hom-

bres, de vaciar el Purgatorio y de hacer la felicidad del Cielo por toda la eternidad!

¡Ah! ¿Cómo bendecir bastante las reales y divinas prodigalidades de la Preciosa Sangre?

Y ¿cómo escribir, cómo alabar dignamente sus maravillosas eficacias?

Ella purifica; ella es quien ha lavado al mundo de sus crímenes y quien diariamente purifica á las almas, derramándose en ellas por todos los sacramentos, especialmente por el de la Eucaristía: porque es el vino de la virginidad.

Ella fortifica; ella es un vino generoso, refrigerante, un elixir de vida; ella aviva las facultades del alma, aguza la inteligencia, afirma la memoria, conforta el corazón y le llena de entusiasmo, de ardor y de generosidad.

Ella regocija; ella embriaga, dilata el corazón, rechaza la tristeza, disipa los sombríos pensamientos, quita el miedo, reanima la desesperación. ®

*¡Dedit et tristibus Sanguinis poculum!*

Ella cura; ella cicatriza las llagas del pecado, repara los males causados por los hábitos inveterados; es un colirio y un bálsamo efficacísimo para todas las llagas del alma.

Es la leche de los niños, como el vino de los

fuertes; ella encanta, consuela, y está llena de suavidad y delicias.

Es el agua pura y sana, fresca y limpia, por la cual suspira el ciervo sediento y el viajero fatigado; ella mitiga la fiebre de la sangre, templá el fuego de las pasiones, de la cólera, de la soberbia y de la concupiscencia, el alma la bebe, se baña con ella, se sumerge en ella y halla la vida.

Jesús, que habéis depositado en el vivificante licor de vuestra Sangre preciosa todas las virtudes, todos los sabores, todos los bálsamos, todos los encantos y todos los excesos, ¡ah! bendito, alabado y glorificado seáis por tan inenarrable don.

Á vuestra sangre debo mi bautismo;

Á vuestra sangre mi primera comunión;

Y mi comunión de cada día;

Y la absolución que me levanta cuantas veces caigo.

Y todas esas gracias que me previenen, me excitan y sostienen, iluminando mi inteligencia, fortificando mi voluntad; toda la savia de mi vida sobrenatural, con las ardientes emanaciones que la fecundan, los rocíos que la refrescan, los socorros que la defienden, todo me viene de vuestra sangre adorable, derramada

una vez sobre el Calvario y todos los días sobre el altar!

Á vuestra Sangre deberé mi cielo y vuestra vista, y vuestra posesión y la gloria y la dicha sin fin.

¡Ah! ¿Qué daré á vuestra sangre por tantos beneficios?

La beberé de nuevo y todos los días de mi vida en el cáliz eucarístico, hasta que la beba sin interrupción en la copa de oro del eterno banquete.

### III.—PROPICIACIÓN.

Las efusiones de vuestra Sangre, oh Jesús, Salvador mío, tan saludables y benéficas para mí, han sido siempre para Vos, dulce Cordero, ó llenas de dolor ó llenas de humillación; dolor, durante vuestra vida; humillación, en vuestra Eucaristía.

Si vuestra Sangre se derrama bajo el hierro de la Circuncisión, es con un excesivo dolor para vuestra Carne tierna de niño.

Si corre en Getsemaní, en gotas frías que pronto forman torrentes sobre vuestro Cuerpo y sobre la tierra en que agonizáis, es el furor de los terrores, de las angustias, de una tristeza

mortal, lo que os agobia y la hace brotar de vuestras venas.

En el pretorio, es el martirio de más de tres mil azotes que os hieren el cuerpo y descubren vuestros huesos; pero ¡con qué sufrimientos!

Y cuando las espinas fueron á buscarla en vuestra frente y en toda vuestra adorable cabeza, traspasándola de parte á parte, ¡qué torturas en este centro de la sensibilidad humana!

¡Y cuando vuestras rodillas se abrieron hiriéndose en las piedras de los caminos contra las cuales os arrojan bruscamente el peso de la Cruz y las brutalidades de los soldados y vuestra propia debilidad!

Y cuando los clavos os atravesaron las manos y los pies, desgarrando los tejidos, quebrando los músculos y los huesos, ¡qué sufrimientos, qué crueles torturas, qué conjunto de todos los dolores y de todos los tormentos!

Y sin embargo, las crueldades de vuestros enemigos no hacían brotar tanto vuestra Sangre adorable como vuestro amor, que obligado por su ternura y abnegación por nosotros, la hacía brotar.

¡Y ahora la derramáis en la Eucaristía! Sin sufrimiento, mas no sin humillación; es preciso que os cueste siempre para derramarla, y

que sus efusiones sean siempre el esfuerzo de un amor heroico que se olvida á sí mismo hasta la inmolación. Está humillada por los anonadamientos del estado eucarístico: mientras que en vuestro Cuerpo glorioso en el cielo, ella aparece llena de calor, de movimiento y de vida, colorando vuestras mejillas, llenando vuestras venas, manifestándose por los transportes de alegría de vuestro Corazón, aquí está oculta, reducida, silenciosa, sin apariencia, sin vida, incapaz de afirmarse, de manifestarse, y privada de aquella función esencial de la Sangre que hace su valor y su gloria; es decir, vivificar los miembros humanos, y hacerlos vigorosos, activos y resplandecientes de salud. Y he aquí que, á causa de este estado de anonadamiento, la humillación se une á la humillación para hacerle desconocer y olvidar totalmente.

¿Cuántos de los que conocen vuestra Eucaristía piensan en adorar en ella vuestra Sangre preciosa, oh Jesús, y en rendirle ese culto de honor, de reconocimiento y de amor que por tantos títulos merece? ¿Cuántos saben distintamente su presencia, su naturaleza su acción y sus cualidades gloriosas? Y sin embargo, esta Sangre preciosa está presente en la Sagrada Hostia y le da sus eficacias saludables.

¿Qué decir de todos los que, habiéndose apartado del camino de la Santa Mesa y habiendo abandonado de hecho la Eucaristía, no rinden ya á vuestra Sangre el culto que su título de cristiano y vuestros derechos de Salvador les hace, sin embargo, un deber absoluto de rendirlo?

Es una nueva humillación para esta Sangre generosa derramarse en nuestras almas tan frecuente y abundantemente, sin llegar á sacudir su apatía, á calentar su frialdad; en una palabra, sin poder hacerlas vivir de una vida sobrenatural, activa y generosa: esta es la humillación de la esterilidad para el principio más activo de la vida.

Es una humillación que va hasta el insulto, el ultraje y la ignominia aquella que sufre vuestra preciosa Sangre cuando es recibida en corazones sacrílegos, donde es puesta en contacto con su Sangre impura, en la cual están en efervescencia todas las corrupciones.

¡Ah! ¡Yo he abusado mucho de vuestra Sangre, oh Jesús, que la derramáis al precio de tantos sufrimientos y humillaciones!

¡Yo he abusado de ella y la he profanado; no me he aprovechado de ella y he anulado su poder; cada uno de mis pecados ha sido un

ultraje á vuestra sangre adorable, una mancha que le he impreso, una ignominia que yo le imponía; y si he comulgado indignamente una sola vez, me he hecho «indigno de la Sangre del Señor», según dice San Pablo!

Quiero reparar de hoy en adelante por la huida del pecado, por la recepción fiel y frecuente de la comunión; quiero conocer y honrar vuestra Sangre; prestarme con una generosa cooperación á la obra santificante que acaba de hacer en mí.

Hay además un crimen gravísimo que se comete contra la Sangre Eucarística de Jesús, y una profundísima humillación que se le hace, y es la falsificación del vino destinado al Santo Sacrificio. El vino es especialmente la especie de la Sangre; es inmediatamente consagrado y cambiado en la Sangre de Cristo; es, pues, una injuria directa la que se le hace cuando por avaricia, cálculo interesado, ó cualquier otro motivo, no se ofrece á la acción consagrada más que un vino inferior, mezclado ó falsificado. Y por este tiempo de mercantilismo á plazo, en que la conciencia pública sufre tan graves atentados, ¡cuán á menudo se comete este crimen! Toda alma que comprenda el precio de la Sangre del Salvador, querrá re-

parar este atentado, en la medida de lo posible. Sacerdotes, tengamos el mayor cuidado en la elección del vino del Sacrificio; procuremos que sea siempre mejor y más puro que el de nuestra Mesa: simples fieles, concurramos á esta reparación proveyendo á nuestros Sacerdotes, en proporción á nuestros medios, un vino purísimo, fruto de nuestras economías y de los sacrificios que nos impondremos para ofrecer al Señor esta oblación de tan agradable olor.

#### IV.—SÚPLICA.

Os rogamos, Señor, vengáis al socorro de vuestros siervos, que habéis rescatado con vuestra preciosa Sangre: «*Te ergo quæsumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redemisti.*»

Roguemos, pues, por la preciosa Sangre de Jesús: la Sangre de Jesús es una voz de misericordia y de perdón: *Melius loquentis quam Abel*; es la voz del Pontífice y del Supremo Mediador, voz poderosa porque es la sangre del propio Hijo de Dios; voz que no se calla, puesto que sus llagas le representan siempre á

los ojos del Padre; voz que cada día y á cada instante del día hace oír, inmolándose en el Santo Sacrificio, una oración más solemne, la oración de todo el pueblo cristiano; voz que sale del corazón de cada hombre que recibe la comunión, el cual puede presentar á Dios la Sangre de Jesús como su propia sangre.

¡Ah, qué concierto de oración perpétua, universal, ardiente, humilde y sacrificada, sale de todas las Hostias consagradas, en cada una de las cuales pide, suplica, intercede con todo el amor, todo el ardor de que es capaz, la Sangre de Jesús!

Pidamos por la preciosa Sangre de Jesús: es un rescate y el precio de todas las gracias que necesitamos obtener. Ella ha pagado todo de antemano y superabundantemente; gracias de conversión, de arrepentimiento, de luz, de libertad; gracias para perseverar y gracias para adelantar; gracias de la vida y gracias de la muerte. El cielo mismo y la gloria misma nos ha sido conquistado, ganado y pagado por la Sangre de Jesús, porque es de un precio infinitamente superior á todo esto. Ofrezcámosla, pues, y paguemos con esta Sangre, porque es nuestra: su pureza, su generosidad, su valor intrínseco, sus dolores, sus humillaciones, los

tenemos en nuestras manos, sirvámonos, pues; de ellos con confianza.

Por nosotros mismos no podemos nada, con la Sangre de Jesús, todo lo podemos.

Sí, podemos y debemos ofrecer la preciosa Sangre de Jesús, encerrada en todas las Hostias del mundo; y más aún la Preciosa Sangre que anima las Hostias de nuestras Comuniones, para glorificar á la Santísima Trinidad, regocijar al cielo, á los ángeles y á los Santos; para hacer temblar de una alegría siempre nueva al corazón de María; para refrescar el Purgatorio, difundir en él una día más claro de esperanza y dar libertad á sus queridas prisioneras; por la conversión de los infieles del mundo entero; por todas las necesidades de la Santa Iglesia, por todos los pecadores: allí está nuestro derecho, también nuestro deber; y bajo para de desperdiciar el talento magnífico é inagotable que nos ha sido confiado, lo debemos cumplir con toda fidelidad y confianza.

¡Pidamos, pues, intercedamos, paguemos con la Sangre de Jesús; pues es la Sangre de la victoria, de la redención, de la resurrección y de la vida eterna!



## EL CORAZÓN DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA.

### I.—ADORACIÓN.

Una vez que el Santísimo Sacramento estaba expuesto, Jesucristo, mi dulce Maestro, se presentó á mí resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y de su sagrada humanidad salían llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que se asemejaba á un horno, el que, habiéndose abierto, me descubrió su amante y amable Corazón, que era la viva fuente de aquellas llamas.

**J**esús, Salvador y Dios mío, verdadera y realmente presente sobre este altar, permitidme, os lo suplico, penetrar, á través de las apariencias de vuestro Sacramento, hasta vuestro adorable Corazón.... Helo allí!

tenemos en nuestras manos, sirvámonos, pues; de ellos con confianza.

Por nosotros mismos no podemos nada, con la Sangre de Jesús, todo lo podemos.

Sí, podemos y debemos ofrecer la preciosa Sangre de Jesús, encerrada en todas las Hostias del mundo; y más aún la Preciosa Sangre que anima las Hostias de nuestras Comuniones, para glorificar á la Santísima Trinidad, regocijar al cielo, á los ángeles y á los Santos; para hacer temblar de una alegría siempre nueva al corazón de María; para refrescar el Purgatorio, difundir en él una día más claro de esperanza y dar libertad á sus queridas prisioneras; por la conversión de los infieles del mundo entero; por todas las necesidades de la Santa Iglesia, por todos los pecadores: allí está nuestro derecho, también nuestro deber; y bajo para de desperdiciar el talento magnífico é inagotable que nos ha sido confiado, lo debemos cumplir con toda fidelidad y confianza.

¡Pidamos, pues, intercedamos, paguemos con la Sangre de Jesús; pues es la Sangre de la victoria, de la redención, de la resurrección y de la vida eterna!



## EL CORAZÓN DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA.

### I.—ADORACIÓN.

Una vez que el Santísimo Sacramento estaba expuesto, Jesucristo, mi dulce Maestro, se presentó á mí resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y de su sagrada humanidad salían llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que se asemejaba á un horno, el que, habiéndose abierto, me descubrió su amante y amable Corazón, que era la viva fuente de aquellas llamas.

**J**esús, Salvador y Dios mío, verdadera y realmente presente sobre este altar, permitidme, os lo suplico, penetrar, á través de las apariencias de vuestro Sacramento, hasta vuestro adorable Corazón.... Helo allí!

¡El alma vuestra santa humanidad que vive en la Eucaristía; yo lo he encontrado! ¡Vos tenéis un Corazón, oh Sacramento de Jesús! A vuestro Corazón es á quien, en esta hora, quiero estudiar y comprender para alabaros, adoraros y amaros más. ¡Oh felicidad! ¡El Corazón de Jesús está allí, en su vida, en su fuerza, en su amor, en su beatitud! ¡Allí, en la Hostia que reposa en el copón; allí, en la Hostia que el Sacerdote divide en el Sacrificio; allí en la Hostia que he recibido esta mañana en la Mesa Santa; allí, en fin, estáis, oh Corazón Santísimo, en aquella Hostia que se ostenta en la Custodia, oh Corazón Santísimo; y aunque mis ojos se detengan ante el velo del Sacramento, mi fe os ve, mi Corazón os siente; yo os creo, yo os amo, yo os adoro presente y vivo en esta amabilísima Eucaristía, lugar bendito de vuestra presencia, trono de vuestras misericordias, mi Bethlehem, mi Nazareth, mi Tábor, mi Cenáculo, mi Calvario y mi Cielo!

Yo os adoro, Corazón verdaderamente divino y Corazón verdaderamente humano; Vos sois el Corazón de Jesús mi Dios y el Corazón de Jesús mi hermano: ¡dos abismos de grandezas inefables y de amabilidades infinitas!

¡Corazón de Jesús, Hijo del Padre Eterno! Vos estáis unido personalmente á la segunda persona de la Santísima Trinidad; el Verbo os posee, os habita, os penetra, os llena; Vos sois su Corazón! ¡Esta unión personal y viva os hace todo suyo para siempre y la hace nuestra para siempre: Vos sois el Corazón del Verbo; el Corazón de Dios!

Por esta unión tan estrecha y tan profunda que la muerte misma no ha podido romper, adquirís toda la grandeza, toda la perfección, todo el poder, todos los derechos de Dios mismo.

Por Vos es por quien Dios nos ama; Vos sois el órgano del amor infinito: ¡Corazón de Jesús, Corazón único y bien amado del Padre; Corazón de Jesús, Corazón ardiente del Espíritu Santo y su morada escogida; Corazón de Jesús, Santuario augusto de la Santísima Trinidad; Corazón de Jesús, Corazón de Dios, yo os adoro, yo os adoro!

Yo os adoro con la adoración que sólo es debida á Dios; yo os amo con el amor soberano que sólo Dios merece. Yo os alabo con todas alabanzas con que Dios se alaba á sí mismo, en el concierto de la Augusta Trinidad.

Y Vos no sois menos adorable, oh Corazón verdaderamente humano, Corazón de Jesús, Hijo de la Virgen María.

Vos sois el Corazón por excelencia; todo lo que Dios, en su sabiduría y en su poder, quiso poner de grande, de bueno, de fuerte, de dulce, de activo y de inteligente en el corazón del Hombre, de lo cual El hizo la parte principal de la más noble de vuestras criaturas, vuestro Corazón lo encierra en perfección; él es el ideal y el tipo eterno del corazón humano en el doble esplendor de su naturaleza y de su deificación por la gracia.

Corazón de Jesús, vos habéis sido enriquecido, desde la Creación, de todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, de todas las gracias y de todas las virtudes.

Vuestra ciencia os descubre todos los pensamientos, todas las intenciones de los ángeles y de los hombres, todos los secretos de la naturaleza, y todos los misterios están abiertos delante de Vos; yo os abro mi corazón, á quien vuestra ciencia penetra ya con su mirada; yo quiero que nada de él se os oculte, oh Corazón vigilantísimo de mi Maestro y de mi Guía.

Todas las gracias, todos los dones, todas las efusiones de la santidad están en Vos en toda

plenitud; Vos estáis sustancialmente santificado, y la sustancia misma de la santidad, oh Corazón de Jesús, mi Modelo y mi Santificador.

Y todas las perfecciones, todas las virtudes, todos los heroísmos, vuestro Corazón los ha practicado durante su vida por mi salvación; hoy, en la Eucaristía, me da su gracia; mañana, en el cielo, su recuerdo será mi alegría y el tema de mis alabanzas.

Y vuestro Corazón no ha sido creado, ni enriquecido, ni santificado para sí solo: Él es la causa universal de toda virtud, el foco de la vida sobrenatural y el Corazón mismo de la Iglesia.

Toda buena inspiración viene de vuestro Corazón; todo buen movimiento nace primero en él, y de esta fuente desciende á nuestros corazones. Ningún acto es virtuoso y meritorio, sino con la unión que tiene con la vida, la virtud y la santidad de vuestro Corazón.

Y cuando á vuestras grandezas divinas y amabilidades humanas añadís, por un exceso de amor, las bondades inefables de la Eucaristía, oh Corazón infinitamente dulce de Jesús, no sé cómo alabaros, bendeciros y amaros bastante. Yo adoro, pues, vuestro estado eucarístico. Yo creo que en la Hostia gozáis de la

visión y de la posesión de Dios, sin tregua, ni medida; pero creo también que Vos habéis tomado un estado escogido de las condiciones que os condenan á anonadamientos innumerables; Vos os ocultáis, pero hacéis callar todo lo que podría ponerlos de manifiesto; no hay aquellas miradas en que vuestra bondad brillaba tan dulcemente; no hay aquellas palabras en que vuestra misericordia se expandía tan tiernamente; no hay aquellos actos sublimes en que vuestro honor se mostraba tan victoriosamente; no hay aquellas maravillas en que vuestra omnipotencia brillaba tan magníficamente; Vos estáis rodeado de obscuridad, de silencio, de impotencia; y en este estado os entregáis á nosotros en el Sacramento, oh Corazón de Jesús. ¡Ah! Yo sabré encontrarlos allí; y comprendiendo que estos excesos de humillación no son más que excesos de amor, os adoraré más fielmente, os cantaré más alegremente y os amaré más cordialmente. Á vuestro Corazón en el Sacramento, á sus grandezas, á sus amabilidades, á su presencia, á su amor: adoración y alabanza, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

## II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

Una vez, estando delante del Santísimo Sacramento, me senti investida de esa Divina presencia, y Nuestro Señor, me dijo: «Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, que no pudiendo contener en sí mismo las llamas de su ardiente caridad, es preciso que las derrame, y que se manifieste á ellos para enriquecerlos con sus preciosos dones.»

(Revelación á la Beata Margarita María.)

¡El corazón está hecho para amar, y vuestro Corazón, oh Jesús, ese Corazón que Dios quiso darse á sí mismo, no ha hecho jamás, desde su primer latido, más que amar y amarme!

Toda la vida del Verbo encarnado no es más que amor; pero un amor que, aunque infinito desde su primer fuego, parece, sin embargo, crecer siempre; tal es vuestra obra, ¡oh Corazón sagrado de Jesús! Vos sois quien le concebís; Vos, quien mantenéis su fuego; Vos, quien dais continua salida á sus llamas; este amor sois Vos. Vos quisisteis encerraros en el pecho de Jesús, cubriros con el manto del Sacramento, rodearos de gloria; en vuestra vida mortal, en la Eucaristía, como en el cielo,

es á Vos á quien veo, á quien oigo, á quien siento en todo lo que dice, todo lo que hace, en todo lo que es Jesús!

¡Vos sois, oh Corazón sagrado, quien derramabais en el misterio de Bethleem, donde el amor encarnado apareció por la vez primera, esos encantos tan dulces, esos atractivos tan poderosos que captivan nuestros corazones! ¡Vos, que os dabais en las sonrisas, y los besos, y las miradas con que el Hijo recompensaba á su madre!

Es vuestro Corazón sagrado quien aceptó, quien santificó y nos hizo saludables los treinta años pasados en Nazareth en la obediencia y el trabajo.

Es vuestro Corazón quien venció en el desierto al demonio y nuestras tentaciones, en un acto de amor y de adoración; es vuestro Corazón quien multiplicó los panes para alimentar á la multitud hambrienta; es él quien, enternecido á la vista de todas las miserias humanas, multiplicaba los prodigios para socorrerlas; es vuestro Corazón quien, conmovido de las lágrimas de la viuda de Naim, le devolvió á su hijo único; él, quien os hizo vacilar y llorar con Magdalena sobre el cadáver de Lázaro; él, quien os enterneció hasta las lá-

grimas, sobre el endurecimiento de vuestra patria. ¡Tanto así vuestro Corazón amaba tan verdadera, tierna y generosamente!

De vuestro Corazón salieron todas las palabras de luz, de perdón y de consuelo que llenan el Evangelio; es él quien decía á la Samaritana: «¡Si tú supieras el don de Dios!»; á Magdalena: «Vete en paz, tus pecados te son perdonados»; al Buen Ladrón: «Hoy serás conmigo en el Paraíso»; á todos los pecadores, á todos los que sufren, á todos los que lloran, á todos los que están cargados y que sucumben: «Venid á mí, y yo os aliviaré.»

Es vuestro Corazón quien hizo vuestra Pasión y vuestra muerte; es él quien os entregó silencioso y dulce al beso de Judas, á los sufrimientos y á los látigos de los soldados, á las sentencias de Pilato, á la ignominia y al suplicio de la Cruz; y es él también quien antes de morir os inspiró orar por vuestros verdugos y darnos á María para Madre nuestra.

Y en todas las obras fundadas por el Verbo encarnado, el amor es el fin y el Corazón de Jesús nos ama.

Nos ama en esta Iglesia establecida para la vida del mundo y de quien nos ha hecho hijos; nos ama en el Papa, á quien ha dado la pala-

bra de la infalible verdad y el poder de los perdones sin límites. Y yo sé que si algún día las puertas del cielo se abren delante de mí, á Vos lo deberé, Corazón misericordiosísimo de Jesús, cuya activa y paciente solicitud me conduce, me sostiene y me dirige siempre. Y en esa mansión de felicidad, ¿qué será vuestro Corazón, sino amor también? Un amor que se satisface plenamente y se desborda sin medida.

¡Corazón de Jesús! De vuestra vida y de vuestra muerte, de vuestra Iglesia y de vuestro trono, no recibo más que amor. Pero el foco de todos estos amores, cuyas llamas me vivifican, que es vuestro mismo Corazón, ¿no me lo daréis también? ¿Es este deseo temerario quizá, habiendo recibido tanto? ¡Ah! Perdonadme, yo no puedo contener mi corazón que os grita: — Dadme vuestro Corazón, oh Jesús, y no me deis nada! Vuestro amor sin vuestro Corazón sería para mí un suplicio intolerable, que me haría morir de deseo!

Y Vos me habéis respondido; ¡Tomad y comed todos; éste es mi Cuerpo; ésta es mi Sangre! ¡Y la Eucaristía me ha entregado á vuestro Corazón! Yo lo tengo, lo poseo y no lo dejaré ir.

Es mío en el beneficio de una presencia real,

universal y perpetua, con todas las virtudes de su vida y todas las seguridades que trae consigo la presencia del justo, del santo, del Salvador. Es mío en el beneficio de un sacrificio de valor infinito, que me da cada día todas las satisfacciones, todos los méritos, todos los frutos de su Pasión y de su muerte; es mío sobre todo en el beneficio de la comunión, que derriba las últimas barreras y me le entrega por completo. ¡Es mío, yo lo he recibido, yo lo he comido, él se ha convertido en mí mismo! ¡Él me espera, y su gozo es darse á mí! Y yo he vuelto á los días de mi inocencia y he recibido al Corazón de Jesús; y me he apartado de mis extravíos, y el Corazón de Jesús no ha rehusado darse á mí. Mientras que yo viva me acordaré de las alegrías de mi primera comunión y cantaré eternamente las dulzuras del banquete en que Jesús festejó mi vuelta. Corazón de Jesús, fuisteis Vos quien hicisteis el brillo y los encantos de aquella; Vos quien derramasteis en ésta un tan seguro perdón, que mi alma, olvidándose del triste pasado, se abrió á la esperanza y comprendió que podía vivir de amor, puesto que Vos la amabais! Y el Corazón que recibí entonces puedo recibirlo todos los días, pues es mío. Es mi pan cotidiano; es

mi vida y mi corazón para santificarme verdaderamente y conducirme con seguridad á la ventura sin fin: pero Jesús, oh Jesús, ¿quién es el hombre, para que le visitéis así y apliquéis de tal suerte vuestro Corazón contra su corazón?

### III.—REPARACIÓN.

Estando de rodillas la bienaventurada con los ojos-fijos en el Tabernáculo, se le apareció Nuestro Señor sobre el altar, y descubriéndole su Corazón, le dijo: «He aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres; que nada ha perdonado, hasta agotarse y consumirse para testificarles su amor; y en pago no recibo de la mayor parte de ellos más que ingratitudes por sus irreverencias y sacrilegios, y por las frialdades y desprecios que tienen para mí en este Sacramento de amor.»

*(Revelación á la Beata Margarita María.)*

Si la historia de los beneficios del Corazón de Jesús obliga á la gratitud, la contemplación de sus dolores está hecha para penetrar de amor y de compasión.

Desde su aurora hasta el momento en que se extinguió sobre el Calvario, la vida del Cora-

zón de Jesús ha sido un martirio. Dios le había creado para sufrir y le había dado, al mismo tiempo que la misión del sufrimiento, todas las aptitudes para cumplirla bien.

¡Padre, dijo al entrar en este mundo, Vos no queréis ya víctimas de la ley; heme aquí! La visión de su pasión y de su muerte futuras, la vista del pecado y del olvido de Dios, el triunfo de la mentira, la adoración á Satanás, eran lanzas clavadas hasta el cabo en el Corazón de Jesús y que su celo por la justicia movía continuamente en la llaga. Perseguido en Bethleem, desterrado en Egipto, desconocido en Nazareth, su vida pública fué constantemente contradicha, censurada, calumniada; venir con el Corazón abierto, con los brazos extendidos para amar, para salvar á fuerza de amor, y verse sin cesar desconocido y rechazado, ¡qué suplicio para el Corazón de un Salvador tal como Vos, oh Jesús!

Después vino la Pasión, precedida de la agonía terrible. Entonces tuvisteis una tristeza mortal, oh Corazón de mi Jesús, poseído de espanto, abrevado de amargura; entonces conocisteis las náuseas del disgusto y las debilidades de la agonía.

Y la traición de Judas y la huída de los após-

toles y las negaciones de Pedro vinieron á descargar sus pérfidos golpes sobre este Corazón del más fiel de los amigos. Y este Corazón, que jamás ha sabido más que amar, oyó los gritos del odio arrojados contra él. Este Corazón del más tierno de los hijos, encontró á su Madre en el camino de la ignominia y tuvo que abandonarla á los cuidados de otro. Y cuando toda la tierra estaba contra él, su Padre le abandonó; y bajo el peso de este supremo dolor dejó escapar su vida en un grito de angustia. Y á fin de que fuese declarando á todos los siglos que Él había muerto colmado de dolores y de insultos, un soldado, atravesándole con una lanza, gravó por rasgos indelebles el último ultraje sobre ese Corazón atravesado ya por tantos golpes.

Después de tales sufrimientos y de tales ignominias, ¿no es muy justo, oh Corazón de Jesús, que gocéis para siempre de la felicidad y de la gloria? Y, en efecto, desde que él volvió á tomar su movimiento la mañana de Pascuas, este Corazón no late más que para abrirse por transportes de alegría á los torrentes de gozo que corren en él, de la ventura beatífica. El camino del sufrimiento físico y de la tristeza moral le está cerrado, y tanto en la Eucaristía

como en el cielo, el Corazón de Jesús no puede sufrir.

Sin embargo, su bondad, por un lado, y nuestra malicia, por otro, hallan los medios de rehacerle una Pasión y una muerte perpetua en el Santísimo Sacramento: la Pasión y la muerte de la humillación y de la ingratitud.

El se ha escogido por amor un estado de anonadamiento y de sujeción que causa á su Corazón tantas humillaciones y oprobios, cuya profundidad sólo Él puede revelarnos.

«He aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para testificarles su amor, y en recompensa yo no recibo de la mayor parte más que ingraticudes por sus irreverencias y sacrilegios y por las frialdades y desprecios que tienen para mí en este Sacramento de amor. Y esto me es mucho más sensible que todo lo que sufrí en mi Pasión; así como si ellos me rinden algo de amor, estimaré en poco todo lo que he hecho por ellos, y quisiera, si pudiera, hacer más todavía. Pero ellos no tienen más que frialdad é indiferencia por todas mis manifestaciones de amor.»

«Á lo menos, decía Jesús á la Confidente de

su Corazón, dame el gusto de suplir, en cuanto, puedas, á su ingratitud.»

Dulce Salvador, á pesar de mi indignidad, á pesar de la parte que he tomado en las ingratitudes que os hieren tan cruelmente, quiero por gracia y amor vuestro consolaros, reparar y suplir.

Yo os hago honrosa reparación por esta ignorancia en que están tantos cristianos sobre la presencia de vuestro Sagrado Corazón en la Eucaristía; ellos no quieren saber que Vos tenéis allí un Corazón; que este Corazón está lleno de vida y ardiente de amor por ellos; y ellos os tratan como un objeto que no tiene Corazón, entrando en vuestras iglesias sin respeto, manteniéndose en ellas sin piedad, pasando delante de Vos sin saludaros, hablando y riendo insolentemente.

Y hay un número todavía mayor de bautizados para los cuales no existís en la Eucaristía, Vos, cuyo Corazón vela sobre ellos, protege su vida y los pone á salvo de la justicia divina, irritada por su apostasía! Y entre los buenos ¿cuántos tienen por la presencia de vuestro Corazón esa fe, ese amor que los hace piadosos, delicados, llenos de atenciones cordiales, y religiosos? ¿Quién trata á vuestro Corazón como

el más sensible y tierno de los Corazones?

Os hago honrosa reparación por todos los pecados que atacan vuestro Corazón en el Santo Sacrificio de la misa. ¡Cuántos cristianos rehusan asistir á la misa aun el domingo, prefiriendo mejor marcharse con un pecado mortal, que dar á vuestro Corazón la satisfacción que tendría en colmarlos de los frutos de vuestra muerte! Y entre los que asisten á él, ¡cuán pocos piensan en vuestro Corazón, en su agonía, en sus angustias, en los oprobios que sufrió en su Pasión, en los abatimientos que acepta en este Sacrificio! Y si hay malos sacerdotes que se cambian en verdugos, y que se aprovechan del poder que tienen para haceros descender á sus manos é insultaros así más de cerca, Corazón de Jesús, ¿quién reparará el crimen de esta traición? ¿Quién os consolará de las amarguras de esa hora cruel?

Os hago honrosa reparación por todos los pecados que vienen á ultrajar vuestro Corazón en la Comunión. Allí mismo, en esta en que se entrega con tanto amor, ¡cuántas contrariedades, cuántas humillaciones, cuántos malos tratamientos para vuestro Corazón! Perdón para todos aquellos que rehusan este don de vuestro

tro Corazón en el día de Pascua, Perdón para todos los que evitan recibirlo frecuentemente, cuando es el precio de su santidad. Perdón para las comuniones sacrilegas en que vuestro purísimo Corazón, condenado al contacto de los corazones corruptos, sufre una humillación peor que el beso de Judas. Perdón para las comuniones tibias, en que el afecto del pecado venial, el amor del mundo, la pereza en el sacrificio os disputan el amor de nuestros corazones.

Yo os hago, en fin, honrosa reparación por los tratamientos indignos á que se somete tantas veces á la Hostia de vuestro Corazón. La tocan con sus manos llenas de indignidades, la odian y la pisotean, la llevan á sus retiros, vestíbulos del infierno, y la hacen el juguete de sus mofas y víctima de su rabia diabólica; y hasta en las hostias profanadas, oh Jesús, vuestro Corazón no cesa de vivir, de callarse y de amar. Perdón, sobre todo, por nuestra ingratitud, que es la madre de todas las frialdades, de todas las irreverencias y de todos los crímenes cometidos contra el Sacramento de vuestro amor: Vos nos amáis, y nosotros no os amamos; Vos nos alimentáis, y nosotros os despreciamos; Vos nos colmáis de honor y

nosotros os rebajamos por nuestra conducta: Corazón de Jesús, Vos sois el amor y nosotros somos la ingratitud.

#### IV.—SÚPLICA.

Yo les daré todas las gracias necesarias á su estado. Yo los consolaré en sus penas. Yo derramaré abundantes bendiciones sobre todas sus empresas. Los pecadores encontrarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de la misericordia. Las almas tibias se harán fervientes. Los sacerdotes tendrán el arte de tocar los corazones más endurecidos, y su ministerio producirá, aun en lo que mira á la salud y la perfección de cada uno de ellos, frutos que superarán á sus esperanzas. Mi divino Corazón será un lugar de refugio durante la vida y principalmente á la hora de la muerte.

*(Promesas del Sagrado Corazón.)*

Si existe un sentimiento que nace espontáneamente del alma desde que ésta conoce vuestro Corazón, es el de la confianza. «Mi corazón estará en el Santuario, Vos lo habéis dicho: estará allí todos los días para escuchar la oración de todos los que lleguen á orar en el lugar de mi morada.» ¡Y vuestro Corazón está allí!

El Corazón del Divino Mediador es quien está sobre el altar, entre el cielo y la tierra, para presentir nuestras necesidades, recibir nuestras oraciones y llevarlas al trono de Dios: ¿cómo este Pontífice Santísimo, que ha pagado con su sangre todas las gracias que pide, podría dejar de ser escuchado?

Es el Corazón del Autor mismo y del Soberano Maestro de todos los bienes; Él puede dar libremente y como quiere y tanto como quiere y á quien quiere, porque lo que da le pertenece: ¿quién, pues, oh Jesús, podría carecer de confianza para vuestro Corazón omnipotente?

Es el Corazón de un Salvador cuya misión es aliviar todos nuestros sufrimientos, remediar todas nuestras miserias, socorrer todas nuestras necesidades, perdonar todas nuestras faltas; y para cumplirla fielmente, ha sido hecho de la misma naturaleza que nuestros corazones; ha contraído las mismas obligaciones, experimentado los mismos afectos, sentido las mismas penas, padecido los mismos sufrimientos: todo esto, á fin de saber por experiencia compadecer nuestras debilidades y hacerse un corazón de misericordia infatigable.

Es también el Corazón universal, el Corazón de todos los hombres, el Corazón del mundo

entero: fué abierto sobre la Cruz y permanece abierto en la Eucaristía, á fin de que todos podamos entrar en él: es tan grande, que todos caben allí; tan vigilante, que nada acontece que Él no lo sepa; tan sensible, que parece ser el Corazón de todos, experimentando en sí mismo lo que todos experimentan.

Sobre estos títulos apoyo mi oración, oh Jesús, y sé que Vos no los negaréis.

Corazón de Jesús, esposo de la Iglesia, que la habéis amado tanto hasta hacerla nacer de vuestro costado abierto y que la alimentáis con vuestra Carne, dadle la paz, extended su imperio y dadle su autoridad social sobre todas las naciones cristianas.

Corazón de Jesús, Pastor eterno, que amáis á vuestro Vicario Supremo, y permanecéis aquí abajo hasta el fin para inspirarlo y sostenerlo, volved al Papa la libertad de su ministerio y sus Estados, y guardad por mucho tiempo á nuestro amadísimo León XIII.

Corazón de Jesús, obispo de nuestras almas y fuente del sacerdocio, que amáis á vuestros sacerdotes hasta darles el derecho de inmolarlos todos los días, dad á los Obispos y á los sacerdotes el celo que os hace conocer y la santidad que os hace amar.

Corazón de Jesús, esposo de las Vírgenes y el primer religioso de vuestro Padre, que amáis á los religiosos hasta habitar bajo su techo para darles el ejemplo y la gracia de su santo estado, os ruego por todos los religiosos: santificadlos en verdad.

Os pido por mis parientes y mis bienhechores, Corazón de Jesús, el más amante, agradecido y mejor de los hijos.

Os pido por los niños y los jóvenes que van á correr los riesgos de la vida: guardad su inocencia; avivad su fe; dadles el valor cristiano; haceos amar de ellos, Corazón de Jesús, Corazón de Padre y Corazón de Madre, que nos engendrateis en vuestra muerte, que nos abreváis con vuestra Sangre, y que nos seguís por donde quiera siempre para defendernos.

Os pido por todos los pobres pecadores, Corazón de Jesús, Hostia de propiciación para sus crímenes, Víctima santa que por su salud os inmoláis todos los días en el altar.

Os pido por los agonizantes, Corazón de Jesús, que nos guardáis en el Viático los frutos saludables de vuestra agonía y de vuestra muerte.

Os pido por todos los que lloran, por los perseguidos y por los miserables, Corazón com-

pasivo, que habéis conocido la amargura de las lágrimas y que estáis tan abandonado en vuestro Sacramento.

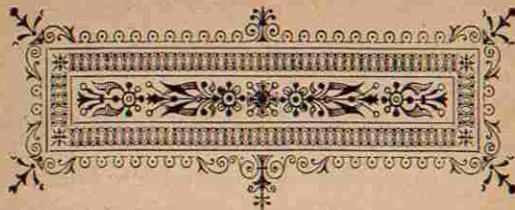
Os pido por mi patria: dadle un gobierno cristiano; protegéd todas las instituciones que os sirven: os lo pido, Corazón de Jesús, que tanto habéis amado á nuestra patria y que le habéis hecho la misericordiosa revelación de vuestro Corazón.

Corazón de Jesús que amáis á todas las almas, os pido por las que gimen en el Purgatorio, y os ofrezco los méritos de esta adoración en sufragio suyo.

Os pido, en fin, por mí mismo: mis necesidades son inmensas; abrid sobre mí los ojos de vuestro Corazón. Armaos de paciencia; usad vuestra bondad hasta los últimos límites; sed indulgente sin medida. Corazón de Jesús, confiado únicamente en vuestra gracia, espero ser fiel á los deberes de mi profesión; valeroso en el sacrificio; empeñoso en la corrección de mis defectos; paciente en la prueba y perseverante hasta el fin en vuestro amor.

Concededme, Corazón bonísimo, que recuerde siempre que estáis presente y vivo por mí en la Hostia; que continuáis por mí sobre el altar vuestra Pasión y vuestra muerte y

que queréis daros realmente á mí en la santa Comunión. Yo os recibiré con mucha frecuencia, y en particular el primer viernes de cada mes, según vuestro deseo. Y no quedaré satisfecho mientras no pueda exclamar en verdad: He encontrado mi corazón en vuestro Corazón: *Inveni cor meum ut orem Deum meum*. He encontrado vuestro Corazón para amaros, Jesús, para amar á Dios, para amar á María, para amar á mis hermanos, para orar, para trabajar y para sufrir; he encontrado vuestro Corazón para morir como cristiano, como santo, y merecer así la vida del eterno amor.



## LAS CINCO LLAGAS.

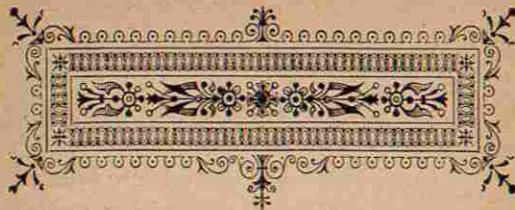
### I.—ADORACIÓN.

*La verdad de las Cinco Llagas.*

¿Qué son esas Llagas que tenéis en medio de vuestras manos?»

Creo, oh Jesús, que Vos sois el Cristo verdadera y realmente presente en el Sacramento. Creo que vuestros pies y vuestras manos y vuestro pecho sacratísimos conservan bajo los velos eucarísticos, en la gloria del cielo, los signos sagrados de las Llagas que se os hicieron en vuestra pasión, por los clavos y la lanza. Yo beso en espíritu, adoro con fe, considero con amor, reconocimiento y admiración esas benditas señales, y quiero fijar en ellas

que queréis daros realmente á mí en la santa Comunión. Yo os recibiré con mucha frecuencia, y en particular el primer viernes de cada mes, según vuestro deseo. Y no quedaré satisfecho mientras no pueda exclamar en verdad: He encontrado mi corazón en vuestro Corazón: *Inveni cor meum ut orem Deum meum*. He encontrado vuestro Corazón para amaros, Jesús, para amar á Dios, para amar á María, para amar á mis hermanos, para orar, para trabajar y para sufrir; he encontrado vuestro Corazón para morir como cristiano, como santo, y merecer así la vida del eterno amor.



## LAS CINCO LLAGAS.

### I.—ADORACIÓN.

*La verdad de las Cinco Llagas.*

¿Qué son esas Llagas que tenéis en medio de vuestras manos?»

Creo, oh Jesús, que Vos sois el Cristo verdadera y realmente presente en el Sacramento. Creo que vuestros pies y vuestras manos y vuestro pecho sacratísimos conservan bajo los velos eucarísticos, en la gloria del cielo, los signos sagrados de las Llagas que se os hicieron en vuestra pasión, por los clavos y la lanza. Yo beso en espíritu, adoro con fe, considero con amor, reconocimiento y admiración esas benditas señales, y quiero fijar en ellas

las miradas de mi alma, estudiarlas y comprender sus misterios.

Oh Jesús, dejadme penetrar en vuestras Cinco Llagas, con María vuestra Madre, con San Juan, con Magdalena, con Francisco de Asís y los Santos de todos los siglos que más tiernamente las hayan amado y estudiado más amorosamente. Purificadme, iluminadme, inflamadme.

¿Qué son, pues, vuestras Llagas? ¿Como fueron hechas?

El Salvador había subido las peñas del Calvario, agobiado bajo el peso de su cruz, debilitado por sus tres caídas en el doloroso camino, vestido con un manto que se pegaba á las llagas hechas por los azotes en las espaldas, la cabeza herida por todas partes por las espinas de la corona, con las mejillas desgarradas por las bofetadas, cubiertas de lodo y de arañes, con los ojos empapados en lágrimas y en sangre.

A eso del mediodía le despojan de sus vestiduras y le arrancan la corona de espinas. Entonces se ve brotar su sangre de mil fuentes á la vez, jirones de carne arrancados con los vestidos; y la augusta y santa Víctima aparece en una humillante desnudez á las miradas

curiosas, insultantes y feroces de sus verdugos. Este ignominioso tratamiento hace temblar su naturaleza humana de un modo que supera á lo que expresarse puede: esto es el colmo del insulto y de la indignidad. Ellos le presentan entonces un vaso lleno de hiel y vinagre. Jesús lo toma para añadir este suplicio á todos los demás; después vuelve á otro lado el rostro, como para indicar que conoce el sacrilegio pérfido de los verdugos. La cruz está extendida en el suelo: acuestan bruscamente al Salvador. Jesús se deja hacer esto con tanta dulzura como el niño á quien su madre acuesta en la cuna. Silencioso y dulce, con los ojos fijos en el cielo, se extiende sobre la cruz como Isaac sobre la leña, y entregándose á la furia de los verdugos, se abandona al amor, á la justicia y á la majestad de su Padre. Tres agujeros habían sido practicados de antemano en la cruz, dos para las manos y uno para los pies. Los verdugos toman la mano derecha de Jesús y la sujetan al brazo derecho de la cruz; le abren la palma de la mano, fijan á ella un grueso clavo, largo y triangular; y al golpe del martillo lo hacen penetrar primero en las carnes y después en el leño de la cruz. Se oyen los golpes sucederse unos á otros, ya agudos, ya sordos, según pegan

en el clavo ó hieren la mano del Salvador. Los músculos se quiebran, los nervios se rompen, las carnes se desgarran; el clavo ha atravesado la mano y pasa al otro lado de la cruz. Jesús continúa en heroico silencio; ni un movimiento de impaciencia, ni una sola queja; su mirada compasiva se dirige con bondad infinita hacia sus verdugos, y después se fija de nuevo en el cielo.

Y entrega su mano izquierda. Mas ésta no puede alcanzar al lugar que le ha sido marcado de antemano. La violencia de la crucifixión de la mano derecha había atraído todo el cuerpo hacia ese lado. La escena que siguió fué horrible. Los verdugos estiraron con todas sus fuerzas el brazo izquierdo; pero no podía alargarse bastante. Ellos apoyan sus rodillas sobre las costillas, á las que esta violenta presión desgoberna sin romperlas, y dislocando el brazo de Jesús, logran extender su mano, hasta el lugar prefijado. Los horribles golpes del martillo comienzan á caer sobre esta mano y su eco va á resonar en el corazón de María y de las santas mujeres, interrumpido únicamente por las blasfemias de los verdugos y las risas satánicas de los fariseos y de los sacerdotes. Las piernas de Jesús son también estiradas

con brutalidad; el cuerpo estaba enteramente contraído por bárbara tensión de los brazos y sus rodillas estaban muy forzadas. Los verdugos unieron dos cordeles á sus piernas; y mientras unos estaban de rodillas de miedo que no cediese al esfuerzo y para impedir que las manos, desgarrándose por completo, se saliesen de los clavos, otros estiraban violentamente hasta que los pies llegasen hasta el agujero practicado para ello. Esta fué una dislocación espantosa. Todos los huesos de Jesús tronaron á la vez, las protuberancias y las junturas de los huesos aparecieron á través de la piel. Esta dolorosa profecía fué entonces realizada: «Han taladrado mis manos y mis pies y se pueden contar todos mis huesos.» Habiendo logrado los verdugos estirar bastante los pies de Jesús, fueron éstos colocados al punto uno sobre otro, y á través de la masa sólida de los músculos trémulos y agitados, el clavo penetró lentamente, haciendo sufrir á Jesús una agonía inexplicable, á causa de la falta de firmeza del pie en esta posición.

Ya sumidos los clavos, se volteó la cruz para remacharlos: Jesús fué puesto con el pecho contra la tierra. El peso de la cruz, redoblado por cada uno de los golpes del martillo que

pegaban sobre los clavos para asegurarlos, le martirizaba, oprimiéndolo violentamente contra las asperezas de la roca; su pecho oprimido apenas podía respirar, sus manos y sus pies estaban en un estado atroz: todo era un montón de carne despedazada y palpitante, de donde la sangre corría á torrentes.

Levantan la cruz y la ponen en un profundo agujero que debe recibirla: cada sacudida desgarró más las manos y los pies de la augusta Víctima; cae de repente con violento estruendo al fondo de la cavidad; todos los huesos de Jesús se entrechocan, sus llagas se agrandan más y su sangre corre con mayor abundancia.

Esas cuatro grandes Llagas abiertas en las manos y en los pies de Jesús fueron expuestas al sol ardiente, sin ser cubiertas durante las tres horas que permaneció en la cruz: la posición perpendicular del cuerpo continuaba agrandándolas insensiblemente: cada minuto renovaba el dolor que había tenido al abrirse.

Jesús exhaló el último suspiro. Un soldado se acerca á la cruz y de un lanzazo le traspasa el pecho de parte á parte, atravesándole el corazón. Al sacarla, el hierro hace brotar un doble torrente de sangre y agua que cae sobre el soldado, y alcanza también como el ladrón

penitente un bautismo saludable. Esta herida es la última que recibió Jesús; no le ocasionó dolor alguno, porque el alma había abandonado al cuerpo, pero Jesús había aceptado de antemano esa ignominia y la había hecho meritória.

Lavadas cuidadosamente por María y por Joseph de Arimatea, fueron cubiertas de besos por la Madre y por sus compañeras, y envueltas en unas vendas: ellas imprimieron su traza sobre el lienzo que envolvió al cuerpo de Jesús. El día de la Resurrección la Omnipotencia Divina las curó, puso en su lugar los músculos desmembrados, reanudó los nervios reventados y los tejidos destrozados; pero quedó la cicatriz netamente aparente, con una abertura milagrosamente bella y graciosa. Y cuando Cristo resucitó ellas adornaban sus manos, sus pies y su pecho como la marca indeleble de su victoria. «Ven, Tomás; ve mis pies y mis manos y pon en ellos tu dedo; mira mi costado; pon tu mano en la herida de mi corazón, y cree firmemente que yo soy.»

Cuando el pleno mediodía de la Ascensión permitió al Salvador levantar todos los velos bajo los cuales tenía cautiva la gloria de su cuerpo, las Cinco Llagas aparecieron brillantes

como unos soles. Los ángeles llegándose apresurados á su triunfo, exclamaban admirados: «¿Qué significan esas Llagas en vuestras manos?» Y las contemplan en extásis indecible; María, José y los Santos las adoran y las besan con transportes de respeto; Jesús las guarda como el trofeo de su victoria; las muestra á su Padre como la prueba de su amor, como el signo de su obediencia, como el precio de la redención y como el rescate de los elegidos.

En el día del juicio, ellas brillarán con un brillo vengador y harán retroceder de espanto á los malvados que hayan despreciado los tesoros de misericordia que ellas les ofrecían para su salud; ellas serán para los justos, la prenda del juicio misericordioso y de la bendición eterna; después, durante la eternidad de la eternidad, se les cantará, se les adorará, se les bendecirá en la alegría.

Esperando, siempre que las palabras de la consagración se escapan en su vuelo atrevido que nadie detiene, hacer venir al Cordero vivo sobre su trono, para constituirlo sobre el altar en el estado de su inmolación eucarística, la humanidad de Cristo, que se encuentra toda entera bajo las especies con todos sus miembros, se encuentra también con sus manos, sus

pies y sus costados traspasados. Esta Hostia es la Hostia de las Cinco Llagas. Lo que ella contiene sois Vos, oh Jesús, que tendisteis vuestras manos y vuestros pies á los verdugos que querían traspasarlos; Vos, que padecisteis todos los tormentos de la Crucifixión; Vos, que recibisteis todos los golpes de los crueles martillos; Vos, cuyo costado fué abierto y cuyo Corazón traspasado por la lanza. Y guardáis en vuestro Sacramento para darme su fruto y sus virtudes, con las cicatrices y los rastros de vuestras Llagas, todo el amor, toda la paciencia, todos los méritos que tuvisteis al recibirlos por la primera vez. ¡Jesús, Jesús, yo adoro vuestras cinco Llagas! Yo las adoro en el Calvario á la hora en que las recibisteis; yo las adoro en el cielo, como emblema de vuestro triunfo; las adoro en el Sacramento, como prenda de mi salud.

## II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

### *El amor de las Cinco Llagas.*

Él ha sido sacrificado porque lo ha querido, como el Cordero entre las manos de aquel que le sacrifica. Él ha sido sacrificado y no ha abierto la boca para quejarse.

Conocemos el hecho de las Cinco Llagas. Es necesario contemplar su amor para alimentar en nuestra alma los sentimientos de gratitud que reclama este admirable y dulcísimo misterio.

¿Quién podrá comprender vuestro amor cuando os dejasteis traspasar las manos, los pies y el costado?

Fué el amor quien os hizo aceptar ese suplicio. En verdad que ellos os tenían sujeto, que os habían amarrado con cuerdas; ellos eran el número, ellos eran la fuerza; pero si Vos no lo hubieseis querido positivamente, ¿hubieran podido teneros un solo instante? Vos os entregabais aunque ellos no quisieran aprehenderos. Fué vuestro amor quien os encadenaba. Él quien mantenía en la inacción las legiones impacientes de vuestros ángeles, dispuestos á vengarnos; él quien contenía vuestro poder, vuestra majestad, vuestra santidad y que reducía todos los derechos de vuestra divinidad á sufrir hasta el fin tan odiosos tratamientos. Cada uno de los malos tratamientos de vuestros verdugos lo queráis y aceptabais libremente y por amor; á cada golpe del martillo respondíais por un nuevo latido de vuestro Corazón que gritaba: ¡Amor, más amor! Y el sufrimiento de cada músculo roto, de cada nervio reven-

tado, de cada gota de sangre que corría, le habíais previsto distintamente, aceptado individualmente, y le acompañabais del silencioso cántico de amor que cantabais dentro de vuestro Corazón á vuestro Padre y de las palabras secretas de perdón que derramabais sobre nosotros. Golpead, verdugos, herid, desgarrad; bajo vuestra opresión, esta masa enrojecida arroja sin cesar torrentes de amor más puro, más ardiente y más dulce. Abrid esas manos que han trabajado tanto, esos cansados pies, y mostradnos el amor que les sostenía y les conducía, que hacía esas manos tan benéficas, esos pies tan bellos y tan presurosos en correr al socorro de todas las miserias. Abrid, abrid sobre todo su pecho, y que veamos descubierto ese Corazón que animaba aquella vida, dedicada por completo á hacer el bien, el foco de tantas palabras de luz y de vida, la fuente de tanto amor y de tanta ternura, el centro de tantas virtudes humildes y sublimes, fuertes y dulces, tan humanas y á la vez tan divinas.

Vuestras Llagas, oh Jesús, son la grande lección del amor que sufre por los que ama, la lección de la paciencia en el sufrimiento.

Su vista es quien ha sostenido á los mártires en los suplicios.

Sólo su vista puede dar la paciencia sobrenatural en ese otro martirio, al cual estamos expuestos todos, de las heridas, de las debilidades, de las enfermedades, con su cortejo necesario de dolorosas operaciones y de inclinaciones aun más dolorosas, de remedios insoportables y de humillantes sujeciones.

Yo sufro cruelmente: mis nervios están excitados violentamente; las crisis agudas se suceden y se prolongan; mi llaga está envenenada; yo me siento roer por estas úlceras; un fuego interior me consume, la fiebre me devora. ¡Cuán largos son mis días y cuánto más largas son mis noches! Muchos años ha que estoy en este tormento; ¿cuánto tiempo durará todavía? Meses, años tal vez, siempre quizás. ¡Oh martirio! ¡Oh misterio cruel! Sufrir, siempre sufrir! Este es un infierno. ¿Qué he hecho yo para esto? ¿Lo he merecido más que otros?

Á estas terribles cuestiones que mi razón no puede resolver; á estas quejas que nada en el mundo puede apaciguar, ¡ah! bendito y mil veces bendito seáis por haber dado la respuesta sufriendo primero por amor hacia mí, oh Jesús. Vos no merecisteis esos sufrimientos. Vos podíais satisfacer la justicia de vuestro

Padre por mil otros medios que sabe vuestra sabiduría infinita; pero Vos pensabais en mí; Vos sabíais que yo sufriría y que debía padecer la tortura del hierro y del fuego en mis miembros y quisisteis darme ejemplo y valor. Heroico Jesús, de un solo golpe Vos habéis sufrido más que cualquiera criatura humana, y habéis tenido más dolor que el que todas juntas pudieran tener. Las manos y los pies perforados, atravesados por gruesos clavos á fuerza de martillo, después de que los azotes han herido vuestras espaldas y descubierto vuestras costillas; después que la corona, clavando sus dardos en vuestra cabeza y en vuestra frente, ha herido tan profundamente ese centro de toda sensación, destrozándola de dolor! ¡Oh Jesús! ¡Oh Jesús! ¡Y todo esto únicamente por mí! ¡Y en un cuerpo tan delicado, tan sensible! ¡en un organismo tan perfecto! ¡Y todo esto sin tregua, sin alivio, sin que una sola gota de agua haya refrescado vuestros labios, ni una sola gota de aceite mitigado el fuego de vuestras Llagas, ni una sola gota de vino fortificado vuestras carnes; sin que un solo lienzo ó una sola venda haya ceñido esas Llagas y contenido esa sangre y sujetado esas carnes destrozadas. ¡Ah, si se unen conmigo,

de todos los tiempos y todos los lugares, los mutilados, los heridos, los sentenciados! Aquellos á quienes el cáncer, la úlcera, la lepra ó la gangrena devora incurablemente, todos aquellos que están en el suplicio del sufrimiento corporal y ellos conmigo, debemos confesar que nuestras torturas no son comparables á las vuestras y que en la hora sola en que vuestros pies y vuestras manos fueron atravesados, habéis sufrido más que nosotros. ¡Y todo lo padecisteis sin quejaros, sin enojaros ni contra el mal, ni contra los verdugos que os torturaban, ni contra vuestros amigos que os abandonaban! ¡Y era el amor quien os entregaba á ese suplicio, el amor quien os mantenía en él el amor quien cerraba vuestra boca á las quejas y derramaba en vuestro mirar aquella dulzura, aquella paz, aquel abandono! ¡Gracias, gracias, oh Jesús! Yo tengo el secreto de mi sufrimiento, el remedio á mi impaciencia: tengo la respuesta á mi razón preocupada y á los gritos de mi naturaleza que sucumbe. ¡Que yo os vea, y basta! Si me quejo más, si lloro, si desfallezco, á lo menos que mi mano oprimiendo vuestra imagen, que mis labios besando vuestras Llagas, que mis ojos fijos en Vos os digan que yo acepto todo por Vos y que mi

amor pronuncia el sí que triunfa de mí mismo y del dolor y que á pesar de todo, os amo.

Mas estos surcos en las manos y en los pies de Jesús son demasiado profundos para no ser más que los caracteres grabados de esta grande lección de la paciencia en el sufrimiento. Verdugos, ¿qué hacéis, pues? ó mejor dicho, amor que los obliga á hacer ciegamente tu obra, ¿en qué los empleas ya? Y el amor ha dicho: Atravesad, herid, abrid más. Yo quiero que estas Llagas sean un santuario y una fortaleza, un asilo y un refugio, un retiro y una morada, un puesto y un abrigo. Yo quiero que entren allí, que habiten allí, que estén allí cómodamente, que se abriguen allí y que puedan ocultarse y desaparecer enteramente.

Venid á mí todos los que sufrís, que estáis apenados, alarmados, tentados, acusados, engañados, traicionados, calumniados, desconocidos, despreciados, vacilantes, amenazados, perseguidos, abandonados, agobiados, atemorizados, desesperados; vosotros, cuyos ojos lloran, cuyo corazón sufre, cuyo espíritu está sumergido en las tinieblas, cuya alma está bañada en la amargura, y la vida rota para siempre; vosotros los que no veis por todas partes más que espantosas tempestades, ó un silencio aun

más desolador; quienes quiera que seáis, cualquiera que sea vuestro dolor y su duración y su causa; que lo hayáis merecido por vuestros pecados ó que sólo sea una prueba, venid á mí. No desesperéis, no os condenéis; cesad de descender hacia el abismo; ó si el abismo os llama inexorablemente, arrojaoos en el abismo de mis Llagas y de mi Corazón! mi Corazón os está abierto. Yo os espero allí con las manos abiertas llenas de bálsamos saludables. ¡Yo los verteré sobre vuestros dolores, con una atención y una delicadeza y una paciencia que la mejor de las madres ignora para su hijo, ni el más caritativo de los médicos para su enfermo de predilección!

¡Oh palabra de vida, de paz, de esperanza y de salud para mi pobre alma culpable y desgraciada! Pero ¿donde estáis, Jesús? ¿Acaso me esperaréis en el Calvario de Jerusalén? ¿Acaso en el cielo deberé buscar vuestras Llagas para refugiarme en ellas? ¡Oh Jesús! ¡Nosotros estamos muy lejos del Calvario y mucho más lejos del cielo todavía! ¿No podremos encontrar vuestras Llagas en el mismo lugar de nuestros sufrimientos, y á nuestro lado, cerca de nosotros? Y si solamente el Crucifijo bendito me ofrece el ejemplo, y la gracia, y el refugio de

vuestras Llagas, oh Jesús, aun ese Crucifijo no es más que una imagen y un recuerdo; necesito más: vuestras Llagas con la Sangre, con el amor, vuestras Llagas con Vos mismo, Vos que habéis sufrido y que me habéis amado! Y el amor ha prevenido este deseo y satisfecho esta necesidad de mi Corazón! En la Hostia, bajo el velo Sacramental, el Salvador guarda en sus manos, en sus pies y en su costado las llagas de su Pasión; ellas permanecen abiertas y continúan destilando su bálsamo compuesto de la sangre, del sufrimiento y del amor de Jesús, y ellas nos lo aplican. Y estas Hostias están por todas partes; estas Hostias os siguen, os envuelven y os contienen, y son, en verdad, el Jesús que ha sufrido por vosotros, y es él mismo quien os presenta abiertos, hospitalarios y seguros esos refugios tan sagrados y dulces. Entrad en ellos por la comunión; penetraréis mucho más por la comunión en las llagas del Salvador que lo que penetraron los clavos y la lanza del centurión; entraréis en ellas más profundamente que Tomás. Besad en espíritu la entrada de estos saludables retiros; pegad vuestra boca á esas venas de una agua tan límpida y tan fresca; dejad esas fuentes puras correr sobre vosotros y cubriros; bañaos en esas aguas

de vida; verted sobre vuestras llagas la esencia de esas rosas encarnadas; en fin, reposa y gustad en ellas cuán dulce es el Señor. Haced á menudo, haced todos los días esta consoladora experiencia; pero tened fe y confianza, y bendecid con los acentos de la verdadera gratitud á la Hostia de las Cinco Llagas, á la Hostia del sufrimiento, aceptada y deseada y llevada por amor, la Hostia en que el Salvador os da todas las gracias, todos los ejemplos, todas las virtudes de su sufrimiento; la Hostia que os rendirá la paciencia y la resignación, la fuerza y la esperanza, la Hostia que habrá sufrido vuestros propios dolores con vosotros, en vosotros y más que vosotros, uniendo á sus Llagas vuestras llagas, todas vuestras llagas, las de vuestros miembros y las de vuestra alma, para curarlas, santificarlas y hacerlas fecundas.

### III.—PROPICIACIÓN.

*La expiación de las Cinco Llagas.*

«Él ha recibido estas Llagas á causa de nuestras iniquidades; ha sido maltratado á causa de nuestros crímenes.»

Es vuestro amor, oh Jesús, quien acepta estas

Llagas con sus crueles sufrimientos; pero es el pecado quien las causa; y por expiar los pecados cometidos por las manos, por los pies y por el corazón del hombre, las recibís en vuestras manos, en vuestros pies y en vuestro corazón.

Así, pues, en las Llagas de vuestras adorables manos debo ver la gravedad de los pecados cometidos por mis manos, en las de vuestros sacratísimos pies comprenderé el mal de los pecados, cuyo instrumento son mis pies; y considerando vuestro Corazón abierto por la lanza, comprenderé la iniquidad y los crímenes de mi Corazón; y la sangre, el sufrimiento y la virtud de estas Llagas purificarán mis acciones, mis pensamientos y mis afectos.

Hemos elevado nuestras manos en nuestro loco orgullo—*manus nostra excelsa*;—y hemos dicho: ellas están libres de todo yugo; ellas hacen maravillas de poder; nada las detiene: ellas penetran las montañas y suprimen los espacios; ellas arrojan en la urna el voto que hace la autoridad de las leyes y las de los gobiernos populares: ¿tenemos otro Dios á quien adorar que la obra de nuestras manos?—Y á causa de este orgullo que el hombre saca de las obras de sus manos, las vuestras, oh Jesús, que son las del Dios Criador, las manos omnipotentes,

de vida; verted sobre vuestras llagas la esencia de esas rosas encarnadas; en fin, reposa y gustad en ellas cuán dulce es el Señor. Haced á menudo, haced todos los días esta consoladora experiencia; pero tened fe y confianza, y bendecid con los acentos de la verdadera gratitud á la Hostia de las Cinco Llagas, á la Hostia del sufrimiento, aceptada y deseada y llevada por amor, la Hostia en que el Salvador os da todas las gracias, todos los ejemplos, todas las virtudes de su sufrimiento; la Hostia que os rendirá la paciencia y la resignación, la fuerza y la esperanza, la Hostia que habrá sufrido vuestros propios dolores con vosotros, en vosotros y más que vosotros, uniendo á sus Llagas vuestras llagas, todas vuestras llagas, las de vuestros miembros y las de vuestra alma, para curarlas, santificarlas y hacerlas fecundas.

### III.—PROPICIACIÓN.

*La expiación de las Cinco Llagas.*

«Él ha recibido estas Llagas á causa de nuestras iniquidades; ha sido maltratado á causa de nuestros crímenes.»

Es vuestro amor, oh Jesús, quien acepta estas

Llagas con sus crueles sufrimientos; pero es el pecado quien las causa; y por expiar los pecados cometidos por las manos, por los pies y por el corazón del hombre, las recibís en vuestras manos, en vuestros pies y en vuestro corazón.

Así, pues, en las Llagas de vuestras adorables manos debo ver la gravedad de los pecados cometidos por mis manos, en las de vuestros sacratísimos pies comprenderé el mal de los pecados, cuyo instrumento son mis pies; y considerando vuestro Corazón abierto por la lanza, comprenderé la iniquidad y los crímenes de mi Corazón; y la sangre, el sufrimiento y la virtud de estas Llagas purificarán mis acciones, mis pensamientos y mis afectos.

Hemos elevado nuestras manos en nuestro loco orgullo—*manus nostra excelsa*;—y hemos dicho: ellas están libres de todo yugo; ellas hacen maravillas de poder; nada las detiene: ellas penetran las montañas y suprimen los espacios; ellas arrojan en la urna el voto que hace la autoridad de las leyes y las de los gobiernos populares: ¿tenemos otro Dios á quien adorar que la obra de nuestras manos?—Y á causa de este orgullo que el hombre saca de las obras de sus manos, las vuestras, oh Jesús, que son las del Dios Criador, las manos omnipotentes,

Las manos que tienen las riendas del gobierno de los mundos, están ligadas, sujetas, clavadas en la impotencia, el sufrimiento y la ignominia.

Vuestras manos están sumergidas en la pereza; están cargadas de joyas, de perlas y de anillos de oro; han triunfado de su fineza y de su blancura; han sido un instrumento de pecado; lavadas en los perfumes, se han mantenido en la molicie, huyendo del trabajo que hubiera podido quitar un tanto cuanto su suavidad y brillo; y lo que es más, se han hecho impuras, sucias y criminales.—Y por esto es que las vuestras, oh Jesús, vuestras purísimas manos, después de haber sido maltratadas y encallecidas en los rudos trabajos de treinta años, están hoy heridas y desgarradas: el lodo se mezcla á la sangre; y por todo atavío, ellas ostentan los enormes clavos que las atraviesan de parte á parte.

Las manos del hombre se han entregado á la violencia; han sido el instrumento de la venganza, de la cólera y del asesinato.—Y para expiar estos crímenes y lavar toda la sangre injustamente vertida, vuestras manos, siempre dulces, benéficas y saludables, vuestras manos, oh Jesús, son heridas, traspasadas y ensangrentadas.

Ve llas bajo la tensión de la crucifixión, extendidas, abiertas, dejando correr liberalmente, con su sangre, la vida, el perdón, la salvación.—Para expiar el pecado de las manos avaras que siempre atesoran y siempre permanecen cerradas á las necesidades del pobre y del huérfano.

Ellas han sido fijadas á este leño por las manos inmundas de los verdugos.—Para expiar el crimen de los pecados sacrílegos, el crimen de las manos de Judas, que fué el primero en comer indignamente vuestra Eucaristía, y de todos los de su raza, que desde que estáis en el Sacramento os han sacrílegamente tocado, comido y profanado.

¡Jesús! así es que en el sufrimiento, la ignominia y la transfixión de vuestras manos expiais todos los crímenes cometidos por las manos del hombre. ¡Ah! dejadme besar vuestras manos traspasadas: ellas se extienden hasta mis labios en la Hostia sagrada; dejadme que aplique mis manos, para purificarlas, contra vuestras manos Yo os pido perdón por la Llaga de vuestra mano derecha y por la Llaga de vuestra mano izquierda, por todos los pecados que por mis manos he cometido.

Vuestros pies, el Profeta los había percibido

sobre la cima de los montes, cuando os veía venir como heraldo de la buena nueva; ¡cuán bellos, deslumbrantes, ágiles, fuertes, intrépidos, é infatigables eran! No temían ni las espinas de los zarzales, ni las asperezas de la piedra; desafiaban al frío y al lodo, al sol y al polvo, á los sudores y á las fatigas. Ellos siguieron el camino recto y justo, sin declinar jamás en el sendero de la iniquidad; sus huellas marcan el camino seguro, y quien las sigue no marcha en las tinieblas. Y ahora vedlos cubiertos de un lodo rojinegro, formado de polvo y de sangre coagulada; están deformes, desgarrados, destrozados y horriblemente agujereados; ellos están clavados sobre la Cruz y guardarán para siempre los estigmas de aquella hora de suplicio y de vergüenza.

¿Qué es, pues, esto, oh Jesús! Vos habéis debido expiar por las redes tendidas por la maldad á los pies de los sencillos; por las caídas ocasionadas por las piedras de escándalo, dispuestas por el perverso bajo los pies de la inocencia. Vos habéis expiado por el orgullo en el andar y por la impaciencia—*apostata terit pede*;—por la vanidad que triunfa de una forma agradable, de una gracia lasciva. Vos habéis pagado por todos los pasos y las posturas y los

gestos de los bailes, en que la concupiscencia y el libertinaje encuentran en el hogar doméstico, como en las escenas públicas, tan abundante alimento. Todos los pasos que el pecador da para satisfacer los fines, y de los que cada uno renueva su crimen, renovando su resolución de cometerlo; todos los deseos, todos los ardores que alimenta para afianzar su presa; todas las genuflexiones hechas en otro tiempo ante los ídolos del paganismo, y todas las que reclaman los ídolos de carne de un mundo convertido en pagano, y todas las que, por lo contrario, se os rehusan en vuestros templos en que residís, sin embargo, Amor de los amores, Belleza de las bellezas, único Dios verdaderamente adorable; todos estos pecados, todas estas manchas, todas estas abominaciones, todas estas apostasías, cuyo signo es el pie del hombre, órgano ó instrumento, habéis aceptado expiarlas, sufrir su castigo, pagar su deuda á la justicia de nuestro Padre, y por esto, oh dulce Víctima, vuestros pies son ligados, crucificados, traspasados. ¡Oh, cuánto deseo besar vuestros pies con Magdalena y María y con todos los Santos é inundarlos con mis lágrimas de arrepentimiento! Jesús, por las Llagas de vuestros pies sacratísimos, dejadme que

venere y bese con amor vuestra Eucaristía, y cuya sangre y sufrimiento corran en mi alma por la comunión, como un remedio de vida; Jesús, purificadme, purificadme.

Si los pies y las manos son los instrumentos de tantos pecados, ¿no puede decirse que el corazón participa de todas las faltas que el hombre comete? ¿No es el órgano de las afecciones? ¿No es la afección mala y desordenada á las criaturas, á los bienes sensibles, lo que constituye la malicia esencial del pecado? También vuestro Corazón, oh Jesús, ha comenzado por los pecados del corazón una expiación secreta desde su formación en el seno de María; también ha sufrido su Pasión propia en Getsemaní, donde sufrió en las angustias de la tristeza, del espanto y del fastidio, llevadas hasta la agonía, el castigo merecido por los crímenes de nuestros corazones. Mas era preciso que esta Pasión fuese manifiesta y que el tesoro de expiaciones reunido en vuestro Corazón pudiese ser distribuido; por esto permitisteis que vuestro costado fuese atravesado por la lanza, y vuestro Corazón abierto: dos fuentes brotaron de ellos entonces y no cesarán de correr jamás; ellas han formado dos ríos de pureza. El río de agua corre en las pisci-

nas del bautismo; lava el corazón de sus manchas originales y le da la pureza primitiva; el río de sangre serpentea á través del mundo en los cálices sagrados de los altares, y da la pureza activa y meritoria, la pureza que se purifica más y más cada día, y que llega á ser la perfecta pureza.

Corazón purísimo de Jesús, fuisteis traspasado para lavar en ese río de sangre y agua nuestros corazones cargados, torpes y carnales que se han embriagado de la afección sensual y que habiéndoos olvidado totalmente han pervertido vuestros mejores dones. ¡Desbordad, desbordad vuestras olas purificadoras sobre nuestros corazones perdidos, depravados y corrompidos, focos ardientes de tantos males!

¡Corazón amantísimo! la lanza os atraviesa de parte á parte para que vuestro amor, vuestra condescendencia, vuestra bondad, vuestra generosidad, derramándose con vuestra Sangre en esas ondas límpidas y rojas, paguen la deuda ingrata de nuestros corazones, cerrados por el egoísmo, endurecidos por el odio, devorados por la envidia, insensibles á las necesidades de los demás y sensibles solamente á la ruina de los otros, para regocijarse de ella.

¡Corazón humildísimo de Jesús! la lanza os

destruya para que vuestra humildad y vuestra dulzura caigan á torrentes, para destrozarnos de arrepentimiento, sobre nuestros corazones orgullosos, ambiciosos, insaciables, incrédulos, desconfiados, disimulados, perversos é hipócritas, idólatras de sí mismos y rebeldes á Dios, obstinados, endurecidos é impenitentes, fijos en el mal y más duros que el granito.

Por todos estos crímenes, cuyo principio, centro y medio son nuestros corazones, os pido perdón, ¡oh Corazón traspasado de Jesús! y os ofrezco en expiación las ansiedades, las angustias, los terrores, los temores de vuestro Corazón; sus tristezas y sus disgustos en Getsemaní, sus sufrimientos y su agonía sobre la cruz, la llaga profunda que lo penetró, la sangre y y agua que brotaron de ésta. No por un simple deseo, ni una pura ficción de mi espíritu, sino en realidad os ofrezco, oh Jesús misericordioso, vuestro propio Corazón en la Hostia Eucarística en que vive siempre atravesado; os lo ofrezco á la hora de su inmolación sobre la piedra del Sacrificio; os lo ofrezco en sus largos anonadamientos en el Tabernáculo perpetuo; os lo ofrezco en mi alma cuando habiéndole recibido pueda unir y mezclar mi corazón culpable á vuestro Corazón inocente,

perder mi corazón en la Llaga hospitalaria de vuestro Corazón, y deciros: Piedad, piedad por los pecados de mi corazón, á causa de los sufrimientos y de las humillaciones del vuestro.

#### IV.—SÚPLICA.

*Los frutos de las Cinco Llagas.*

Yo derramaré sobre la casa de David el espíritu de oración; y ellos se volverán para orar hacia Aquel que hayan traspasado.

Los frutos de las Cinco Llagas son innumerables; ¿no resumen vuestras Cinco Llagas toda vuestra Pasión, oh Divino Cordero! Los principales puntos son tres:

1.º El poder de la oración.—Jesús había comenzado desde su venida al mundo su oficio de mediador y de sacerdote, orando sin interrupción. Aunque heroico y sublime en todo, ha querido unir á las oraciones de sus deseos la de sus sufrimientos; su cuerpo se ha convertido en bocas de oración; á la voz de sus suspiros, de sus gritos y de sus lágrimas, ha unido la voz de su sangre, de sus carnes desgarradas, de sus manos, de sus pies y de su Corazón traspasados: y esta doble oración ha acabado

de vencer la justicia de Dios y nos ha obtenido el pleno perdón.

Como Pontífice por toda la eternidad, Cristo continúa en el cielo su oficio de oración, y por sus Llagas continúa orando. Él las muestra al Padre y le interpela en favor nuestro, obligándole á derramar sobre el mundo todos los dones, todos los socorros que nos han adquirido sus Llagas, sus dolores, su Pasión y su muerte.

Además, para añadir á esta mediación triunfante la potencia de una oración de nuevo humillada, abatida, anonadada, Cristo vuelve á descender á la tierra; recubre sus Llagas gloriosas de la obscuridad y de la debilidad del Sacramento, y Dios oye de nuevo sobre la tierra la oración del Sacrificio y de su Hijo muy amado, renovada en los abatimientos y anonadamientos de la Hostia. Mas al venir aquí abajo, vuelve á tomar su ministerio de la oración, el Salvador quiere asociarnos á Él, y viene para dar pureza, ardor y fuerza á nuestras oraciones, uniéndolas á las suyas. Él está, pues, allí en el Sacramento, como Pontífice de la oración universal; Él inspira y sostiene y después recoge y se apropia todas nuestras oraciones, todos nuestros votos. Los recoge en las profundas Llagas de sus manos;

las sumerge en la Llagas más profunda de su Corazón; allí se purifican, se hacen santas, fecundas y omnipotentes, participan de la oración del Soberano Sacerdote y participan de la virtud y el valor de ésta, y se hacen la oración de Jesús mismo. ¡Oh dulce misterio de la intercesión por las llagas de mi Jesús!

De hoy en adelante por vuestras llagas oraré también, oh Divino Sacerdote. Las presentaré á Dios siempre abiertas y suplicantes en todas las Hostias del mundo. ¿Qué podéis rehusarme entonces, Vos que habéis dicho: «Todo lo que pidieris á mi Padre en mi nombre os será concedido?»

Pues bien, yo os pido en vuestro nombre, en vuestro nombre de sangre escrito en vuestras Llagas en el Calvario, en vuestro nombre de poder brillante, en vuestras Llagas en el cielo, en vuestro nombre de amor grabado en vuestras Llagas en el Sacramento: Jesús, por vuestras Cinco Llagas escuchadme. ®

2.º El Apostolado del sufrimiento. — Tal es el segundo fruto que producen las Llagas de Jesús.

Cualquiera que sufre, puede, si quiere, y es de su deber quererlo, cooperar en una medida cuya magnitud sólo Dios conoce, pero que es

siempre real y muy grande, á la salud del mundo; continuar la redención comenzada en el Calvario, y que no terminará sino hasta el último día; á salvar almas, avanzar el reino de Dios, hacer retroceder á Satanás, ayudar á los obreros del Señor; á sostener á la Iglesia de la tierra en sus combates, consolar la Iglesia que sufre en el Purgatorio, y hacer salir de él á las pobres almas; á regocijar y glorificar á la Iglesia del cielo; para esto, para trabajar muy real y eficazmente á todas estas grandes obras, basta unir sus sufrimientos á las Llagas de Jesús y sufrir en unión con el Salvador. Esta unión está al alcance de todos: no exige nada de difícil; los más simples, los más ignorantes de los que sufren pueden realizarla. Lo que exige desde luego es el estado de gracia y que esté exenta el alma de todo pecado mortal, porque para unirse al Cristo vivo es preciso ser un miembro vivo; pero ¿quién no puede, con ayuda de los sacramentos, guardar su alma en estado de gracia? Después es preciso estrechar la unión entre nuestros sufrimientos y los suyos, nuestras llagas y sus Llagas, por la comunión hecha á menudo, frecuentemente, todos los días; eso es lo más fácil, lo más dulce y también el más poderoso medio de fortificar la

unión. Hay también la oración, sobre todo la que se hace ante la Hostia á las Cinco Llagas, en que el alma, considerando los sufrimientos de Jesús, encuentra fuerza para sufrir, aceptar y aun amar sus propios sufrimientos. El último medio es aceptar con resignación, por amor á Él, por compasión á sus sufrimientos, y aun simplemente para expiar nuestros pecados, pagar nuestra deuda y merecer el Paraíso, los sufrimientos que se digne hacernos padecer. Mientras mayor sea esta resignación en vista de Jesús y por su amor, más estrecha hace la unión con Él. Es preciso procurar renovar á menudo los actos.

He ahí todas las condiciones del apostolado por las Cinco Llagas. ¡Cuán fáciles nos las ha hecho vuestra condescendencia!

¡Lo que entonces sucede es magnífico, sublime! De Jesús y del paciente se hace un solo ser, una sola persona; el paciente presenta á Jesús todos los sufrimientos aceptados de sus miembros; Jesús vierte las virtudes y los méritos infinitos de sus Llagas; y aún más, Jesús se apropia estos sufrimientos; el paciente le da miembros en los cuales Él se ha encarnado de nuevo, y es Jesús quien sufre con el paciente, Jesús quien le santifica, Jesús quien deifica sus

sufrimientos: Jesús renueva entonces y extiende su Pasión, y la Pasión de Jesús es toda satisfacción dada á Dios, toda paz rendida á la tierra.

¡Ah! Todos vosotros los que sufrís, vosotros los que estáis condenados al sufrimiento prolongado y quizás incurable, aceptadlo por amor á Jesús, unído á las Llagas de Jesús, uníos Vos mismo á Jesús: sufrid con Él, por Él, por sus obras según sus designios y sus deseos, y haréis en vuestra impotencia é inutilidad aparentes la obra de Jesús, la obra de la Redención: completaréis en vuestro cuerpo por su Iglesia lo que falta á sus sufrimientos; es decir, lo que para ser aplicado á ella espera nuestra cooperación voluntaria.

3.º La abnegación para los que sufren.—El tercer fruto de las Cinco Llagas es inspirar la caridad para los que sufren y hacer amar á las Llagas, de hacer triunfar las repugnancias de la naturaleza para cuidarlos, consolando á los desgraciados que están afligidos. ¡Oh Divino Crucificado! antes que se os hubiese visto destrozado, ensangrentado, semejante á un leproso, y no teniendo ya forma humana, las llagas, las úlceras, la lepra, la sangre, en una palabra, eran horribles y repugnantes. ¡Des-

graciados de los que sufrían males tan terribles! Pero desde que habéis tenido llagas, desde que habéis sido nombrado leproso, el último de los hombres y el gusano de la tierra y que bajo estas Llagas se os ha visto atraer las miradas complacientes de Dios y excitar la admiración de los Ángeles; desde que por medio de estas Llagas habéis rescatado al mundo y curado las llagas espantosas de nuestras almas; desde que estas Llagas han sido súbitamente curadas, sanadas, transfiguradas por la gloria de la resurrección, y que las cicatrices que habéis querido conservar brillan como joyas deslumbrantes en vuestras manos y en vuestros pies, ¡ah! desde ese día las llagas humanas han perdido su horror; se han hecho conmovedoras, dignas de piedad y aun dignas de desearse; y se ha visto á aquellos que no las padecían desearlas ó considerarlas como un honor perdido, y darse una compensación cuidando las llagas, dedicándose á los heridos, á los leprosos, á los apestados y á todos los que padecen el mal.

Divino Maestro, á Vos es á quien se ve en esas pobres víctimas del sufrimiento, á Vos á quien se busca y á Vos á quien se encuentra en ellas. Se os ha buscado en la mañana bajo

las apariencias del Sacramento, se os busca bajo las apariencias del enfermo para continuar la comunión y prolongar el encuentro con Vos; Vos os habéis dado en la comunión en el amor, en la paz, en los goces íntimos del alma; se siente la necesidad de hacer os una acción de gracias, devolviéndoos amor por amor en el servicio de vuestros miembros que sufren. ¡Siempre la comunión, siempre la presencia real, siempre Vos, oh hombre de dolores, leproso desechado de todos, gusano de la tierra pisoteado!

Las apariencias que os ocultan en el enfermo son á veces más oscuras, más abyectas, más difíciles que las que os ocultan en el Sacramento; pero esto no es negocio de apariencias: la fe las mira, el corazón las descubre, y os encuentra á Vos, sólo á Vos adora, ama y sirve.

¡Oh Jesús! ¡Jesús traspasado! dadme por vuestras amables Llagas, dad á muchas almas que os amen bastante, que crean bastante en Vos, para que adorándoos y recibiendoos primero en el dulcísimo Sacramento de vuestras llagas, se entreguen en seguida con generosidad y constancia á ese ministerio sublime y santificante entre todos, de los pobres heridos,

de los pobres estropeados, de los pobres ulcerados, de los pobres leprosos, de los pobres incurables. por amor vuestro, por abnegación por la Iglesia, y por caridad por los miembros que sufren, heridos y traspasados de vuestro Cuerpo sacrosanto.



## EL ESTADO EUCARÍSTICO.

### I.—ADORACIÓN.

#### *El Anonadamiento* (1).

*Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel Salvator. (Is., XLV, 15.)*

Vos sois verdaderamente un Dios oculto, oh Dios Salvador de Israel.

**A**DORAD á Nuestro Señor, verdaderamente presente, Dios y Hombre en el Santísimo Sacramento, y suplicadle que os permita estudiar, comprender y honrar el estado que ha escogido para

(1) San Pablo ha llamado anonadamiento—*exinanivit semetipsum*—al estado humano del Verbo. El cardenal Franzelin refiere en su admirable *Tratado de la Eucaristía*, dos testimonios de San Gregorio de Nyse y de San Cirilo, en que al estado eucarístico se le da el mismo nombre, *exinanitio*, y demuestra que este es el término que conviene mejor para designar el estado del Verbo encarnado en la Eucaristía.

quedar con nosotros. Es un estado escondido, oculto, anonadado; Jesús está oculto allí, no sólo á la razón, sino también á los sentidos; y esta manera de estar le abate y le humilla, pues no es accidental ni pasajera, sino estable, permanente, invariable; ella constituye el fundamento del estado Sacramental, y el principio de donde descuellan todas las consuencias de este estado, tanto por lo que toca á Nuestro Señor, cuanto por lo que toca á nosotros.

¡Adorad este estado misterioso; contempladle! El se compone de varios elementos que concurren todos á hacer más profundo, más completo el anonadamiento á que se reduce Nuestro Señor; pero también á mostrar la grandeza del amor que le obliga á anonadarse así, y la necesidad de esta virtud de humildad, garantía de todas las demás, de las cuales da por esto imperecedera y clara lección.

El anonadamiento eucarístico es, en primer lugar la obscuridad: la santa Hostia, que nada tiene de brillante, oculta la gloria con que brilla en el cielo, como debió brillar también aquí abajo la humanidad de Cristo resucitado.

También la ausencia de forma que oculta la belleza encantadora del rostro, de la presencia, de toda la humanidad de Jesús. La Sagrada

Hostia presenta en el exterior un pedazo de pan, cosa muy común, sin ningún atractivo para la vista, y tan vulgar que no podría llamar la atención.

También la inacción, la inercia, la impotencia, la privación de todo lo que compone, acusa y manifiesta la vida: ni sensibilidad, ni movimiento, ni mirada, ni palabra, ni acción exterior; nada de usos, nada de las relaciones de la vida; sólo la dependencia y la inerte pasividad de la materia.

Por último, el estado de muerte, del sepulcro: sí, Jesús está allí profundamente sepultado, cubierto, desaparecido; es menos aparente que el cadáver humano que guarda en sus perfiles el vestigio de la vida; y las santas especies no tienen ni un signo, ni un nombre que permita distinguir entre la Hostia consagrada y la que no lo está, como se distingue de una piedra profana en una necrópolis la piedra que cubre un despojo humano.

La muerte, el estado de muerte: he ahí, pues, en suma, de lo que se compone el anonadamiento eucarístico del Salvador: ¿se puede encontrar velo más espeso, retiro más profundo, misterio más impenetrable?

Hay cavernas que se suceden unas á otras

en el flanco de ciertas montañas y que se extienden á profundidades que no pueden imaginarse, haciendo la noche que reina en ellas más y más espantosa: así el Señor, el Altísimo, parece no estar jamás bastante retirado, ni bastante abatido, ni bastante oculto; y añade el silencio á la obscuridad, la inercia á la quietud, la impotencia á la dependencia, para ocultarse y anonadarse más.

Tal es el estado eucarístico, el anonadamiento sacramental. Y este estado, escogido libremente por el Salvador, meditado desde toda la eternidad por su sabiduría, obra maestra de su omnipotencia, que ha debido, para realizarlo, multiplicar los prodigios; este estado Jesús lo ha revestido por amor y se ha unido á él para siempre. Él lo ama y durará tanto como la Eucaristía; y esto á pesar del escándalo de muchos, á pesar del abuso que hará de él la malicia humana para olvidar lo que es debido á este Dios oculto, ó para insultarle allí libremente.

¡Ah! vosotros á lo menos adoradle. Sabed en este estado humillante reconocer á vuestro Salvador y á vuestro Dios, compensadle, alabadle, decidle con todo el amor de que sois capaces: ¡Oh Dios Salvador! Vos estáis ver-

dadamente oculto: ¡yo os reconozco y os adoro como mi Dios! Bajo esa obscuridad adoro vuestra majestad y vuestra gloria; bajo esta apariencia simple y común, la hermosura del más hermoso de los hijos de los hombres y el rostro que arrebató á los ángeles; bajo esa inacción, la actividad del Dios Criador y de la Providencia que gobierna al mundo; bajo esa impotencia, la potencia misma del Verbo encarnado, á quien ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; bajo ese aspecto de muerte, la vida plena, perfecta de la Divinidad y de las personas de la adorable Trinidad; la vida del alma, del cuerpo y del Corazón de Jesús; la vida activa, celosa, ardiente y amante del Pontífice que ora sin cesar, del abogado que nos defiende, del Jefe de la Iglesia que la dirige y protege, del Padre y del Salvador de nuestras almas; en fin, en esa nada, oh Jesús, yo adoro al que es todo.

## II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

### Obra del amor.

*Dilexit me et tradidit seipsum pro me. (Galat., II, 20).*

Me ha amado y se ha entregado por mí.

Siendo la Eucaristía la obra por excelencia, y una obra de amor cada una de sus maravillas, de sus aplicaciones y de sus manifestaciones, es preciso atribuir al amor, pero al amor más poderoso del Salvador, la maravilla de su anonadamiento eucarístico, fundamento de todo el Sacramento.

—¿Cuál es, pues, el designio de vuestro amor, anonadándoos bajo el velo de las especies de pan?

—Yo quiero estar contigo por todas partes; con el rico y con el pobre, con el hombre de los campos y con el de la ciudad, en este continente y en el otro, por todas partes en que haya hombres que ayudar, que proteger y que consolar: ¿podría yo hacerlo sin tomar este estado sacramental que ocupa tan poco lugar, que me hace tan pequeño, tan reducido que el

menor espacio me basta, y que el tabernáculo más pobre no está en demasiada oposición con mi desnudez?

Quiero que tengas confianza en mí, que te atrevas á aproximárteme, á pedirme, á hablarme sin temor; quiero no sólo tu respeto sino tu amistad, hacérteme familiar, como el hermano lo es á su hermano, como el hijo á su padre; aun más, quiero que tus mismos pecados, tus manchas antiguas y las que te manchan más, no te impidan recurrir á mí para implorar la gracia y el perdón: ¿lo obtendría yo y te atreverías tú á hacerlo, si me presentase á ti en el esplendor de mi majestad, en el brillo de mi santidad, con la centelleante mirada del Soberano Juez, rodeado de las legiones de ángeles que acompañan al Rey del cielo y de la tierra?

—Gracias, ¡oh Dios oculto que tenéis piedad de mi timidez y proveéis tan paternalmente á mi más grande bien!

—Yo quiero ser la víctima perpetuamente inmolada por tus pecados, que renueva la expiación tan frecuentemente y en tantos lugares como se renueva el pecado: yo quiero la obstinación del sacrificio, del perdón, contra la obstinación de la ofensa y del odio; quiero

que la fuente abierta en mi Corazón sobre el Calvario no se agote, que sus ondas, brotando sin cesar bajo la acción del sacrificio, sumerjan el cieno del crimen y cubran al mundo de un flujo perpetuo de gracia y de salud.

Pero ¿qué sacerdote se atrevería á inmolar me para continuar el sacrificio de mi muerte, si debiera renovar ostensiblemente y con efusión sensible de sangre mi cruel Pasión? ¿Quién se atrevería á subir sobre este Calvario donde quiero atraer á mí á todos los hombres para purificarlos en mi sangre, si debiera asistir á las escenas espantosas en que mi carne debía de ser flagelada, desgarrada, crucificada, y en que la sangre hirviente debía brotar de mis manos y de mis pies traspasados?

Sin embargo, este sacrificio te es necesario; es preciso que asistas á él y te pongas bajo mi cruz, y me ofrezcas como víctima á mi Padre.

¿Te estremeces?—Mi amor ha conciliado todo: yo moriré, pero las especies ocultarán mi muerte y cubrirán la efusión de mi Sangre: yo seré tu víctima, pero tan disimulada á los ojos de tu delicadeza, que mi sacrificio será la más atractiva de las fiestas, en que aun el niño asistirá á él sin turbación.

—Bendito seáis, oh Dios oculto, que sabéis tan bien aliar las necesidades de vuestra justicia con las exigencias de mi debilidad.

—Yo quiero ser tu alimento y tu bebida. La vida divina que te he dado en el bautismo, para mantenerse, necesita un alimento divino: para hacerte semejante á Dios, es preciso que te alimentes de Dios; yo soy el Dios hecho hombre á quien debes comer. Sí; es preciso que me recibas en persona, y que comas mi carne y bebas mi sangre, que te darán mi alma y sus virtudes, mi divinidad y sus perfecciones: acércate y come, *propera et manduca*.

¿Por qué temer? ¿Te turbas y retrocedes? ¿No te atreves á morder en mi carne sanguinolenta, á mojar tus labios en la sangre purpúrea que se escapa de mis venas? Huyes con horror, exclamando como los de Capharnaum: «¡Eso es muy duro! ¿Quién, pues, puede comer carne humana y beber sangre?»

¡Ah! huyendo, huyes de la vida. Pero míralo bien. Yo me he hecho pan. Mi carne y mi sangre y mi cuerpo entero, lo he reducido y concentrado en un poco de pan. Mira, es pan; prueba, es pan; come sin temor, es el pan de tu hogar, el que comen los niños, los artesanos y los pobres, el pan de todos los días.

Toma con confianza y come con alegría. Durante este tiempo, extendido en todo tu ser, derramaré en él, con mi sustancia, mis virtudes, mis cualidades, mis costumbres, mis perfecciones. Yo, yo te alimentaré verdaderamente en mí mismo.

—¡Dios oculto, yo comprendo ahora verdaderamente vuestros anonadamientos! Vos me amáis, Vos me amáis demasiado, Vos queréis poseerme, hacerme el bien, colmarme de amor, daros ó mí y elevarme á Vos.

¡Vuestra Majestad, vuestras grandezas, mi condición terrestre, mis debilidades, mis preocupaciones, todo es un obstáculo! Pero vuestro amor ha triunfado de vuestras grandezas y de mi pequeñez, de vuestra majestad y de mi bajeza, y os ha hecho tal anonadándoos bajo el velo del pan, que os encuentro allí tal como tengo necesidad de poseeros, presente sin que mi timidez desfallezca, inmolado sin que el aparato de la muerte me espante, comido sin que mis dientes mastiquen otra cosa que un pan sabroso.

¡Si hay abatimientos que sufrir, éstos son para Vos! ¡Los provechos son para mí! ¡Así lo quiere vuestro amor, y á vuestro amor no resistís jamás!

## III.—PROPICIACIÓN.

*Exceso.*

*¿ Quis credidit auditui nostro?... Vidimus eum et non eran aspectus..... Unde nec reputavimus eum!—Is., LIII, 4.*

¿ Quién lo creyera? Le hemos visto sin forma y sin apariencia humana; su rostro estaba desfigurado; se nos ha aparecido como el último de los seres y no hemos querido fijarnos en él.

El estado que crea á Jesús el velo eucarístico es en verdad un estado de humillación, de debilidad y de dependencia: es el anonadamiento mismo. Pero como Él toma este estado únicamente por amor á los hombres, para su bien y su ventaja, sin duda que los hombres van por reconocimiento á dedicarse á consolar, tanto como puedan, á su Dios, arrastrado por ellos á anonadamiento tal. Amor, honor, respeto y triunfo van á emplear para exaltarle y para rehacerle amorosamente una gloria, un trono, una corte, una realeza. Esta será una lucha admirable entre el amor de Dios, abatiendo la majestad divina en favor del hombre,

y el amor del hombre exaltando al Dios abatido.

¡ Ah! ¿ Se podría creer, si no se supiera, que el hombre caído es capaz de todas las perfidias, de todas las iniquidades, de todas las crueldades, aun las más monstruosas? ¿ Si no se supiese que el pecado es sinónimo de estupidez, de ingratitud, de dureza, y que hace perder el corazón al mismo tiempo que los sentidos?

¿ Este velo que Jesús arroja con tan grande amor sobre su majestad no servirá más que para hacerla desconocer y despreciar más? ¡ La debilidad que abraza será el pretexto para abusar de Él! ¡ Se añadirán á las humillaciones de su estado las del ultraje y las de los tratamientos indignos; y Jesús, que tan bajo se ha colocado ya Él mismo, se verá arrojado mucho más bajo todavía por nuestros desprecios, nuestras ingratitudes y nuestro odio! Y así este primer exceso de amor que le ha arrastrado á las profundidades del Sacramento, no servirá más que para ahuecar un abismo más profundo y más horrible en que el hombre lo precipitará bajo el peso de sus ingratitudes..... El abismo llama al abismo. ¡ El abismo de las humillaciones voluntarias del Salvador llamará al abismo de las humillaciones del hombre ingrato, endurecido y sin corazón!

¡Qué asunto tan á propósito para compadecer al divino Anonadado del Tabernáculo!

Y si el amor ha previsto estos anonadamientos, mucho más difíciles de aceptar que los primeros, ¿será suficiente la vida y la eternidad para comprender este amor y para pagarlo de alguna manera?

Pues bien: ved qué exceso de humillaciones añade la ingratitud del hombre á las del estado Eucarístico, abrazadas tan generosamente por el amor del Salvador.

Porque está obscuro, sin brillo ni apariencia, se le olvida, no se toma cuenta de Él, se le trata sin respeto ni atención; estamos en su presencia, y nos distraemos, nos fastidiamos, nos dormimos, pensamos en todo menos en Él; dejamos nuestro recuerdo, nuestras miradas vagar por las criaturas, y ¿cuántas veces se le ofende así, y en el momento mismo en que debería irsele á honrar?

¡Oh, si Él se mostrase resplandeciente de gloria! ¡oh, si sus ángeles apareciesen á su lado!.... Pero no, Él se confía á nuestro amor, y éste le desconoce y le desprecia.

Porque el velo eucarístico le priva de palabra, de fuerza y de acción; porque no puede ni defenderse, ni huir, ni pedir socorro, se hace

el juguete de los elementos á que la negligencia le abandona, y de los tratamientos del odio que le persigue.

El fuego, la humedad de agua, el polvo, la polilla, la descomposición se unirán á los flancos del Dios oculto y abandonado; los más viles insectos vendrán á mancharle con su contacto, y mientras que en sus tabernáculos tan poco visitados, la araña extenderá sus telas inmundas, el gusano en el copón hara su presa de la Hostia que no se haya cuidado de renovar.

El odio dará el salto con la negligencia contra el vencido, el impotente, el anonadado del Tabernáculo. ¿No se necesita cargar humillaciones tras humillaciones sobre los hombros del Altísimo á quien el amor abate tan generosamente, y escupir y cubrir de heridas ese rostro del Dios tres veces santo cuyos ojos cierra el amor?

El impío, y el francmasón, y el judío, y el ladrón, y el sacrilego, y todos los profanadores pueden apoderarse de Él, llevárselo, hacerle servir para sus juegos sacrilegos y para sus furores; y será golpeado, destrozado, roto, pisoteado y arrojado á las inmundicias.

¡Y será Él, siempre Él, Él en este fango, Él en estas ignominias!

¡Mas para que pudiera ser así, era preciso que tomara el estado Eucarístico; él ha previsto este exceso, está liga más amarga que nuestro odio debía verter en su cáliz, este exceso de abatimiento en el anonadamiento mismo!

Id, recorred la tierra; acercaos á todos los Tabernáculos, abrid con respeto todos los copones en que gimen tantas Hostias abandonadas; seguid las que los malvados profanan, y ofrecedles vuestras lágrimas, vuestro amor y vuestras consolaciones.

#### IV.—SÚPLICA.

##### *Fruto de la Hostia.*

*Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu, qui cum forma Dei esset, semetipsum exinanivit. (Ad. Phil., III, 5.)*

Tened los mismos sentimientos que el Cristo Jesús, que estando en la gloria de Dios, se ha anonadado por amor vuestro.

El anonadamiento Eucarístico de Jesús es la raíz de todas las virtudes de que quiere darnos lección y ejemplos perpetuos en su Eucaristía. La Eucaristía tiene por objeto continuar, en efecto, no sólo la presencia del Hijo de Dios

sobre la tierra, sino sus enseñanzas y ejemplos.

Pues bien; sobre el estado de anonadamiento reposan y viven todos los demás estados que pueden considerarse en el Cristo Eucarístico, el estado de pobreza y de obediencia, el de paciencia y dulzura, el de caridad y de abnegación. Sin el anonadamiento que reduce á Jesús á ser la santa Hostia, á tomar el estado, á aceptar libremente y á guardar por amor las condiciones y las consecuencias de este estado, todas estas virtudes cesan al momento, de sernos tan visible, tan perseverante y tan amablemente enseñadas.

Pero hay una virtud entre todas que resalta del anonadamiento Eucarístico, que brota de él, que es su flor, su fruto, su aroma, su brillo, su rayo, su consecuencia necesaria; una virtud tan íntimamente ligada á este estado, que se confunde con él: es la humildad.

La humildad es la primera é inmediata emanación del estado Eucarístico: no puede verse la Hostia sin ver allí al Hijo de Dios abatido ante su Padre por amor, renunciando á sus derechos por amor, sometido al hombre por amor, tan humilde á todas las miradas, de todas las maneras, que la humildad parece ser la única cosa que haya visado al tomar el estado Eucarístico.

Así es que podemos decir que, después del amor de Dios y del prójimo, no hay una virtud, como la comunión que tienda á producir más directa y plenamente en el alma la humildad.

Es á la humildad quien enseñan ante todo la contemplación y la adoración de la Hostia santa.

Es el sacrificio y la reparación de la humildad lo que el Salvador ofrece sobre todo á su Padre por su estado sacramental, y lo que opone á los desbordamientos furiosos y universales del orgullo humano.

Orad, pues, suplicad á Jesús que reproduzca en vosotros la virtud dominante y esencial de su estado Eucarístico; ¿no debe ser la humildad la virtud dominante y esencial de vuestra santidad, y no la debéis considerar como un primer principio sin el cual todas las demás virtudes serían inútiles, de tal manera que entra por una parte preponderante en todas vuestras virtudes, en todos vuestros deberes de estado, en toda vuestra vida moral y sobrenatural? Porque ella es la virtud fundamental y necesaria, y también porque el orgullo es principio, causa y parte integrante de todos nuestros pecados, es por lo que el Salvador quiere por su estado Eucarístico, permanente y visible en-

señar sobre todo la humildad, y por la comunión dar la gracia y fuerza más abundantemente que de cualquiera otra virtud.

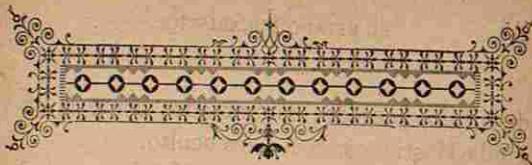
Pedidle, pues, que haga obrar sobre vosotros la virtud de su anonadamiento sacramental; pedidle la humildad y las demás virtudes accesorias que viven de la humildad y que, en recompensa, la protegen y la desarrollan.

Extended sobre vosotros el velo que cubre á Cristo en la Eucaristía, por el silencio sobre vosotros mismos, sobre vuestras acciones y vuestros méritos; ocultaos por la modestia en el andar, en el mirar, en el todo; ocultaos haciendo simple y obscuramente vuestro deber, rindiendo servicios sin afectación.

Anonadaos pensando poco en vosotros, abatiendo toda fijeza, toda complacencia en vuestra excelencia de espíritu y de corazón, en vuestras cualidades más ó menos notables. Descended más y más á las profundidades en que habéis de encontrar al Cristo anonadado, despreciándoos sinceramente á vosotros mismos, practicando todos los deberes según los movimientos de la humildad, obedeciendo, abriéndoos á vuestros guías, aceptando ser dirigido, conducido en todo, abatido y elevado, sirviendo á todo como la Hostia: aceptando ser

discutido, juzgado, calumniado, como la sagrada Hostia, como el Dios oculto.

En fin, también como la Hostia, aceptad, reducid vuestro corazón á pesar del rigor sobrehumano de este sacrificio, á aceptar el ser desconocido, traicionado, abandonado, aun de vuestros más caros, aun de aquellos á quienes hayáis hecho mayores bienes; y como ella, reduciéndoos siempre, cediendo siempre, quered absolutamente, sin reserva, pero sincera y valerosamente, no ser nada en todo y por todo: de este modo seréis uno con ella y viviréis en ella; esto será el dolor y la muerte total, sí; pero será también la vida perfecta y la perfecta felicidad. El velo que anonada á Jesús y le entrega á la maldad de los hombres, le hace al mismo tiempo invulnerable, y le retira en la alegría y la gloria de su Padre; este velo os cubrirá también; dejando todo lo que sois humanamente á la humillación y al dolor, sobrenaturalmente viviréis en la alegría y la gloria de Jesús, en su paz y en su amor, en su Corazón y en su Hostia.



## LA DIFUSIÓN DE LA EUCARISTÍA.

¡Por todas partes!

### I.—ADORACIÓN.

*Ponam tabernaculum meum in medio vestri, et non abiciet vos anima mea; ambulabo inter vos et ero Deus vester, vosque eritis populus meus.*

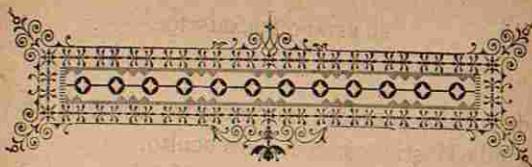
Elevaré mi tienda en medio de los vuestros, y mi corazón no se cansará jamás de vosotros. Yo marcharé entre vosotros; yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.

(Lev., XXVI, 11-12.)

**V**UESTRO Dios, vuestro Salvador, la luz, el socorro, el perdón, el consuelo, en una palabra, Jesús en el Sacramento está bajo vuestros ojos, enfrente de vosotros: para encontrarlo sólo habéis tenido que

discutido, juzgado, calumniado, como la sagrada Hostia, como el Dios oculto.

En fin, también como la Hostia, aceptad, reducid vuestro corazón á pesar del rigor sobrehumano de este sacrificio, á aceptar el ser desconocido, traicionado, abandonado, aun de vuestros más caros, aun de aquellos á quienes hayáis hecho mayores bienes; y como ella, reduciéndoos siempre, cediendo siempre, quered absolutamente, sin reserva, pero sincera y valerosamente, no ser nada en todo y por todo: de este modo seréis uno con ella y viviréis en ella; esto será el dolor y la muerte total, sí; pero será también la vida perfecta y la perfecta felicidad. El velo que anonada á Jesús y le entrega á la maldad de los hombres, le hace al mismo tiempo invulnerable, y le retira en la alegría y la gloria de su Padre; este velo os cubrirá también; dejando todo lo que sois humanamente á la humillación y al dolor, sobrenaturalmente viviréis en la alegría y la gloria de Jesús, en su paz y en su amor, en su Corazón y en su Hostia.



## LA DIFUSIÓN DE LA EUCARISTÍA.

¡Por todas partes!

### I.—ADORACIÓN.

*Ponam tabernaculum meum in medio vestri, et non abiciet vos anima mea; ambulabo inter vos et ero Deus vester, vosque eritis populus meus.*

Elevaré mi tienda en medio de los vuestros, y mi corazón no se cansará jamás de vosotros. Yo marcharé entre vosotros; yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.

(Lev., XXVI, 11-12.)

**V**UESTRO Dios, vuestro Salvador, la luz, el socorro, el perdón, el consuelo, en una palabra, Jesús en el Sacramento está bajo vuestros ojos, enfrente de vosotros: para encontrarlo sólo habéis tenido que

dar unos cuantos pasos; quizás vuestra puerta linda con la suya; quizás habitáis bajo el mismo techo. No hay ni mares que atravesar, ni montañas que subir, ni distancias que franquear. ¡Él está allí! Su presencia tan vecina la debéis al gran misterio y al amor más grande todavía de la difusión Eucarística.

Adorad, pues, á Nuestro Señor, diciendo esta palabra: *Ecce ego vobiscum sum!* ¡Oh! ¡Qué consoladora es! —¿Con nosotros? ¡Pero nosotros no podemos estar en los dos hemisferios! —¡Bien! Yo estaré con vosotros donde quiera que estéis. —Esto es lo que sucede.

Contemplad el hecho, la realización de esta magnífica promesa, y ved si Nuestro Señor Jesucristo no está moralmente en todas partes: En Europa, en Asia, en América, en África, en Oceanía. Y no sólo reside en las capitales de las naciones, ni en las grandes ciudades, sino en todos los pueblos, en todas las aldeas, y en cien y mil lugares á la vez, de un mismo país.

Adorable en todos los tabernáculos, en el de San Pedro de Roma, en el de Nuestra Señora de París, en el de todas nuestras basílicas y catedrales. Adorable en el oratorio en que el Soberano Pontífice viene á invocarle

y consultarle para el gobierno de la Iglesia; en la Iglesia del más humilde pueblo en que el Pastor llega sólo á ofrecerle sus homenajes y solicitar sus socorros para sus ovejas ingratas; en la pobre morada del misionero en que es su fuerza, su consuelo, el único amigo que habla su lengua y la comprende: adoradle llevado en viático al moribundo que agoniza reposando sobre la pobre mesa de improvisado altar, después sobre los labios del agonizante, cuyo último suspiro santifica; adoradle sobre el altar donde millares de sacerdotes le consagran; en la mesa santa cuando las multitudes hambrientas llegan á recibirle; adoradle en todas partes donde esté, y hasta en la partícula ignorada que apenas se distingue en el fondo del copón. ¡Por todas partes está Él, el Sacramento, Jesús!

Alabad y admirad el divino poder del Salvador que obra el milagro inaudito de multiplicar la presencia de la Hostia de una manera tan prodigiosa; la presencia simultánea de un mismo cuerpo en muchos lugares distantes unos de otros, es uno de los más grandes milagros que pueden hacerse, y este milagro encierra un gran número de otros.

Adorad la inmensidad divina, de que da la

más precisa idea, la Hostia extendiéndose por todas partes, siempre la misma, sin división ni separación. ¿No puede decirse también de la presencia universal? Señor, ¿podré dejar de encontrarme en vuestra presencia? *Quo à facie tua fugiam?* Si subo á las más altas cimas, Vos estáis allí en vuestros santuarios más amados: *Si ascendero in coelum, tu illic es;* y os encuentro en el fondo de los valles más profundos, en los más ignorados santuarios del mundo; que me dirija á Oriente ó á Occidente, que pase los mares, os encuentro siempre, oh Sacramento extendido por todas partes, y Vos sois quien me conducís y me sostenéis por la virtud que emana de vuestra presencia y de vuestra recepción: *Si descendero in infernum ades: si sumpsero penas diluculo et habitavero in extremis maris, etenim illuc manus tuæ deducet me, et tenebit me dextera tua.*

Adorad la omnipresencia de Dios, que le hace estar presente á todo, para ver, gobernar, sostener y juzgar todo. Mirad cuán bien le representa la Eucaristía; por Ella, como por la omnipresencia, puede decirse con San Gregorio que el Señor es sobre todo, conduciendo todo; debajo todo, sosteniendo todo, rodeando todo para mantener á todo en la unidad; pene-

trando todo para vivificar todo: *Sursum regens, deorsum continens, extra circumdans et intra penetrans.* Sobre todo, como principio de la vida en la Iglesia, como origen de todos los demás sacramentos; debajo de todo, como sosteniendo y conduciendo al mundo, á la Iglesia, á las almas, fundamento de todo lo que existe, raíz de todo lo que crece; circundando á todo, como rodeando á nuestras almas de su poder, de su protección; manteniendo á la Iglesia en la unidad y preservándola de los cismas; y es Ella también quien penetra en las almas por su virtud, su sustancia y su mismo ser, para hacerlas vivir de la vida sobrenatural, de su propia, vida que es justicia y santidad.

Adorad en esta universal difusión de la Eucaristía la majestad actual y efectiva de Nuestro Señor. Su Padre le ha dicho: Yo te daré naciones que gobernar: *Dabo tibi possessionem tuam terminos terræ.* Nuestro Señor, al multiplicarse, parece recorrer las provincias de su imperio para recoger por todas partes las adoraciones, las alabanzas que le son debidas. Él quiere que por todas partes á la vez las rodillas se postren delante de Él y que los corazones se inclinen.

Esta cuasi infinidad de la Eucaristía está

llena de sublimes misterios y de maravillas indecibles: adoradlas; y transportádoos en espíritu donde quiera que esté extendida la presencia de amor, de bondad, de vida, de omnipotencia de Dios hecho Eucaristía, adoradle, alabadle, bendecidle con los ángeles que presurosos se le acercan y le siguen en todas partes.

## II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

*Cum dilexisset, in finem dilexit.*

Habiendo amado, amó hasta el fin,

(*Joan., XIII.*)

Pero ¿por qué esta difusión de Jesús en el Sacramento? Por amor, por bondad, por amistad para con el hombre.

La presencia es necesaria á la amistad; la ausencia es su muerte: *Nil tam proprium est amicitiae quam convivere amico.* Pues bien; todos nosotros somos sus amigos: su amor lo ha querido así y nos ha dado ese nombre; y desde luego quiere acercarse á todos y cada uno de nosotros lo más que puede.

Ruth decía á Noemí, obligada á volver á su país: *Quo perrexeris pergam!* Y Nuestro

Señor dice á todo cristiano: por donde quiera que vayas Yo iré también, á fin de no separarme de ti En los desiertos y sobre los picos solitarios de las montañas, en las ciudades populosas y en los pueblos ignorados, por todas partes. Tu país será mi país y tu pueblo será mi pueblo

¡Ah, cuántos bienes descuellan de esta presencia universal!

Así como el Arca de la Alianza era la fuerza, la seguridad, la victoria, el honor, la bendición para todos los lugares en que residía, así es la Eucaristía.

Por ella nos hacemos fuertes, y Satanás se debilita, se detiene y se encadena.

Por ella somos grandes: Dios es nuestro ciudadano, el habitante de nuestras ciudades y nuestro compatriota.

Por ella el hombre, donde quiera que esté, sabe encontrar á Dios, recurrir á El sin pena y sin trabajo. Si fuera preciso ir á una iglesia única, que tuviera el privilegio sólo ella de guardarle, ¿se encontrarían hombres capaces de un sacrificio tal? Pero El está aquí y allí, á nuestro lado y con nosotros: ¡oh abundancia de las celestes condescendencias!

Multiplicando su presencia, multiplica las

gracias que cada Hostia trae consigo; y cada Hostia vale la salud del mundo y paga todas las gracias que necesita el mundo; luego la tierra es bendita por todas partes. Ahí está el escudo extendido por toda la tierra, bajo el cual se abrigan las naciones contra el furor de la divina Justicia, irritada por los pecados del mundo. ¡Ah! ¡cuán bella es, á pesar de sus fealdades, nuestra pobre tierra cubierta de su blanca capa de Hostias consagradas! ¡Cuán fecunda, á pesar de sus esterilidades! ¡Cuán santa, á pesar de sus crímenes! ¡Cuán amada de Dios, á pesar del odio con que ella paga su amor! *Confiteantur tibi, Domine, populi omnes, terra dedii fructum suum!*

### III. — PROPICIACIÓN.

*Medius vestrum stetit quem vos necitatis.*

Está en medio de vosotros y lo ignoráis. (Joan III.)

*Numquid solitudo factus sum Israeli!*

¿No me he hecho un solitario abandonado en medio de Israel?

¡Ah! Nuestro Señor no pudo testificarnos un amor tan grande sin que le costara grandes sacrificios y grandes humillaciones.

En primer lugar, multiplicando su presencia se expone á tener en muchos lugares pobres moradas indignas de Él.

Pero para estar con sus hijos donde quiera que estén, olvida los esplendores debidos á su majestad y se contenta con todo.

¡Si sólo la pobreza resultase de la difusión de su Sacramento! Pero aun más, nos habituamos á verlo así en todas partes. El exceso del beneficio es para Él ocasión de humillación, y no nos fijamos en su presencia. Si estuviera menos multiplicado, iríamos á Él: llevando á sus últimos límites la condescendencia, se abusa de ella para desconocerle. Vedle en todas las iglesias solo de día y de noche; nadie entra en ellas. En otras partes, al ver sus iglesias se blasfema; allí están las multitudes que pasan ante su morada aun sin verle. Y está, sin embargo, en el centro y en el corazón de la ciudad; su presencia se impone por la evidencia, la riqueza, la majestad de su morada; pero todo es inútil; ¡cómo si no estuviese allí!

¡Y á qué humillantes vecindades está á veces Nuestro Señor! ¡Qué injustos comercios, qué casas deshonorosas se establecen á su lado! Y los que las frecuentan turban con el ruido de sus orgías la paz de su morada.

¡Y Él, el Rey de la gloria, el Amo de los cielos y de la tierra, ve las casas de su presencia sometidas á las leyes usurpadoras, á las exigencias de la expropiación por causa de interés público! ¡Ah! dejad á vuestra alma enternecerse y compadecer la pobreza de las moradas de Jesús, la indiferencia con que se le trata, todas las afrentas sacrílegas que le hacemos sufrir, á causa también de la multiplicación inefable de su Sacramento.

¡Y sobre todo, consolad al Divino Amigo, que poniéndose á tal punto á nuestro alcance es tan poco conocido, tan poco honrado, tan poco visitado! ¡Desconocido, en medio de los suyos! ¡Ahí está el fenómeno incomprensible que llena de estupor! Él está aquí, allí, en todas partes, bajo nuestros ojos, bajo nuestros pasos, y no sabemos encontrarlo. Ponemos por pretexto el cansancio, la falta de tiempo, para no ir hasta Él, cuando Él ha dado tantos pasos para venir hasta nosotros!

Pedid especialmente perdón por todas las visitas que habéis rehusado hacerle cuando habéis podido, por todos los movimientos de falsa vergüenza que os han impedido rendir un homenaje público á su presencia, por un signo de religión cuando habéis pasado ante sus moradas.

En fin, compadeced á Jesús aislado, perdido, desconocido en ciertos países herejes, infieles ó impíos. ¡Sin embargo, está allí! ¡Gime allí! ¡Enviad vuestro corazón á sus pies para consolarlo!

#### IV. — SÚPLICA.

*Domine, sequar te quocumque eris.*  
Señor, yo quiero seguirlos y encontraros donde quiera que estéis.

(*Matth.*, XVIII. 9.)

Yo os pido, oh Divino Desconocido, que os hagáis conocer, amar y servir de todos aquellos en medio de los cuales habitáis desde hace tanto tiempo, tan humilde y amorosamente.

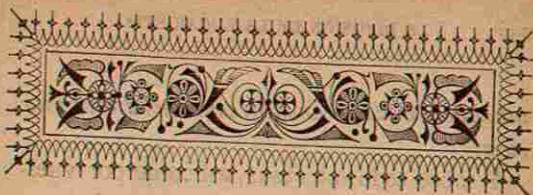
Os suplico que os multipliquéis más; os pido especialmente por los misioneros, á fin de que os edifiquen cada día nuevos santuarios y os conquisten sin cesar nuevos reinos.

Para mí, oh Jesús, os pido que corresponda al amor que os multiplica por mí y os acerca á mí, con un amor que me una á Vos, que me haga buscar vuestra presencia y cifrar mi felicidad en vivir siempre con Vos, á vuestro lado, bajo la bendita sombra de vuestra Hostia. *Ut*

*inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee!*

Y sobre todo, oh Jesús, así como por vuestro Sacramento estáis conmigo en todas partes, concededme á mí que siempre esté con Vos, que os lleve conmigo por todas partes, por mi fidelidad; de teneros presente aun cuando haya dejado vuestros Tabernáculos, de veros continuamente, de vivir bajo vuestra vigilancia, de permanecer unido á Vos por todas partes: en el trabajo solitario, en mis relaciones de familia, en mi labor pública, en mis relaciones de sociedad, en mi comercio con el mundo; con Vos por todas partes.

Que nada me separe jamás de Vos; que hasta Vos me extienda siempre por el deseo y el amor; y que no haya una hora ni una obra de mi vida que no esté iluminada, fecundizada, santificada por el sol de vuestra presencia en el Sacramento.



## LA PERPETUIDAD DE LA EUCARISTÍA.

¡Siempre!

### I. — ADORACIÓN.

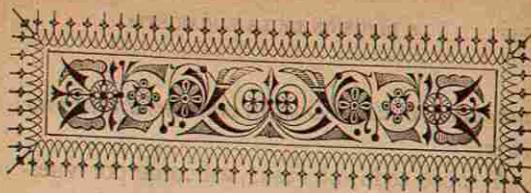
**A**DORAD á Jesús instituyendo la Eucaristía para durar hasta el fin de mundo y diciendo estas palabras memorables: «¡He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos!» Las palabras del Salvador se realizan; hace diez y nueve siglos que la Eucaristía dura y durará hasta la noche del último día del mundo, para fortificar al último de los elegidos que ha de combatir con el Anticristo.

Esta perpetuidad de la Eucaristía está llena

*inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee!*

Y sobre todo, oh Jesús, así como por vuestro Sacramento estáis conmigo en todas partes, concededme á mí que siempre esté con Vos, que os lleve conmigo por todas partes, por mi fidelidad; de teneros presente aun cuando haya dejado vuestros Tabernáculos, de veros continuamente, de vivir bajo vuestra vigilancia, de permanecer unido á Vos por todas partes: en el trabajo solitario, en mis relaciones de familia, en mi labor pública, en mis relaciones de sociedad, en mi comercio con el mundo; con Vos por todas partes.

Que nada me separe jamás de Vos; que hasta Vos me extienda siempre por el deseo y el amor; y que no haya una hora ni una obra de mi vida que no esté iluminada, fecundizada, santificada por el sol de vuestra presencia en el Sacramento.



## LA PERPETUIDAD DE LA EUCARISTÍA.

¡Siempre!

### I. — ADORACIÓN.

**A**DORAD á Jesús instituyendo la Eucaristía para durar hasta el fin de mundo y diciendo estas palabras memorables: «¡He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos!» Las palabras del Salvador se realizan; hace diez y nueve siglos que la Eucaristía dura y durará hasta la noche del último día del mundo, para fortificar al último de los elegidos que ha de combatir con el Anticristo.

Esta perpetuidad de la Eucaristía está llena

de maravillas; es preciso estudiarla y adorarla: es una sublime manifestación del Eterno que se oculta bajo las débiles especies del Sacramento.

La Eucaristía es el Eterno. ¡Esta Hostia ha sido consagrada esta mañana; acaba de nacer sobre el altar, en medio del profundo silencio de los misterios; va á ser consumida por el sacerdote; no ha durado más que un instante; pero á pesar de todo es el Eterno! Aquel á quien una palabra acaba de hacer aparecer, ha criado los mundos; antes que nada existiese poseía ya la plenitud de la vida. Aquel cuya vida sacramental va á extinguirse de una manera tan desapercibida, es el autor de la vida y de la muerte. Sólo Él da la vida; sólo Él la mantiene en todo lo que existe; y todo lo que muere es juzgado por Él. ¡Santa Eucaristía, yo os adoro; Vos sois aquel que era, es y será por toda la eternidad!

La perpetuidad de la Eucaristía es un espejo en que se reflejan las inefables propiedades de la eternidad divina. La eternidad es la posesión total y simultánea de una vida interminable; la eternidad es la duración, es la inmutabilidad, es la posesión siempre igual de una vida perfecta.

Pues bien; hace más de diez y ocho siglos que existís, y existiréis hasta el fin, oh Sacramento de vida. Vos poseéis la vida divina del Cristo, y su vida mortal, y su vida de gloria; y en esta plenitud estáis siempre joven, siempre fecundo, siempre omnipotente. Los largos siglos, vuestra carrera á través del mundo, los interminables atentados, las persecuciones, los sacrilegios, los malos tratamientos, nada ha podido arrancar vuestra vida eucarística. ¡Vos habéis resistido á todo! Las generaciones han pasado, los imperios han sido destruídos; y en este torrente desencadenado que se lleva todo y que nada detiene, permanecéis como roca indestructible, afirmando la eternidad de Aquel á quien contenéis, su inmutabilidad, su vida perfecta, hasta el día en que los elegidos la han de conocer por experiencia, en el reino de las delicias sin fin.

Adoremos la eternidad de Dios; adoremos la omnipotencia y el amor infinitos que han criado y que mantienen la perpetuidad de la presencia real: hay tanto poder desplegado en cada uno de los instantes de la duración de la Eucaristía, como en su misma institución.

¡Oh espectáculo sublime! Esta Hostia que un soplo podría arrojar por tierra, que una

gota de agua podría disolver, que un insecto podría devorar, es quien conduce al mundo y le da la vida. Es por ella por quien Jesús fundó la Iglesia, el papado, el sacerdocio y los Sacramentos; es por ella por quien los ídolos han sido destruídos, los pueblos hechos cristianos y la faz de la tierra renovada: adorad, alabad, cantad: es el Dios vivo, es el Eterno: *Ipse est enim Deus vivens et aternus!* (Dan., IV, 26).

## II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

Si la perpetuidad de la Eucaristía manifiesta la eternidad de Dios y su poder, es también una prueba patente de su amor, de su bondad, de su condescendencia por nosotros.

Esta perpetuidad es la fuente de todo bien, de toda gracia, de todo socorro para la Iglesia y para las almas.

Si Jesús no hubiese instituído la Eucaristía más que para los apóstoles ó sus sucesores, ¿habría encendido el fuego sagrado del apostolado? ó ¿los mártires habrían encontrado la fuerza de resistir á los tormentos? ó ¿los Doctores hubieran sido iluminados? ¿Cómo hubiera vivido la Iglesia? ¿De dónde hubiera sacado

para los pueblos bárbaros que se entregaron á ella para ser formados, como para el imperio pagano, á quien ella debía transfigurar, ese alimento de las virtudes sobrenaturales que ha hecho las naciones cristianas y los santos y la civilización?

Si Jesús no se hubiese perpetuado en la Eucaristía, ¿quién lo conocería? ¿Quién le amaría? ¿Quién le amaría bastante, digo, para preferirlo á todo, sacrificarle todo, hasta unirse á El solo, y hacer de su servicio y de su agrado la pasión de una vida y la satisfacción de las más ardientes ambiciones? ¿No es la ausencia, la muerte del amor?

Si Jesús no hubiese perpetuado en la Eucaristía las virtudes, los ejemplos, los méritos, los frutos y las eficacias de la Encarnación y de todos sus misterios, de la Pasión y de todos sus sufrimientos, ¿cual sería su acción, su influencia sobre el mundo á la hora de esta?

El olvido hubiera cubierto y extinguido todo; la ingratitud de los hombres hubiera agotado la fuente de las bondades de Dios; Satanás, destronado por un momento, hubiera reconquistado su imperio; el vergonzoso paganismo se hubiera tragado para siempre á las almas y á la sociedad en su fango.

Si Jesús no permaneciese sobre este altar de la oración perpetua, en que ofrece de noche y día su sacrificio de anonadamiento, desde donde muestra á su Padre las llagas de su miembros y su corazón consumido de amor, de suspiros y de deseos; si esta mediación no fuera de una continuidad que no conoce ni fatiga, ni sueño, ni distracción, y que es ardiente, activa y obstinada como el amor mismo, ¿qué rayos no atraerían sobre el mundo nuestros pecados renovados sin cesar, nuestras monstruosas ingratitudes, las blasfemias y las apostasías de los cristianos bantizados y de las naciones rescatadas?

Por último, si Jesús no permaneciese en la Eucaristía, ¿cómo nos comunicaríamos con Dios? ¿Dónde estaría la presencia sensible del Criador de que tanta necesidad tienen las criaturas? La tierra sin la vecindad y presencia de Dios sería el destierro, la muerte, el infierno.

La Encarnación continuada, la Redención aplicada, el mundo salvado, los rayos divinos desviados, la Iglesia sostenida, Dios, el bien, la verdad, guardados aquí abajo como el patrimonio de los hijos de la Iglesia: tales son los beneficios de la perpetuidad de la Eucaristía para el mundo: dad gracias, agradeced, porque nada

de eso merecíamos; ¡sólo el Amor ha hecho y dado todo!

Y si á los beneficios de la perpetuidad para la Iglesia en general, unís los innumerables beneficios que recibís en particular, ¿qué acciones de gracias no daréis?

Jesús ha permanecido desde la Cena para esperar el feliz momento de vuestra primera comunión: diez y nueve siglos de espera, de sacrificios y de humillación no han parecido demasiado largos á su amor para guardaros y traeros al fin tan sin igual felicidad.

Él permanece también y os sigue durante vuestra vida para ser el pan de cada día, el viático de cada partida; para preservaros de los peligros, levantaros de las caídas, ocultaros á vuestros enemigos, y ser, en fin, para vosotros todo bien y todo socorro.

Él está despierto antes que vosotros por la mañana, y os espera para bendecir la labor del día; permanece en la tarde para reparar el cansancio y consagrar los frutos del trabajo; y cuando los más perseverantes en orar se retiran, cuando vais á tomar vuestro reposo, recomienza su vigilia nocturna: porque su amor no conoce reposo y sus ojos no se cierran jamás.

El permanecerá así, para que podáis siempre y á toda hora encontrarlo; jamás os hará esperar; jamás dejará de recibiros; y no podríais procurarle mayor placer que ocuparle mucho, confiarle todas vuestras penas y no tener nada oculto para Él.

Él permanecerá hasta vuestro último día para consolarle é iluminarle de esperanza, y cuando abandonéis esta tierra, dejando á los vuestros huérfanos y afligidos, Él quedará; su jornada no terminará jamás, su tarea jamás acabará; Él lo ha dicho: «Hasta la consumación de los siglos!»

Él permanece, aunque vosotros no permanezcáis, durante vuestros olvidos, vuestras frialdades, vuestras largas infidelidades, vuestras apostasías. Él queda para preparar vuestra vuelta orando por vosotros, y para recibiros, perdonaros y oprimiros contra su corazón cuando de remordimiento, de laxitud ó de arrepentimiento, volviereis, cual el hijo pródigo, á llamar á la casa paterna.

Él permanece, porque es propio del amor ser paciente, constante, infatigable y no morir jamás.

Repasad en vuestra vida las páginas de oro en que la Eucaristía ha escrito sus innumera-

bles beneficios, y entonces daréis gracias con lágrimas al Salvador bonísimo por el don inenarrable de su Corazón.

### III.—PROPICIACIÓN.

Pero ¿á precio de qué sacrificios compra Jesús el derecho de permanecer siempre con nosotros en este Sacramento, cuya perpetuidad es tan bella y tan buena?

La perpetuidad lo expone desde luego al aislamiento, á la tristísima soledad en que le vemos en tantas iglesias. Si no viniese más que algunas horas por día ó un día por año, le rodearíamos y no le abandonaríamos un solo instante; sino que quiere permanecer siempre, aunque no se le visite, por las necesidades de la vida, el trabajo cotidiano, las ocupaciones del hogar y aun por los placeres legítimos: para un Dios rodeado en el cielo de una corte que no cesa de alabarlo, ¡qué condescendencial ¡qué incomprendible sacrificio!

Si sólo se prefiriesen á Él los deberes de estado ó los que impone la caridad, como lo ha querido de antemano, lo soportaría fácilmente. Mas ¡ah! la perpetuidad misma de su presen-

cia hace que se le olvide, que se le abandone y que se prefiera á Él todo lo que atrae y seduce por los encantos de la novedad: placeres, conversaciones y pasatiempos mundanos; mejor se prefiere matar el tiempo en no hacer nada que ir á pasar algunos instantes con el más tierno de los amigos, que nos da todo su tiempo.

Hay muchos, sin embargo, cuya vocación es hacerle compañía y honrar su presencia perpetua por sus frecuentes oraciones; pero ¿qué negligencia no tienen aún éstos con Dios Nuestro Señor? Al menor pretexto se suspende la visita, ó cuando menos se le abrevia; todo lo que se presenta en concurrencia con este deber capital recae sobre Él, y, en suma, la presencia de Nuestro Señor es desdeñada.

Y, por último, los que vienen, los que consagran poco más ó menos el tiempo destinado á honrar tan augusta presencia, ¿cómo lo emplean? ¿No les parece muchas veces largo y enojoso? ¿Largo, cuando Él, el Criador, el Señor de los señores está siempre allí! ¿Enojoso, cuando Él, el Dios de la beatitud, tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres?

Lloremos, pues, y reparemos por el crimen de la ausencia, tan sensible al Corazón de Jesús.

Reparemos con nuestra presencia, multiplicando nuestras visitas, prolongándolas, estimando, lo que es verdad, «que una hora que se pase en su templo vale más que un siglo en el palacio de los pecadores».

Pero ¿qué reparaciones serían capaces de satisfacer por las irreverencias, los ultrajes y los sacrilegios de que es objeto su presencia perpetua? ¡Cuántas iglesias desaseadas! ¡Cuántos tabernáculos en que sólo se manifiesta su presencia por la humilde luz de la lámpara sagrada! ¡Cuántos cristianos pasan meses y aun años sin ir una sola vez á rendir homenaje á Aquel que los ha amado hasta el Calvario y que no puede resolverse á olvidarlos! ¡Cuántos desgraciados á quienes la sola vista de la morada de Jesús hace blasfemar tan horriblemente! ¡Cuántos sacrilegos lo maltratan, aprovechándose de la condescendencia con que quiere, aun en la obscuridad y el silencio de las noches, permanecer sin defensa en nuestras iglesias para velar sobre sus hijos que duermen y apartar de ellos los espíritus infernales!

A pesar de esto, Jesús ha jurado desde el principio que permanecería siempre: y ha dado la palabra de su amor. Así como Judas no pudo impedir que comenzara, los traidores de

todos los siglos no podrán impedir que continúe; ¡así lo debemos comprender! Pero la reparación, el amor, la fidelidad ¿no deben corresponder á tanto amor? ¡Ah! no quedemos insensibles á esta palabra que se escapa noche y día de todos los tabernáculos, como un gemido del adorable Maestro abandonado: «¡Yo he extendido todos los días mis manos hacia un pueblo que me contradice y me rechaza!»

#### IV.—SÚPLICA.

«*Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit*: Maestro, quedaos con nosotros, porque se hace tardé.»

Quedaos en este mundo, oh Jesús; quedaos siempre en él, á pesar de sus frialdades, su indiferencia y sus crímenes; porque sin vuestra presencia perpetua, el mundo no sería más que un campo de sangre, una sentina de vicios, una tierra en que el mal, Satanás y el pecado reinarían como dueños absolutos; quedaos para purificarla, oponed vuestra pureza á sus manchas, vuestras oraciones á sus blasfemias, vuestras adoraciones á sus idolatrías.

Quedaos con la Iglesia, oh Jesús, para vivi-

ficarla en su alma, sostenerla en sus luchas, conducirla en sus vías, consolarla en sus cuitas: quedaos ahora más que nunca, pues nunca hubo para ella horas más difíciles, y Vos sois su Esposo, su Padre y su Rey.

Quedaos con vuestro Vicario y asistidle en todas sus empresas; consoladle de la ingratitud de sus hijos rebeldes; quedaos y sostened su débil ancianidad, ¡oh Hostia de vida y de salud!

Quedaos con vuestros sacerdotes, vuestros religiosos y religiosas, é inspiradles el deseo, la necesidad, la pasión de vuestra presencia en el Sacramento. Que se mantengan dichosos cerca de Vos, que os rodeen con amor, y que comprendan que esta es su primera misión y el más poderoso de los apostolados.

Haceos conocer de los que os ignoran, oh benéfica presencia de Jesús; lanzad en sus almas algunos rayos ardientes; haced que tengan necesidad de Vos, en que habiendo encontrado en Vos el socorro ó el consuelo que buscaban, se unan á Vos para siempre.

Quedaos conmigo, oh Jesús, ahora y siempre. No me privéis jamás de vuestra presencia: ¿dónde iría, lejos de Vos? ¿Qué sería de mí sin Vos?

Yo os pido la gracia y tomo la resolución de dedicarme muy seriamente al gran deber de honrar vuestra presencia por la visita y la adoración; de prepararme á esta audiencia; de no quitar de ella sin absoluta necesidad un solo minuto; de estimar este tiempo en su justo valor; de emplearlo con la fidelidad y el piadoso apresuramiento del amor y de la gratitud.

¡Oh Jesús, quedaos!

¡Vos siempre aquí abajo en vuestro Sacramento!

¡Vos siempre en el cielo en vuestra gloria!



LA UNIVERSALIDAD  
DE LA EUCARISTÍA.

¡Para todos!

I.—ADORACIÓN.

«¡Tomad y comed todos de él!»  
«¡Bebed todos de él!»

**A**DORAD á Nuestro Señor en el don universal que hace de su Eucaristía, y oid en la alegría, el amor, la admiración y en el silencio de la más profunda adoración, esta palabra liberal, generosa, magnífica, real y verdaderamente divina de Jesús: ¡Tomad y comed todos de él!—¡*Omnes*, todos! ¡Todos hoy! ¡Todos mañana! y hasta el fin de los siglos: ¡todos!

Adorad la ciencia infinita de Jesús, su pers-

Yo os pido la gracia y tomo la resolución de dedicarme muy seriamente al gran deber de honrar vuestra presencia por la visita y la adoración; de prepararme á esta audiencia; de no quitar de ella sin absoluta necesidad un solo minuto; de estimar este tiempo en su justo valor; de emplearlo con la fidelidad y el piadoso apresuramiento del amor y de la gratitud.

¡Oh Jesús, quedaos!

¡Vos siempre aquí abajo en vuestro Sacramento!

¡Vos siempre en el cielo en vuestra gloria!



LA UNIVERSALIDAD  
DE LA EUCARISTÍA.

¡Para todos!

I.—ADORACIÓN.

«¡Tomad y comed todos de él!»  
«¡Bebed todos de él!»

**A**DORAD á Nuestro Señor en el don universal que hace de su Eucaristía, y oid en la alegría, el amor, la admiración y en el silencio de la más profunda adoración, esta palabra liberal, generosa, magnífica, real y verdaderamente divina de Jesús: ¡Tomad y comed todos de él!—¡*Omnes*, todos! ¡Todos hoy! ¡Todos mañana! y hasta el fin de los siglos: ¡todos!

Adorad la ciencia infinita de Jesús, su pers-

picacia toda divina: Él abraza con su mirada de Padre á todos aquellos de todos los tiempos y de todas las naciones que, hasta el fin, nacerán de su sangre y entrarán en su familia; y les prepara el único pan que podrá alimentar su vida sobrenatural y satisfacer sus apetitos divinos.

Adorad la omnipotencia de Jesús que va á depositar en el sacerdocio de sus Apóstoles y de sus sucesores el poder de reproducir su grande acción, y de multiplicar sin fin el Sacramento de su cuerpo multiplicado más allá de toda medida. Adorad los ardores, la exuberancia de su amor que le arrastra verdaderamente fuera de todos los límites de lo posible y de lo creíble, y hace brotar de su corazón y de sus manos, para no cesar jamás de correr, las olas de su Eucaristía con que quiere cubrir al mundo y envolver á las almas.

Adorad; admirad, alabad, bendecid; callaos; ¡amad! ¡amad!

Después, ved con qué generosa fidelidad, en qué magnífica plenitud, realiza bajo vuestros ojos el don de la Eucaristía.

Él la da á todos: ¡tantos cuantos son, en tantos se convierte! Por numerosos que sean, hay siempre más Hostias que cristianos. Si

éstos son cien ó mil, los copones se llenan, y cuando todos los convidados han sido saciados con este pan de la verdadera vida, queda todavía para los que tardan, para los enfermos, para las necesidades imprevistas; y la Iglesia, cual madre vigilante, tiene siempre en los graneros de sus Tabernáculos inagotables provisiones de trigo para los pueblos á quienes debe alimentar.

¡Qué potencia! ¡qué bondad, para multiplicar á tal grado la gloria más preciosa, la maravilla más completa, la más bella obra maestra de las manos divinas, que vale todo el cielo y que es el mismo Dios!

Hay en nuestra patria más de veinte mil iglesias; en cada una un copón; poned en cada copón veinte Hostias; añadid á estas iglesias todas las de las otras partes del mundo católico; contad, si podéis, el número de estas Hostias adorables, puestas al alcance de los cristianos por el amor y el poder de un corazón devorado por la necesidad de darse para hacerse amar. ¡Oh Jesús! ¡oh Jesús! ¿Habréis puesto más estrellas en el cielo que Hostias en nuestras iglesias? ¿Hay más hojas en nuestros espesos bosques, y más granos de arena sobre las playas del Océano?

Ha dicho de Vos el Profeta inspirado: «Abris la mano y llenáis á vuestros hijos de este pan consagrado, de este pan de bendición»; y, una vez abierta, vuestra mano no se cierra ya; ella es una fuente profunda, un mar sin límites, un océano sin playas, el océano de la Eucaristía.

Dándose á todos, Jesús se da plenamente á cada uno, y el don del uno no disminuye la plenitud del don hecho al otro. Este es el triunfo de su bondad.

Así como el sol, repartiendo por todas partes una misma luz y un mismo calor, produce á un mismo tiempo mil diversos efectos, animando aquí la vida de los seres sensibles, haciendo crecer allí los vegetales, fecundizando la tierra y secando las aguas malsanas, haciendo florecer el suelo y madurar el verjel, dando á cada fruta su sabor, á cada flor su brillo y su perfume, así la bondad de Jesús en el don universal de su Eucaristía.

La Mesa santa se rodea de cristianos de todas edades, de todas condiciones, que tienen cada uno diversas y particulares necesidades. La misma hostia dada á todos corresponde á los deseos, á las necesidades especiales de cada uno; y ella es quien, como el sol de las almas,

fecundiza y madura todos los frutos; es ella quien hace abrirse y colora todas las flores del jardín de la Iglesia: al joven cristiano de nobles ardores; á la Virgen émula de los ángeles; al hombre fiel á Dios en la labor de la vida; á la mujer cristiana, madre de las almas, aun más que de los cuerpos; á la vejez resignada y llena de esperanza. Es ella quien da al sacerdote su autoridad, al religioso la fuerza de la mortificación voluntaria, al misionero el heroísmo de la abnegación sublime. Y así como ella se da con una liberalidad real y una generosidad inagotable, así obra infatigablemente, tan perseverante como generosa, amando, en una palabra, «amando hasta el fin» y hasta los extremos límites de un amor que parece no deber conocerlos.

¡Oh amor! ¡oh tesoro! ¡oh prueba del amor! Jesús dado, Jesús que dáis así el Sacramento que os contiene todo entero, yo os amo: ¡ah! ¡haced que yo muera en este momento si he de vivir sin amaros!

## II. — ACCIÓN DE GRACIAS.

«¡Tomad y comed todos! *Omnnes!*»

En este don universal y magnífico, mirad cuán abundante parte tenéis para vosotros personalmente, á fin de crear en vuestro corazón un foco poderoso de reconocimiento.

Cuatro mil años tuvieron que transcurrir para preparar el primer don de Dios al mundo; y he ahí que este don se renueva cada día para vosotros en la comunión, sin aparato, sin pompa y casi sin ser anunciado: sin embargo ¿no es el mismo Verbo quien viene con tanto poder y amor? Pues bien, contad cuántas veces ha hecho Jesús para vosotros esta encarnación de amor de la comunión!

Fijaos primero en el día de vuestra primera comunión: ¿no os acordáis de la dulzura de ese primer don, de sus larguezas, de su real munificencia, de su tierno amor?

Después, contad las comuniones de vuestra juventud y las que ahora hacéis quizás todos los días. Todos los días Jesús renueva para vosotros, sólo para vosotros, el don supremo preparado para los deseos de todos los Patriarcas y la pureza y la humildad de María; más

que esto, preparado y hecho por primera vez en la Cena por el amor del Verbo encarnado, y venido hasta vosotros al precio de su pasión y de su muerte.

¡Ah! gracias, gratitud, amor para el don inexplicable de Jesús!

¡Y ved con qué perseverancia se da siempre á vosotros! Siempre tan pronto, tan solícito; siempre tan bueno, siempre espontáneo, siempre gozoso: recordad los años que hace que le estáis recibiendo; muchas veces le habéis recibido con un corazón tibio, ya ocupado por los afectos terrestres ó por otros amores, y quizás con un corazón culpable; vosotros le habéis desdeñado desde hace mucho tiempo, olvidándoos de su amor, haciéndoos sordos á sus solicitudes: á pesar de todo, ¿no vuelve á vosotros con un amor tan puro, tan ardiente y tan tierno como el primer día?

Ved las operaciones de gracia, los progresos magníficos, las fructificaciones innumerables que este don ha hecho en vosotros. En otro tiempo, como bálsamo refrescante y puro, moderaba los ardores de vuestras pasiones hirvientes; hoy os sostiene en vuestros trabajos y reanima vuestro valor debilitado; ya era para vosotros humildad, ya pureza; unas veces era

dulzura, otras firmeza y energía; en vuestros disgustos era consuelo, en vuestras pruebas esperanza, y alivio en vuestros abatimientos; en todo sufrimiento, en fin, en todo dolor, paciencia, resignación y abandono.

No hay nada bueno ni que desearse pueda que no hayáis encontrado en este pan de amor, si lo habéis buscado en él: de suerte que el mismo don, tantas veces repetido, se multiplicaba más á sí mismo y hasta el infinito, variándose y transformándose según vuestras necesidades de cada día.

Este es el momento oportuno de bendecir y de dar gracias en la efusión del reconocimiento al amor que os lo ha dado: acordaos con cuidado; no temáis deteneros sobre cada una de sus larguezas misericordiosas. ¡No olvidéis nada! ¡Todo á su precio! Aunque no hubieseis comulgado más que una vez, vuestro reconocimiento debería ser eterno. *¡Benedic anima mea Domino et noli oblivisci omnes retributiones ejus!*

### III.—PROPICIACIÓN.

«¡Tomad y comed todos de él! *Omnes!*»

Dejad á vuestra alma abrirse á un amor de compasión hacia Jesús; porque su don no es comprendido. Su bondad parece haberle arrastrado demasiado lejos, y el deseo de probaros su amor á toda costa, haberle cegado sobre los intereses de su honor y de su propia gloria.

Dándose á todos con una prodigalidad tal, Nuestro Señor se expone á ser tratado como una cosa común y sin valor, á ser considerado como cosa de poca monta y despreciado; y aun por los mismos cristianos, por los que le reciben y le aman en una cierta medida.

El maná del desierto había excitado el asco de los israelitas precisamente á causa de su abundancia. Así la Eucaristía; es para nosotros un pan sin encanto, un alimento sin sabor, porque nos es ofrecido todos los días y le encontramos sin gran trabajo. El gran peligro de la comunión frecuente consiste en la comunión tibia, con las preparaciones de rutina y las acciones de gracia sin amor.

Examinaos sobre este punto y ved qué disposiciones lleváis á la comunión.

¿Qué tiempo, qué método empleáis para la preparación y la acción de gracias? ¿Cómo os portáis en ellas?

¡Ah! ¡Nuestro Señor debería contarnos entre aquellos hijos á quienes ha alimentado y elevado á un sublime honor, y que lo han despreciado!

El segundo peligro de deshonor que corre este don al ser prodigado por la bondad de Jesús, es caer en manos sacrílegas.

Oh divino Maestro, amor generoso y crédulo, ¿queréis daros á todos? ¿A todos sin excepción? ¿A todos sin examen anticipado y sin juicio público de autoridad?

¿Aun á los pecadores? ¿Aun á los traidores? ¿Aun á los hipócritas? ¿Aun á los Judas del colegio sacerdotal?

¡Sí; á todos y aun á Judas y á todos los que han de perpetuar su odiosa figura! Yo me daré sin resistencia, sin defensa posible, sin infligirles la menor vergüenza exterior; yo guardaré su honor; yo mismo serviré á darles un renombre de piedad: ¡á todos! ¡Yo quiero ser entregado á todos! Ellos comerán sin duda su condenación; valdría más para ellos no haber nacido que cometer tan negro sacrilegio: sin embargo, si vienen, yo me dejaré prender;

pues mejor prefiero ser maltratado por algunos, dejando á todos la facultad de venir libremente y mostrando así hasta dónde va mi amor, que poner barreras ante los sacrílegos, en que podría detenerse la timidez de los buenos.—¡A todos!

¡Oh maestro bondadosísimo! ¿Pensáis en las espantosas consecuencias de esta promesa á que os arrastra vuestro amor?

¿No veis esas multitudes de herejes y cismáticos?—¡A todos!

¿Y esos sacerdotes malos, usureros, impúdicos, rebeldes á sus obispos, que usurpan las santas funciones y suben al altar?—¡A todos!

¿Y en la Pascua, esas multitudes que tienen que guardar alguna cosa del cristianismo sin practicar sus austeros deberes, y que vienen á recibirlos sin renunciar á sus malas costumbres, sin abjurar de los odios antiguos, sin hacer las restituciones, después de las confesiones sin contrición como sin firme propósito, é imponiendo apenas una tregua de algunos días á sus faltas cotidianas?—¡A todos!

¿No tenéis horror, oh Jesús, de pasar por todas esas manos, de sufrir tratamientos tan indignos y de afrontar todas estas ignominias?

—¡Oh! sí; mi corazón está abrevado de amar-

gura: tal idea me hace estremecer; este cáliz no se puede beber sin arrojarme en una agonía mortal. Sin embargo, yo me daré á todos, á fin de que los buenos que son débiles y vacilantes en el bien se decidan á venir á mí sin temor; y los malos acaben por dejarse vencer por tanto amor!

Pero espero de mis amigos el consuelo, la reparación; que ocupen ante mí el lugar de mis enemigos y honren mi don, á quien ellos desprecian. ¡ Al menos vosotros, vosotros que sois mis amigos, tened piedad de mí, y «recibid mi Eucaristía en memoria de mí.»

#### IV.—SÚPLICA.

«Tomad y comed todos de él: *Omnnes!*»

Al daros así á todos, oh Jesús, testificáis con una evidencia innegable el deseo que tenéis de venir á vuestras criaturas, de vivir en ellas y de serles todo gracia, todo apoyo, todo socorro, todo bien. Esto es en vuestro Corazón una necesidad que vuestro amor hace más y más imperiosa, un hambre que se reenciende sin cesar. Vos queréis, con un deseo tan ardiente como vuestro mismo amor, comer esta Pascua

con nosotros. Y nos llamáis, nos solicitáis, nos hacéis buscar, suplicáis y aun amenazáis: ¡Tomad y comed todos de él!

Pues bien. Yo quiero responder á vuestro llamamiento, satisfacer vuestro hambre, suplicándoos por vuestros propios méritos, por vuestro Corazón y por todo el amor con que está abrazado para los hombres, que toquéis y ganéis á todos los que rehusan obstinadamente vuestro adorable don, y á los que yendo os consideraríais dichoso, para hacer su felicidad, para su salvación, para la paz de su corazón y el honor y el consuelo de su vida.

¡Jesús! ¡Don de Dios, manifestaos á los infieles y á los herejes, á las masas indiferentes ó incrédulas de nuestra patria; manifestaos, atraedlos, ponedlos de rodillas conquistados y subyugados alrededor de vuestra santa Mesa!

Haced que todos vengan, á lo menos en la Pascua, y que no encuentren la muerte de su alma, precisamente á la hora en que les ofrecéis el don de vida.

¡Oh Jesús! os pido por vuestra santidad, y por vuestra misericordia, que todos los que os reciban, lo hagan con fe, con piedad, con amor, con la conciencia purificada de todo pecado grave, con el corazón desprendido de todo

afecto culpable, con una sincera voluntad de permanecer fieles.

Tocad y convertid á los sacrilegos, que se preparan á traicionaros, ó alejadlos, por favor, por el terror de vuestras justicias, á fin de que no lleven sobre vuestra Persona tres veces santa sus manos impías.

Y en cuanto á mí, puesto que queréis daros tan frecuentemente, ser mi pan cotidiano y el sostén de mi labor de cada día; puesto que queréis penetrar en mi vida y haceros de ella una parte integrante, y ser su alma, su motor y elemento indispensable; puesto que queréis ser todo mío, participar de mis trabajos, llevar á medias todas mis cruces y gustar conmigo todas mis alegrías, pues bien, yo os lo prometo y os pido que al instante me deis la gracia de ser fiel á esta promesa; no faltaré jamás voluntariamente á una sola de las comuniones que Vos me permitís por la autoridad de vuestros ministros.

Yo me purificaré más y más del pecado; me desprenderé cada día más de las servidumbres del mundo, de los lazos de mi amor propio, y haré esfuerzos constantes hacia la vida sinceramente cristiana, para merecer recibiros dignamente cada día y aprovecharme de las

gracias contenidas en vuestro Sacramento.

¡Y Vos seréis todo, todo para mí!

Para evitar el pecado, yo os recibiré.

Para corregir mis defectos, yo os recibiré.

Para cumplir mis deberes de estado, yo os recibiré.

Para soportar mis penas, yo os recibiré.

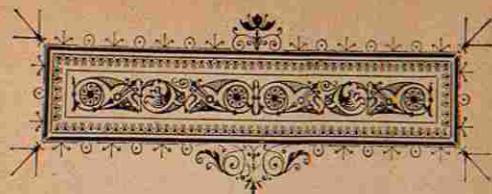
Para ser caritativo y devoto, yo os recibiré.

Y mi oración de cada instante, la que quiero haceros con mi corazón y mis obras, aunque mis labios hayan enmudecido, es la vuestra, oh Jesús, la misma que me habéis enseñado y que encierra todo.

¡Dadme, sí, dadme mi pan de cada día! el pan de la vida, el pan de la fuerza, el pan del honor, el pan de la verdad, el pan del amor, el pan de la inmortalidad; dadme vuestro don, ahora y siempre mientras esté en este mundo, en la Eucaristía; cuando vuele al cielo, en la gloria.

®

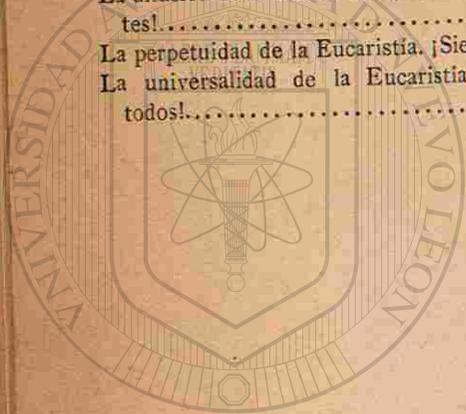
UNIVERSIDAD DE BIBLIOTECAS



## ÍNDICE.

|                                                                                           | Páginas. |
|-------------------------------------------------------------------------------------------|----------|
| PRÓLOGO.....                                                                              | 5        |
| INTRODUCCIÓN.— Consideraciones prácticas sobre la Adoración del Santísimo Sacramento..... | 11       |
| La Institución de la Eucaristía:                                                          |          |
| I.—El Hecho.....                                                                          | 63       |
| II.—La Obra maestra de Dios.....                                                          | 76       |
| III.—El Sacerdote.....                                                                    | 89       |
| IV.—El Sacrificio.....                                                                    | 102      |
| La Eucaristía. Memorial de la Pasión.....                                                 | 124      |
| El Sacratísimo Cuerpo de Jesús.....                                                       | 146      |
| La preciosa Sangre.....                                                                   | 154      |
| El Corazón de Jesús en la Eucaristía.....                                                 | 169      |
| Las Cinco Llagas.....                                                                     | 193      |

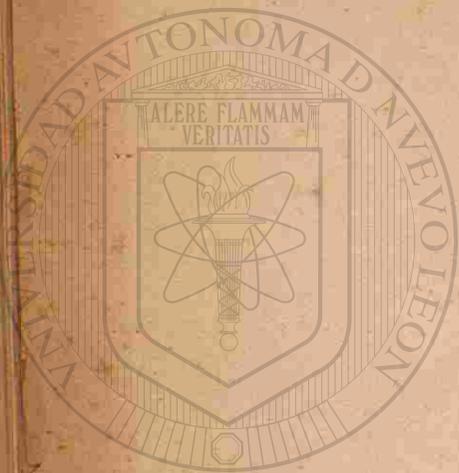
|                                                       | <u>Páginas.</u> |
|-------------------------------------------------------|-----------------|
| El Estado Eucarístico.....                            | 228             |
| La difusión de la Eucaristía. ¡Por todas partes!..... | 247             |
| La perpetuidad de la Eucaristía. ¡Siempre!..          | 259             |
| La universalidad de la Eucaristía. ¡Para todos!.....  | 273             |



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

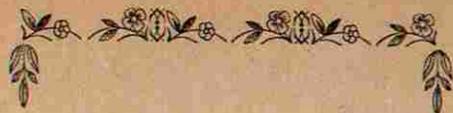


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3

MANUAL  
DE LA  
**GRAN OBRA DE LA EXPIACION**  
Que con motivo de la  
Dedicación del Templo Expiatorio del  
Glorioso Mártir Mexicano  
**SAN FELIPE DE JESUS,**  
Escribe un Sacerdote  
DE ESTA ARQUIDIOCESIS DE MÉXICO.  
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA  
MEXICO.  
—  
TIP. GUADALUPANA DE R. VELASCO  
Correo Mayor número 6.  
1897.



DEDICATORIA.

—  
*Al muy Ilustre Sr. Abad de la  
Insigne Colegiata de Nuestra Señora  
de Guadalupe*

PBRO. D. ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA.



A vos, muy Ilustre Sr. Abad, que por la gracia y elección divina habéis sido el dichoso promotor de esta grande é importante obra de la Expiación Nacional; y que con una abnegación y constancia sin igual, habéis levantado el primer TEMPLO EXPIATORIO en la Patria del Protomártir Mexicano, rivalizando en piedad con nuestros mayores: á vos dedico este pequeño Manual,

para que vuestra Gran Obra sea conocida y apreciada.

Dignáos recibirlo: quiero que sea para vuestra grande alma, terriblemente probada en el crisol de la tribulación, de la contradicción y de la calumnia, un consuelo y un aliento: y así lo suplica humildemente á nuestro Buen Dios quien es de vuestra Señoría afmo. servidor y Capellán que con respeto B. S. M.

MATEO C. PALAZUELOS.



#### RAZON Y FIN DE ESTA OBRITA.

Desde que llegó á mi conocimiento que estaba próxima la Dedicación del Templo Expiatorio de San Felipe de Jesús, consagrado á la Expiación Nacional por la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento del Altar, juzgué que esta grande obra en tanto sería apreciada y practicada fructuosamente por los fieles, cuanto les fuera bien conocida y explicada del modo más fácil y popular que sea posible. Busqué un Catecismo ó tratado breve sobre la materia para hacer un extracto, ó promover su reimpresión ó traducción, y no lo he encontrado.

Entonces me propuse escribir

éste para obtener el fin deseado: "dar á conocer la Grande Obra de la Expiación."

Este Manual, que por la poca capacidad de su autor, no llene suficientemente su grande objeto, podrá suplir por hoy, mientras pluma más autorizada escriba el que se necesita.



1.<sup>a</sup> Pregunta.—¿Qué es Expiación?

Respuesta.—Es un acto religioso por el cual el hombre procura satisfacer y aplacar á Dios por los pecados cometidos, manifestado ordinariamente por ceremonias exteriores. Impropiamente hablando, se dice también que un criminal expía, aunque involuntariamente, sus crímenes, cumpliendo su condena en la prisión.

2.<sup>a</sup> pregunta.—¿De dónde pudo venir al hombre la idea de la expiación?

Respuesta.—Es una idea tan grande, tan importante, que solo pudo venirle por una revelación primitiva.

3.<sup>a</sup> pregunta.—¿Decid las razones que tenéis para creerlo así?

Respuesta.—Primera: Dios, inmediatamente después del pe-

éste para obtener el fin deseado: "dar á conocer la Grande Obra de la Expiación."

Este Manual, que por la poca capacidad de su autor, no llene suficientemente su grande objeto, podrá suplir por hoy, mientras pluma más autorizada escriba el que se necesita.



1.<sup>a</sup> Pregunta.—¿Qué es Expiación?

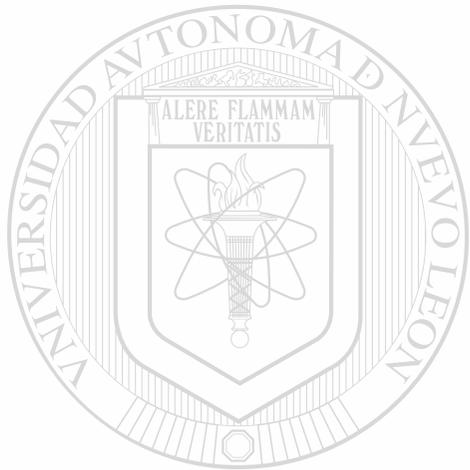
Respuesta.—Es un acto religioso por el cual el hombre procura satisfacer y aplacar á Dios por los pecados cometidos, manifestado ordinariamente por ceremonias exteriores. Impropiamente hablando, se dice también que un criminal expía, aunque involuntariamente, sus crímenes, cumpliendo su condena en la prisión.

2.<sup>a</sup> pregunta.—¿De dónde pudo venir al hombre la idea de la expiación?

Respuesta.—Es una idea tan grande, tan importante, que solo pudo venirle por una revelación primitiva.

3.<sup>a</sup> pregunta.—¿Decid las razones que tenéis para creerlo así?

Respuesta.—Primera: Dios, inmediatamente después del pe-



# UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vadas para el individuo, tenían expiaciones públicas y solemnes para purificar las ciudades, los campos, los pueblos colectivamente tomados; porque estaban en la firme persuasión que por la ley de solidaridad los pueblos podían hacerse culpables ante sus dioses. Los mexicanos celebraban una fiesta solemne expiatoria, en la que sacrificaban víctimas humanas ofrecidas á su dios Tlaloch, una vez al año por el tiempo que corresponde á nuestro mes de Mayo. [D. Juan B. Carrasco, Mitología Universal, pág. 730.]

5.<sup>a</sup> pregunta.—¿Por qué decir que es una idea importante?

Respuesta.—Sí, importante y necesaria: nada hay más importante al culpable que reconocer su falta, y de ahí pasar á la satisfacción; se comprende que el hombre por su grande miseria caiga; pero lo que parece incomprendible es que después de ha-

ber caído, no sienta su desgracia, ó lo que es horrible, que sintiéndola la vea con indiferencia; porque entonces parece verificarse esta terrible sentencia del Espíritu Santo: "*Impius cum in profundum venerit contemnit.*" Prov. 18-3.

¡Hay del pecador que llegue á este grado! Mas ¡ay de los pueblos y naciones en quienes esta divina amenaza llegare á realizarse! Por esto cuando en medio de una nación que de alguna manera se encuentre culpable ante Dios, se promueve la Obra Santa de la Expiación, esa nación se salvará de su ruina moral; reconciliándose con Dios, habrá levantado el gran pararrayo que aparte y la libre de los castigos de la Justicia Divina.

Sexta pregunta.—¿Por qué decir que es necesaria?

Respuesta.—Necesaria siempre y á todo hombre que ha pecado; necesaria en ciertos tiem-

pos y circunstancias para los pueblos. El hombre que ha pecado, si tiene fe, siente indispensablemente el remordimiento de su conciencia; y sufre la prostración moral, consecuencia de su culpa, estado, que no guarda comparación con ningún mal físico, ni con ninguna de las muchas aflicciones de la vida; y esto por más que quiera disimularlo consigo mismo, y por más que sus pasiones pretendan entretenerlo; ¿qué sería de él, si no tuviera un remedio; si le faltara toda esperanza de levantarse de su caída? Sólo le quedaba la desesperación como á Caín, y exclamar: "Mi iniquidad es muy grande, para merecer el perdón." Gen., C. 4.º, v. 13. La expiación le ofrece este remedio, y con él la esperanza del perdón y el dulce consuelo de saber que ha recuperado la gracia.

Necesaria en ciertos tiempos y circunstancias para los pueblos.

Después que los pueblos han pasado por ciertas conmociones que afectan el orden público en lo social y religioso; especialmente con guerras civiles que causan profundas divisiones entre hermanos, y son fuentes abundantes de multitud de pecados de toda especie, viene una época del más profundo decaimiento en la fe y en las costumbres. Epoca figurada en aquel año de sopor é indiferencia que pasó David después de su pecado. 2.º Reg., Cap. 12.

En este estado deplorable, los pueblos permanecen adormecidos, á pesar de los castigos y calamidades públicas, y de los recursos ordinarios de la gracia; hasta que la Misericordia de Dios les manda la gracia de una voz extraordinaria, poderosa y eficaz que los despierta y los mueva á penitencia. Esta voz es hoy día la Voz de la Expiación. más poderosa que la de los Pro-

fetas de Israel; es un eco de aquella voz de Jesucristo, Rey de los Profetas que decía: "Ni si penitentiam habueritis omnes similiter peribitis." "Si no hicieréis penitencia todos pereceréis de la misma manera. Luc. 13, v. 3."

Séptima pregunta.—¿Qué me decís de la Expiación; en qué concepto la tiene nuestra Santa Religión, y la tuvo su Divino Fundador?

Respuesta.—¡Ah! Es en donde se encuentra la verdadera idea, la grande, la sublime idea de la Expiación y de su importante doctrina.

Para confirmación de lo dicho en la segunda pregunta, digo: La Expiación ha podido necesitarla el hombre y tener que sujetarse á ella indispensablemente por su pecado; pero no ha sido capaz de concebirla; es un concepto nacido en el seno mismo de Dios, y producto del amor

eterno que ha tenido por el hombre: "*In charitate perpetua dilexite.*" Te amé con un amor eterno. Jerem. 31-3, y San Juan, cap. 3-16. *Sic Deus dilexit. . . . ut Filium suum U. daret.* De tal manera amó Dios al mundo que dió á su Hijo Unigénito. ¿Para qué lo dió? Para que el hombre no perezca: *ut non pereat*: sino para que el mundo se salve por él; *sed ut salvetur mundus per ipsum.* ¿Por qué medio el Hijo de Dios salvará al hombre? ¿Cuándo, de qué manera? Por su grande y divina Expiación. Para prepararla y cumplirla y hacer capaz de consumarla al que en su seno no podía ser víctima expiatoria, ved cuándo y cómo cumple su eterna idea expiatoria. S. Pablo ad Galat., Cap. 4, v. 4, nos dice: "*At ubi venit plenitudo temporis*: Mas cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer," ¿qué es ésto? Es que el

Hijo de Dios al hacerse hombre, se hace la víctima del Sacrificio expiatorio á que la voluntad de su Padre lo destina. Jesucristo, á su vez, se conforma inmediatamente con esta voluntad; y ved cómo nos lo dice el Apóstol escribiendo á los hebreos, C. 10, v. 5.º *“Ideo ingrediens mundum decit: Hostiam et oblationem noluisse; corpus autem aptasti mihi.* Por lo cual entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste. mas me apropiaste cuerpo. Holocaustos por el pecado, no te agradaron. Entonces dije: Héme aquí que vengo; para hacer ¡oh Dios! tu voluntad: en la cual voluntad — dice el verso 10, — somos santificados por la ofrenda del Cuerpo de Jesucristo; es decir, por la Expiación que este divino Hijo cumple en la Cruz.

Octava pregunta.—¿De qué otro modo encuentra V. en Ntro.

Señor Jesucristo el carácter expiatorio de su divina Misión?

Respuesta.—En todos los Misterios y pasajes de la vida de Nuestro Señor Jesucristo se encuentra; desde su Encarnación hasta su Pasión y Muerte, no se ve sino la preparación ó la consumación de su grande Expiación. Antes de su venida, cuatro mil años la han figurado en los Símbolos y en los Sacrificios del culto Mosayco: los Profetas, especialmente David é Isaías, que anuncian detalladamente su Pasión y Muerte, nos lo representan expiando en calidad de Víctima voluntaria los pecados de los hombres.

Jesucristo mismo, en su doctrina, en sus milagros, en sus admirables acciones y ejemplos, en la institución de los Sacramentos, en su Pasión hasta su *consumatum* en la Cruz, al probar á los hombres que era el Mesías prometido, jamás dejó

de hablar y de patentizar su Misión divina, como una Misión esencialmente Expiatoria.

Es admirable y digno de notarse, cómo estaba tan penetrado de esta Misión esencialmente expiatoria, la deseaba tanto, la acariciaba de tal modo su Sacratísimo Corazón, que frecuentemente dejaba que sus adorables sentimientos lo dieran á conocer á sus Apóstoles. Así es que dice: Luc., Cap. 12.º, v. 50. "Con bautismo es menester que yo sea bautizado: ¿y cómo me angustio hasta que se cumpla?" Llama bautismo á su Pasión y Muerte, es decir, á la gran expiación que venía á cumplir y que el amor de su Corazón parece quiere apresurarla, siquiera sea con sus deseos.

Estos deseos, ya en los últimos días de su preciosa vida eran tan encendidos, tan vehementes, que no cabiendo en su Sagrado Corazón, asomaban á sus

divinos labios, vibrando con palabras y acciones inflamadas en el mismo fuego que consumir debía la Víctima Sacrosanta en el día y hora de su gran Expiación. Tres de los Evangelistas refieren que subiendo á Jerusalem dijo á los doce que le acompañaban: "El Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y á los ancianos, y le sentenciarán á muerte, y le entregarán á los gentiles: Y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le quitarán la vida." Pero San Márcos, [cap. 20, v. 32], especialmente indica la actitud valerosa y entusiasta con que profería este discurso, que hacía temblar á sus oyentes, y sin embargo, causaba las delicias de quien lo pronunciaba, dice: "Que Jesús al caminar todos juntos, iba delante de ellos: *et precedebat illos Jesus*: y ellos se maravillaban, *et stupebant*. ¿Por

qué se asombraban? De ver el gusto, prontitud y espontaneidad con que la Víctima divina caminaba al teatro de su grande Expiación: Jerusalem.

9.<sup>a</sup> pregunta.—¿Cómo pudo Nuestro Señor Jesucristo, impecable por esencia é infinitamente Santo é inocente expiar los pecados de los hombres?

Respuesta.—El Padre celestial puso, dice Isaías, cap. 56-6, el peso de las iniquidades de todos los hombres sobre su Divino Hijo, y este Divino Hijo hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz, dice el Apóstol, Philip. 2-8, se ofreció voluntariamente porque quiso, [Isaías Cap. 53]. Por esto, cuando la divina Víctima, colocada en el Altar de la Cruz cumplía su grande Expiación, se realizaban estas palabras de David. Salm. 68-5. "*Quæ non repui tunc exsoluebam,*" lo que no arrebaté entonces lo pagaba; como si dije-

ra: los pecados que no pude cometer, con mi grande Expiación los expiaba y satisfacía para aplacar la Justicia de mi Padre.

Aquí vienen muy bien estos hermosos conceptos de S. Agustín: (Serm. 41 de Pass. Domini). "Nuestro Señor puso en la balanza de la Cruz, el precio de nuestra salud; y con su sola muerte perdonó á todo el mundo; porque así como fué su Creador, fuera también su Reparador..... Sin la menor duda, debemos creer, que redimió á todo el mundo, aquel que pagó más, que lo que vale todo el mundo..... El que no tenía pecados propios, *dignamente* borró los ajenos. Solo El, Víctima santa, cayó, es decir, murió por todos, para levantar á todos [de la caída del pecado] ..... Recibió sobre sí muchos males para darnos sus bienes."

10.<sup>a</sup> pregunta.—¿Cómo ha valido la Expiación de Nuestro

Divino Redentor á todos los hombres?

Respuesta.—A los de la Ley antigua, antes de Jesucristo, por la fe y la esperanza en el Mesías venturoso y en su futura expiación, puesto que ante Dios no hay pasado ni futuro, sino todo está presente; y Jesucristo es el Cordero sacrificado desde el origen de mundo. Apoc. 13, 8.

A los hombres que han existido después de verificada la grande Expiación, ésta les vale por la fe y por la unión de gracia y caridad con la divina Víctima expiatoria.

11.<sup>a</sup> pregunta.—¿Por qué medios puede obtenerse esta aplicación de la expiación divina?

Respuesta.—Por medio de los Sacramentos en los cuales el Redentor encerró todos los méritos y virtud de su divina Expiación.

12.<sup>a</sup> pregunta.—¿Y nuestra Madre la Santa Iglesia, qué par-

te tiene en la grande obra de la Expiación?

Respuesta.—La verdadera Iglesia de Cristo promueve eficazmente la grande obra de la Expiación, por su doctrina y predicación, pues recibió este mandato de su divino Fundador. *Docete omnes gentes*. San Math. 28-19. Mandando las misiones católicas por todo el mundo entre pueblos infieles ó fieles. ¿Qué otra cosa hace después de haberlos instruido en la religión y en la moral, después de haberlos purificado por la penitencia, sino promover esas grandes y solemnes expiaciones de pueblos y ciudades enteras?

13.<sup>a</sup> pregunta.—¿Hay otra manera más eficaz por la cual la Santa Madre Iglesia toma parte en la Expiación?

Respuesta.—Sí la hay: eficazísima; que asombra á la razón humana, y que puede causar la admiración de las inteligencias

celestiales. En la antigua Ley, la tierra, con sus animales y productos, suministró á la Sinagoga las innumerables víctimas para los sacrificios del culto Moysaico; en la nueva Ley la Iglesia suministra para el único y continuo Sacrificio "*Juge Sacrificium*" de que hablaba el Profeta Daniel 12-11, para el sacrificio que se ofrece desde el orto del sol hasta su ocaso al Nombre santo de Dios como una oblación pura. *Ab ortu enim solis usque ad occasum offertur nomini meo Oblatio munda*: Malach., C. I, v. 11. La Iglesia, y solo la verdadera Iglesia de Cristo, suministra la divina Víctima expiatoria.

14.<sup>a</sup> pregunta.—¿De dónde la toma? ¿Y cómo puede ser este portentoso inefable?

Respuesta.—Haciéndola descender del cielo sobre sus sagrados altares. Y esto por el estupendo poder de consagrar que el

mismo Divino Salvador comunicó á los primeros sacerdotes de la nueva Ley, la memorable noche de la Cena: *hoc facite in meam commemorationem*. Luc. 22-19, esto haced en memoria de mí. Y con las mismas palabras lo refiere el Apóstol San Pablo, Ad Corint. 11-24.

Poder admirable, infinitamente superior al de los reyes de la tierra que sólo se ejerce sobre los cuerpos; poder superior al de los mismos ángeles, dice á Lapidé, *comment in*. Malach., Cap. 2, v. 1. Poder inefable, que al ejercerlo el sacerdote sobre el altar, le asemeja en cierto modo, á la misma Madre de Dios cuando le dió á luz en Belem. *Id comment in Miche*. Cap. 5, v. 2.

15.<sup>a</sup> pregunta.—Habladme de las relaciones del Sacrificio del Altar con el Sacrificio de la Cruz bajo el concepto de la Expiación?

Respuesta.—Todos los fieles

instruidos en la doctrina católica, saben que en uno y otro sacrificio el Sacerdote invisible es el mismo, y en ambos se ofrece la misma Víctima; pero en la Cruz fué de una manera cruenta y una sola vez; en el Altar, incruenta y místicamente y todos los días hasta el fin de los siglos. En el Sacrificio de la Cruz adquirió Ntro. Señor Jesucristo méritos infinitos por su Pasión y muerte; en el del Altar, ya no adquiere nuevos méritos, pues está ahí en un estado glorioso como está á la diestra de su Padre. (Franzelin, Trat. de la S. Eucaristía, Th. 13.)

En el Sacrificio del Altar, Cristo, Sumo Sacerdote, aplica á los hombres, según sus necesidades y disposiciones, la satisfacción y expiación infinitas, que cumplió una sola vez en la Cruz, tomadas como de una fuente inexhausta y perenne; y conforme á las intenciones y peticiones de su

Iglesia, y á la economía de su altísima Providencia y de su misericordia.

16.<sup>a</sup> pregunta.—Habládme de esa aplicación que constituye tan preciosas relaciones de identidad á la vez que de diferencia entre ambos sacrificios, porque me interesa mucho conocerla.

Respuesta.—En efecto, aquí entramos en una explicación directa de la Expiación; porque el Sacrificio Eucarístico no solo es de adoración y de acción de gracias, sino también es un sacrificio de impetración y de propiciación; y es en ésta última en la que principalmente debemos fijarnos. Por la razón intrínseca del Sacrificio del Altar, dice el citado Franzelin, Th. 12.<sup>a</sup>, por lo mismo que esta sola oblación pura sucedió á todos los sacrificios típicos de la antigua alianza; y como la oblación de solo el Cuerpo y Sangre de Cristo llena completamente toda la diferen-

instruidos en la doctrina católica, saben que en uno y otro sacrificio el Sacerdote invisible es el mismo, y en ambos se ofrece la misma Víctima; pero en la Cruz fué de una manera cruenta y una sola vez; en el Altar, incruenta y místicamente y todos los días hasta el fin de los siglos. En el Sacrificio de la Cruz adquirió Ntro. Señor Jesucristo méritos infinitos por su Pasión y muerte; en el del Altar, ya no adquiere nuevos méritos, pues está ahí en un estado glorioso como está á la diestra de su Padre. (Franzelin, Trat. de la S. Eucaristía, Th. 13.)

En el Sacrificio del Altar, Cristo, Sumo Sacerdote, aplica á los hombres, según sus necesidades y disposiciones, la satisfacción y expiación infinitas, que cumplió una sola vez en la Cruz, tomadas como de una fuente inexhausta y perenne; y conforme á las intenciones y peticiones de su

Iglesia, y á la economía de su altísima Providencia y de su misericordia.

16.<sup>a</sup> pregunta.—Habládme de esa aplicación que constituye tan preciosas relaciones de identidad á la vez que de diferencia entre ambos sacrificios, porque me interesa mucho conocerla.

Respuesta.—En efecto, aquí entramos en una explicación directa de la Expiación; porque el Sacrificio Eucarístico no solo es de adoración y de acción de gracias, sino también es un sacrificio de impetración y de propiciación; y es en ésta última en la que principalmente debemos fijarnos. Por la razón intrínseca del Sacrificio del Altar, dice el citado Franzelin, Th. 12.<sup>a</sup>, por lo mismo que esta sola oblación pura sucedió á todos los sacrificios típicos de la antigua alianza; y como la oblación de solo el Cuerpo y Sangre de Cristo llena completamente toda la diferen-

cia de las hostias antiguas, dice S. León [De Pass. Domini Serm. 7.º), y con él los Padres y las liturgias lo repiten; la razon del Sacrificio *por el pecado*, que fué la principal en los tipos, no puede faltar á este Sacrificio que sustituyó á todos aquellos y que es el único en la nueva y más perfecta economía. Porque aunque por el Sacrificio una sola vez ofrecido en la Cruz, se pagó el precio y se dió satisfacción superabundante por todos los pecados; sin embargo, no por esto los pecados les son perdonados á cada uno de los hombres; porque para esta remisión se requiere la aplicación á cada uno del mérito y satisfacción cumplidas en la Cruz. Mas, para esta aplicación, quiso el Sumo Sacerdote Eterno según el orden de Melquisedec, y El mismo víctima, ofrecer el Sacrificio incruento; de tal manera, que bajo la razón formal del Sacrificio cruento, es

decir, en cuanto era propiciación por los pecados de todo el mundo [1.ª Joa. C. 2.-2.] el mismo Sacrificio incruento sea la expresión y la oblación perenne de la redención *repetida continuamente*. "Nos era necesario que se adorara por el misterio, lo que una vez fué ofrecido en precio: para que la redención que corría abundante é indeficiente por la salud de los hombres [una vez consumada porque se había de aplicar cuotidianamente] perpetua fuese también la oblación de la redención (es decir, con la cual fuese aplicada la redención) y la víctima perenne viviera en la memoria y estuviera siempre presente por la gracia." [S. Isid. Hispat.]

Según esto se ve claramente la fuerza y virtud propiciatoria del Sacrificio incruento; y así lo expresan las distintas liturgias por las oraciones con que en la misma celebración del Sacrificio

impetran la remisión de los pecados. "Te ofrecemos este incruento Sacrificio por nuestros pecados y las ignorancias del pueblo." [Liturg. S. Jacobi.] "Para expiar los delitos, te ofrecemos la hostia de propiciación, el sacrificio propiciatorio, el sacrificio con cuya inmolación tú quisiste ser aplacado." (En las liturgias orientales.) "Te ofrezco este incruento y racional sacrificio, para la remisión de mis pecados, perdón de los delitos del pueblo, para descanso y refrigerio de nuestros padres que entraron en el sueño de la muerte." Una palabra que explique algo esta hermosa y profunda expresión: *Sacrificio racional*. Porque su víctima es la realidad y la verdad anunciada, figurada, simbolizada por las innumerables víctimas antiguas que fueron *irracionales* y que no pudieron aplacar la justicia divina.

La doctrina en los Padres es

tan clara en esta parte, que jamás hablan de este Sacrificio, sin que distintamente no recomienden y alaben su virtud expiatoria. (Origen in Lev.) "*Hoc facite*: Haced esto en memoria mía..... ésta es la conmemoración sola que hace á Dios propicio para con los hombres." (Ambros. de Offic. C. 48.) "Cristo Sacerdote ofrece y es ofrecido para perdón de nuestros pecados." [August. in Lev.] "Con aquellos sacrificios (del Antiguo Testamento) que se ofrecían por los pecados, se significaba este solo Sacrificio, con el cual se hace la remisión de los pecados."

17.<sup>a</sup> pregunta.—¿Pudiérais decirme del modo como se verifica en este Sacrificio la propiciación ó la expiación?

Respuesta.—Para que esto se entienda debe considerarse la relación esencial de este Sacrificio incruento, por su intrínseca naturaleza, al Sacrificio de la re-

dención en la Cruz. Cristo en este inerte Sacrificio *se presenta y ofrece como víctima*, en cuanto que el mérito de nuestra redención y la satisfacción por nuestros pecados la cumplió en el Sacrificio cruento: y bajo la razón formal de este mérito y satisfacción cumplidas se ofrece aquí continuamente; y *todo aquel mérito adquirido, lo representa y pone ante la presencia de su Padre Dios con una oblación continuamente renovada sobre el Altar.*

18.<sup>a</sup> pregunta.—Para mejor inteligencia, explicad, ¿en qué se distingue la propiciación de la impetración, y en qué esa distinción consiste?

Respuesta.—El Concilio Tridentino, sess. xxii, Cap. 2.<sup>o</sup>, ha dado este Cánón 3.<sup>o</sup>: “Si alguno dijere que el Sacrificio de la Misa, tan solo es de alabanza y acción de gracias, ó una simple conmemoración del Sacrificio

verificado en la Cruz, mas no propiciatorio; ó que solo aprovecha al que lo recibe, y que no debe ofrecerse por los vivos y por los difuntos, por los pecados y las penas, para ofrecer satisfacciones y para otras necesidades, sea anatema.”

Así, pues, el Sacrificio es impetratorio, y por esta razón se dice que se ofrece “por otras necesidades, esto es, por todas las necesidades del orden sobrenatural, y por todas las necesidades del orden natural, en cuanto son conducentes al fin sobrenatural. Mas en esto se sigue la razón común de la impetración, la cual, para que sea infalible requiere ciertas condiciones por parte del postulante, por parte de aquel por quien se pide, por parte del objeto que se pide. Mas porque en el caso presente, como es el mismo Cristo el que interpela por nosotros, las dichas condiciones solo pueden faltar por

parte de aquellos por quienes se pide y por parte del objeto.

Del mismo Cánón citado se infiere el que este Sacrificio sea propiciatorio, en cuanto dice que se ofrece "*pro pœnis et satisfactionibus*," por las penas y satisfacciones. Esto es, se presenta á Dios la satisfacción consumada por el sacrificio cruento en el sacrificio incruento, por las penas que aun tienen que pagarse por aquellos por quienes se ofrece. Las penas que tienen que pagar los miembros de la Iglesia militante, son las penas debidas de justicia, ó las voluntarias satisfacciones que se hagan.

La disposición para percibir el fruto de este sacrificio no es otra, que el estado de gracia que necesariamente se requiere. Mas aun cuando no pueda definirse el grado de pena que se perdona, éste depende probablemente en los vivos de la disposición

más ó menos perfecta que tengan; pero el efecto se causa *ex opere operato*, por el Sacrificio de la Cruz ya cumplido, y por tanto es infalible, si no lo impide algún óbice.

El Concilio Tridentino en el lugar citado, enseña también que el Sacrificio de la Misa debe ofrecerse *por los pecados*. Mas, como puede decirse propiciatorio por los pecados, conviene explicarlo. En el presente orden de cosas, no hay ningún medio ordinario de santificación inmediata, sino ó *ex opere operantis*, por la obra que el hombre practica de su parte, ó por la Pasión y muerte del Redentor cuyos méritos se contienen en los Sacramentos, *ex opere operato*: consta también, que el Sacrificio incruento, bajo la razón formal de Sacrificio no está ordenado para nuestra inmediata justificación por la gracia habitual. Consta también, por otra parte, que el

Sacrificio de la Eucaristía, según las Liturgias, los Santos Padres y la tradición universal, se llama *propiciatorio por los pecados*. Esto debe entenderse (dice el citado Franzelin Th. 13.<sup>a</sup>) no de la eficacia para la inmediata justificación; sino de la propiciación ó clemencia de Dios, con la cual por otro medio, v. g.: la atrición con la confesión, ó la contrición perfecta, el hombre pecador sea conducido y llegue á la gracia de la justificación, como enseña el mismo Concilio (lugar citado.) Ved sus palabras. "Enseña el Santo Concilio, que este Sacrificio verdaderamente es *propiciatorio*... .. *En efecto, aplacado el Señor con esta Oblación, y concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los delitos y pecados por grandes que sean.*" Mas, sentada esta doctrina, réstanos declarar de qué manera la razón de la propiciación se diferencia de la impetración,

porque parece que todo esto no es otra cosa que la impetración de las gracias actuales, con las cuales el pecador sea conducido á la penitencia y por ella á la justificación: y entonces esta propiciación, no se diferencia sino en el objeto de la impetración en general, en cuanto á que aquí se impetran gracias directas para obtener la remisión de los pecados. Fijémonos en las mismas palabras del Concilio: "*El Señor aplacado con la Oblación de este Sacrificio, concede la gracia y el don de la penitencia*" Los pecados, principalmente los crímenes y grandes pecados, son la terrible causa por la cual la Justicia divina quita al pecador las gracias más abundantes, las cuales concedería si no pusieran para ello obstáculo los pecados. Mas, ya por el Sacrificio incruento, con el cual se presenta ante el divino acatamiento, la satisfacción consumada en la Cruz

por determinados pecadores, dicha satisfacción aplaca la justa ira de Dios, para que no imponga la terrible pena de la sustracción de las gracias: y á este acto de aplacar á Dios, se sigue la divina misericordia y liberalidad en conceder gracias más abundantes, y por estas más adelante,  *juntándose la cooperación del hombre*, se perfecciona la penitencia y la justificación. La propiciación, pues, mira directamente á aplacar la divina justicia para que no fulmine la pena; la impetración, mueve á la divina bondad y misericordia para que conceda beneficios. Ahora, si recordamos aquello de San Juan [1.<sup>a</sup> cap. 1. 8.] "Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos;" convendremos en que para todos es necesaria la propiciación, y por tanto a Expiación, que sustancialmente es lo mismo.

En suma, el participio é intervención que la Iglesia tiene en la Obra de la Expiación, está bella y admirablemente indicada en estas palabras de S. Agustín: "En el Sacrificio cotidiano de la Iglesia, como Cristo es la Cabeza de su Cuerpo, y la Iglesia es el Cuerpo de esa divina Cabeza, tanto la Iglesia por el mismo Cristo, cuanto Cristo por su Iglesia, acostumbra ofrecerse." August. de Civ. Dei, X. 20.

19.<sup>a</sup> pregunta.—¿La Iglesia tiene aun otras maneras de promover la Grande Obra de la Expiación?

Respuesta.—Sí, otras muchas. La Iglesia vive sobre la tierra y en su estado militante enteramente e animada del espíritu de Expiación; así nos lo expresa su Liturgia toda misteriosa y significativa en las augustas ceremonias con que ha rodeado el Santo Sacrificio del Altar, los

Santos Sacramentos y aun el Oficio Divino, á fin de inspirar á los fieles los debidos sentimientos de respeto y veneración á estos actos sacratísimos. De aquí es que ha señalado especialmente ciertos tiempos de su año eclesiástico para expresar mejor su espíritu de expiación, como el Adviento y la Cuaresma. El Adviento instituido para preparar y celebrar la venida de la Divina Víctima; escuchad con qué palabras y sentimientos tan tiernos la invita á descender del seno de su Padre: "*Creatur alme siderum.*" Creador santo de los astros, Luz eterna de los creyentes, Jesús Redentor de todos, inclina tu oído á los votos de los que te suplican. Tú, para que el orbe no pereciera con el ímpetu y fraudez del demonio, por un acto de amor te hiciste medicina del mundo que estaba enfermo. Tú, que para expiar en la Cruz la común mal-

dad del mundo, sales del Sagrario de la Virgen Víctima intacta."—Ved ahí el Cordero que se nos envía para que pague graciosamente nuestra deuda; apresurémonos con llanto á pedir el perdón."—¡Cielos! mandad vuestro rocío sobre nosotros. ¡Nubes, lloved al Justo; ábrase la tierra y germine al Salvador!" Abraham subiendo el Moria está próximo á sacrificar á su hijo, y preguntado por él no tiene valor de señalar quién es la víctima. La Iglesia con un valor sobrehumano, con una santa indiscreción, cuando aun está tiernicita la divina Víctima, aun no es colocada por la Madre Virgen en el pesebre, cuando se atreve á confundir el júbilo del nacimiento con el dolor de la muerte; y no contenta con ver al Cordero abrazarse con la desnudez y pobreza del pesebre, le anuncia la infamia y la deshonra del suplicio de la Cruz. Esta estrofa:

*“Comune qui mundi nefas,—Ut  
expiare ad Crucem—E Virginis  
Sacratio—Intacta prodís Víctima,”*

es un libro lleno de los más tiernos afectos. Mas, esta conducta de la Iglesia, que ella misma no puede, no sabe disimular, es una prueba que está completamente poseída del espíritu de Expiación. Este espíritu ha sido siempre el espíritu de los santos, de los verdaderos discípulos de la divina Víctima Expiatoria, de los verdaderos hijos de la Iglesia.

20.<sup>a</sup> pregunta.—¡Oh, quién tuviera ese espíritu! Aquí me ocurren aquellas palabras de los discípulos en Cafarnaum: (Joan. 6. 34.) “Señor, danos siempre este pan.” Y las de la Samaritana: [Joan. 4. 15.] “Señor, dame esa agua.”

Respuésta.—Esperad: Dios en su misericordia dará á México una fuente perenne y abundante, en donde se beba el espíritu

de Expiación: esa fuente será el Templo Expiatorio de San Felipe de Jesús con la Adoración Sacramental Perpetua.

21.<sup>a</sup> pregunta.—¿Por qué decís que la Iglesia ha señalado también el tiempo de Cuaresma para la Expiación?

Respuésta. — La Cuaresma, de institución apostólica, es un tiempo que la Iglesia ha determinado para prepararse á celebrar la solemne conmemoración de la grande Expiación, es decir, de la Pasión y muerte de la divina Víctima. Para ello, ha establecido el ayuno de cuarenta días y la abstinencia de ciertos manjares: manda la confesión y comunión á todos los fieles con el fin de purificarlos y de unir sus actos y obras expiatorias á la divina Expiación. Hace que sus ministros usen el color violado en sus paramentos, símbolo de la tristeza y de la penitencia. Todo ese santo tiem-

po debe ser de huida del mundo, y de una oración, súplicas y lamentos del alma que corresponde al espíritu de Expiación. Espresaré aquí algunas de sus palabras que envía desde el lugar de su destierro esta divina Esposa al trono de la misericordia: "*Inter vestibulum et altare.*" [Joel, 2, 17]. Entre el atrio y el altar llorarán los sacerdotes, ministros del Señor, y dirán: Perdona, Señor, perdona á tu pueblo, y no entregues tu heredad en oprobio." Desde lo profundo clamé á tí, oh Señor; Señor, escucha mi voz: porque en tí hay propiciación. Ved el Gradual que se canta en la Misa de la Feria 4.<sup>a</sup> de las Cenizas: "Señor, no te portes con nosotros según los pecados que hemos cometido, ni según nuestras iniquidades." [Ps. 102]. "Señor, no te acuerdes de nuestras antiguas iniquidades; que se anticipen para nosotros tus misericordias, por-

que hemos quedado reducidos á la mayor pobreza." (Ps. 78). Al llegar aquí sucede un profundo silencio, indicando el dolor y abatimiento en que las almas se encuentran; todos doblan la rodilla; á poco se escucha la voz de uno de los niños que cantan en el coro; se levanta ella sola, aguda y penetrante; pero dulce, melíflua y apacible, como la de los ángeles que rodean el trono de Dios, capaz de erizar los cabellos de la multitud que yace postrada, y de arrancar las lágrimas de los ojos, y que parece ser el eco vivo de aquella exclamación que produjo el alma afligida de la cananea al caer á los pies del Salvador. "*Domine adjuva me.*" Señor, ayúdame," y concluye el Gradual con esta queja: *Adjuva nos Deus Salutaris noster.* Ayúdanos, Dios Salvador nuestro, y por la gloria de tu Nombre, ¡oh Señor! líbranos y muéstrate propicio á nues-

tros pecados por tu santo Nombre." Basta esto; no podría yo trasladar aquí todos los oficios y ceremonias de la Liturgia de la Cuaresma, especialmente de la Semana Mayor. ¿Pero qué es esto, sino el espíritu de Expiación que todo lo penetra, que lo anima todo, que todo lo dirige en este tiempo de penitencia?

22.<sup>a</sup> pregunta.—¿De dónde le viene á la Iglesia este grande espíritu de Expiación que verdaderamente sorprende?

Respuesta.—Le viene por su origen, lo tomó desde su nacimiento, lo recibió por una herencia perpetua é inexhausta, que no puede gastar ni perder.

23.<sup>a</sup> pregunta.—Explicad esto que llama mucho mi atención.

Respuesta.—Eva, la primera madre del género humano fué formada del cuerpo de Adán, mientras estaba sumergido en un profundo y misterioso sueño

que Dios le infundió. [Gen., C. 2-21]. Después, al presentársela Dios á Adán, exclamó éste: *Hoc nunc os ex osibus meis.* (Id. v. 23).

"Esto ahora, hueso de mis huesos y carne de mi carne," manifestando que Eva participaba de su misma carne y era de su misma naturaleza. Cuando el Eterno realizaba en la plenitud de los tiempos esta figura en el segundo Adán, su mismo Hijo, y levantado en el lecho de la Cruz lo entregaba al sueño de la muerte voluntaria á que él mismo se sujetó por obedecer á su Padre, entonces se cumplía este vaticinio de David. (Ps.

126). "*Sic dabit Dilecto suo somnum et ecce hæreditas Domini, filii merces, fructus ventris.* (Juxta Hebraic). Así, un día adormecerá Dios á su querido Hijo, y por recompensa de su amor y de su dolor, se verá nacer como un fruto de su seno, su familia, la herencia del Señor." Además de

tros pecados por tu santo Nombre." Basta esto; no podría yo trasladar aquí todos los oficios y ceremonias de la Liturgia de la Cuaresma, especialmente de la Semana Mayor. ¿Pero qué es esto, sino el espíritu de Expiación que todo lo penetra, que lo anima todo, que todo lo dirige en este tiempo de penitencia?

22.<sup>a</sup> pregunta.—¿De dónde le viene á la Iglesia este grande espíritu de Expiación que verdaderamente sorprende?

Respuesta.—Le viene por su origen, lo tomó desde su nacimiento, lo recibió por una herencia perpetua é inexhausta, que no puede gastar ni perder.

23.<sup>a</sup> pregunta.—Explicad esto que llama mucho mi atención.

Respuesta.—Eva, la primera madre del género humano fué formada del cuerpo de Adán, mientras estaba sumergido en un profundo y misterioso sueño

que Dios le infundió. [Gen., C. 2-21]. Después, al presentársela Dios á Adán, exclamó éste: *Hoc nunc os ex ossibus meis.* (Id. v. 23).

"Esto ahora, hueso de mis huesos y carne de mi carne," manifestando que Eva participaba de su misma carne y era de su misma naturaleza. Cuando el Eterno realizaba en la plenitud de los tiempos esta figura en el segundo Adán, su mismo Hijo, y levantado en el lecho de la Cruz lo entregaba al sueño de la muerte voluntaria á que él mismo se sujetó por obedecer á su Padre, entonces se cumplía este vaticinio de David. (Ps.

126). "*Sic dabit Dilecto suo somnum et ecce hæreditas Domini, filii merces, fructus ventris.* (Juxta Hebraic). Así, un día adormecerá Dios á su querido Hijo, y por recompensa de su amor y de su dolor, se verá nacer como un fruto de su seno, su familia, la herencia del Señor." Además de

éste, se cumplía otro vaticinio, igualmente claro. (Isaías 53, 10) "*Si posmerit pro peccato animam suam, videbit semem longebum.* Si ofreciere su vida por el pecado, verá una descendencia muy duradera."

Confrontemos para más explicar estos vaticinios, con la historia de la grande Expiación, como la refiere el Evangelista San Juan, Cap. 19, v. 34. "Mas uno de los soldados le abrió el Costado con una lanza y salió luego sangre y agua." Y San Agustín, en el Tract. 120, in Joann., dice: "En estado del que está tendido y duerme, aquel segundo Adán, habiendo inclinado la cabeza, se durmió en la Cruz, para que de ahí se formara la consorte que brotó del Costado del que dormía." Esta consorte, según la unánime interpretación fué la Iglesia.

Ved el origen de la Iglesia, el momento en que nace, la cir-

cunstancia y de dónde nace. Es hija, es esposa de Jesucristo, es su heredad. *Hereditas Domini filii*, es el fruto de la grande y divina Expiación; nace del Costado de la divina Víctima abierto con la lanza. Así como Adán reconoció en Eva ser hueso de sus huesos y carne de su carne, así el segundo Adán tiene que reconocer en la segunda Eva, su Esposa la Iglesia, el espíritu de su Espíritu: y si el espíritu de la divina Víctima desde su encarnación hasta su muerte, fué un espíritu de Expiación, pues para esto se hizo hombre, para hacerse Víctima, el espíritu de su Iglesia debe ser un espíritu de expiación. Y por lo que toca á nosotros, hijos de la Sta. Madre Iglesia, á quien debemos parecernos; porque *Filii Matrisant*, los hijos sacan á sus madres; ¡q é deber tenemos de participar y de conformarnos en todo con el espíritu de Expiación de nues-

tra querida Madre la Iglesia! Ninguna oportunidad mejor para participar y revestirnos del espíritu de nuestra Madre, que ahora que nos ofrece el Templo Expiatorio y la expiación perpetua. Nueva gracia, gracia eficaz, abundante y poderosa, de la cual debemos aprovecharnos; porque de lo contrario, se nos espera una terrible responsabilidad ante el juicio de Dios.

24.<sup>a</sup> pregunta.—¿Qué me decís del carácter que esta Expiación y su Templo deben tener: Expiación Nacional, Templo Nacional Expiatorio?

Respuesta.—Aquí conviene citar las palabras del Ilustre Señor Abad, promotor de la Obra: "*Cuando las naciones han pecado, la expiación debe ser nacional.*"

Este carácter quiso Dios darle á la Expiación que impuso al pueblo de Israel por ministerio de Moysés: [Levit. cap. 16.] á la vez que también el carácter de

perpetuidad: En el versículo 29: "*Eritque vobis hoc legitimum sempiternum.*" Y esto será para vosotros un estatuto perpetuo. Y en el versículo 34, se repite con las mismas palabras. Así lo han comprendido y practicado las naciones católicas. Por esto el Ilmo. Sr. Arzobispo, en su Edicto de 17 de Diciembre del año próximo pasado 1896, cita muy oportuna y acertadamente este ejemplo, son sus respetables palabras: "Al verse la Francia católica vencida en la sangrienta guerra franco-prusiana, tuvo aquella derrota como un castigo del cielo; y para aplacar la justicia del Dios de los Ejércitos, concibió el pensamiento de evantar en Montmartre el célebre Templo Expiatorio, y con juramento se obligó á edificarlo, llamándole por esto el Templo del *voto nacional.*"

Más éste no fué el primero y edificante ejemplo que esa gran-

de nación diera al mundo. Antes, cuando enloquecida con la furia de las pasiones de aquella que por antonomasia se ha llamado *la revolución francesa*, cometió el espantoso regicidio en la honorabilísima persona de Luis XVI; después que la calma sucedió á aquella tempestad, el pueblo francés se humilla ante Dios, se avergüenza ante las demás naciones, y en el Cementerio de la Magdalena de París, donde descansan los restos del infortunado monarca, levanta una hermosa Capilla ó Templo Expiatorio. Así, pues, ya que la historia no puede arrancar de sus páginas aquel hecho tan criminal, al menos queda contrabalanceado por el arrepentimiento y la satisfacción que el Templo Expiatorio transmitirá á las generaciones futuras.

Si una nación encontrándose culpable como la Francia en el pasaje referido, quisiera escudar

se diciendo: "no soy yo ni la primera ni la única nación que ha cometido tales crímenes; los ha cometido la grande y civilizada nación francesa:" se le puede aplicar aquello de San Ambrosio al Emperador Teodosio, que alegaba que un rey como David había sido también adúltero y homicida: "*Sicutus es errantem sequere penitentem.*" Has seguido á David pecador, síguete ó imítale arrepentido. ¡Oh, tú, nación, quien quiera que seas! has imitado á la Francia en el regicidio; imítale en la penitencia, en levantar un Templo Nacional Expiatorio.

25.<sup>a</sup> pregunta.—¿Tenéis algo que explicar sobre la adoración perpetua con relación á la Obra de la Expiación Nacional y del Templo Expiatorio?

Respuesta.—Hemos llegado al punto más importante y delicado, al punto principalísimo de la doctrina de la Expiación. Yo

me conozco y me siento enteramente insuficiente para abordarlo; y así me confieso delante de Dios y de los hombres. Sin embargo, fiado en su divino auxilio, que humildemente imploro por intercesión de su Santísima Madre María, diré lo siguiente: La doctrina católica nos enseña que la Santísima Eucaristía no solo es Sacrificio, sino también uno de los Sacramentos de la Nueva Ley. Si verificada la consagración en el Sacrificio, se reservan las sagradas especies que fueron consagradas, ahí se tiene la presencia real de Jesucristo, ahí está Jesucristo real, verdadera y substancialmente. (Conc. Trid. Secc. 13, Cap. 1.º) Hemos hablado de las relaciones de la Expiación con el Sacrificio: réstanos hablar ahora de las relaciones de la misma con el Sacramento.

26.ª pregunta.—¿De qué manera se encuentra Nuestro Se-

ñor Jesucristo en el Santísimo Sacramento?

Respuesta.—Se encuentra en estado de Víctima. [Escuchad al Cardenal Franzelin, obra citada, Th. XVI, tratando de la razón formal intrínseca del Sacrificio de la Misa]: Decimos que Cristo reviste un estado de Víctima, por lo mismo que se constituye en un estado y en un modo Sacramental de existir, en estado de alimento y de bebida. Los Padres enseñan claramente que la razón formal del incruento Sacrificio consiste en *la acción* en cuanto produce un estado de alimento y de bebida en el Cordero Inmaculado, y por tanto la razón formal de la Víctima en sustancia, consiste en este mismo estado de alimento y bebida, al cual justamente declaran mactación y cierto anadamiento de Cristo según su humanidad. Por esto San Gregorio Nyssen. [De Ressurrect.

7. 2.) dice: que Cristo en la última Cena se anticipó al ímpetu de los judíos, y ya entonces se ofreció en sacrificio y puso ó dió su vida, no á la verdad muriendo, sino constituyendo de un modo inefable su Cuerpo comible; en cuyo estado cesan las funciones ú operaciones conaturales y los actos vitales del cuerpo, juntamente con el modo natural de existir; en cuanto que aquellas [las funciones] dependen de este (del modo de existir) y por tanto en las relaciones extrínsecas el cuerpo se tiene en aquel estado, como si realmente estuviera inanimado, es decir, no porque no esté ahí su alma santísima, sino porque está sin movimiento alguno. Entonces, pues, dice el mismo S. Gregorio, claramente se manifestó que el Sacrificio del Cordero estaba ya perfecto; porque no sería el cuerpo del sacrificio á propósito para comerse, si es-

tuviera animado, *esto es*, si estuviera en las funciones naturales y en los modos de existir del cuerpo humano viviente, (como torpemente lo entendieron los Cafarnaitas: *¿Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?*—Joann. 6. 53. ¿Cómo nos puede éste dar su carne á comer? Cuando, pues, les presentó á sus Apóstoles la noche de la Cena su Cuerpo para comerlo y su Sangre para beberla, como participación de la víctima; ya de un modo inefable y nunca visto, su Cuerpo estaba inmolado, como había sido del agrado al poder del que realizaba aquel misterio.

Claramente y con la misma palabra de *anonadamiento* que usó el Apóstol (Philip. 2. 7.) hablando de la Encarnación del Verbo, que sin deponer algo de la divinidad, sino tomando la naturaleza humana, se anonadó á sí mismo. Dionisio Alejand.

ilustró este punto diciendo: “*Se anonadó á sí mismo*; por lo cual, con el nombre de anonadamiento se llama el inenarrable misterio, y el nuevo testamento de Dios, cuando El mismo se nos dá en la mística Cena.”

En este estado y modo de existir sacramental, en que Cristo Señor Sumo Sacerdote, se constituye por la consagración, ofrece la expiación de la absoluta dependencia que tienen todos los hombres de Dios, y al mismo tiempo la debida satisfacción por nuestros pecados, dada ya en la Cruz y que se aplica ahora en el continuo Sacrificio de la nueva alianza. ¡Oh anonadamiento inefable! ¡Oh profunda humillación! ¡Oh estado de Víctima en que por mi amor se constituye el Primogénito de toda criatura, la Cabeza de la Iglesia, el que tiene el primado de todas las cosas! (Coloss. I. 15. 18.)

En este estado de víctima, en este profundo anonadamiento, Jesucristo se presenta y se ofrece continuamente desde el altar donde está sacramentado, ante el acatamiento de su Padre celestial, como Víctima de expiación por nuestros pecados, satisface por ellos, aplicando la satisfacción infinita que rindió en la Cruz; aplaca y detiene la Justicia divina provocada incesantemente por los pecadores; haciendo descender en lugar de los castigos merecidos, gracias abundantes de conversión y de santificación para sus hermanos los hombres, entre quienes ha elegido vivir y permanecer sacramentalmente. En esta seguridad y con plena confianza, la Iglesia ofrece por su parte al Padre celestial esta Víctima expiatoria, diciendo desde su destierro: *Respice in faciem Christi tui*. Mira, ¡oh Padre! Atiende al Rostro de tu Hijo. Y el mismo Padre ce-

lestial recibe y acepta con placer esta divina expiación: así lo ha declarado solemnemente por tres veces al dar testimonio de su divino Hijo durante su vida mortal; en el Jordán, en el Tabor, en el Templo de Jerusalem.

*"Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacur.* Este es mi Hijo, el amado, en quien yo mucho me he complacido." (Math. 17, 5).

27.<sup>a</sup> pregunta.— ¿Qué debemos hacer en vista de esta admirable Expiación?

Respuesta.— Primero: acercarnos á este augusto Sacramento donde sólo se encuentra la verdadera Víctima expiatoria; acercarnos para ser iluminados y conocer á Jesucristo como víctima, porque es en Jesucristo crucificado y en Jesucristo Sacramentado donde como en un libro divino debemos estudiar y conocer las grandes é importantes verdades de nuestra salva-

ción; y entre ellas la necesidad que tenemos todos de satisfacer y de expiar nuestros pecados durante la vida, que es el tiempo de misericordia que se nos ha dado, antes que las tinieblas de la noche de nuestra muerte nos sorprendan.

Segundo: No desalentarnos por la grande deuda de expiación que tenemos para con la Justicia Divina, y la dificultad que nuestra profunda miseria nos opone para pagarla. Antes bien, unir nuestras pequeñas y pobres obras expiatorias á la expiación continua y poderosa de la divina Víctima sacramentada para que obtengan el valor que por sí mismas no alcanzan.

Tercero: Frecuentar el Templo expiatorio de día y de noche, á todas horas, para llegar á participar con la mayor abundancia del espíritu de expiación, cuya fuente infinita es Jesucristo

Sacramentado en estado de Víctima, según queda dicho.

28.<sup>a</sup> pregunta.—¿Qué me decís de la adoración perpetua con respecto á la Expiación?

Respuesta — La adoración sacramental perpetua, es un acto de religión y de piedad por el cual se tributa un culto especial al Santísimo Sacramento, que debemos creer llena y satisface los deseos amorosísimos de Ntro. Señor que en este agosto Misterio realiza esta consoladora expresión: “Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.” [Prov. 3, 31. Es en la adoración perpetua cuando la fe, hace sentir vivamente el cumplimiento de esta promesa que el Divino Salvador hizo poco antes de subir al cielo: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo.” [Mathei, 28, 20]. La adoración perpetua llenará un hueco para los amantes del Santísimo Sa-

cramento, que deja el Jubileo Circular, suspendiéndose, según se practica entre nosotros, durante las horas de la noche.

Y con respecto á la expiación: Jesucristo perpetuamente expuesto en el altar dirigirá sin cesar una dulcísima invitación á los hombres para que se ejerciten y ocupen de la Obra de la Expiación; invitación tan eficaz é insinuante, que sólo será desoída por aquellos que absolutamente carezcan de fe. ¿Quién podrá conocer la abundancia de gracias que brote de esa divina Víctima, de esa copiosa Fuente? ¿Cuántos, aún incrédulos, después de haber entrado á ese Templo Expiatorio, nuevo Calvario, donde perpetuamente se sacrifica con una muerte mística, la divina Víctima, saldrán de ahí, hiriendo sus pechos y admirados del prodigio de amor, del Dios con nosotros, del Dios escondido; repetirán aquella con-

fesión del soldado romano: "*Vere Filius Dei erat iste. Verdaderamente Hijo de Dios era éste.*" [Mathei, 27, 54].

29.<sup>a</sup> pregunta.—¿Qué conveniencia resulta á la Obra de la Expiación, del Templo mismo?

Respuesta.—Que habiéndose construido desde sus cimientos y dedicándose á este objeto por toda la Nación, será su lugar predilecto para las obras expiatorias. Los monumentos, y sobre todo, los de primer orden, como un templo, son erigidos para transmitir los hechos á las generaciones venideras y atestiguar su verdad. Ese Templo, con la fecha de su dedicación, es un libro en donde queda escrita también la fecha del día de la Grande Expiación Nacional Mexicana. Y después de muchos siglos, la última piedra de sus muros ó de sus cimientos, al ser quitada de su lugar, dará este testi-

monio: "*Soy una de las piedras con que se construyó en este lugar el Templo Expiatorio Nacional de San Felipe de Jesús y en donde se verificó la Expiación Nacional el año de 1897. 5 de Febrero.*"

Dentro de poco le veremos enriquecido con especiales privilegios y gracias por la Santa Sede. Es de esperarse que allí se encuentren á toda hora, celosos confesores dispuestos á purificar las almas y disponerlas para la expiación. El Templo expiatorio, con su adoración sacramental perpetua, será el imán de todos los corazones mexicanos; ellos, al venir de todos los Estados de la gran Confederación Mexicana, de sus ciudades y pueblos, aun los más lejanos, para incorporarse, siquiera un breve rato, con los adoradores perpetuos, realizarán estas bellas expresiones del Salmo 85, v. 9: "Todas las gentes, cuantas hiciste, vendrán y te adorarán,

fesión del soldado romano: "*Ve-re Filius Dei erat iste. Verdaderamente Hijo de Dios era éste.*" [Mathei, 27, 54].

29.<sup>a</sup> pregunta.—¿Qué conveniencia resulta á la Obra de la Expiación, del Templo mismo?

Respuesta.—Que habiéndose construido desde sus cimientos y dedicándose á este objeto por toda la Nación, será su lugar predilecto para las obras expiatorias. Los monumentos, y sobre todo, los de primer orden, como un templo, son erigidos para transmitir los hechos á las generaciones venideras y atestiguar su verdad. Ese Templo, con la fecha de su dedicación, es un libro en donde queda escrita también la fecha del día de la Grande Expiación Nacional Mexicana. Y después de muchos siglos, la última piedra de sus muros ó de sus cimientos, al ser quitada de su lugar, dará este testi-

monio: "*Soy una de las piedras con que se construyó en este lugar el Templo Expiatorio Nacional de San Felipe de Jesús y en donde se verificó la Expiación Nacional el año de 1897. 5 de Febrero.*"

Dentro de poco le veremos enriquecido con especiales privilegios y gracias por la Santa Sede. Es de esperarse que allí se encuentren á toda hora, celosos confesores dispuestos á purificar las almas y disponerlas para la expiación. El Templo expiatorio, con su adoración sacramental perpetua, será el imán de todos los corazones mexicanos; ellos, al venir de todos los Estados de la gran Confederación Mexicana, de sus ciudades y pueblos, aun los más lejanos, para incorporarse, siquiera un breve rato, con los adoradores perpetuos, realizarán estas bellas expresiones del Salmo 85, v. 9: "Todas las gentes, cuantas hiciste, vendrán y te adorarán,

Señor, y glorificarán tu Nombre.”

Con este motivo, me será permitido que con el más profundo respeto, á los Ilmos. y Rmos. Prelados, exprese la siguiente idea; Para que la Santa Obra de la Expiación se generalice y se practique, sería de desearse que en las ciudades principales del país, se eligiera un templo, sobre todo, de los que están ya dedicados á las imágenes de Ntro. Sr. Jesucristo, como el del Señor de la Penitencia en Guadalajara, el del Señor de los Trabajos en Puebla y así otros, para que quedaran perpetuamente dedicados á las obras expiatorias, de suerte que todos los ejercicios que ahí se practicaren, revistan el carácter de obras ó ejercicios Expiatorios.

30.<sup>a</sup> pregunta.—¿Por qué el Templo Expiatorio se dedica de preferencia á San Felipe de Jesús?

Respuesta.—Porque este glorioso Santo fué el primer mártir mexicano, y murió uniendo el sacrificio de su vida al sacrificio de la Divina Víctima. Si queremos seguir el relato común de la antigua historia de su vida, encontramos estas palabras tan hermosas en una de las estrofas del Himno de su Oficio: “*Quid quid juvenus fervida—Peccaverat licencia—Libenter in mortem ruems—Sancta expiasti víctima.*”—Todo lo que pecaste por la libertad de una juventud ardorosa, lo expiaste como una santa víctima entregándote de buena gana á la muerte. Según ésto, él es para nosotros modelo de expiación. El también por su intercesión puede alcanzarnos el espíritu de expiación; así se le pide en la siguiente estrofa: “*Tui fac ut nos emuli—Dolore cordis intimo—Jugique penitentia—Nostra eluamos crimina.*” Has que imitadores tuyos—Con

íntimo dolor del corazón—Y continua penitencia--Expiemos nuestrós crímenes.

Si queremos seguir la rectificación histórica que por primera vez ha presentado en el púlpito católico de esta capital, el erudito y estudioso orador del día 5 de Febrero de 1897 en el pánegírico del Santo, el Ilmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí, en este párrafo de su elocuente y brillante pieza: "Se le ha creído generalmente un libertino que ganó el cielo casi por casualidad, convirtiéndose á última hora ..... Yo también participé de esa creencia general. .... La sola comparación de algunas fechas me ha sacado de mi error, y quiero convencer á mis oyentes de que ha sido falsa la opinión popular." El orador sigue manifestando la inocencia de su vida y las virtudes cristianas y propias de su estado religioso que en los pocos años de su vida

practicó y con las cuales edificó á los demás religiosos, aun muy avanzados en santidad. Por lo que cree que San Felipe mereció al menos de cóngruo, la especial gracia del martirio.

Si queremos, decía yo, seguir esta curiosa, nueva, original y fundada rectificación, entonces aparece aun otro motivo lleno de consuelo y de esperanza para que á este insigne héroe mexicano, Santo y Martir, se le dedique el primer Templo Expiatorio en su propia patria.

Es doctrina católica que cuando los santos y mártires, por sus buenas obras y virtudes, han adquirido tantos méritos que no los necesitan para sí, esa exhuberancia de méritos, no se pierde ante Dios ni queda inútil; sino que se refunde en el gran tesoro de la Iglesia, que se forma de los méritos infinitos de Ntro. Señor Jesucristo, de los de la Santísima Virgen María y de los

de todos los Santos y Mártires. Aun cuando nos es desconocida la distribución de esos méritos, en los altos juicios y designios de Dios, podemos esperar que la piedad, misericordia y equidad divinas, los apliquen de preferencia á la Nación que fué patria de Felipe de Jesús, á su propia familia y hermanos, los mexicanos, á sus devotos: debemos esperar que los méritos é intercesión de esa inocente víctima, aplacará la Justicia divina y detendrá los castigos que México culpable pueda merecer, y que por esos mismos méritos é intercesión el templo que se le dedica será una fuente abundante y perenne de gracias y perdón, y que brote de su sagrado recinto el espíritu de conversión y de expiación para todos los que con disposiciones cristianas acudan á él.

31.<sup>a</sup> pregunta.—¿Tenéis que decir algo sobre el lugar donde ha sido ubicado el Templo?

Respuesta.— Es verdaderamente providencial lo que ha pasado. Poco tiempo después de la conquista, Dios y la religión toman posesión de ese lugar céntrico; sucesivamente se levantan la Iglesia de S. Francisco y las siete hermosas capillas que ocuparon su atrio: es aún del dominio de la historia contemporánea lo que con esos edificios sagrados ha pasado. ¿Quién no ve la mano y los admirables designios de Dios en todo esto? Destruído el primer templo de Jerusalem, es en el mismo lugar y no en otro, donde se levantó el segundo, que la presencia del Redentor hizo más glorioso que el primero. Dios no quiso que aquel lugar tuviera otro destino, hasta que se cumplieran todas las profecías sobre la ciudad deicida por los ministros de la Justicia divina: Tito y Vespaciano. Dios entra de nuevo en su posesión inte-

rrumpida solo treinta y tantos años; pero no arrebatada para siempre. En verdad, no hay consejo, no hay sabiduría, no hay poder contra Dios. Inspira la grande idea de la expiación ahí donde fué tan ofendido; y aplacado con el sacrificio expiatorio del verdadero Noé, parece decir de nuevo estas consoladoras palabras: "*Nequaquam ultra maledicam terræ propter homines. No volveré jamás á maldecir la tierra por causa de los hombres.*" (Gen. 8, 21).

Además, como Dios no elige la gente por el lugar, sino el lugar por la gente, ese lugar vendrá á ser en el orden sobrenatural un manantial de gracias en bien de las almas. Ese lugar céntrico, por donde pasan de día y de noche todas las clases de esta Babilonia que se llama la capital de la República en un cleaje incesante, será para Jesucristo, divino cazador de las

almas, lo que fué en su vida mortal el pozo de Jacob, un lugar de espera y de cita para ofrecer el agua de su gracia.

De aquí es, que cuando por esa lujosa avenida pase el rico muellemente arrellanado en su elegante carruaje, tirado por briosos corceles, se desprenderá del Tabernáculo donde está la divina Víctima, profundamente anonadada, esta terrible voz: "*¡Væ vobis divitibus, quia habetis consolationem vestram!*" [Luc. 6, 24]. ¡Ay de vosotros los ricos, porque tenéis vuestro consuelo en este mundo! ¡Ay de vosotros, los que estáis hartos, que vivís entregados á los placeres y deleites de la carne, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!" "Si abundaren las riquezas, no pongáis el corazón en ellas." [Salm. 61, 11]. "Durmieron su sueño y nada hallaron en sus manos todos los

varones de las riquezas." (Salm. 75, 6). Cuando pasen el hombre del agio, de la usura, de la banca, satisfechos ó cuidadosos y entregados á sus negocios, se dejará oír esta verdad: "*Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur animæ vero suæ detrimentum patiatur?*" [Math. 16, 26]. ¿Porque qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiese su alma?

Si pasa el hombre orgulloso y pagado de sí mismo, enemigo de la humanidad cristiana, Jesucristo, desde su humillación sacramental, le recordará esta enseñanza: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón." [Math. 12, 29]. "Si no os hiciéreis como los pequeños, no entraréis en el reino de los cielos." [Math. 18, 4].

Si pasa el hombre injustamente calumniado y perseguido, Jesucristo le dirá: "Si á mí me han perseguido, á vosotros tam-

bién os perseguirán." (Joann. 15, 20).

Si pasa el pobre no resignado con su suerte y murmurando de la Providencia, Jesucristo desde el Altar, le recordará su carrera mortal, desde el Pesebre hasta la Cruz, y le dirá: "Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo, nidos: mas el Hijo del Hombre, no tiene donde recline la cabeza." (Luc. 9, 58).

En suma, todo el que pase gravado con la tentación, con alguna de tantas penalidades, contrariedades y aflicciones de la vida, esté seguro de escuchar este llamamiento consolador de la divina Víctima que desde el Tabernáculo de la adoración perpetua del Templo expiatorio les dirige: "*Venite ad me omnes qui laboratis.*" (Math. 11, 28. Venid á mí todos los que estáis trabajados, y cargados y yo os aliviaré." ¡Qué lugar tan á propósito! ¡Tan céntrico! Me parece que la

divina Víctima, extendiendo, como en la Cruz, los brazos de su misericordia y de su amor, abraza á toda la capital, y que así como levantado en la Cruz todo lo atrajo á sí mismo. [Joann, 12, 32], así levantado en el ara del altar por la adoración perpetua, atraerá todos nuestros corazones al suyo sacratísimo.

El Templo expiatorio no tiene torres como nuestros antiguos templos; tiene una aguja semejante al pararrayo. Siempre que paso enfrente me detengo siquiera sea unos instantes, á contemplarla, guiado por el sentimiento firme de la fe y por el aliento dulcísimo de la esperanza cristianas. [Mi lector me permitirá una expansión ahora que toco al fin de este pobre y desaliñado opúsculo]. Esa aguja, la miro yo como el signo del cristianismo, y la confesión actual del sentimiento católico mexicano.

El árbol frondoso cuya som-

bra cubre esta populosa capital, que necesita de un abrigo divino. Esa aguja me simboliza los prodigiosos efectos de la Expiación, que son satisfacer y aplacar la Justicia divina apartando de nuestras cabezas los rayos de sus castigos que hemos merecido; y creo que se realiza esta tierna plegaria de la Iglesia: "¡Oh Dios! que eres ofendido con la culpa y aplacado con la penitencia; atiende propicio á las súplicas de tu pueblo que te ruega, y aparta de nosotros clemente los azotes que merecemos por nuestros pecados."

Esa aguja, además, dirigiendo su punta al cielo, puerto suspirado como término de nuestra navegación; ciudad futura y permanente en pos de la cual vamos; quiere darnos la dirección de nuestras aspiraciones y deseos, pronunciando continuamente y en alta voz sobre esta numerosa población estas pala-

bras del Prefacio de la Santa Misa: *Sursum corda*; “dirigid vuestros corazones hacia arriba.” ¡Ojalá todos contestáramos con verdad: “Los tenemos elevados al Señor.”

Esa aguja me recuerda la escala misteriosa que vió Jacob, cuyo pié estaba sobre la tierra y su remate tocaba en el cielo; y también ángeles de Dios que subían y bajaban por ella., (Gen. 28. 12.) y al Señor apoyado sobre la escala. ....y aquellas sus promesas: (v. 15.) “Yo seré tu guarda á donde quiera que fueres.” Cuando yo entrare en ese Santo Templo, exclamaré sobre cogido de religioso temor: “Verdaderamente el Señor está en este lugar. ¡Cuán terrible es este lugar! No hay aquí otra cosa sino la Casa de Dios y la puerta del cielo.” [V. 16. 17.]

32.<sup>a</sup> pregunta.—¿Cuáles son las obras expiatorias?

Respuesta.—En general, toda

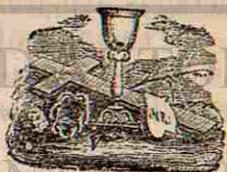
obra buena piadosa; toda obra de misericordia; toda obra de mortificación y penitencia. El Ilustre Señor Abad, promotor de la Obra de la Expiación, dió ya una lista de obras expiatorias más detallada y explicada; á ella conviene atenerse.

33.<sup>a</sup> pregunta.—¿Qué condiciones se requieren para la práctica de dichas obras expiatorias?

Respuesta.—Se requiere el estado de gracia. Sin embargo, como ese estado dichosísimo es raro, por desgracia; el que está en pecado no se desaliente; no omita las obras expiatorias; no se retire del Templo; al entrar en él póstrese con humildad excitándose al dolor de sus culpas y ofreciendo á Dios acudir al Sacramento de la Penitencia; formule ante su acatamiento con el mayor fervor esta disposición de su alma con las mismas palabras del publicano, que

Jesucristo pone por modelo de arrepentimiento, y diga: "Dios mío, muéstrate propicio á mí pecador." (Luc. 18. 13.)

En efecto, es doctrina muy consoladora que el pecador, por las buenas obras, puede merecer de *congruo*, es decir, no de justicia, sino por cierta bondad y liberalidad de Dios, el auxilio de la gracia para dejar el pecado y disponerse y llegar á la justificación.



## CONCLUSION.

### *Aspiración*

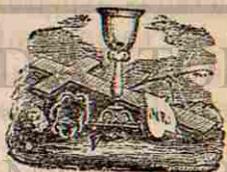
*del autor de este Manual, y razón porque la manifiesta.*

En la hoja suelta que con fecha 5 de Noviembre circuló el Señor Promotor de la Obra, pidiendo obras expiatorias, se habla de un libro del Templo Expiatorio, que se guardará bajo el Tabernáculo de la Adoración Perpetua, y en el que se guardarán las obras expiatorias hechas por los fieles.

¿Esta es una ceremonia religiosa ó eclesiástica? ¿Es un vano halago á la piedad cristiana inventado por el Promotor de la Obra? Así lo han de creer algu-

Jesucristo pone por modelo de arrepentimiento, y diga: "Dios mío, muéstrate propicio á mí pecador." (Luc. 18. 13.)

En efecto, es doctrina muy consoladora que el pecador, por las buenas obras, puede merecer de *congruo*, es decir, no de justicia, sino por cierta bondad y liberalidad de Dios, el auxilio de la gracia para dejar el pecado y disponerse y llegar á la justificación.



## CONCLUSION.

### *Aspiración*

*del autor de este Manual, y razón porque la manifiesta.*

En la hoja suelta que con fecha 5 de Noviembre circuló el Señor Promotor de la Obra, pidiendo obras expiatorias, se habla de un libro del Templo Expiatorio, que se guardará bajo el Tabernáculo de la Adoración Perpetua, y en el que se guardarán las obras expiatorias hechas por los fieles.

¿Esta es una ceremonia religiosa ó eclesiástica? ¿Es un vano halago á la piedad cristiana inventado por el Promotor de la Obra? Así lo han de creer algu-

nas personas ignorantes ó incrédulas, cuya ciencia es burlarse de toda piedad.

Yo para mí lo he recibido con profunda veneración: grandes pensamientos ha producido en mi alma [porque la gracia de Dios puede valerse de accidentes que á la razón humana nada valen:] uno de ellos es que este pequeño escrito sea mi obra expiatoria, y logre por la misericordia divina encontrar siquiera sea el último lugar en ese libro, que ha venido á excitar en mí el intenso sentimiento de una santa envidia al considerar la riqueza á que la suma de sus partidas pueda elevarse, y la felicidad de algunas almas cuyas partidas no sean decenas ó centenas, ni aun millares; sino millones. Esto no es una ilusión. Ese libro viene á recordar el Libro de la vida, donde estarán escritos los nombres de los que han de entrar en la Ciudad Eter-

na. (Apocal. 21. 27.) Ese libro recuerda la aspiración cristiana, sobre toda otra aspiración, de que hablaba Jesucristo: (S. Luc. 10. 20.) "*Gaudete autem, quod nomina vestra scripta sunt in caelis.*" Antes gozáos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos.

El lugar donde se guardará ese libro, será bajo el Tabernáculo de la Adoración Perpetua; es decir, á los piés del Trono de amor en donde reside Jesucristo en estado de Víctima perpetua. ¡Qué proximidad tan hermosa! Esta materialidad será un poderoso estímulo para que los fieles con la intención y el afecto procuren unir sus obras expiatorias á los infinitos méritos del Cordeño Inmaculado, que se sacrificó por nosotros en la Cruz; y para que de ellos reciban el valor que por sí mismas no alcanzan. ¡Qué razón tengo para manifestar ésta mi aspiración? De-

seo que sea un estímulo á mis hermanos de acumular más y más obras expiatorias, y hacerlas cada día más perfectas; por esto me permito decirles con el Apóstol: "*Emulamini autem charisma meliora.*" (Ad Corint. 1.<sup>a</sup> C. 12. 31.) Aspirad pues á los mejores dones.

FIN.

A. M. D. G.

México, Febrero 12 de 1897.—  
Octava de San Felipe de Jesús.



## OFRECIMIENTO DE ESTE MANUAL.

Adorable Jesús Sacramentado, que por tu bondad y misericordia te has quedado en ese Sacramento de amor en estado de Víctima perpetua, para renovar y aplicarnos los méritos infinitos que adquiriste con tu divina expiación en la Cruz, al ofrecerte voluntariamente á tu Padre por los pecados del mundo. Dígnate recibir en unión de esos mismos méritos esta pequeña obra expiatoria que junto á las de todos mis hermanos, para que sea colocada al pié de tu Sa-

grado Tabernáculo, suplicándote también que la admitas en sufragio de las benditas ánimas del Purgatorio. Bendícela, Señor, para que pueda obtener el fruto deseado.—ASI SEA.



## APENDICE

ó 2.<sup>a</sup> PARTE

DEL MANUAL DE LA

### EXPIACION PRACTICA.

*Se ponen en seguida algunos Ejercicios para dirigir á los fieles en los actos expiatorios, y algunas oraciones que les faciliten su práctica.*

Entrando al Templo Expiatorio recordaré aquellas palabras de David (Salm. 5.): "*Introibo in domum tuam*" Entraré Señor en tu Casa, te adoraré en este tu Santo Templo, lleno de un justo temor por tu real presencia que con el mayor acatamiento de mi alma creó y adoro.

Dirá esta Oración de San Alfonso María de Ligorio:

grado Tabernáculo, suplicándote también que la admitas en sufragio de las benditas ánimas del Purgatorio. Bendícela, Señor, para que pueda obtener el fruto deseado.—ASI SEA.



## APENDICE

ó 2.<sup>a</sup> PARTE

DEL MANUAL DE LA

### EXPIACION PRACTICA.

*Se ponen en seguida algunos Ejercicios para dirigir á los fieles en los actos expiatorios, y algunas oraciones que les faciliten su práctica.*

Entrando al Templo Expiatorio recordaré aquellas palabras de David (Salm. 5.): "*Introibo in domum tuam*" Entraré Señor en tu Casa, te adoraré en este tu Santo Templo, lleno de un justo temor por tu real presencia que con el mayor acatamiento de mi alma creó y adoro.

Dirá esta Oración de San Alfonso María de Ligorio:

Señor mío Jesucristo que por el amor que tenéis á los hombres estáis de noche y de día en ese Sacramento, todo lleno de piedad y amor, esperando, llamando y recibiendo á todos los que vienen á visitaros. Yo creo que estáis presente en ese Sacramento; os adoro desde el abismo de mi nada, y os doy gracias por todas las mercedes que me habéis hecho; especialmente por haberme dado en este Sacramento vuestro Cuerpo, vuestra Sangre, vuestra alma y vuestro divinidad; por haberme dado por mi abogada á vuestra Santísima Madre la Virgen María, y por haberme llamado á visitaros en este lugar santo. Yo adoro á vuestro amantísimo Corazon, y deseo ahora adorarlo por tres fines: el primero, en agradecimiento de esta tan grande dádiva; el segundo, para desagraviaros de todas las injurias que habéis recibido en ese Sacramento; y le

tercero, porque deseo adoraros en todos los lugares de la tierra donde estáis Sacramentado con menos culto y más desprecio. ¡Jesús mío, os amo con todo mi corazón! Pésame de haberos ofendido tantas veces en lo pasado: propongo enmendarme en lo venidero; y ahora, así miserable como soy, me consagro todo á vos, y os entrego y resigno en vuestras manos mi voluntad, mis afectos, mis deseos y todo lo que soy y puedo: de hoy en adelante, haced, Señor, de mí, todo lo que os agrade; lo que yo os pido y quiero, es vuestro santo amor, la perfecta obediencia á vuestra santísima voluntad y la perseverancia final. Os recomiendo las almas del Purgatorio, especialmente las más devotas del Santísimo Sacramento y de María Santísima, y os ruego también por todos los pecadores. En fin, mi amado Salvador, deseo unir todos mis afectos

tos y deseos con los de vuestro amantísimo Corazón, y así unidos los ofrezco á vuestro Eterno Padre, y le pido que por vuestro amor los acepte y despache.— Amén.

*Se reza la Estación Mayor con ofrecimiento, para que rogando por las necesidades de la Santa Iglesia se ganen las indulgencias.*

Después recordará la doctrina de la Expiación expuesta en este Manual; especialmente las preguntas de la 7.<sup>a</sup> á 22.<sup>a</sup> y de la 25.<sup>a</sup> á la 28.<sup>a</sup>, hará con el más profundo recogimiento interior y exterior un rato de oración mental siquiera por quince minutos. ¡Oh, si en esta meditación se recordara á Nuestro Señor, ó en el Huerto de Getsemaní sufriendo aquella agonía mortal; aceptando el cáliz de su sangrienta expiación, y dando principio inmediatamente á ella! O bien considerarlo en la

Cruz durante aquellas tres horas terribles sufriendo el abandono de su Padre, hasta consumaa su divina Expiación. Es en esta fuente abundante, la Sagrada Pasión, donde se beberá el verdadero espíritu de expiación.

Concluida la meditación hágase algunos de los desagravios que á continuación se ponen. Están tomados del Manual del Apostolado de la Oración.

#### PRIMER DESAGRAVIO.

Oh mi Dios, Jesús y Salvador mío, Dios y hombre verdadero, con el más profundo respeto que la fe me inspira, os adoro y os amo de todo mi corazón, en el Augusto Sacramento del Altar, donde estáis oculto por mi amor. Deseo reparar todas las irreverencias, profanaciones y sacrilegios de que haya tenido la desgracia de hacerme culpable, co-

mo también los que han sido cometidos hasta este día, y lo sean ¡ay! en adelante.

Así pues, os adoro, oh Dios mío, no tanto, es verdad, como merecéis y debería yo hacerlo; pero al menos tanto cuanto puedo, y quisiera poder hacerlo con toda la perfección de que son capaces todas las criaturas racionales. Me propongo adoraros ahora y siempre, no tanto por esos católicos indignos que no os adoran y es aman, sí que también para indemnizaros del olvido y alcanzar la conversión de todos los herejes, cismáticos, ateos, impíos, blasfemos, infieles, judíos é idólatras.

¡Ah! Jesús mío, ¡que no seáis servido de todos los hombres y por todos adorado, amado y colmado de acciones de gracias á cada instante en el Santísimo y Divinísimo Sacramento!

## SEGUNDO DESAGRAVIO.

Tomado del libro "Práctica de devoción al Sagrado Corazón de Jesús," del P. Lazcano.

Corazón de Jesús, santuario adorable del amor de Dios hacia nosotros pecadores, ¿podremos jamás llorar como debemos el exceso de las ingratitudes con que os hemos ofendido? ¡Oh Dios! Vos nos habíais amado desde la eternidad, nos habíais creado á vuestra imagen y no nos habíais comunicado el ser sino para derramar sobre nosotros los bienes de que vos mismo sois el origen, dejando plenamente satisfecho vuestro amor, haciéndonos eternamente felices. Cuando el hombre, hecho criminal, desconoció vuestro amor, entonces, más liberal aún, y más misericordioso que antes os habíais dignado anonadaros para redimirnos tomando la forma de esclavo; habéis aparecido sobre la

tierra como el más amable de las hijas de los hombres; habéis tomado un corazón como el nuestro para obligar nuestros corazones á amaros. Corazón divino, Corazón abrasado de las más vivas llamas de la caridad, vos habéis reunido dentro de vos mismo nuestras miserias y nuestros dolores. Corazón infinitamente santo, manantial purísimo de la justicia é inocencia, vos habéis llevado las iniquidades del mundo, agotando toda su amargura, vos fuísteis traspasado por nuestros crímenes, y con vuestra Sangre adorable derramásteis sobre la tierra las bendiciones que la consuelan, las gracias que la purifican. Nada ha podido entibiar el ardor de vuestra caridad, ni los sufrimientos y trabajos de toda vuestra vida, ni los dolores é ignominias de vuestra Cruz, ni la ingratitude monstruosa con que os han pagado los hombres vuestros bene-

ficios, y para colmo de tantas maravillas os habéis entregado vos mismo en calidad de alimento á los hijos de los hombres; y nosotros, Señor, sólo hemos opuesto crimen sobre crimen á tanto amor. Nosotros, ¡ingratos! os hemos desconocido. os hemos olvidado, y no cesamos con nuestros repetidos ultrajes de llenar la medida de nuestras iniquidades. Los hombres ¡ah infelices! no quieren ya amaros, no quieren conoceros: cada día va perdiendo vuestra ley santa su fuerza y vigor para ellos, y se va borrando hasta la memoria de vuestro santo Nombre; vuestros templos están desiertos, los Sacramentos abandonados y desconocida ó despreciada vuestra religión. Los cristianos, embriagados del amor de los falsos placeres, de los bienes perecederos de este mundo, no se acuerdan de vuestro amor, sino para contristar vuestro Co-

razón con su indiferencia, ó con los ultrajes de sus desórdenes. ¿Hallaréis aún, Dios mío, corazones fieles sobre la tierra? .... Aun entre aquellos mismos que os conocen, ¿habrá alguno tan afortunado que os tribute amor por amor? ..... Por nuestra parte, puesto que os habéis dignado acordaros de nosotros en vuestra misericordia, si no os amamos aún cuanto corresponde á vuestra ternura, al menos, deseamos, ¡vos lo sabéis, Dios nuestro! amaros. Desde ese tabernáculo santo, dignáos, Dios de amor, dirigir una mirada benigna sobre esta pequeña porción de almas fieles, que el dolor, el deseo de satisfaceros y aplacaros, el reconocimiento y el amor, han conducido y tenéis postradas á vuestros piés. ¡Ah! ¡Cómo quisiéramos nosotros, por el entero sacrificio de nosotros mismos, volveros toda la gloria que el mundo y el infierno pre-

tenden con todos sus esfuerzos arrebatáros! Sí, sí, adorable Jesús, nosotros vendríamos á borrar con nuestras lágrimas tantos crímenes que traspasan vuestro divino Corazón: felices mil veces si nos fuera permitido lavarlos con nuestra sangre. Pero, ¿quién podrá, amado Jesús, reparar vuestra gloria ultrajada, quién podrá, como no seais vos mismo? Por esto es que ocurrimos á vuestro adorable Corazón en favor de aquellos que os desconocen y os ofenden: ¡oh Corazón misericordioso! iluminad á esos ciegos, perdonad á esos ingratos; y si es preciso el que seais vengado, vengaos de la manera que sea más conveniente á vuestra gloria, lanzad sobre nosotros, no los rayos de vuestra cólera, sino las saetas inflamadas de vuestro amor, para que siendo nosotros la conquista de ese amor infinito, seamos también para siempre sus

discípulos y sus apóstoles, y que después de haber practicado las virtudes que nos manda, podamos participar algún día de la felicidad prometida. Amén.

### TERCER DESAGRAVIO.

¡Oh Corazón Sagrado de mi amable Salvador! ¡cuán sensible á nuestras miserias os ha hecho vuestro amor! ¡Oh Dios mío, qué bondad la de haberos puesto por nosotros en estado de víctima en la adorable Eucaristía! y sin embargo, ¡qué es lo que veis en el corazón de la mayor parte de los hombres, sino resistencia á vuestra voluntad é ingratitude á vuestros beneficios! ¡No era aún bastante, oh Jesús mío, el haberos abandonado una vez á una cruel agonía en el Huerto de los Olivos, donde llevábais el peso de nuestras pecados? ¡Era aún necesario el que esos mismos dolores se renovasen todos los días sobre nuestros

altares á la vista de tantas iniquidades? ¡Cuáles fueron entonces y cuáles son ahora los sentimientos de vuestro Corazón? ¡Cómo es posible que se encuentren corazones tan duros que no se enternezcan? Permitted, oh mi amado Redentor, que prosternado y anonadado ante vuestra divina presencia os rinda alguna reparación por todas las injurias con que no cesan vuestros mismos hijos de oprimidos y por todas las amarguras que hacen probar á vuestro angustiado Corazón. Quisiera regar con mis lágrimas y lavar con mi sangre todos los lugares donde se os ultraja, y reparar con todo género de humillaciones el indigno desprecio que se hace de vuestras gracias y de vuestro amor. Quisiera, sobre todo, poder disponer de todos los corazones para ofrecerlos en sacrificio, y por medio de este homenaje consolaros de la culpable

insensibilidad de los que no os han querido conocer, ó que, habiendoo conocido, no os han amado. Al menos, señor, aceptad el que yo mismo me ofrezca á vos: inmoladme, consumidme como víctima vuestra; pero antes, purificadme, haced que comience á no amar otra cosa que á vos solo, que no tenga mi vida sino para vos, y que jamás vuelva yo á tener posesión de mi corazón después de haberlo consagrado todo á vos; en fin, que en todo tiempo halle un asilo en vuestro Corazón, mi paz á la hora de la muerte, y mi bienaventuranza en la eternidad. Amén.

#### CUARTO DESAGRAVIO.

Adorable Jesús, vos nos presentáis en la Sagrada Hostia vuestro Corazón todo ardiente de ese amor, y lleno de esa caridad misericordiosa que os inmoló por nosotros. Sí, ese mismo Corazón es, y así lo creemos,

el que sintió tan vivamente nuestras miserias, que fué tan cruelmente afligido por nuestros pecados, y que tanto suspiró por nuestra felicidad. ¡Oh Divino Salvador, cuán caro os hemos costado! ¡Qué trabajos, que sufrimientos tan excesivos no os ha costado la redención de las almas! ¡Ah, si fuesen al menos los hombres reconocidos á esa tan inmensa caridad! Pero ¡qué horror! más y más ingratos cada día, no cesan de renovar los horrores que sufristeis sobre el Calvario. Cada día despedazan ese divino Corazón que nos habéis dejado en ese Sacramento, para ser hasta el fin de los siglos nuestro Mediador y nuestra Víctima.

¡Oh Jesús! Vos preveíais bien esos ultrajes al tiempo mismo que instituíais ese adorable misterio; y sin embargo, por el grande amor que nos teníais, permanecíais voluntariamente expuesto en él para ser ultrajado de

nuevo. ¿Qué menos podíais esperar vos, que un vivo y eterno reconocimiento? Mas ¡ay de mí! los más sangrientos ultrajes que recibís en ese adorable Sacramento ¿por ventura no os vienen de parte de nosotros? No parece sino que vuestros mismos hijos se han puesto de acuerdo con vuestros enemigos para renovar todos vuestros dolores. ¡Oh amor, ultrajado por los mismos que se llaman y se dicen vuestros adoradores y amigos! ¡Cómo quisiéramos nosotros tener lágrimas de sangre para llorar amargamente tan horrible ingratitud! Jesús adorable, aceptad con nuestros corazones, quebrantados de dolor, las oraciones y buenas obras que de aquí en adelante hagamos, como otras tantas reparaciones, desagravios y continuos sacrificios á vuestro Divino Corazón. Pero todo cuanto nosotros podemos ofrecer, es nada en com-

paración de lo que vos merecéis y de lo que quisiéramos ofrecer. Uníos, pues, á nosotros, inteligencias celestes, santos del cielo, justos de la tierra, y vos, sobre todo, augusta Madre de Dios, única capaz de honrar dignamente el Corazón de vuestro divino Hijo, uníos á nosotros para que podamos ofrecerle los homenajes y reparaciones dignas de su infinito amor. ¡Ah, Señor! Detenga hoy día vuestra misericordia sensible á nuestras lágrimas el brazo levantado de vuestra justicia. Escuchad, Señor, nuestros clamores; manifestáos sensible á nuestras desgracias, acábense y no vuelvan más. Abridnos vuestro Corazón, aceptad los nuestros; nosotros os los consagramos. ¡Oh divino Mediador! Reconciliadnos con vuestro Padre, y haced que experimentemos vuestras misericordias. Unidos todos de corazón y espíritu, os decimos con el más

puro y verdadero amor, y lo repetiremos incesantemente: ¡Oh Corazón Sagrado de Jesús! que las criaturas todas os conozcan, os amen y os adoren en todo el universo, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

NOTA.—No se extrañe que estos desagravios se multipliquen: son los actos más propios para la Expiación. Son los más agradables á Jesús Sacramentado. Estos actos hacían las delicias de la devoción al Sacramento, de la bienaventurada Margarita Alacoque: los repetía con tanta frecuencia, los hacía con tanto afecto y compasión, que mereció la revelación de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, y el ser elegida para establecerla y propagarla en la Iglesia.

Como revisten el carácter de actos expiatorios, tomamos los siguientes del mismo libro del ya citado Padre Lascano para visitar al Smo. Sacramento en la Adoración perpetua.

VISITA.—PREPARACION.

SÚPLICA.

¡Cuán amables son, oh Jesús mío, vuestros Tabernáculos! Mi alma desfallece y se consume en deseos de vivir con vos eternamente. Mi corazón y mi carne saltan de alegría delante de vos, y aun me parece que vos mismo me convidáis á que venga á descansar junto á vos. ¡Ah, y cuán grande es la necesidad que tengo de ello! Yo me siento rendido, descaecido y sediento de esas aguas vivas de la gracia, como el ciervo herido y fatigado desea hallar una fuente para apagar en sus cristalinas aguas la sed que le abrasa y devora. ¿Dónde hallaré la tranquilidad y reposo de que tanto necesita mi pobre alma, sino á los piés de vuestros sagrados altares? ¡Felices, mil veces felices los que habitan en vuestro Santo Templo; aquí hallan el más dulce asilo, y vos

puro y verdadero amor, y lo repetiremos incesantemente: ¡Oh Corazón Sagrado de Jesús! que las criaturas todas os conozcan, os amen y os adoren en todo el universo, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

NOTA.—No se extrañe que estos desagravios se multipliquen: son los actos más propios para la Expiación. Son los más agradables á Jesús Sacramentado. Estos actos hacían las delicias de la devoción al Sacramento, de la bienaventurada Margarita Alacoque: los repetía con tanta frecuencia, los hacía con tanto afecto y compasión, que mereció la revelación de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, y el ser elegida para establecerla y propagarla en la Iglesia.

Como revisten el carácter de actos expiatorios, tomamos los siguientes del mismo libro del ya citado Padre Lascano para visitar al Smo. Sacramento en la Adoración perpetua.

VISITA.—PREPARACION.

SÚPLICA.

¡Cuán amables son, oh Jesús mío, vuestros Tabernáculos! Mi alma desfallece y se consume en deseos de vivir con vos eternamente. Mi corazón y mi carne saltan de alegría delante de vos, y aun me parece que vos mismo me convidáis á que venga á descansar junto á vos. ¡Ah, y cuán grande es la necesidad que tengo de ello! Yo me siento rendido, descaecido y sediento de esas aguas vivas de la gracia, como el ciervo herido y fatigado desea hallar una fuente para apagar en sus cristalinas aguas la sed que le abrasa y devora. ¿Dónde hallaré la tranquilidad y reposo de que tanto necesita mi pobre alma, sino á los piés de vuestros sagrados altares? ¡Felices, mil veces felices los que habitan en vuestro Santo Templo; aquí hallan el más dulce asilo, y vos

llenáis sus almas de una unción divina. Siento nacer en mi corazón un deseo ardiente de amaros, y probar esos transportes sagrados que se apoderan de vuestros fieles siervos al acercarse al Santuario. Creo, oh amado Jesús mío! que vos estáis real y verdaderamente en ese Tabernáculo: pero, ¿quién podrá explicar los prodigios que allí obráis? Yo no veo sino un compendio de todos vuestros misterios, y que el milagro de vuestro amor por nosotros, es el que os ha puesto sobre los altares. ¡Oh amor infinito! venid, venid á abrazar mi corazón, cambiad mi flaqueza en fortaleza, y mi tibieza en un fervor constante y generoso. Haced, oh mi amado Jesús! que yo me inmole incesantemente, con el fin de agradaros, y daros una prueba de mi reconocimiento y amor. ¡De cuántas acciones de gracias no os soy deudor! Cada uno de

mis días está señalado por un nuevo favor. Todo cuanto tengo, todo cuanto soy, es obra de la ternura que me manifestáis. Vos me enriquecéis con vuestros bienes á pesar del abuso que hago continuamente de ellos. Me parece que cuanto más ingrato he sido con vos, os habéis manifestado otro tanto misericordioso conmigo. ¡Oh bondad incomprendible de mi amado Jesús! Yo no cesaré de cantar públicamente vuestras alabanzas y celebrar vuestros beneficios.

#### OTRA SUPLICA.

¡Cuánto me complazco, oh mi adorable Salvador, de veros así expuesto á la veneración de vuestros queridos hijos, para colmarlos de vuestros insignes favores! Permitid, que á fin de entrar en los designios de vuestra misericordia, os rinda mis más profundos homenajes: ¿qué respeto,

qué adoraciones no exige de mí la presencia de vuestra Majestad infinita? ¿Qué reconocimiento, qué amor, qué asistencia tan continua no me impone esa admirable condescendencia vuestra? Por eso os consagro con toda la efusión de mi alma mi ser y mi vida, y os ofrezco todo cuanto tengo, como al padre más tierno y amoroso que jamás haya existido.

¡Ah! que mi memoria no me recuerde sino vuestros beneficios; que nada tenga tan presente mi entendimiento como ese pensamiento de vuestras perfecciones infinitas; que mi corazón no pruebe otros sentimientos que los de vuestro amor, y que todo mi cuerpo, á su manera, trabaje para vuestra gloria, y se consuma en vuestro santo servicio

¡Cuán sensible me es no poder reparar dignamente todos los ultrajes que recibís en la sa-

grada Eucaristía, de la incredulidad de los impíos y herejes, de la irreverencia de los católicos perversos, de la insensibilidad y frialdad de una gran parte de vuestros hijos! ¡Cómo quisiera que mis adoraciones, á semejanza de las de los ángeles, no fueren jamás interrumpidas! ¡Ah! al menos vendré cada día á contemplar las riquezas de vuestro amor, y os ofreceré mis respetos y adoraciones; dejaré depositados mis afectos al pie de vuestros altares, cuando vuestra voluntad me llamare á otra parte: consideraré como un deber mío practicar las virtudes, de que me ofrecéis el más perfecto modelo; uniré mi intención á la de vuestros fervorosos hijos; y mientras los ángeles cantan continuamente al pie de vuestro trono: *Santo, Santo, Santo es el Dios de Israel*, no cesaré yo de hacer que suenen por todas partes estas palabras: Sea eternamente ala-

bado el Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

SENTIMIENTOS AFECTUOSOS.

Corazón Sagrado de Jesús, vos sois la obra grande de las manos de Dios Padre, el prodigio de su bondad, de su sabiduría y de su poder; vos me amais con un amor eterno é infinito; vos os habéis entregado á toda suerte de angustias para alcanzarme el precioso tributo de hijo de Dios; vos solo ofrecéis al Altísimo los homenajes dignos de su Majestad; vos sois el santuario de todos los dones del cielo, el trono sublime de todas las virtudes, y la sola Víctima capaz de aplacar la Justicia divina que tantas veces he provocado con mis culpas: yo me anonado en vuestra presencia adorable. ¡Oh Jesús! esta excelencia de vuestro Corazón hubiera podido ser conocida en los siglos precedentes; pe-

ro por un efecto de vuestra inefable caridad, teníais reservado para los posteriores tiempos un favor tan singular, á fin de excitar nuestros corazones tan fríos y tan indiferentes respecto del mismo Dios, y para ofrecernos un poderoso socorro en las desgracias que han descargado sobre la tierra. Bendito seais para siempre por tan grande misericordia. ¡Oh! ¡qué no tenga yo las alas de una paloma para volar hacia todos los lugares en que vos residís en el Santísimo Sacramento, y ahí adoraros, contemplar vuestra belleza infinita y abrasarme de ese amor que os conmueve! ¡Oh mi amado Jesús! yo os adoro al menos en espíritu; pero conociendo que las afecciones de mi corazón no son dignas de vos, os ofrezco las adoraciones y alabanzas que os rendirán eternamente los ángeles y santos; os ofrezco los homenajes que os rinde el Cora-

zón inmaculado de vuestra Santísima Madre, única capaz de honraros y alabaros dignamente.

*Hágase una reparación de los ultrajes hechos hasta aquí al Sagrado Corazón; acordémonos y pensemos en los que nosotros mismos le hemos hecho.*

Adorable Corazón de Jesús, yo me prosterno y anonado en vuestra divina presencia con el fin de reparar las irreverencias é impiedades cometidas por las criaturas criminales contra el Sacramento de vuestro amor. Aquí me tenéis, ¡oh divino Jesús mío! con un corazón contrito de dolor, pronto á recibir de vuestra mano todo cuanto ordenare vuestra justicia: inmolad, sí, inmolad, esta vuestra víctima, pero no os olvidéis que cuando vuestro Corazón cargó sobre sí todo el peso de nuestros pecados, su aflicción le acompañó hasta la muerte, y no se le oye-

ron otras palabras y clamores, que fuertes gritos de misericordia. No permitáis, pues, mi soberano Señor, que vuestros padecimientos y vuestra Sangre se inutilicen en mí: perdón, Dios mío, perdón por mis enormes ingratitudes. Comunicad toda la eficacia á la resolución que hago delante de vos, de aplicarme incesantemente á imitar vuestras virtudes. Sed, ¡oh Jesús mío! mi asilo en las tentaciones, mi defensa en la guerra que debo declarar y continuar contra mis perversas inclinaciones; no quiero respirar sino por vos, y para vos; no espero sino en vos, y suspiro con todo el anhelo de mi corazón el que á la hora de mi muerte os dignéis admitirme en vuestra mansión eterna.



*Demos gracias por todas cuantas veces le hemos recibido en la Santa Comunión.*

Vos os habéis entregado todo á mí, ¡oh amado Jesús! en la Santa Comunión: ¿qué podré yo daros por un beneficio superior á todo reconocimiento? Vos queréis que os entregue mi corazón: ¡oh! ¡cuán dulce es para mí, Dios mío, el haceros semejante ofrenda! Aquí le tenéis, mi amable Jesús, ese corazón tan lleno de miserias; yo lo pongo enfrente del vuestro; heridle, heridle, Dios mío, con las flechas de vuestro divino amor, producid en él ese vivísimo incendio que le devore y consuma; ensanchadle, para que reciba con más abundancia las fuertes y suaves impresiones de vuestra caridad, y siendo cada día más fervoso os rinda amor por amor.

*Ofrezcamos á Jesús á Dios su Padre, como el único objeto digno de honrarle, y como el único mediano que puede sustraernos de su justicia.*

Yo no tengo, ¡oh Dios mío! otra cosa que ofreceros de mi propio fondo, que un abismo de miserias y de pecados; pero vos me habéis dado el Corazón de vuestro Hijo muy amado. Padre infinitamente bueno, yo os le ofrezco; no miréis, desde luego, mi nada, fijad únicamente vuestros ojos en el Corazón de Jesús. Yo soy una de esas ovejas que El buscó con tantas fatigas, y que llevó sobre sus espaldas al propio redil. Dios de Clemencia, por esa profunda herida que el amor que os tenía y me tuvo á mí, abrió en su Corazón, os pido me contéis en el número de vuestros escogidos.

*Todo cuanto pidiéreis a mi Padre en mi nombre, lo alcanzaréis.*

Dios de misericordia, yo os pido en nombre de mi amado Jesús, el penetrar hasta lo íntimo de su Corazón, á fin de que pueda ofreceros los homenajes que os debo, y la justa satisfacción que exige de mí. Encerrado en aquel divino Santuario, tengo valor para ofreceros todos los homenajes que os rinde vuestro Hijo único: con su amor yo os amo; con sus acciones de gracias, yo os doy las mías; con sus divinos labios os bendigo, y con sus padecimientos satisfago vuestra justicia. Eterno Dios, vos sois el todo, y yo soy la nada; pero unido al Corazón de vuestro Hijo divino, salgo de mi bajeza, dejo la tierra y me remonto hasta el cielo, y puesto al pié de vuestro trono os ofrezco las adoraciones, las alabanzas y el amor de todo un Dios.

¡Ah! ¡Ojalá pueda yo ofrecéros las por una eternidad!

*Pidamos á Dios que haga sean conocidas por todo el mundo las grandezas de su Santo Nombre, las riquezas del Corazón de Jesús.*

Dios mío y Criador mío, dáos á conocer, y seréis más amado: animad á vuestros ministros de aquel espíritu divino que descendió sobre los Apóstoles, á fin de que anuncien por toda la tierra la feliz noticia del conocimiento tuyo y de tu divino Hijo, y la de la santificación y salvación de las almas, y que por todas partes resuenen vuestras alabanzas. Sea en todos los lugares adorado el Corazón de vuestro Hijo, como el soberano de todos los corazones; él os pide hoy las naciones todas, para que sean su herencia. ¡Bendito sea sobre la tierra su amor por

nosotros, como se vé exaltado  
allá en los cielos.

### ACCION DE GRACIAS

PARA DESPUES DE LA VISITA.

Gracias os doy, ¡oh mi divino  
Jesús! por haberme sufrido en  
vuestra santa presencia, y os pi-  
do me perdonéis las faltas que  
he cometido durante este rato.  
Felices, Señor, los que moran en  
vuestra Casa: ojalá pudiera yo  
como ellos, habitar aquí conti-  
nuamente; pero deseo al menos  
permanecer en ella en espíritu,  
mediante una íntima unión que  
quiero formar con vos. Haced-  
me la gracia de conservar per-  
petuamente la memoria de vues-  
tras grandezas y bondades, que  
he meditado durante estos pre-  
ciosos momentos que he pasado  
á vuestros piés, y de que me si-

ga á donde quiera que vuestra  
voluntad me llame. Yo no me  
levanto de vuestros piés, no os  
dejo, oh Salvador mío, hasta que  
me déis vuestra bendición.....  
Derramadla sobre mí con abun-  
dancia, y con ella quedaré yo  
consagrado todo á vos. Amén.

### ORACION

#### DE LA B. MARGARITA MARIA

PARA LA SANTA MISA.

Permitid, oh Eterno Padre,  
que os ofrezca el Corazón de Je-  
sucristo, vuestro querido Hijo,  
como se ofreció él mismo á vos  
en sacrificio. Recibid, si os pla-  
ce, por mí esta ofrenda, y todos  
los deseos, sentimientos, afectos,  
movimientos y actos todos de  
ese Sagrado Corazón. Mios son  
todos ellos, puesto que se inmo-  
la por mí, y que no quiero tener

en adelante más deseos que los suyos. Aceptadlos en satisfacción de mis pecados y en acción de gracias por todos vuestros beneficios. Aceptadlos para concederme por sus méritos todas las gracias que necesite, y sobre todo la de la perseverancia final. Aceptadlos como otros tantos actos de amor, de adoración, de alabanzas que ofrezco á vuestra Divina Majestad, puesto que únicamente por él es honrado y glorificado. Amén.

—  
PRACTICAS EXPIATORIAS

PARA LA

Confesión y Sagrada Comunión.

Nos falta que decir algo sobre el espíritu de expiación que ha de acompañar y animar la recepción de estos Sacramentos.

LA CONFESION.

Entre las cualidades de la

confesión, dos de ellas principalmente simpatizan con la expiación y pueden elevarla poderosamente. La humildad y el dolor: cuando nos preparemos para la confesión y se le quiera dar el carácter propiamente expiatorio, humillémonos delante de Dios: humildad al examinar-nos; humildad al declarar nuestras culpas; humildad al aceptar la penitencia, y después al cumplirla. La humildad es la llave del cielo que nos han cerrado los pecados. La humillación es la que nos hace más semejantes con la divina víctima. Produce en nuestra alma estos dos sentimientos; reconocernos pecadores delante de Dios, y que por lo mismo tenemos necesidad de satisfacerlo y aplacarlo; y que Dios infinitamente bueno y misericordioso, se deja fácilmente aplacar. Según aquello de David (Salm. 50): *No despreciarás un corazón contrito y humillado.* ¿Que-

en adelante más deseos que los suyos. Aceptadlos en satisfacción de mis pecados y en acción de gracias por todos vuestros beneficios. Aceptadlos para concederme por sus méritos todas las gracias que necesite, y sobre todo la de la perseverancia final. Aceptadlos como otros tantos actos de amor, de adoración, de alabanzas que ofrezco á vuestra Divina Majestad, puesto que únicamente por él es honrado y glorificado. Amén.

—  
PRACTICAS EXPIATORIAS

PARA LA

Confesión y Sagrada Comunión.

Nos falta que decir algo sobre el espíritu de expiación que ha de acompañar y animar la recepción de estos Sacramentos.

LA CONFESION.

Entre las cualidades de la

confesión, dos de ellas principalmente simpatizan con la expiación y pueden elevarla poderosamente. La humildad y el dolor: cuando nos preparemos para la confesión y se le quiera dar el carácter propiamente expiatorio, humillémonos delante de Dios: humildad al examinar-nos; humildad al declarar nuestras culpas; humildad al aceptar la penitencia, y después al cumplirla. La humildad es la llave del cielo que nos han cerrado los pecados. La humillación es la que nos hace más semejantes con la divina víctima. Produce en nuestra alma estos dos sentimientos; reconocernos pecadores delante de Dios, y que por lo mismo tenemos necesidad de satisfacerlo y aplacarlo; y que Dios infinitamente bueno y misericordioso, se deja fácilmente aplacar. Según aquello de David (Salm. 50): *No despreciarás un corazón contrito y humillado.* ¿Que-

réis exitaros á contrición? Sacad los motivos de parte de Dios ofendido. S. Bernardo dice, [16 super Cantic.] Acuérdate que es Dios al que has ultrajado; Dios tu Criador, tu Bienhechor, tu Padre; Dios, tu soberano dueño: te has hecho culpable y criminal por razón de todos estos títulos que tiene con respecto á tí, *ad omnia reus es*. Son, pues, todos esos títulos los que deben servir de motivos á tu dolor; *plange per singula*.

Un Santo Obispo de Amiens, persuadido de que la contrición es un dón de Dios; después de hacer fervorosas oraciones para obtenerla de la bondad divina, hacía tres grandes estaciones ó paradas. La primera en el infierno que se merece por el pecado mortal; con el objeto de excitar en su alma un vivo temor de los juicios y castigos de Dios. En seguida se remontaba á la mansión de la gloria; dolíase de que el pe-

cado le hubiese cerrado sus puertas. Esta segunda estación, le servía para abrir su corazón á una dulce confianza en la misericordia del Señor.

En fin, para excitarse á un tierno amor hácia Dios, trasladábase con la imaginación al Calvario, y allí fijando su vista con atención y ternura en la divina Víctima que expiaba los pecados del mundo, se decía á sí mismo: "He aquí mi obra, yo soy la causa de los dolores y humillaciones que mi Salvador ha sufrido; yo he cooperado con mis pecados, junto con los otros pecadores, á cubrir de llagas el Cuerpo de un Hombre-Dios, á crucificarle, á darle la muerte. ¡Oh Jesús! ¿qué mal me habéis hecho? ¿cómo he podido yo trataros así, á Vos que me habéis amado hasta el exceso, á Vos, á quien debería yo amar con un amor infini'o?"..... ¿Qué frutos tan saludables no sacaríamos de

nuestras confesiones, qué progresos no haríamos en los caminos de Dios, si siguiésemos el método de aquel virtuoso Prelado, en el cual hallamos á la vez los motivos de contrición y los medios de excitarnos á ella?

La confesión, pues, será verdaderamente expiatoria si es humilde y dolorosa. Puede confirmarse esto con dos notables ejemplos, que á la vez sirven de modelo.

El de David, que al ver á la peste arrebatarse setenta mil hombres de sus vasallos, se humilla delante de Dios, y lleno de dolor le dice: "Yo soy el que he pecado, yo he obrado inícuamente: ¿qué han hecho éstos, que son las ovejas? vuélvase, te ruego, tu mano contra mí, y contra la casa de mi padre." 2.º Reg. 24, 17. He aquí una confesión verdaderamente expiatoria, basada en la humillación y en el dolor.

El otro ejemplo es el de María Magdalena, humillada á los pies de Jesucristo en casa de Simón el Fariseo; la cual, con un profundo dolor nacido del más grande y generoso amor, ofrece aquella verdadera y solemne expiación por sus culpas pasadas: al grado de merecer estas consoladoras palabras: "Se le han perdonado muchos pecados, porque ha amado mucho." [S. Lucas, cap. 7.º]

COMUNION. — PRACTICA  
EXPIATORIA.

La Sagrada Comunión es el acto que más aproxima á nosotros la divina Víctima. Cuando Jesucristo instituyó la santísima Eucaristía, quiso que fuera para hacer una continua memoria de su muerte: bien claro lo expresan sus divinas palabras: "Este Cuerpo que será entregado por vosotros; esta Sangre que

será derramada por vosotros.” Y San Pablo, [Corint. 1.<sup>a</sup>, 11] nos dice: “Todas las veces que comiéreis este pan, y bebiéreis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta su segunda venida.” Es decir, recordaréis de una manera especial la muerte del Señor. A este propósito dice Teofilacto: “Cuando recibís la Eucaristía, debéis estar poseídos de tal afecto, como si estuviérais presentes en la noche de la Cena; y como si recibierais del mismo Cristo el sagrado Pan: porque es la misma cena á la cual estuvieron presentes los Apóstoles, y anunciamos la misma muerte á que Cristo se aproximaba.”

“Es de notar, dice A. Lapide, que Cristo manda que se anuncie su muerte cuando comulgamos, de preferencia á otros hechos de su vida; porque con su muerte se consumó su testamento, su última voluntad, nuestra

redención y su grande amor para con nosotros, por el cual sufrió la muerte: y de todo esto es la Sagrada Eucaristía un recuerdo perpetuo.” Y S. Basilio: “anunciamos la muerte del Señor, cuando morimos al pecado y vivimos para Cristo; ó cuando el mundo está crucificado para nosotros y nosotros para el mundo.”

Además, el Apóstol [ad Philip 2, 5], nos exhorta á que procuremos sentir con el afecto lo mismo que Cristo sintió por nosotros desde su Encarnación hasta su muerte. ¿Cuáles serían los sentimientos del Salvador divino, en el momento de su sacrificio en la Cruz?... Sentimientos dignos y propios de una víctima divina é infinita, que puesta en lugar de todo el género humano, ella sola puede comprender:—la gravedad del pecado—la desgracia del hombre caído, la terribilidad de la Justicia divina y

de sus castigos—la necesidad de la satisfacción y expiación que solo él, únicamente él, podía ofrecer al Padre plena y superabundante. Y así, para cumplir esta necesaria y grande expiación, viene, desde el huerto de Getsemaní, sufriendo en su cuerpo sacratísimo, bofetadas, salivas, azotes, coronación de espigas, crucifixión y toda clase de atropellos, y en su alma y en su amorosísimo Corazón, ¡oh! la vergüenza, la confusión, las burlas y el escarnio, la infamia, la ignominia, la deshonra, la ingratitude. ¡Ah! la ingratitude de un pueblo á quien había amado y colmado de beneficios.

Estos fueron los sentimientos de la divina Víctima; primero en la Cruz, actualmente en el Altar. Mas la Cruz y el Altar, objetos los más sagrados y los más próximos á la divina Víctima, son instrumentos puramente materiales, en ambos sacrifi-

cios; sin entendimiento y sin voluntad, no han sido capaces de sentir lo que sintió la divina Víctima. Y aun cuando esta divina Víctima, al realizar el sacrificio cruento de la Cruz, no necesitó compañía alguna, según este vaticinio [Isai. 63, 3]: "*Torcular calcavi solus*. El lagar pisé yo solo, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo," sin embargo, al instituir el sacrificio incruento del altar, conmemorativo de aquel de la Cruz, no quiso el segundo Adán estar solo, sino que se busca y elije una compañera con quien compartir los sentimientos de su grande y divina Expiación.

Esta compañera es el alma fiel que le recibe en la Comunión para anunciar la muerte del Señor, y que debe sentir lo que sintió la divina Víctima al sacrificarse en la Cruz. "*Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu*. Participad en vosotros de

los mismos sentimientos de Cristo Jesús." ¡Qué dicha para el alma que comulga! ¡qué obligación de corresponder á esta elección! No olvidéis jamás este pensamiento al comulgar. Así, pues, como la Cruz recibió á Jesucristo y lo sostuvo tres horas mortales, el alma que comulga debe extender los brazos de su entendimiento y de su voluntad para recibir á la divina Víctima y sostenerla durante los breves momentos que reside en su pecho, Pero siendo el alma una cruz viva, animada é inteligente, capaz de sentir, debe participar de los mismos pensamientos y sentimientos que la divina Víctima, durante su grande y solemne expiación. "*Hoc enim sentite in vobis.*" ¿Qué sentiría la Madre del Redentor al pie de la Cruz, y cuando recibió el Cuerpo Santísimo de su divino Hijo, en sus virginales brazos, al bajarlo de la Cruz? ..... Esto

conviene recordar y procurar de algún modo sentir.

¡Oh Mujer fuerte, Reina de los Mártires, Corredentora y Madre de los hombres! concéde-me que yo participe de tu dolor y que logre sentir lo que tú sentiste al asistir llena de fortaleza y de generosidad al Sacrificio de la Cruz, siempre que yo tenga la dicha de recibir á la divina Víctima en la sagrada Comunión.

*De una manera semejante se puede hacer al asistir á la Santa Misa y á todo otro ejercicio piadoso, como el Viacrucis, dando á todo un carácter expiatorio; animándolo todo, y por decirlo así, obilgándolo todo, al espíritu de Expiación.*

O. A. M. D. G.

Se vende en la Im-  
prenta Guadalupeña,  
Calle del Correo Ma-  
yor núm. 6, al precio  
de 10 centavos ejem-  
plar.

## LA HORA DELICIOSA

A LOS PIES DE

# Jesús Sacramentado

FOR EL PERO.

Atenógenes Segale.

TERCERA EDICIÓN.

MEXICO

Librería Católica de José I. Gloria      Librería de la "Propaganda Católica"  
San José el Real No 21.      Escalerillas núm. 17.  
1899

Asegurada la propiedad.

Se vende en la Im-  
prenta Guadalupeña,  
Calle del Correo Ma-  
yor núm. 6, al precio  
de 10 centavos ejem-  
plar.

## LA HORA DELICIOSA

A LOS PIES DE

# Jesús Sacramentado

FOR EL PERO.

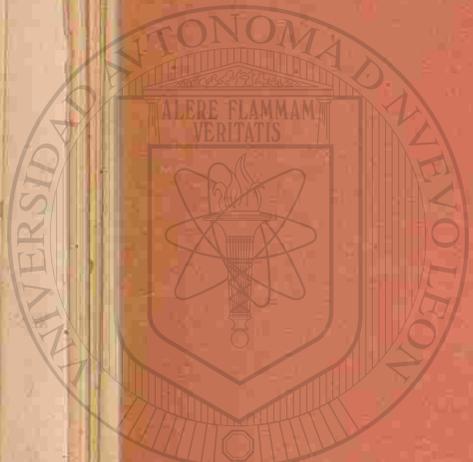
Atenógenes Segale.

TERCERA EDICIÓN.

MEXICO

Librería Católica de José I. Gloria      Librería de la "Propaganda Católica"  
San José el Real No 21.      Escalerillas núm. 17.  
1899

Asegurada la propiedad.



**LA HORA DELICIOSA**

Á LOS PIÉS DE

**JESUS SACRAMENTADO.**

Meditaciones escritas  
sobre el plan de las que escribió en francés el  
P. DOUBLET con este título

POR EL

VRRO. ATENÓGENES EGALE.

TERCERA EDICION

AUMENTADA CON

**Las Flechas de Oro**



MEXICO

Librería Católica de  
José I. Gloria,  
San José el Real núm. 21.

Librería de la  
"Propaganda Católica"  
Escalerillas núm. 17.

1899

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SECRETARIA

DEL

Arzobispado de México.

—[1]—

*Aprobación del Ilustrísimo Sr. Dr. D. Próspero María Alarcón, á la obrita titulada "La Hora Deliciosa á los piés de Jesús Sacramentado."*

El Illmo. Sr. Arzobispo, Administrador de la Diócesis de Cuernavaca, se ha servido conceder su superior licencia para que se imprima el manuscrito titulado "La Hora Deliciosa."

Lo que comunico á vd. para su inteligencia, y le protesto mi consideración.

Dios guarde á V. muchos años. México, Noviembre 21 de 1893.

JESUS OCHOA. ®



LA PROPIEDAD DE ESTA OBRA

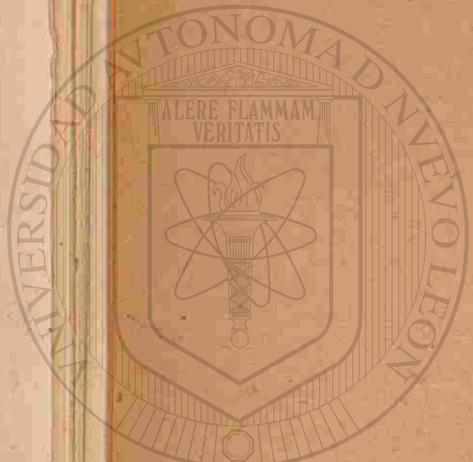
ESTÁ ASEGURADA CON ARREGLO Á LA LEY.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sr. D. José I. Gloria.—Presente.

1. Cantar de los cantares, 1 y 6.



## ADVERTENCIA

No ES ESTE LIBRITO traducción de *L'Heure Délicieuse* de Doublet, ni siquiera extracto de ella. Conservé, porque así lo quiso el editor, el título de la obrita francesa y los de las meditaciones; tomé trocitos de aquella á veces y me aparté las más, con el fin loable de hacerla un poco más substancial que el original, y sobre todo para desiararla del subidísimo tinte de sentimentalismo, que es la nota característica de *L'Heure Délicieuse*. Probablemente no habré andado con acierto en esos cambios; más quedo contento con haber hecho cuanto estaba en mis débiles fuerzas porque este librito fuera algo útil y sabroso á paladares educados con la robusta y sana leche de la piedad española.

*A. Segala.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



## I

## ESPERANDO A JESUCRISTO

## MEDITACION

DIME, AMADO DE MI ALMA, ¿DÓNDE APACIENTAS TU GREY, DÓNDE SESTEAS? (1)



¿E AQUÍ, Señor, á tu pobre-  
cilla oveja hambrienta y ne-  
cesitada de sustento. Yo soy tu infe-  
liz oveja extraviada y errante, que  
necesita reposo. ¿A qué criaturas no  
ha pedido mi alma un alimento imposi-  
ble ó que sólo produce dolorosa sa-  
ciiedad? ¿Por qué sendas no he erra-  
do y qué torcidos caminos no cono-  
cen mis huellas? En ninguna parte,  
Señor, en ninguna parte lejos de tí  
he logrado substancia que me llene

1. Cantar de los cantares, 1 y 6.

ni camino seguro y derecho que me conduzca á la paz. Llamé á la puerta de las amistades terrenas, y me apartaba de allí con el corazón estrellado, sintiendo de veras que *todo hombre es falso y mentiroso* (1). Cogí las rosas de los placeres mundanos y dije: "Coronémonos de rosas, no se nos vaya de entre las manos la flor de la primavera" (2). Y de nada sirvió, porque traigo el corazón vacío y el alma apesadumbrada y sigo buscando rosas de placeres menos caducos que los primeros, entre las ruinas (porque ruina es todo lo de acá abajo), y entre los escombros nunca se dan las rosas. *Todo es vanidad y pura vanidad*. Si confío en la fortuna, me engaña á lo mejor; si ambiciono honores, más me atraviesan de espigas que me acarician con triunfos y coronas; si me arrojo al torbellino de la disipación, hállome bien pronto en espantosa y fría soledad; si huyo del dolor, él me asedia; si ahuyento á la tristeza, ésta fuerza todas las entradas de

1. Psalm. 115.

2. Sapient. 2.

mí alma; si llamo á los goces, me responden las lágrimas; si ando lejos de tí, buen Pastor, no consigo otra cosa que miseria y desazón y muerte.

¡Oh Dios mío! dime, pues, dónde apacientas y haces descansar á tu rebaño, que allá iré. Ya me parece oír que me respondes: "A la sombra del árbol frondoso de mi amor, al fuego de mi pecho, al resplandor de mi luz y en medio de mis inefables consolaciones." Sí, allá iré, Jesús mío, porque ya he probado por mí mismo que vivir sin Jesús es cruelísimo infierno, y vivir con El, delicioso Paraíso.

Los que viven según el mundo, Señor, los que te han olvidado ó no conocen el don de Dios, que largamente ofrecías á la pecadora junto al brocal del viejo pozo de Jacob, esos, Señor, se querellan grandemente de la infelicidad humana, padecen más que nadie, no tienen consuelos sino escasos y mezquinos, y vienen á parar en las aceradas garras de la desesperación, ó viven amenazados por las asquerosas fauces de hiena del astío. Y todo porque no saben ni se cuidan de saber dónde pastoreas con tus se-

lectos corderillos. ¡Dichoso yo que sé dónde es! En el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se encuentra tan apacible y repuesto lugarcillo. Allí, bajo esa blanca tienda donde quisiste velar perdurablemente, ¡oh Rey de las naciones! sobre el intranquilo campamento de los hijos de los hombres: allí está la paz y el gozo del espíritu, allí viven el amor verdadero y la amistad constante, allí reinan la vida y la abundancia. Iré, pues, allá, como el hijo pródigo bajo la encina, testigo de sus desdichas y sus remordimientos, puedo exclamar: "Me levantaré e iré á mi Padre."

## II.

Hablaré á mi Señor, le descubriré mi alma entera, le expondré mis aspiraciones y necesidades, al fin que él ha allanado el camino á mi confianza.

Mi alma, que se mira pecadora, ruín y miserable, al acercarse á Dios, no puede menos que reflexionar: "Oh Dios inmenso, vuestra majestad me conturba; Dios Terrible, vuestros re-

lámpagos y truenos me amedretan; Dios inaccesible, vuestra lejanía me infunde desaliento. *¡Quién me diera que fueses mi hermano, mi hermano desde el pecho de mi madre!* [1] Y tú, Verbo divino, para infundirme confianza, para acercarte á mí te hiciste carne, fuiste *el hermano primogénito entre muchos hermanos*, (2) te tornaste cautivo y humilde como yo, te vestiste figura de esclavo y te anonadaste. Velaste así tu majestad, el rayo está depuesto, tu grandeza cerca, muy cerca de mi nada.

Y no contento con esa largueza soberana, bajas todavía más para que esté más próximo á tí mi polvo y mi lepra: te conviertes en manjar y bebida. Al hacerte hombre, te humillabas infinitamente, por ver de redimirme y abrirme camino para el Padre celestial, descendías desde su gloria hasta el deshonor humano; para ver de sustentarme y darme fuerzas en ese camino te aprisionas en la Eucaristía. El amor más encendido á los

1. Cant. de los Cants.  
2. Rom. 8.

hombres, te trajo por esa escala de humillaciones hasta el ara de la Cruz y hasta nuestros altares y tabernáculos. Tú mismo me enseñas así la vereda secreta y segura por donde he de llegar al aprisco donde tú eres pasto eternamente saludable, y donde riје á las almas tu báculo cariñoso. El amor y la humillación son esa vereda. Yo me humillo. Señor; y ¿cómo no, si tengo presente lo poco que valgo, lo nada que sirvo, cómo ha corrido mi vida, yo siempre cayendo, tu siempre levantándome? Ya te amo Jesús. *Uévame en pos de tí, que corro atraído por el efluvio de tus fragantes esencias* (1).

El alma te pedía que la *sellases con el ósculo de tu santa boca* (2), con ese ósculo más excelente que ninguna otra prenda y señal de amor, el beso de tu gracia, á nada parecido, á nada comparable; y tú la diste una señal nueva de amor, desconocida y divina como inventada por los excesos generosísimos de tu corazón: te nos diste

1. Cant.
2. Ib.

á comer, te unes con nosotros de un modo más estrecho, trasfundes en el alma no sólo el aliento de tu divino Espíritu por aquel beso sagrado, sino que vienes á vivir en ella todo tú, tu carne y tu sangre, tu alma y tu Deidad. Ven, pues, Señor, brote en mi mismo corazón, riéguelo y fecúndelo el manantial de agua viva, la fuente de todo bien. Haz que se pueda decir de mí: "*El que se une al Señor es un solo Espíritu con él*" (1).

### III.

Alma mía, ¿qué te detiene? ¿Por qué esa tibieza, esas aprensiones, ese vacilar? Oye, un grito resuena, oye, el clamor que se levanta: "*El esposo se acerca*" (2).

Recoje pues tus alas y ve al encuentro de él que se te llega tan amorosamente: "*Señor ¿qué quieres que yo haga?*" (3) Ya parece responder: "*Sube, paloma mía y ven, pasó el invierno*"

1. I. Cor. 6.
2. Math. 25.
3. Act.

y Salvador: en Dios está mi salvación

no, alejose la lluvia y se ahuyentó, ya nuestra tierra está florida" (1).

Tal ha de ser mi preparación para ir á la sagrada Mesa: que haya pasado el invierno, cesado y alejado-se la lluvia, es decir, que el pecado mortal, la obscuridad, el frio de muerte, el nublado espeso, la esterilidad invernal del espíritu hayan pasado por el divino perdón; que no se acerque á la sagrada Cena, Judas con el ánimo henchido de negra perfidia, de glacial rebeldía y de estéril impetencia. Que se hayan retirado nublados y lluvias, esto es, que encienda el corazón su tibieza, que se serene con el desasimiento de las cosas de la tierra, que brille iluminada por el sereno día de Dios, florezca de amor á Jesucristo y se corone con el riquísimo ornamento de su sangre.

Mas ya el alma ha llorado y conseguido perdón de sus graves culpas; y si aún no despierta por completo de su tibieza, si aún no se desaficiona de las criaturas por completo, si no ha trabajado hasta aquí tan laboriosa co-

1. Cant.

mo debiera en cultivar las cristianas virtudes y hacerlas florecer, ya aplica el fuego del amor divino al hielo de su indiferencia, ya esfuerzos hace por esligarse de los mezquinos afectos del mundo, y prométese trabajar sin descanso hasta no verse florida de exquisita virtud. Ayúdala, Señor, *aquél á quien amas está enfermo* (1). *Jesús, hijo de David, ten piedad de mí.* (2). No me arredra ni me impele á alejarme de tí el sentirme tributario del desfallecimiento y la fragilidad propias á mi naturaleza caída, porque bien sé que *los enfermos son los más necesitados de medicina.* Y creo escucharte que me dices: "Enfermo, ven á tú Salvador; consumido de hambre y sed, acércate á la fuente de vida; pobre, preséntate al Rey del Cielo; esclavo, llégate á tú dueño; criatura, aproxímate á tu Hacedor; desolado, acude á tu tierno consolador" (3).

Pero ¿qué haré en esos días tristes y oscuros, de aridez interior, en que

1. S. Juan.
2. Maht. 15,
3. Imit. de Cristo.

y Salvador: en Dios está mi salvación

no me siento atraído á la Sagrada Eucaristía, sino antes bien, con desgano y desabrimiento? ¿Qué haré cuando mi alma parece *tierra desierta sin senderos, ni veneros de agua?* (1). Es entonces la hora de prueba, y ese aparente abandono del Señor, la piedra de toque en que él propónese ver si resplandecen trazos de oro de mi valor y constancia, ó sólo se descubren opacas y destenidas señales de mi débil y desmedrada piedad. En esas horas debo llenarme de ánimo y buscar á Dios, que por probarme se esconde, buscarle por todas partes y no parar ni tomar alimento hasta haberle hallado. De esa suerte, la Esposa del *Cántico* buscaba en la noche á su Esposo, recorriéndolo todo, calles y plazas, encrucijadas y arrabales. No me desaliente el no sentir contento de corazón ni fuego en la fantasía, que entonces quizá sin celajes de sentimentalismo luce Dios á mi espíritu con más esplendor y de modo más interior y perfecto.

1. Psal. 62.

## ASPIRACIONES.

(Salmo 62.)

Dios, Dios mío, desde el alba estoy en vela esperándote. Mi alma tiene sed de tí y de muchos modos está sedienta de tí mi carne. En tierra yerma, sin camino y sin agua te me presenté como en el santuario para ver tu poder y tu gloria. Mis labios te alabarán porque tu misericordia es mejor que la vida. Te bendeciré, pues, en mi vida y en tu nombre levantaré mis manos. Me sentiré harto y lleno de substancia; y mi boca te alabará con labios regocijados. Si me he acordado de tí en el reposo de mi lecho, ¿cuánto más en las horas matinales pensaré en tí, porque ha sido mi auxiliador! A la sombra de tus alas me llenaré de júbilo; mi alma se arrimó á tí y tu diestra la acogió. Ellos me buscaron en balde y descenderán á lo más bajo de la tierra, caerán en manos de espada y vendrán á ser pasto de raposas. Mas tú, alma mía, estate sumisa á Dios, porque de él es mi paciencia; no emigraré de su lado porque él es mi Dios y Salvador: en Dios está mi salvación

y mi gloria, mi ayuda y mi esperanza está en Dios. Espera en él, muchedumbre del pueblo; derramad en su presencia vuestros corazones, que él es nuestro eterno auxiliador. En verdad vanos son los hijos de los hombres, y tan ligeros que no harían contrapeso á la misma vanidad. No hay que fundar esperanzas en la iniquidad, ni codiciar rapiñas; si afluyen las riquezas no apaguemos á su corriente nuestro corazón. Una vez habló Dios y oí estas dos cosas: que el poder es de Dios, y que tuya, Señor, es la misericordia, y darás á cada uno el retorno según sus obras.

## LECTURA.

(De San Ambrosio.)

Este pan que veis, antes de la consagración no es sino pan, mas apenas son pronunciadas las palabras de la consagración, el pan se convierte en carne de Jesucristo. ¿Cómo ese pan ha podido volverse cuerpo de Jesucristo? Por la consagración. ¿Cuál es la palabra de la consagración y quién la pronuncia? Nuestro Señor. Atended bien y seguid todas las acciones de la Misa: hasta la consagración no hay

otra cosa que loores á Dios, oraciones por el pueblo, por los reyes, por el mundo entero! llegado el momento del santo sacrificio, el sacerdote no emplea palabras suyas, es la palabra de Jesucristo la que todo lo hace. Y ¿qué es la palabra de Jesucristo? Es la palabra que ha criado el mundo. Dios pronunció una palabra y el cielo fué criado, una palabra y la tierra surgió de la nada, una palabra y los océanos buscaron sus lechos. El Señor ha dicho y el Universo ha sido hecho. He aquí el poder de la palabra de Jesucristo. Y si tal es su virtud, que por ella lo que no era pasa á ser, ¿cuánto más fácilmente podrá hacer que una substancia ya criada se cambie en otra substancia! El cielo no era, los océanos no eran, la tierra tampoco era; escuchad: "El dijo una palabra y todo fué hecho; El mandó y todo fué criado." Antes de la consagración el cuerpo de Jesucristo no estaba sobre el ara: después de la consagración este cuerpo sagrado está allí real y verdaderamente. Ah! es que "El ha dicho y todo ha sido hecho, El ha mandado y todo ha sido criado."

## II

## LA POSESION DE JESUCRISTO.

## MEDITACION

HE ENCONTRADO AL QUE AMA MI ALMA: LE TENGO Y NO LE DEJARÉ IR, (1)

¿Qué te queda por hacer, alma cien veces dichosa, sino contemplar tu tesoro y recontar las indecibles riquezas de que eres poseedora? *En él se encierran todos los tesoros*, y así al dársete Dios, te ha regalado de un golpe cuanto hay que dar, Jesucristo es tu grandeza, porque es *más alto que los cielos*; es tu inenarrable riqueza, pues que es *heredero del universo*; es tu excelsitud, ya que es *esplendor de la gloria y figura de la substancia del Padre*; es tu fuerza porque El *sostiene todas las cosas con una palabra de su poder*; es, en fin, tu consue-

1 Cant.

lo, porque le plugo ser el pan que contiene en sí toda delicia.

## I

¿Tú vuelves de la Sagrada Mesa? Alma, ¡qué transformación se ha obrado en tí! ¡qué esplendor el tuyo! ¡qué belleza! ¡qué lampo de luz extraña te circunda! ¡qué inefables encantos! Cielo y tierra te contemplan con asombro. Los ángeles no reconocen ya bajo tan divinos rasgos al flaco y cautivo habitador del destierro. En efusión y transportes de gozō prorumpen en estas voces: *¿Quién es la que sube del desierto nadando en delicias, apoyada sobre el hombro del amado?* Dios te mira, y en tí extasiase; tú eres su hija por que el que está contigo su hijo es, y en El pone sus complacencias.

Si ese lenguaje divino nos pasma de admiración, busquemos en otro misterio su magnífica clave. La Eucaristía consuma la grande obra de la gracia. ¿Qué hace en nosotros la gracia? Revístenos de Jesucristo, nos transfigura en él, nos une á él con tanta estrechez, que venimos á ser un sólo

de tantos naufragios, y salvo de ellos

cuerpo, un solo hombre nuevo con él. ¡Qué unión! ¿Buscaremos comparaciones descoloridas en las cosas de la tierra para ensalzár la intimidad de esa unión? Agótanlas piadosos escritores y términos de semejanza hallan por todas partes: ora es el hierro sacado de la fragua, todo encendido, hecho ascua y refulgente; ora la gota de agua mezclada y perdida en el vino; ya el limpio cristal herido por un rayo de sol, penetrado de su brillo y trocado en sol templador y chispeante. Mas dejemos las pequeñeces terrenas y volemós á buscar en los abismos de la Divinidad la única comparación digna de tan inenarrable misterio. ¿No ha dicho Jesucristo: *Como yo vivo por mi Padre, así el que me come vive por mí?* Es, pues, la unión del Padre con el Hijo la que me da idea de la unión que por la Eucaristía contrajo con Jesucristo: "*Vivo, pero no yo; Jesucristo vive en mí*" Vivo de su vida, respiro de su soplo, su sangre corre por mis venas, [si vale así decir], su santidad me reviste, su grandeza me eleva, su hermosura me transforma. ¡Oh Padre celestial! mi-

1 Cant.

rad reflejada en mí vuestra imagen, la faz de vuestro Cristo.

## II

Augusto Sacramento, tú eres mi sostén y fuerza. El Profeta entreveía, sin duda, este nuevo beneficio cuando cantaba: *¡Oh Dios! me has dado mesa contra todos los que me asechan y persiguen.* Y ¿cuáles son los perseguidores de mi alma? ¡Cuán numerosos, qué potentes, qué encarnizados! Mis inclinaciones torcidas y mis culpas pasadas: si repaso mis antiguos años, reconozco al punto esos monstruos en las huellas de devastación y ruinas que aquí y allá han amontonado. Rey de este imperio desolado remueve los escombros, llora sobre ellos y reedifica. Tú has dicho: *El que comiere de este Pan vivirá.* Si la muerte habita aún en mi alma, si al entrar tú la encuentras en los repliegues de mi espíritu, llama á Lázaro de los horrores del sepulcro. Hostia de expiación, á tí me confío ante el rostro de la justicia divina. Hostia sarta, expia por mí, y el Eterno Padre con-

de tantos naufragios, y salvo de ellos

dóneme la deuda, pues que tan valiosa caución responde por mí.

Pero no sólo me asegures de lo pasado, también garantízame el porvenir. Tórname tan robusto que no pueda abatirme la tentación ni el pecado desvanecerme; una pobre enferma se deslizó un día entre la multitud, acercóse anhelante y tocó furtivamente la orla de tu vestidura, diciendo parasi: "Si toco siquiera la fimbria de su túnica, sanaré," y al panto fué sana. Pues ¿no he de sanar yo de enfermedades del alma si toco, no vuestro ropaje solamente, sino vuestra Carne? ¡Oh Carne del Verbo anonadado, Carne de Dios empobrecido y crucificado! sáname de mi triple llaga, la concupiscencia de la carne que me subyuga; la concupiscencia de los ojos que me echa fuera de mí y me debilita; la soberbia de la vida que me hincha y desordena.

¡Oh Jesús! terrible á los demonios, que gritan al aproximarnos: *¿Vienes á perderlos?* que huyan ellos, que huyan despavoridos al entrar tú en mi alma, que huyan á tu presencia, que los amedrenta y confunde. Como se

deshace el humo, como se derrite la cera junto á la llama, así ellos ante tí. Y así vendrás á ser único y dueño y monarca de mi ser. Restablece tu imperio, por extranjera mano avasallado, repara lo que criaste para palacio tuyo. Lo desmantelado, compuesto quedará al instante, lo afeado, se cubrirá de rico ornato, lo seco reverdecerá al arrimo de tu poder. El árbol de la fe levantará en mi alma sus ramos pomposísimos á los cielos, la esperanza exhalará más suaves esencias y la caridad traerá copia de frutos en sazón. A la vista de Dios anonadado se educará la humildad. Ante la sangre místicamente derramada la mortificación recobrará su vigor. Y al amparo de tan dulce amigo la piedad se inflamará más y más.

## III

SEÑOR, QUÉDATE CON NOSOTROS PORQUE YA ATARDECE. (1)

Señor, ya veo que descienden las sombras y amenazan caer sobre mi

1. Jo.

alma; después de los raudales de luz que contigo ha recibido mi espíritu, temo, Señor, la noche del mundo, que en otro tiempo me ha envuelto y enseñoreándose de mí. Temo las tinieblas que arrancando de las escondidas cavernas de mis propias pasiones ó desprendiéndose del trato peligroso del mundo vienen sobre mí á enturbiarme y nublar tus santas y serenas claridades de que ahora disfruto. Saldré de esta espiritual delicia en que saboreo el don de Dios y volverán á despertar los malos afectos adormecidos, levantarán en mí las rebeldes inclinaciones otra vez sus cabezas de serpiente. La mundana conversación avivará viejas aficiones, y tendiéndome antiguas redes, instrumentos y testigos de mi pasado cautiverio, tenderá á conducirme de nuevo al desamor de esta virtud, que tú me infundes. Quédate, pues, Señor, conmigo, quédate, y no tolere que anochezca, ó más bien, sé mi lámpara en la noche: quebranta las pasiones en su primer disturbio; ayúdame á velar por mi seguridad; al primer parpadeo de sueño recuérdeme la voz

I Cant.

de tu gracia y azúceme á sofocar las tentaciones recién nacidas, sin dejarlas crecer ni encastillarse en mi voluntad. Cuando la ocasión se acerque, cuando á ella me orille, aguñame y préstame ligereza para huir. Vive conmigo y no me dejes caer en la vieja temeridad de echarme al peligro con ilusoria esperanza de conjurarlo á deshora. Edifica todos mis propósitos sobre tí mismo, piedra angular, pues todo lo otro es pura arena movediza. Así tendré constancia; dame oración, oración diaria que la atice y avive, para no tomar esa vida de levantadas y caídas, de resoluciones momentáneas y frecuentes veleidades en que mudaba vela á cada viento.

Enséñame ese aislamiento seguro y compatible con el trato de las gentes por el cual se vive y trabaja en el mundo sin salir el alma completamente de sí y de tí que en ella vives, sin derramarse toda en las criaturas desasiéndose de la caridad de su Criador. Ya que hoy, en la pacífica playa de tu amparo, vuelvo el rostro á mirar con horror el encrespado océano de tantos naufragios, y salvo de ellos

seco las velas y recojo los húmedos despojos de la tormenta, no permitas que renazca en mí el loco apetito de lanzarme otra vez á la perfidia de las olas; no consientas que el vértigo del abismo cobre en mí alas y viento para precipitarme otra vez á la honda sima de que me ha sacado tu misericordia.

También sobrevendrán los dolores de la vida; encuentro en mí mismo cuerpo tantos venenos de padecimiento! Del primer vagido al último suspiro, el dolor, como insomne centinela y heraldo de la muerte, no se despega del hombre, le guarda, le asecha, le oprime, le veja y le desgarrá, y le recuerda por arte cruelísimo que la muerte es su dueño implacable. Haz que ese padecer reiterado se transforme para mí en enviado tuyo; que me recuerde constantemente que por el dolor me compraste, con él me regalas, por él me salvas. Sean de hoy en más todas las tribulaciones para mí voces dolientes y amorosas que me das para indicarme la ruta; latigazos que me aplicas para despertarme del perezoso letargo de mi tibieza, como

los médicos azotan al narcotizado para hacerle volver en sí antes que se extinga su actividad vital; séanme cauterio saludable impuesto á mis llagas y lazos sangrientos de pasión que me unen y estrechan contigo en el más generoso y santo de los amores, el amor que padece. Tú eres *el varón de dolores, que ha probado todas las formas del humano padecer; iré al monte de la mirra á aprender de tí ejemplo y resignación.*

Me alientan para ello todas las esperanzas que la Eucaristía me promete, prenda de bienandanza perdurable; pues si poseerle en el destierro es tan dulce, ¿qué será entrar en su gloria, sumergirse en el mar océano de su felicidad? Todo, con razón, puede abandonarse por Jesucristo, y tenerse por humareda y basura para ver de ganar á Jesucristo. Otros desháganse en llanto por un cuerpo que se desmorona y una carne que roe la podredumbre de la muerte; yo, Sacramento de vida, llevo en mí un germen vital que en mí has depositado y que no matará la disolución del sepulcro. Tras de haber destruido á todos mis

enemigos, acabarás con el último, la muerte, y *todo lo que en mí hay de mortal será devorado por la vida.*

### ASPIRACIONES

(Salmo 22.)

El Señor me gobierna y nada me faltará; en fértiles praderas me ha colocado y me guía á reparadoras corrientes. Hizo á mi alma volver y llevóme por senderos de justicia, no por mis méritos, sino por amor de su nombre. Y aunque anduviere entre sombras de muerte no temeré males porque él está conmigo. Tu vara y tu cayado me consolarán; preparaste una mesa delante de mí contra aquellos que me atribulan. Ungíteme con óleo pingüe, y mi cáliz que embriaga ¡qué excelente es! Y tu misericordia irá en pos de mí todos los días de mi vida para que yo more en la casa del Señor por larguísimo tiempo.

### LECTURA

(De S. Cipriano.)

Al celebrar los Sacramentos se nos amonesta que volvamos á la boca, co-

mo las bestias, que rumian y tienen la pezuña hendida, y trituraremos menudamente el ejemplo de la pasión del Señor, de modo que la tengamos siempre en la memoria, y no aterren á los herederos del Crucificado los suplicios de la muerte, sino que los alimenten y recreen las alegrías solemnes de la Resurrección. ¡Cuán preclaro es este cáliz, cuán religiosa la embriaguez de esta bebida por la cual nos desvanecemos en Dios, y olvidados de las cosas pasadas nos dirigimos á las que están delante sin hacer caso de este mundo, sino que menospreciando las delicias del rico purpurado, nos unimos á la Cruz, chupamos la sangre y fijamos nuestra lengua dentro de las mismas llagas del Redentor: con lo cual, enrojecidos interior y exteriormente, somos considerados como locos por los sabios de este siglo, que, apartados de este religioso mandato, andan todavía hacia atrás y se alejan y huyen de los secretos divinos que contienen en sí la suma de todos los misterios! El que come de este pan, no tiene ya hambre; el que bebe, ya no tiene sed; porque de tal manera

satisface la gracia de este misterio, de tal manera recrea su inteligencia, que cualquiera que llega á conocer la plenitud de cosa tan alta, hallada la plenitud de toda perfección, portador de Cristo, le lleva en su pecho, le lleva en su mente, y en todo tiempo sus palabras y acciones cantan alabanzas de júbilo á su habitador y le rinden acciones de gracias. Esta embriaguez no enciende el pecado, sino que le apaga; en este vino no está la lujuria ni se mueve la lascivia á sus juegos y retozos después de esta bebida. Cuando el olvido ha adormecido todos los vicios de la carne, son cosas maravillosas las que siente, grandes las que ve, inusitadas las que habla aquel en quien habita este Cordero Pascual, que regocija y deleita el alma con alegría inexplicable. El hombre animal no es admitido entre los convidados á la Mesa del Señor; todo lo que dictan la carne y la sangre es excluido de semejante compañía; ni gusta ni aprovecha cuanto intenta la sutileza del sentido.

## III

## LAS LECCIONES DE JESUCRISTO

## MEDITACION

HE HECHO PROFESIÓN DE NO SABER MÁS QUE UNA COSA, Á JESUCRISTO, Y Á ÉSTE CRUCIFICADO.

Este es el resumen de toda la ciencia y vida cristiana: aprender con la mente y corazón á Jesucristo crucificado. Y ¿dónde será más fácil ese aprendizaje, más obvio y prolongado el estudio, dónde hallarése maestro más hábil y eficaz de semejante doctrina que en los santísimos misterios del altar? En la Eucaristía está el Señor enclavado al Sacramento y sacrificado por los hombres, exhibiendo toda su vida desde el pesebre hasta el Gólgota; cadena continua de amores y finezas incontables; y él propio es el maestro que enseña al que se

y de meningo: No vive, puede decir-

satisface la gracia de este misterio, de tal manera recrea su inteligencia, que cualquiera que llega á conocer la plenitud de cosa tan alta, hallada la plenitud de toda perfección, portador de Cristo, le lleva en su pecho, le lleva en su mente, y en todo tiempo sus palabras y acciones cantan alabanzas de júbilo á su habitador y le rinden acciones de gracias. Esta embriaguez no enciende el pecado, sino que le apaga; en este vino no está la lujuria ni se mueve la lascivia á sus juegos y retozos después de esta bebida. Cuando el olvido ha adormecido todos los vicios de la carne, son cosas maravillosas las que siente, grandes las que ve, inusitadas las que habla aquel en quien habita este Cordero Pascual, que regocija y deleita el alma con alegría inexplicable. El hombre animal no es admitido entre los convidados á la Mesa del Señor; todo lo que dictan la carne y la sangre es excluido de semejante compañía; ni gusta ni aprovecha cuanto intenta la sutileza del sentido.

## III

## LAS LECCIONES DE JESUCRISTO

## MEDITACION

HE HECHO PROFESIÓN DE NO SABER MÁS QUE UNA COSA, Á JESUCRISTO, Y Á ÉSTE CRUCIFICADO.

Este es el resumen de toda la ciencia y vida cristiana: aprender con la mente y corazón á Jesucristo crucificado. Y ¿dónde será más fácil ese aprendizaje, más obvio y prolongado el estudio, dónde hallarése maestro más hábil y eficaz de semejante doctrina que en los santísimos misterios del altar? En la Eucaristía está el Señor enclavado al Sacramento y sacrificado por los hombres, exhibiendo toda su vida desde el pesebre hasta el Gólgota; cadena continua de amores y finezas incontables; y él propio es el maestro que enseña al que se

y de meningo: No vive, puede decir-

acerca, por arte arcano, maravilloso y práctico, la disciplina de esa vida.

## I

Dios, que mandó á la luz resplandecer de la entraña de las tinieblas, y que resplandee él mismo en nuestros corazones para iluminarlos, proyecta desde el Sacramento difusa claridad para alumbrar sobre nosotros su vida. Lo que fué en Belén, en Nazareth, en el Calvario para las almas fieles de otro tiempo, es ahora para nosotros en el tabernáculo. Lo que escucharon, lo que vieron las turbas judías; lo que resonó á orillas de los lagos, en lo alto de los montes y en el recinto de las Sinagogas, nos lo repiten voces salidas del Sagrario con milagrosa unción é irresistible virtud de persuadir. Amaéstranos por tan adorable misterio si prestamos oídos y cabida en el corazón á sus lecciones en cuanto dijo y enseñó cuando vivía en la tierra vida mortal. En primer punto se nos enseña crucificado, nos educe de modo que muramos para vivir en él. Este es uno de los fines del Sacramento, imprimirnos la muer-

te de Jesús, marcarnos, por decirlo así, con el sello de su muerte: "*Siempre que comiereis este pan y bebiereis de este cáliz anunciaréis mi muerte hasta que yo venga.*" Anunciaréis mi muerte sufrida ya por la salud del género humano, y la anunciaréis como algo que en cierto modo debe continuarse hasta la consumación de los siglos, pues la muerte de Jesucristo está siempre representada en la separación aparente de su Carne y su Sangre en la Eucaristía; la impresión de la muerte del Hijo de Dios debe hacer en todos los fieles, que, á imitación de él, crucifiquen al hombre viejo, á quien Jesús representa en el patíbulo; y este Sacramento, instituido en vispera de la muerte, cuando tristeza mortal agobiaba á Jesús y el espectáculo de todas las perfidias, ingraticudes y tormentos estaba ante su pensamiento contristado, trae en sí el recuerdo más vivo de aquella muerte, como que es la herencia legada casi en horas de agonía: trae en sí la imagen de aquella muerte figurada en sus especies; en la candidez del pan, lo pálido y exangüe del cuerpo muer-

y de meningo! No vive, puede decir-

to, en lo bermejo y generoso del vino, la púrpura y valor de la sangre derramada: trae, sobre todo, el símbolo más precioso y conmovedor de la muerte del hombre viejo para que renazca el nuevo: el pan, que muere, que deja de ser pan, y el vino, que deja de ser vino al transubstanciarse en carne y en sangre, nos están significando que el hombre terreno y animal ha de morir para transformarse en el hombre espiritual y celeste por cuyo ser discorra y le vivifique la vida del Hijo de Dios. El Señor Todopoderoso que tal milagro obra en un trozo de pan y en unas gotas de vino, ¿qué no hará, qué mutación no llevará á término en la criatura humana?

Aprendo, pues, de tí, Señor, la necesidad de que mueran en mí el cúmulo de rebeldes apetitos que en mí hierve. *Si tú eres nuestra víctima, seámos la tuya. Ofrezcamos nuestro cuerpo como hostia viva, santa y agradable.* La mortificación sea el cuchillo del sacrificio: abatiendo, conculcando y desbaratando nuestros sentimientos de orgullo, impureza y avaricia, tendremos sentimientos de muerte y

estaremos crucificados con Cristo. El hombre nuevo [el de alma cándida como el pan ázimo y sin levadura como el de corazón noble y vigoroso como el vino, como éste, rojo, enrojecido por la caridad], brotará en nosotros por la virtud del Redentor; y brotará todo lleno de vida divina como el pan y el vino transubstanciados.

## II

Jesús en el Sacramento no sólo enseña á morir, nos alecciona también en la vida nueva. Con sobrehumana luz y edificante ejemplo nos pone de relieve en su hermosura y amabilidad, la amabilidad y hermosura de aquellas sendas de la nueva vida que enaltecía y ofrecía colmar de bienandanza en el sermón de la montaña.

*Bienaventurados los pobres.* ¡Qué pobrecillo está Jesús en la Eucaristía! Si pobre vivió en Palestina, más pobre aparece aquí; ya ni aun ostenta su forma de esclavo y de leproso arrojado á extramuros, ni apariencia de hombre ya, sino forma de cosa inanimada. ¡Cómo se ha puesto de pobre y de mendigo! No vive, puede decir-

se, sino de limosna; no posee sino lo que la caridad quiere buenamente darle. Sus templos, sus altares, las especies á que se subordina su nacimiento sacramental, los lienzo en que se envuelve, todo le viene de limosna. Es un pobre á todo resignado. Que hay templos destartalados y sucios, pues allá va si se le lleva; que sagrarios desvencijados y polvientos, pues en ellos está si se le encierra; que lenguas sórdidas y alimentos corrompidos y vestidos haraposos, no se fija en que lo son para unirse á los hombres.

A su lado mil palacios elevan su grandeza, empinan sus torres, presumen sus fachadas y ostentan su lujo: él se oculta en un albergue más pobre que los pobrísimos. Junto á él las doradas salas inundadas de luces, sonando de músicas, atraen y sorben gentes numerosas ávidas de placer: las plazas se enjambran de divertidos y codiciosos, los teatros retumban de aplausos y concentos, y hasta los sitios exclusivamente destinados á pelear están concurridos y ruidosos en tanto que él mora solitario y abando-

nado en humilde, obscuro y silencioso retrete. ¿Con esas lecciones te desvivirás, alma mía, por las riquezas?

*Bienaventurados los que lloran.* Jesucristo continúa en el Sacramento su tarea compasiva de llorar sobre la indiferencia de Jerusalén, pues no entienden aún muchísimos hombres lo que puede darles la paz. El, *que en los días de su vida mortal ofreciendo al que podía salvarle de la muerte preces y ruegos con valioso clamor y lágrimas fue oído por su reverencia* [1] no ha restañado esas fuentes de llanto, *su sangre derramada levanta más poderosa queja que la sangre del justo Abel.* En el altar Jesucristo se revisite de todas las fúnebres insignias de la expiación y la penitencia, cubierto de cicatrices nuevamente abiertas por arte místico y glorioso, conservando las sagradas señales de la muerte, y continuando por sus hermanos, por la Iglesia, por el mundo su eterna súplica *vertida con efusión de lágrimas y lamentos.*

*Bienaventurados los mansos.* Y

1. Hebre. 5. 7.

¿dónde se tiene algo más humilde y manso que Jesucristo en las suaves prisiones que le labró su amor á nosotros? ¿Queda mansedumbre que buscar cuando él allí ha trocado el Sinaí fulgurante y sombrío por el Galaad aromático y resinoso que amigablemente convida á sus repuestas soledades? ¿Queda mansedumbre que pedirle cuando él cambia rayos por caricias, gloria por humillaciones, ira por amor y poder por anonadamiento? Aprendamos de él que es manso de corazón.

*Bienaventurados los misericordiosos*, y él en ese Sacramento se ofrece como en cisterna escondida que contuviese un mar de misericordia.

*Bienaventurados los pacíficos*, y él es el pacífico, el príncipe de la paz, que, depuesto todo aparato de guerra y de castigo, viene á nosotros como olvidando que le apellidaron con justicia *Dios de los ejércitos*, á traernos la paz más interior y bonancible.

*Bienaventurados los limpios de corazón*, y él es el *Cordero sin mancha, el ázimo puro, el esposo de las vírgenes, que no se apacienta sino entre*

*lirios*. Todo es de virginal y santa limpieza en este Sacramento. ¿Y oso acercarme á él sin el vestido de boda, con ropas de virtudes viejas y enfangadas?

*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*. Jesucristo padece aún aquella sed que le devoraba y le hacía gritar en la cruz *tengo sed*; no sed de los labios y el paladar, sed que rechaza la esponja empapada de los esbirros, porque es sed de corazón, que busca corazones amorosos; sed de almas que le rodeen como aguas cristalinas; sed de justicia que quiere justos.

*Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia*. Si el discípulo no es más que el Maestro, ¿qué debemos esperar y desear sino persecuciones y contradicción cuando El es bandera de contradicción? En el Sacramento sigue siendo esa enseña de batalla, blanco de infinitos tiros: ora la incredulidad le niega y le blasfema; ora la indiferencia le abandona: ya el despreciativo desaire corta el paso á sus amorosas visitas. ¿Qué de discípulos le dejan y le niegan; qué

de Judas le traicionan y venden; cuántos verdugos le hieren, abofetean, azotan y conculcan!

Estas son, alma, las sacrosantas lecciones de Jesús.

### ASPIRACIONES

(De S. Agustín).

Señor Dios mío, dulzura de mi vida, luz de mis ojos, ¿qué te daré en retorno por tus beneficios? Quieres que te ame, Dios mío; pero ¿cómo amarte, ni en qué medida, ni qué soy yo para amarte? ¿Qué deuda te agobia, alma mía; hete ahí colmada de riquezas cuando de tí misma nada tenías! Y para desatarte de esta deuda no tienes más que amar, pues el más justo y natural pago de las deudas de amor es el mismo amor.

Dios mío, yo te amo y quiero amarte más y más, porque me eres más dulce que la miel, más fortalecedor que la leche, más resplandeciente que la luz; y te encuentro más precioso mil veces que el oro, la plata y la pedrería. Todo en el mundo pareceme desabrido si lo pongo en parangón

con los dulzores que en tí saboreo; todo me parece feísimo junto al decoro y hermosura de tu santuario. ¡Oh llama siempre ardiente y nunca consumida! ¡oh añor siempre encendido y nunca entibiado! Amor de Dios, abrázame todo entero para que todo mi sér ame á Dios y sólo á Dios.

### LECTURA

(De S. Bernardo).

Cuántos millares de almas del Oriente al Occidente, del Aquilón al Mediodía, acuden á respirar los perfumes de la eterna flor, Jesucristo. Cuántas almas se sacian sin que llegue á empalagarlas, con este divino alimento, realizando estas palabras del dulcísimo Jesús: "*Donde estuviere el cuerpo las águilas revolotearán.*" Y no es carne en estado de repugnante crudeza lo que á pasto se nos da, sino carne pasada por los ardores de la caridad y el fuego de los padecimientos y la muerte. Y aquí es donde se embriagan los fieles, no sólo los del sexo más fuerte y condición más vigorosamente templada, sino también ende-

van de la Comunión, y que es más ge-

bles y tímidas doncellitas, que con todas las aspiraciones de su corazón y las fuerzas de su alma, corren á las delicias de la cruz, explotando, hasta donde es dado en este mundo, los efluvios de goce que se desprenden de la víctima inmolada y consumida en el Calvario entre inexpresables ardores.

*Mi bien amado es manojito de mirra que prendo sobre mi corazón.* Amarga cosa es la mirra y simboliza cuanto hay de áspero y duro en las tribulaciones. Por esto el alma habla así. Previendo las penas que por Jesús ha de arrostrar, da gracias anticipadamente por la fortaleza y paciencia con que cuenta de antemano por la misericordia de Dios. *Salieron del consejo, dice la Escritura, henchidos de gozo porque habían sido hallados dignos de sufrir insultos por el nombre de Jesús.* Y notad que el texto precitado dice *MANOJITO de mirra*, porque el alma fiel encuentra pequeña y ligera toda aspereza de trabajos por su Jesús. *Cotejados con la gloria futura que en nosotros se revelara, los dolores de la presente vida no son de tenerse en cuenta.* Este mo-

*mento tan volador de nuestros presentes padecimientos nos procurará en la eternidad un peso de gloria sublime sobre toda medida.* Es, pues, nuestro Jesús *MANOJITO de mirra* y se trocará en inmensidad de gloria. Imitad la prudencia de la Amada del Cántico, sed avisados como ella, colocando el ramillete de mirra en la entrada del corazón y no dejándole de allí ni un instante. Todas las amarguras y mortificación de Jesús por vosotros sufridas sean vuestro presente recuerdo, traqueado en incesantes meditaciones por tal arte que podáis decir: *Mi amado ramito de mirra que prendí sobre mi pecho.*

van de la Comunión, y que es más ge-

## IV

## EXIGENCIAS DE JESUCRISTO

## MEDITACION

OYE, HIJA, ATIENDE, INCLINA TU OIDO: OLVIDA TU PUEBLO Y LA CASA DE TU PADRE.

¿Qué exige Jesucristo de las almas para que en ellas fructifique su Carne y su Sangre? ¿Qué hemos de hacer por él si queremos que el árbol de su vida, de suyo ubérrimo en frutos, no se quede en nosotros raquítico y desmedrado, con inútiles y caducas flores que no prometen fruto? Exige ante todo poseer nuestro corazón: como Criador y dueño del universo nos ha entregado las criaturas: como Redentor nos dió cuanto poseía, hasta su vida, hasta las últimas gotas de sangre y agua que quedaban en sus entrañas hendidas por la lanza del sol-

dato; sólo una cosa se ha reservado, nuestro corazón, así como en la vieja alianza se reservaba ciertas entrañas de la víctima para que ardieran en su presencia. El que reparté sin discernimiento su corazón á las criaturas, es como los hijos de Helí, que cortaban y tomaban sin discreción lo que más les placía de la carne del sacrificio. Y como éstos viene á ser aquel sacrílego robador de cosas que el Señor se apartó. ¡De Jesucristo es nuestro corazón, y así nos exige que nuestros afectos pasen á las criaturas sólo á través de El, que en El las amemos. ¡Justa y debida correspondencia! Si El nos ha dejado su Corazón como *fuentes públicas de vida para la casa de David*, ¿qué mucho si nos pide que le entreguemos nuestra voluntad?

Cuando el corazón del hombre se riega y difunde en las criaturas, niega y defrauda la adoración que debe al Señor de cielos y tierra; fórjase sus ídolos y á ellos tributa incienso sustraído al ardiente turíbulo de Dios. ¿Qué le pide, pues, Jesucristo Sacramentado al alma que ha vivido hasta ahora consagrando su amor á la

van de la Comunión, y que es más ge-

tierra y sus bajezas? ¿Qué le exige á trueque de regalarle suave y exuberante vida? Que derribe los ídolos erigidos en su corazón. Cuando el Arca de la Alianza fué llevada á Azoto por los Filisteos entre el botín de la victoria, y colocada en el altar del ídolo Dagón, no sufrió Jehová que el Arca Santa de su pacto y el escabel adorable de sus pies consistiese sobre la misma ara con el profano simulacro, y amaneció y hallaron el ídolo derribado en el polvo y hecho pedazos. Cuando Jesucristo entra en nosotros y halla terrenos objetos de adoración exaltados sobre nuestra alma, ó los destrona y despedaza y para siempre nos libra de su daño, ó si el alma vuelve pertinaz á levantarlos y rehacerlos, El se aleja de aquel corazón que no supo aprovecharse de su presencia.

Cuando el hombre ha empleado para pecar su actividad natural y su vida, y hasta las luces que el Señor le da para atraerle al buen camino; cuando el hombre ha reunido cuanto de más precioso tenía, como los hijos de Israel que arrancaban de las orejas y

cuellos de sus mujeres ó hijas prendas de oro para fundir el becerro de prevaricación; entonces Jesucristo exige de ese hombre lo que Moisés exigió de los Hebreos. Trituró y desmenuzó el ídolo de oro, disolviólo y los hizo beber aquella agua que amargó sus fauces y su vientre. El hombre que ha pecado, que ha prostituido lo que hay de más valioso, ha de quebrar y pulverizar aquello que ama pecaminosamente, y ha de saborear y engullir toda su amargura: esto se hace por el arrepentimiento y la penitencia. Por el arrepentimiento destruye el hombre lo que amó, por el dolor de la culpa cometida abrévase y se penetra de amargura, de saludable amargura que se infiltra hasta en su corazón y le humilla para que pueda Jesucristo venir á reparar lo destruido y dar otra vez las rotas tablas de la ley.

## II

A esta preparación, que el Señor requiere de nosotros para enriquecernos con todos los bienes que se derivan de la Comunión, y que es más ge-

neral y remota, ha de seguir otra inmediata. En esta condúzcase el alma como María, que al oír de boca de Marta: *allí está el Maestro y te llama,* se levanta, corre á echarse junto á sus pies, le adora, preséntale hamildes peticiones y presta á su palabra atento y codicioso oído. Así el alma debe levantarse de su tibieza y disipación, correr apresurada para desentorpecerse y sacudir la pesadez que le han dejado el amor y conversación de las cosas mundanas; y derribada á los pies de Jesús, reconozca y penétrese bien de su ruindad para que vacía de amor propio en cuanto es dable, el Señor se dé prisa á llenarla de gracias. Si el alma se posesiona bien de su vileza, y repasando sus debilidades y caídas éntiende con claridad cómo su fortaleza es cosa de nada; si ve á las claras que es vaso de barro vilísimo, y por sí misma no puede llenarse sino de lodo é inmundicia, el Señor la henchirá del oro más aquilatado y obrizo, del oro de su gracia. Procure borrar los amargosos dejos que de la ponzoña del pecado le quedan todavía; mire que el Maestro le dará sa-

bor delicioso con sus enseñanzas, sabor que la haga tener por insípido cuanto antes probó y le supo dulce y sabroso.

Humíllese ante todo, que es la mejor disposición. Si una estatua de metal se rompe en menudas piezas, no hay manera de soldarla y ponerla buena; si se la quiere reconstruir es preciso despedazarla más, derretirla al fuego y echarla otra vez al molde. Así el alma, que es como estatua trabajada á imagen de Dios, si ha sido rota por el pecado, es forzoso triturarla por la humillación y licuarla á la lumbre de la caridad para que resulte como nueva y radiante del molde de Jesucristo. A ese molde precioso de humildad y amor se ha de ajustar, y para ajustarse necesita hacerse blanda por el reconocimiento de su nada y entregarse dócil en las manos del que cría y restaura todas las cosas.

Si muchos se quejan de no sacar gran provecho de sus comuniones, es porque ensoberbecidos oponen mucha resistencia á la mano del Artífice Supremo que viene á repararlos. Es

imposible que en el orden acostumbrado de la gracia haga Jesucristo de un espíritu endurecido por el amor propio lo que de un corazón ablandado por la humildad. Es imposible que en hierro frío y á punta de martillo se labra lo que en metal enardecido y dúctil.

Mira, pues, alma, que nada vales y abandóate al Señor, entrégate toda entera, alma y cuerpo, pensamientos, sentimientos y deseos, de suerte que por derecho puedas decir: "Vivo, más no yo, Jesucristo vive en mí."

### III

*Habiendo dicho el himno, salieron para el Monte de los Olivos. Este es el fin del banquete eucarístico. Dios quiere que se le alabe y rindan acciones de gracias por la obra en que se resumen todas sus maravillas. Después hay que seguir á Jesús á la granja de Gethzemaní, al sacrificio, á la inmolación, á la abnegación de sí, á la oración, al sudor de sangre, á la vida de santidad. Este es el opimo fruto del Sacramento, que nos da fuerza de ir tras de Jesucristo por la vía es-*

*trecha con el fardo de la cruz á cuestas.*

El doloroso caso de los apóstoles más amigos del Señor, que momentos después de la Cena, en que gustaron su cuerpo y Sangre, dormían profundamente á tiro de piedra de aquel sitio en que su Maestro oraba entre agonías y sudor de sangre, nos convida á no olvidar la oración si hemos de secundar el poder saludable de la Eucaristía. Despertados una y otra vez por el Señor, tornaban á su descuido y caían en brazos del sueño. No velaron con El, con El, á quien tenían en dolorosísima vigilia las iniquidades humanas, ni una hora. Unidos á El por el Sacramento, dejáronle en soledad y horrible desamparo. Quizá al dar su cuerpo y sangre á los discípulos, se había propuesto el Salvador como fin secundario y del momento hallar abrigo y compañía en la unión estrechísima del Sacramento con sus discípulos. Sentía que se aproximaban las angustias y la muerte; la noche de penosa oración y el día de pasión iban á llegar, y la humanidad del Señor probaba ya el frío de la soledad y se

sacudía de temor ante la obscura perspectiva del abismo de dolores á que iba á descender. Por eso, convertido en manjar y licor, acudía á sus compañeros y procuraba guarecerse en corazones amigos para la hora tremenda del poder de las tinieblas. ¿Y qué refugio le dieron aquellos pechos insensibles? No encontró en ellos sino indiferencia y descuidado sueño. Para ellos fué el mal: no oraron ni velaron junto al huésped divino que venía rico de vida, y el desliz no se hizo esperar. Pedro aquella noche comulgó y aquella noche cayó lastimosamente en el palacio del Pontífice; no veló y le negó; comió su Carne y su Sangre y abjuró de su nombre.

Vela, pues, en el huerto, alma mía, vela con El que ora al Padre. Si quieres cosechar los frutos de la Eucaristía, has menester de oración, que te mantenga despierta y en guardia contra la alevosía de tu carne.

## ASPIRACIONES.

(Del Salmo 44.)

Vistoso en hermosura más que los hijos de los hombres, se derramó la gracia en tus labios; por eso Dios te bendijo para siempre. Cínete la espada sobre el muslo, oh valerosísimo. Con tu aspecto y hermosura enristra marcha con prosperidad, y reina por tu verdad, mansedumbre y justicia: tu diestra te guiará admirablemente. Tus saetas están aguzadas contra los corazones de los enemigos del Rey: debajo de tí caerán los pueblos. Tu trono, oh Dios, es trono que dura por los siglos de los siglos, y vara de rectitud es el cetro de tu reino. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad; por eso te ungió Dios sobre todos tus compañeros, te ungió Dios con aceite de alegría. Tus vestiduras destilando mirra, áloe y canela esparcen su olor desde los palacios de marfil en los que te recrearon hijas de reyes consagradas á tu honor. La reina colocóse á tu derecha con vestido dorado y circuido de adornos varios. Oye, hija mía, mira, inclina tu oído: olvida tu

pueblo y la casa de tu padre. Y codiciará el Rey tu belleza, porque es el Señor Dios tuyo y le adorarán. Y las hijas de Tiro con presentes buscarán suplicantes la gracia de tu rostro y todos los magnates del pueblo. Interior es toda la gloria de la hija del rey y se trasluce en franjas de oro y variedad de adornos.

## LECTURA.

(De San Juan Crisóstomo.)

¡Atrás las almas sin gusto, sin piedad ni vigilancia! ¡Que todas sean ardientes y todas generosas! Si los judíos comían de pie el cordero pascual, con aprestos de viaje y báculo en mano, dándose prisa en comerle, ¡cuánto más nos importa ser activos y vigilantes! Comían los Hebreos el Cordero Pascual en esa guisa de viajeros, porque estaban por marchar á la tierra prometida: nosotros estamos siempre de viaje para el cielo: andemos, pues, con prisa y vigilantes. Terrible es la venganza que Dios toma de las malas comuniones. Juzgado vosotros mismos por la indignación que sentís con-

tra Judas que traiciona á Jesucristo y los verdugos que le enclavan en el madero. Guardaos mucho de haceros culpables con el Cuerpo y la Sangre del Señor. Aquellos miserables dilaceraron su carne sagrada: vosotros, después de recibir de El incontables beneficios, osáis recibirle en vuestra alma impura. ¡Ay Dios! No le ha bastado á Jesús hacerse hombre, entregarse á los golpes y salivas, ser inmolado en la cruz; sino que ha querido mezclarse á nosotros, entregarnos su cuerpo no sólo por la fe sino en realidad de verdad y substancialmente.

¡Qué pareza se requerirá, por tanto, para participar de los Sagrados Misterios? Más pura que los rayos del sol deberá estar la mano que divide la Hostia, la boca que se inunda de su fuego divino y la lengua que se empapa en su sangre tremenda. Pensad, pues, á qué ápice de honores habéis sido elevados y á qué mesa os sentáis, de la cual es anfitrión y vianda Dios mismo, ante el cual se estremecen los ángeles y no miran sino temerosos las centellas de su semblante. ¡Ah! no miremos con desdenosa pereza tan finas señales

de amor. Mirad con qué avidez impetuosa se hace el niño al pecho de su madre: con afán semejante acerquémonos á la comunión; peguemos nuestros labios á la riquísima copa de sangre fresca y viva, aspiremos con ansia sin par las gracias del Espíritu Santo, y sea nuestra mayor congoja estar privados del celestial alimento. Lo que acaece en nuestros altares es lo mismo que pasó en el Cenáculo de Jerusalem: aparece el sacerdote, más Jesucristo es quien bendice y consagra. No se acerque, pues, ningún Judas, ningún avaro. Retírense los que no sean discípulos de Jesús; no se consienten á la mesa sino discípulos y amigos.

Los Apóstoles salieron después para ir al olivar: salgamos nosotros de la Cena para ir á los pobres, éstos son el verdadero olivar. Los pobres olivos plantados en la casa de Dios y que gofean el aceite que necesitamos. Las vírgenes necias se perdieron por no haberse provisto de aceite. Adquiramos ese aceite para ir con el cortejo del Esposo á la luz de nuestras lámparas. ¡No más haya corazón duro en

el que comulga, no más inhumanidad, no más alma mancillada por el pecado!

## V.

## LAS HERIDAS DE JESUCRISTO.

## MEDITACION.

SE LE PREGUNTARÁ: ¿QUÉ SON ESAS HERIDAS?  
Y ÉL RESPONDERÁ: SON LAS HERIDAS QUE  
ME HAN HECHO EN LA CASA DE LOS QUE ME  
AMABAN.

Estas heridas son las que más dolor le causan á Jesucristo, las que vienen de mano que fué amiga. Está hecho, puede decirse, á los malos tratamientos de sus enemigos y aparejado á las flajelaciones. Cuando el tropel de frenéticos que van á prenderle llega y pregunta por él, pronto está á responder: "*Yo soy.*" Pero cuando Pedro le niega, Judas contrata ó consume su venta y los Apóstoles se entregan á la pesadez del sueño mientras él agoniza, ó en presencia de los oprobios y pasión se ponen en vergonzosa fuga,

de amor. Mirad con qué avidez impetuosa se hace el niño al pecho de su madre: con afán semejante acerquémonos á la comunión; peguemos nuestros labios á la riquísima copa de sangre fresca y viva, aspiremos con ansia sin par las gracias del Espíritu Santo, y sea nuestra mayor congoja estar privados del celestial alimento. Lo que acaece en nuestros altares es lo mismo que pasó en el Cenáculo de Jerusalem: aparece el sacerdote, más Jesucristo es quien bendice y consagra. No se acerque, pues, ningún Judas, ningún avaro. Retírense los que no sean discípulos de Jesús; no se consienten á la mesa sino discípulos y amigos.

Los Apóstoles salieron después para ir al olivar: salgamos nosotros de la Cena para ir á los pobres, éstos son el verdadero olivar. Los pobres olivos plantados en la casa de Dios y que gofean el aceite que necesitamos. Las vírgenes necias se perdieron por no haberse provisto de aceite. Adquiramos ese aceite para ir con el cortejo del Esposo á la luz de nuestras lámparas. ¡No más haya corazón duro en

el que comulga, no más inhumanidad, no más alma mancillada por el pecado!

## V.

## LAS HERIDAS DE JESUCRISTO.

## MEDITACION.

SE LE PREGUNTARÁ: ¿QUÉ SON ESAS HERIDAS?  
Y ÉL RESPONDERÁ: SON LAS HERIDAS QUE  
ME HAN HECHO EN LA CASA DE LOS QUE ME  
AMABAN.

Estas heridas son las que más dolor le causan á Jesucristo, las que vienen de mano que fué amiga. Está hecho, puede decirse, á los malos tratamientos de sus enemigos y aparejado á las flajelaciones. Cuando el tropel de frenéticos que van á prenderle llega y pregunta por él, pronto está á responder: "Yo soy." Pero cuando Pedro le niega, Judas contrata ó consume su venta y los Apóstoles se entregan á la pesadez del sueño mientras él agoniza, ó en presencia de los oprobios y pasión se ponen en vergonzosa fuga,

llega á su corazón el golpe supremo y la herida de las heridas. Oid cómo se queja: ¡Que mi enemigo me lance estas maldiciones y me hiera, bien le está, que mi enemigo es; pero que tú, contado entre mis príncipes, tú, mi familiar, que comes á mi mesa pan tan dulce y me acompañas en la casa del Señor, hayas hecho tal felonía, me llega al alma y me azota con los propios favores que te hice.”

Para venir en cuenta de lo mucho que al Señor lastiman las ingratitudes y destealtades de los suyos, recurramos á una alegoría. Suponed que en tiempo en que abundaban los leprosos, que por temor de contagio eran alejados y confinados á los campos, un hombre generoso, abandonando su bienestar, riqueza y fausto se sacrificara por ellos al grado de buscar su compañía y consagrarse á su asistencia y consuelo. Si cuando todos huían de los leprosos y les era prohibido entrar en ciudades y poblados y hasta acercarse á la vera de los caminos para pedir limosna, y veíanse reducidos á vivir en barracas de madera muy lejos del trato y caridad de las gentes, aquel hombre fue-

se á ellos, ¡qué sacrificio el suyo! ¡cuán obligados no deberían estarle los solitarios enfermos! Aquel hombre iba á regalarlos con su trato y consuelos, á prodigarles pan y bálsamos que sustentasen sus fuerzas y mitigasen los ardores de su piel engajada y de su carne corroída. El les preparaba muelles lienzos en que arroparlos y finos vendajes para ceñirlos; toleraba sus violencias y maltratos al tantear sus lacerías; y él, acostumbrado á las adornadas y opíparas mesas de los alcázares, comía con leprosos; y él, hecho á púrpuras y brocados, vestía de buen grado el sudario basto y despreciable, distintivo de aquellos infelices; y él, habituado á las finezas de la corte y al recreo de los sentidos amaba la hediondez y rudeza de sus nuevos amigos. Un día, en el exceso de su caridad, rasgó sus venas y transvasó su sangre noble y generosa á las venas de aquellos enfermos para regenerar su sangre descompuesta y envenenada. Después de esta última fineza sin ejemplo, los leprosos, conjurados y amotinados, dieron sobre su bienhechor, que dormía, le maniataron, le aporrearon y

abrieron anchas y profundas heridas, y en el colmo de su malicia le arrojaron al camino maltrecho y moribundo. ¿No sería esta acción horrible de decir y hasta de imaginar, horrible con las peores y más subidas tintas del horror? ¿Qué gente sensible no se estremece en todos sus miembros ante la imagen de esa inaudita y estremada fiereza de hombres que pagan los mayores beneficios con exquisitas é inhumanas crueldades?

Pues en ese pasaje está fiel aunque pálidamente relatada la historia de los hombres que después de la Comunión ofenden á Jesucristo. ¿No somos, por ventura, leprosos, y leprosos del alma, que por nuestros pecados fuimos expelidos de la amistad del Señor y alejados de la ciudad de Dios? ¿No colocó el Señor un querubín con espada de llamas á la puerta del Paraíso que nos vedara é impidiese el entrar? Consumidos por la lepra de la iniquidad vivíamos desterrados y asquerosos á los ángeles de Dios, y Jesucristo descendió á nosotros, depuso su gloria é infinita riqueza por venir á morar con nosotros y servirnos; trocó los esplendores

de su majestad y la bienandanza del cielo por nuestra vestidura de miseria tachonada de congijas; comió el duro pan de nuestro destierro, pan amasado con lágrimas; nos trajo alimento de vida y bálsamo de celestial salud; nos dió su propia sangre para rescate y nos regala con su carne y sangre en el Sacramento para infundirnos su vida. Y ¿qué halla en los más sino un hato de malvados sin corazón, que prevalidos de su sueño de mansedumbre le atan y aporrean para luego arrojarle fuera? Cuando después de haber traído á Jesucristo á nuestro ser por la recepción de la Eucaristía volvemos al pecado, no hacemos otra cosa que herir á Jesús en nosotros y echarle después del alma. Le herimos volviendo á desgarrar su ley, le echamos del alma porque damos cabida á su enemigo, la maldad. ¿Para esa villanía ibas, cristiano, con espíritu compungido y señales de fervor á recibirle la otra mañana? ¿Para eso? ¿Tanta perfidia cabe en entrañas de hombre, y de hombre que hace profesión de adorar la cruz, la cruz, que es ley de amor y sacrificio? Eres peor, sin duda,

que aquellos leprosos desalmados que al fin descargaban su ingratitude feroz sobre un mero hombre, mientras tú haces víctima de la negra felonía de tu corazón nada menos que al Maestro Divino. ¿Sabes ahora y reconoces cuáles son las heridas que Jesucristo muestra diciendo que las recibió en casa de los suyos? ¿Reconoces en ellas la huella de tu mano, y la reconoces amedrentado y con remordimiento, ó indiferente y tranquilo con la odiosa frialdad del criminal que tiene empedernido el corazón por su crimen?

## II

¿Y qué hace Jesucristo después que le hemos herido? Las más veces no quiere irse aunque se le arroja, irse lejos, sino permanecer con el amoroso empeño de volver á entrar. Está *asechando por las celosías* por si ve indicios siquiera de inclinación al arrepentimiento para aprovecharse y mover al alma enferma á que le dé hospedaje de nuevo; está *mirando por las ventanas* por si nos ablanda y enternece su aspecto lastimero y vuelve á recobrar la amistad del que tiene lepra,

para sanarle. ¿No oíste muchas veces sus lamentos y las voces que da para mover tu necedad? ¿Qué has de oír! si entretenida con tus pasiones y gustos no atiendes más que á su ruido y zambra infernal y no te das momento de reposo ni tregua á tu disipación, ni piensas á solas con tu alma en el negocio de su salud: por eso no oyes la voz de Dios, que te llama y reconviene; ó si la oyes, como Samuel cuando era niño, no conoces que es voz de Dios, ni te cuidas de investigarlo. Voz suya es la del predicador, que porque puso el dedo en tu llaga más enconada, te pareció duro é impertinente; voz suya aquel pensamiento de penitencia que procuraste matar cuando nacía porque te parecía enojoso; voz suya la idea que se te puso de huir aquella mala ocasión ó de romper el nudo de aquella amistad peligrosa. ¿Qué más? Voz suya es la misma belleza de las criaturas que tú empleas en ofenderle y tomar por estímulos de pecado cuando son rasgos y bocetos suyos que él derramó aquí y allá para que viéndolos buscaras el original peregrino y hermosísimo de donde es-

5

*Y mandate á tu enemigo incolegible:  
Del lecho sal, levántate y camina.*

tán tomados. Sal, pues, de tu marasmo, escucha la voz de Jesús, á quien heriste tantas veces, y que destilando sangre para tu remedio espera que le abras tu voluntad. Espera en la obscuridad de la noche, noche de olvido con que le rodea el mundo. Su cuerpo tiritita del frío de la indiferencia que halla por donde quiera. Su cabello está escarchado por el sereno de la noche; el rocío de tantas horas de humanos desprecios se ha congelado en su cabeza! ¡Abrele la entrada de tu corazón! Leproso, abre que es tu médico y amigo, aquel á quien tu crueldad desmedida hirió y arrojó poco há. No viene á tomar venganza, sino á hacerte compañía y á curarte amoroso como en los pasados días de su generosidad.

### III.

Pero algunas veces Jesucristo después de herido se aleja del hombre que le arrojó de sí. San Bernardo dice: *Temed á Jesús que pasa y no vuelve más.* Temed los ingratos esta venganza del amor. Cuando Jesucristo se ha cansado y magullado la mano de

tanto llamar á las puertas del corazón, natural es que se vaya, pues que la criatura se obstina en no dejar paso á su misericordia: *ya no le queda hostia por su pecado. Están sin Cristo, están sin Dios en este mundo,* dice el Apóstol. "¡Cuánto es de temer que Jesucristo pronuncie la palabra fatal! Dios tiene su hora en que espera el fruto deseado; si no le hay llegado la hora fulmina la triste sentencia, y el árbol, sin ser cortado se seca hasta la raíz; ésta es la condenación antes de la muerte. Se verá un árbol en pie, pero tiene la muerte en el corazón: *tienes nombre de vivo, pero estás muerto.* (1) Tal es el retirarse Jesús de los pecadores obstinados é impenitentes.

Retírase también de los tibios y los entrega á las tinieblas de su miseria para que prueben lo que valen sin él; pero él volverá si se le llama, si se le busca á tiempo, antes de perderle de vista, se le poseerá otra vez. Almas que habéis acribillado de heridas al Salvador después que ha ido á morar con vosotros por la Eucaristía, temed

I. Bossuet.

*1 mandate á tu camino incolegio.  
Del lecho sal, levántate y camina.*

á Jesucristo, temed á Jesucristo que pasa y se va; buscadle cuanto antes, tenedle por la caridad y no le dejéis más.

### ASPIRACIONES.

Señor, reconozco y pondero toda la fealdad de mi modo de vivir hasta aquí; veo su negrura y horror á la luz de tu caridad, y me avergüenzo de mi ingratitud que contrasta con tu fineza como un pedazo de harapo raído con el manto de tu rey, como el crimen desalmado con la tímida inocencia. He comulgado tantas veces y te he hospedado en mi alma para echar-te de allí á la primera oportunidad como si fueses carga molesta. He pedí-dote el secreto de tu fortaleza y tú me lo has confiado dándoteme á comer, y después le he descubierto á tus enemigos, he cortado, como Dalila los bucles del fuerte Israel para venderte y entregarte á los que te odian. ¡Cuánta perfidia! Ya no más, Señor, de hoy en adelante no me olvidaré de ti, oraré y velaré para dar viento y avivar el fuego que he recibido en este Sacramento. A fuerza de oración

lograré con tu ayuda que dure tu imagen en la movediza arena de mi inconstancia á despecho de olas y vendavales.

Señor, por mí te cubriste de polvo y fatiga recorriendo llanuras y montes, ciudades y cortijos en Palestina; para esperarme, que buscaba agua en la tierra, te sentaste cansado junto al pozo de Siehar; por rescatarme padeciste todo ese cúmulo de dolores cuyo solo relato conmueve las peñas, y por rescatarme moriste en la cruz. Tanto trabajo, Jesús piadoso, no se ha perdido para mí.

Quærens me sedisti lassus,  
Redemisti crucem passus:  
Tantus labor non sit cassus.

### LECTURA.

(De S. Cipriano.)

Considera de qué manera salen para los que recuerdan la Pasión de Cristo dentro de los sagrados oficios, torrentes de las fuentes interiores como por ciertos canales, y el alma se deleita en las lágrimas del néctar más que en todas las delicias, y cuánta suavidad y

*Et mandavit ei tu efferre in cortegio,  
Del lecho sal, levántate y camina.*

dulzura proporcionan al alma que busca donde está Dios los suspiros de la contemplación. No los derriban los vendabales de procelosa tempestad, hay un rocío matutino que destila del cielo como una unción del espíritu que acaricia el alma. La piedad excita aquellos gemidos, y contemplando el afecto de día y de noche, tanto delante como en pos de sí, da gracias al dador de tan insigne beneficio, y reconociéndose sanado y santificado, se lava con llanto y se bautiza con lágrimas. Mas aquellos que permanecen secos y áridos en su corazón y asisten sólo corporalmente á esos misterios, ó participan así del Cuerpo del Señor, lamen, sí, la piedra, pero no recogen miel ni aceite: los que no se nutren con alguna dulzura de caridad ni con la grosura del Espíritu Santo, *ni se juzgan á sí mismos, ni discernen los Sacramentos, sino que con irreverencia hacen uso de los dones sagrados como si fueran viandas ordinarias, y se introducen imprudentemente en el convite del Señor con sucio vestido, á éstos les estaría mucho mejor que les ataran al cuello una muela de*

*molino y los echaran al mar, que recibir con la conciencia manchada el bocado de la mano del Señor, el cual ahora también cría, santifica y bendice este su Cuerpo veracísimo y santísimo y le distribuye á los que le toman. En su presencia no en vano suplican las lágrimas el perdón, ni jamás sufre repulsa el holocausto del corazón contrito. Cuantas veces te considero suspirando en presencia del Señor, no dudo que el Espíritu Santo te está inspirando; cuando contemplo al que llora, siento al que perdona. Mas si violas el templo del Espíritu Santo, si ensucias y manchas dentro de ti el sagrario de Dios, si mezclas con el cáliz de Cristo el cáliz de los demonios, es ultraje, no religión; es ofensa, no devoción. Es una servidumbre idolátrica y una abominación horrible querer servir al mismo tiempo á Baal y á Cristo. Tú, el que te ocupas en amontonar riquezas, anda de ahí con tus sacos de oro; tú, que opulento en Sión, te entregas á la crápula, que duermes en el lecho de marfil y te recreas en estrados con argentería, que vistes muellemente y vives en tierra*

*Et mandavi á tu concubino inuestro  
Del lecho sal, levántate y camina.*

de regalados, cuyas manos están llenas de sangre, cuya cintura no está ceñida y andas desatado el cinturón, tú no tienes parte en esto, pero quitas á Dios lo que es suyo y consagras la imagen de Dios á un ídolo.

Considerando la gracia de Dios el que bebe el cáliz sagrado, tiene más sed, y elevando su deseo al Dios vivo, de tal manera es excitado por aquella hambre especial, que en lo sucesivo se horroriza de la pócima de hiel de los pecados, y todo el gusto de los deleites carnales le es como un vinagre áspero que roee el paladar. El pecador reintegrado, conseguida la pureza de su corazón é inclinada su cabeza, considerándose levantado ora y contempla á Dios frecuentemente y le devuelve el alma santificada como depósito guardado fielmente y se regocija con el Apóstol diciendo: *Ya no vivo yo, sino Cristo en mí.*

## FLECHAS DE ORO.

ALEGORÍAS SACADAS

DEL

NUEVO TESTAMENTO

POR EL Pbro.

Atenógenes Segale. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Et mandate a tu circolo innotegian.  
Del lecho sal, levántate y camina.*

de regalados, cuyas manos están llenas de sangre, cuya cintura no está ceñida y andas desatado el cinturón, tú no tienes parte en esto, pero quitas á Dios lo que es suyo y consagras la imagen de Dios á un ídolo.

Considerando la gracia de Dios el que bebe el cáliz sagrado, tiene más sed, y elevando su deseo al Dios vivo, de tal manera es excitado por aquella hambre especial, que en lo sucesivo se horroriza de la pócima de hiel de los pecados, y todo el gusto de los deleites carnales le es como un vinagre áspero que roee el paladar. El pecador reintegrado, conseguida la pureza de su corazón é inclinada su cabeza, considerándose levantado ora y contempla á Dios frecuentemente y le devuelve el alma santificada como depósito guardado fielmente y se regocija con el Apóstol diciendo: *Ya no vivo yo, sino Cristo en mí.*

## FLECHAS DE ORO.

ALEGORÍAS SACADAS

DEL

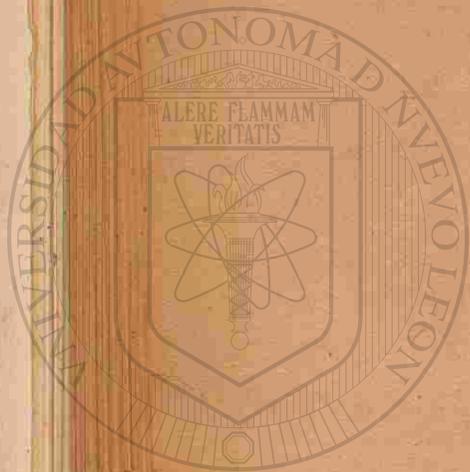
NUEVO TESTAMENTO

POR EL P. BRO.

Atenógenes Segale. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Et mandate a tu circumo meo regnum.  
Del lecho sal, levántate y camina.*



I

**PARAFRASIS DEL QUERENS ME**

Buscándome, Señor, cansado un día  
De Sichar junto al pozo te sentaste  
Y con dulce palabra le indicaste  
Un raudal de agua viva al alma mía.

Entre el furor de la nación Judía,  
Aspera cruz para morir tomaste  
Y en ella generoso me compraste  
Tu Sangre dando por mi culpa impía.

Si tanto te costé, si fué el motivo  
De las jornadas que emprendiste ufano  
Para librarme de Satán altivo;

Si tanto quieres al mortal gusano,  
Tanto trabajo, mi Jesús, Dios vivo,  
Para mi alma infeliz no salga vano.

II

**EL PARALITICO DE LA PISCINA**

Mira á tu pobre enfermo, Jesús mío,  
Ha tanto tiempo sin poder valerme  
Me tiene mi maldad, sin concedérmelo  
Mas que tibieza y horroroso hastío.

Ya de mis culpas en el lecho impío  
Huyendo de tu amor volví á tenderme.  
¿Vienes? Señor, ¿te da piedad el verme  
De la muerte invadido por el frío?

No tengo quien me lleve á la Piscina  
Cuando ha bajado el ángel invisible  
A remover la lina cristalina.

Apíadate de mí, dueño apacible,  
Y mándale á tu enfermo incorregible:  
*Del lecho sal, levántate y camina.*

## III

## LA HEMORROISA

Sí, tú pasas, Señor, la muchedumbre  
 Que en torno va, lo que la gente explica  
 Prodigios de tu voz, todo me indica  
 Que ahí van tu poder, tu mansedumbre.  
 Mil y mil que alivió de pesadumbre  
 Tu mano ya de beneficios rica,  
 Me llaman hacia tí, más pobrecica  
 Yo no merezco tu mirar me alumbre.  
 Deslizarme tímida y oscura  
 Entre la turba de almas soberana  
 Que en torno á ti se agolpa con fe pura;  
 Y con tocar tan sólo humilde, ufana,  
 La fimbria de tu santa vestidura  
 Me habré de levantar alegre y sana.

## IV

## LA PECADORA DE BETANIA

Ya de mis necias pompas abomino  
 Ante ti derribada en mi quebranto.  
 ¿Sienten tus pies lo tibio de mi llanto  
 ¡Ay! por mí maltratados del camino?  
 El nardo de este vaso alabastrino  
 Recíbeme, Señor, emblema santo  
 De la inocencia que perdí hace tanto,  
 Ya que no ofrezco su candor divino.  
 Tus pies enjugaré con mis cabellos,  
 Que brillando hace poco en rieles de oro  
 Mil corazones te robé con ellos.  
 Y aunque en mi contra murmurar escucho  
 De tu piedad acógeme el tesoro:  
 Mucho perdona y hazme amarte mucho.

## V

## LAS VIRGENES NECIAS

¡Oh! despertemos, compañeras mías,  
 ¿Qué no escucháis el grito repetirse?  
*Viene el Esposo...* Y... prontas á extinguirse  
 Titilan nuestras lámparas vacías.  
 Densas tinieblas, pavorosas, frías,  
 En torno nuestro empiezan á esparcirse,  
 Y... la luz del Esposo á percibirse  
 Través de las caladas celosías.  
 Llorad, lloremos, al Esposo vueltas:  
 Danos de aquel aceite y cien olores,  
 Que de tu noble cabellera sueltas.  
 Las lámparas enciende en tus amores,  
 Y á la boda entraremos así envueltas  
 De tu luz en los santos resplandores.

## VI

## EL BUEH PASTOR

No quiere que tu báculo la rija  
 Rebelde á tu dulzor la ingrata oveja,  
 El dulce aprisco y tus amores deja,  
 Y al sitio irá que su maldad elija.  
 Huyendo torpe en la quebrada guija  
 Y en los zarzales del camino deja  
 La que lavaste cándida vedeja  
 Y la rosada piel que la cobija.  
 Ya presa entre los brazos del espino  
 Relucha en vano. ¡Mi Jesús, atiende!  
 Que el lobo aulla en el pinal vecino.  
 ¡Suena el silbato!... Ya tu voz no entiende.  
 ¿Qué has de hacer? Ven acá, Pastor divino,  
 Condúcela en tu hombro y la defiende.

## VII

## EL ARBOL SIN FRUTO

Arbol sin fruto, el de ramaje umbrío,  
Mira que al Padre Celestial enojas  
Estéril de su Hijo á las congojas  
Y de su sangre al desbordado río.  
¿Qué alegarás en tu favor? ¡Dios mío!  
¿Qué: la esmeralda inútil de tus hojas  
Do no das yemas, ni siquiera alojas  
A las aves del cielo? Arbol impío.  
¡Tiembra! ya apresta la segur airado  
Tu dueño, sordo de su hijo al ruego  
En ti no hallando el fruto codiciado.  
Espera aún; mas si no dieres luego  
El logro tantas veces anunciado  
Ha de troncharte y arrojarte al fuego.

## VIII

## EL VESTIDO NUPCIAL

Harapiento, Señor, y sin decoro  
Osé ponerme á tu Divina Mesa...  
Ya tus ministros con airada priesa  
Me atan y blanden sus espadas de oro.  
Van á arrojarme... compasión imploro.  
Afuera hierve la tiniebla espesa...  
Ahí el crugir de dientes que no cesa  
Y ese que escuchas indecible lloro,  
Escóndeme, Señor por tus entrañas  
Y por el alma de tu madre pura  
Que ablanda con su amor aun las montañas.  
Me acojo á ti... me ocule tu hermosura,  
Que si en tu sangre límpida me bañas  
Limpia será mi pobre vestidura.

## IX

## LA LANZADA

Si de temor y de piedad desnudo  
Al Gólgota acudí, para nõ amarte,  
A sortear tus ropas, á enclavarte  
Entre la furia del motín sañudo;  
Si de mi ingratitud el hierro crudo,  
Ya muerto, exangüe y pálido al mirarte,  
Osó, Jesús, el pecho desgarrarte  
Y el noble corazón henderte pudo:  
La que mi mano abrió fuente sagrada  
De linfa y sangre, déjame que beba  
Y me bañe su púrpura adorada;  
Y á penetrar permíte que me atreva  
De tu costado por el ancha entrada,  
Que hasta la gloria de tu amor me lleva.

## X

## EL HIJO PRODIGO

Padre, huí de tu amor: el paso alargo  
A coronarme de caducas rosas,  
Y fuí á beber en tazas engañosas  
De dulce bordo con el fondo amargo.  
Mas ya de mi ilusión pasó el letargo;  
La espalda me volvieron desdeñosas  
Las que antes me halagaban amorosas,  
Y tuve hambre y sin sabor muy largo,  
Desnudo, enfermo, y en horribles penas  
Llegué de tu heredad á los confines,  
Amor no, compasión buscando apenas.  
Ni aun que entre tus siervos me destines  
Merezco, y en amor de que te llenas,  
Me ofreces el festín de los festines.



# LA EUCARISTIA

EN SUS RELACIONES

CON LAS CRIATURAS, CON DIOS, CON EL HOMBRE

Y CON LA SOCIEDAD.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

IMP. DE LA COMPAÑIA EDITORIAL CATOLICA

Escalerillas núm 20

1902



# LA EUCARISTIA

EN SUS RELACIONES

CON LAS CRIATURAS, CON DIOS, CON EL HOMBRE

Y CON LA SOCIEDAD.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

IMP. DE LA COMPAÑIA EDITORIAL CATOLICA

Escalerillas núm 20

1902



**La Eucaristía en sus relaciones con las criaturas,  
con Dios, con el hombre y con la sociedad.**

Jesus Christus heri, et hodie: ipso  
et in saecula (Hebr. XIII, 8.)  
"Jesucristo ayer y hoy. El mismo  
también en los siglos."  
Deus charitas est (I Joan, IV, 8.)  
"Dios es caridad."

Entremos ahora en algunas consideraciones de otro orden, acerca de la divina Eucaristía. Por boca de nuestros maestros en la fe, dijimos que la Comunión es el compendio de las maravillas del Omnipotente, el centro al cual todo refluye en el cuerpo de la Iglesia, como todo refluye al corazón en el cuerpo humano, y el misterio que da vida á la sociedad y reconduce el universo hacia la unidad divina.

Para abarcar en toda su fuerza esta última verdad, miremos lo que pasa á nuestro alrededor. Desde luego observamos que todas las criaturas tienden á perfeccionarse, esto es, á pasar de una vida menos perfecta á otra que lo es más, aunque para conseguirlo han de perder su sér propio; así, entre los cuerpos inorgánicos, el aire y el agua, consumidos por los cuerpos organizados, pierden su

ser natural para identificarse en el del que se los asimila; el vegetal á su vez es absorbido por el animal, que le transmite nuevo sér, transformándolo en su substancia; el vegetal, el animal y todos los demas reinos, son absorbidos por el hombre que, asimilándoselos también, les comunica su existencia; y por fin, Dios atrae al hombre á sí, se lo asimila, y le comunica su vida divina é inmortal. Entonces es cuando la criatura por excelencia puede y debe decir: ¡Ya no soy yo el que vive, sino Dios quien vive en mí! y Dios, poseyendo al hombre, posee la plenitud de sus obras, cuya vida, cuya existencia, cuyas cualidades se resumen en el hombre, cual sér predominante al cual todo va á parar, y Dios vuelve á ser todo en todas las cosas. 1

Ahora bien, la Eucaristía es el medio por el cual Dios identifica al hombre con su sér, y restituye el universo á su unidad: este divino Sol de justicia es, en el mundo moral, lo que el sol en el físico, pues así como en la naturaleza todo gravita hacia aquel hermoso astro, que con su luz y calor derrama por todas partes la vida y la fecundidad, en la Religión también todo se dirige á la Augusta Eucaristía, por cuyo conducto la creación entera, que brota incesantemente del seno del Creador, vuelve incesantemente á remontarse hacia Él.

Si consideramos la Eucaristía en sus relaciones más inmediatas con Dios, ¡qué magnificencia de ideas no enajena nuestra admiración y arrebató nuestro espíritu! La Eucaristía, dicen los Padres de la Iglesia y los teólogos, es la extensión de la

1 Ut sit Deus omnia in omnibus (I Cor. XV, 28.)

Encarnación, pues si en ésta el Verbo Eterno sólo se unió con un cuerpo y una alma, en la Eucaristía, dilatando la maravilla, se une con el cuerpo y el alma de cuantos le reciben. A la verdad, la unión Eucarística no alcanza á la hipostática, por ser cosa imposible; pero después de ésta, es la más íntima que se puede concebir. El hierro incandescente que toma todas las calidades del fuego, sin perder su propia naturaleza; dos gotas de cera fundidas entre sí; el ingerto que se nutre de la savia del árbol en que ha sido ingerido; el alimento convirtiéndose en substancia del que lo digiere; la unidad misma que hay entre las Tres Divinas Personas, tales son las imágenes con que los Santos Padres presentan la sublime idea de nuestra unión con Dios en la Comunión 1. El objeto del nuevo Adán en ese misterio inefable, es hacer del género humano todo entero, otro Jesucristo, de quien el Eterno Padre pueda decir, contemplándole de lo alto del cielo: "¡Hé aquí mi hijo querido en quien he fijado todas mis complacencias!" ¡Cuán admirablemente alcanza el objeto de la redención esta invención prodigiosa de la Divina Sabiduría, por donde se rinde á Dios la mayor gloria exterior á que se pueda aspirar! ¿Quién duda que el Verbo Encarnado sobrepuja en sabiduría, justicia y amor á todos los hombres santificados, habidos ó por haber? Con ellos, sin embargo, se une por la Comunión, cual la cabeza con sus miembros, para obrar en ellos y por ellos, cuantas veces, por medio de sus oraciones, glorifiquen á Dios; así es que Jesucristo es quien adora á su Padre cuando nosotros lo adoramos, quien entona sus

1 Introducción, t. I, pág. 61.

alabanzas cuando nosotros las entonamos, quien trabaja, quien padece, cuando nosotros trabajamos y padecemos para gloria de Dios. "El mismo Señor," dice San Pablo, "es el que obra todas estas cosas en todos los fieles." 1

No le bastó al Hijo de Dios tomar un solo cuerpo y unirse con una sola alma en el seno de la Virgen Bienaventurada, sino que quiere unirse místicamente en cuerpo y en espíritu con todos los fieles para servirse de ellos como de otros tantos instrumentos, al objeto de glorificar **E**l mismo á su Padre. Consideró poco haber trabajado treinta y tres años para hacerle honrar en la tierra, por esto quiere trabajar en ella hasta el fin de los siglos. Los límites de la Judea fueron estrechos para abarcar todo el ardor de su celo, por esto anhela extenderlo á todo el universo; no fué bastante una boca, una lengua, un corazón, para satisfacer su deseo de publicar las maravillas del Padre y hartarse de su amor; por esto pretende que todas las bocas, las lenguas, los corazones, todos le sirvan de órgano al objeto de anunciar sus maravillas, amarle y adorarle; por fin, no fué suficiente dar su vida en el Calvario, y no le basta renovar su sacrificio cuantas veces se celebra la Santa Misa; por esto quiere vivir en todas las almas buenas, á fin de sufrir muerte por la gloria de su Padre, de todas las maneras que morirán los Santos hasta la consumación de los siglos. 2

Si consideramos la Eucaristía en sus relaciones con la sociedad, sube aún de punto nuestra admira-

1 Idem Deus qui operatur omnia in omnibus. (I Cor. XII, 6.)

2 Véase Vauvert, Devoción á Jesucristo. t. I, pág. 93.

ción. Necesitaríanse muchos volúmenes para aplicar todos los efectos que el sol produce en la naturaleza y las influencias que el corazón ejerce en el cuerpo humano; pues bien, volvamos á decirlo, lo que el sol en la naturaleza, lo que el corazón en el cuerpo humano, es la Eucaristía en la sociedad; quitad el sol, y la naturaleza perece; quitad el corazón, y el cuerpo humano muere y se aniquila. No es exageración esto; la palabra del hombre es impotente para producirse cuando se trata del misterio que, según San Buenaventura, "constituye la base de la Iglesia católica, y por consecuencia, el cimiento de la sociedad, la robustez de la fe y el principio vital del cristianismo." 1

No hay tiempo para explicar aquí todo el influjo que ella ejerce sobre las artes, pintura, música, poesía y arquitectura, y sin embargo. ¿cuánto no habría que decir?

Pasemos directamente á nuestro objeto, y veamos cuál es la influencia de este sacramento augusto sobre el individuo.

Hijo de Dios por el Bautismo, soldado de Jesucristo, rey, sacerdote y profeta por la Comunión, el joven cristiano va á recibir una magnífica prueba de la realidad de estos magníficos dictados. Como Dios necesita un alimento divino, 2 como tabernáculo, templo, sagrario, en breve recibirá á Aquel á cuyo servicio ha sido consagrado. Una palabra, pero fecunda en virtudes angelicales, suena á sus oídos. Hijo mío, le dice la Iglesia, por boca de una piadosa madre, ó del Pas-

1 Per hoc sacramentum stat Ecclesia, fides roboratur, viret et viget Christiana religio et dinnus cultus.

2 Ego autum dixi: Dii estis. Psalm. LXXXI, 6.

tor encanecido que le administra el Bautismo: mira que se acerca la época de tu primera comunión.—¿Qué es la primera comunión? pregunta el angelito.—¡Oh, hijo mío, llegará un día en que el Dios que te crió, que te consagró en el Bautismo: y que te adoptó por hijo suyo, descenderá del cielo para venir á tomar posesión de tu espíritu, y de tu cuerpo; en aquel inefable momento los Angeles estarán postrados á tus pies; más dichoso que el discípulo amado, no sólo reposarás en el seno de tu Salvador, sino que Él mismo se pondrá en tus labios, entrará personalmente dentro de tu pecho, y tan venturoso como María, poseeréis é Aquel de quien es Ella Augusta Madre. Tu primera comunión, querido mío, es un contrato formal, una magnífica alianza que vas á establecer con Dios. Dios se te dará enteramente, y cuanto tiene, cuanto Él es, su cuerpo, su alma, su divinidad, los tesoros de sus gracias, todo será para tí; pero en cambio exige también todo lo que tú tienes y todo lo que eres, cuerpo, alma, corazón, vida, lo cual vas á entregarle sin reserva ni devolución; pero no temas, porque si Dios reclama todos tus bienes, es para conservarlos y devolvértelos multiplicados é inmortalizados. Los testigos de ese contrato, serán tu padre, tu madre, tus hermanos, tus hermanas, los Angeles y los Santos del cielo y de la tierra; él se escribirá y firmará con la sangre de tu Dios, y llevado al cielo por los mismos Angeles, será allí archivado hasta el día de tu muerte, y después vuelto á la tierra el día del juicio final, y según hubieres cumplido sus condiciones, se fallará la sentencia de tu eternidad.

A esta noticia, no sé qué impresión religiosa,

qué terror mezclado de amor invade el espíritu del niño; desde luego, para que sea digno de la visita de Dios, son indicadas y se practican diferentes instrucciones, preces, limosnas y toda especie de buenas obras, tanto más meritorias, cuanto sólo las ven los Angeles; y los malos hábitos se rompen, las pasiones se acallan, y la obediencia, la dulzura y piedad, vienen á edificar á la familia y preparan la alianza. Llega por fin el día en que el Autor de todos los mundos ha de descender y morar en el corazón de ese niño. . . . Pero aquí enmudezco, una lengua humana no puede expresar lo que entonces pasa entre Dios y su Hijo estimado; todo lo que sé, es que la sangre divina, vertida en aquel tierno corazón, lo embellece y vivifica, cual una lluvia suave refresca el lirio del valle al entreabrir su perfumado cáliz á los primeros rayos del sol. “Estos niños,” dice el amable y santo Obispo de Ginebra, “experimentan cómo Jesucristo se propaga y comunica por todas las partes de su alma y cuerpo, sintiéndolo en la mente, en el corazón, en el seno, en los ojos, en las manos, en la lengua, en los oídos y en los pies; y ¿qué hace el Salvador para conseguir todo esto? Todo lo restaura, todo lo purifica, todo lo vivifica; ama en el corazón, entiende en la mente, anima en el seno, ve en los ojos, habla en la lengua, y así de lo demás; Él lo hace todo en todo, y entonces es cuando nosotros vivimos, pero no nosotros, sino Jesucristo es quien vive en nosotros.”<sup>1</sup>

¿Quién explicará las impresiones vivas, suaves, tranquilas, profundas y deliciosas de los pobreci-

tos en aquellos momentos? Cuanto yo veo, son lágrimas de ternura regando mejillas sonrosadas por el fuego de un amor virginal; cuanto miro es la inmovilidad del recogimiento, el éxtasis de la fe y un arrobamiento del todo divino. Ved allí una familia toda enternecida, una madre que moja con su llanto la losa del santuario donde se ha postrado á comulgar junto á su hija; ved acullá una hermana, un hermano, un padre, la parentela entera del niño que sienten en ese día un placer enteramente nuevo, ó quizá pesares y remordimientos, sensaciones indefinibles, germen de futura enmienda y de completa regeneración; ved, en fin, por todas partes comenzar una nueva era de vida para los pequeñuelos y renovarse el eterno recuerdo de este gran día, recuerdo poderoso, dique contra las pasiones, roedor saludable después de las caídas, aliento para todas las penas de la vida y último consuelo para el trance postrero.

¡Cuántas virtudes sembradas, pues, en el corazón, á consecuencia de la primera comunión! ¡cuántas pasiones ahogadas en su germen! ¡cuántos crímenes atacados, y de consiguiente, cuántas lágrimas para las familias, y desórdenes ó escándalos para la sociedad contenidos por la acción poderosa de la sangre reparadora la primera vez que, aniquilando el germen del mal, se derrama hasta el fondo de las entrañas y hasta la médula de los huesos del joven católico! ¿Se conoció jamás cosa más eminentemente social que el acto solemne de la primera comunión? Hé aquí las palabras de un sujeto cuyo nombre no puede pronunciarse sin rubor: "Hemos recibido á Dios," dice Voltaire. "Dios está en nuestra carne y en nuestra

"sangre, ¿quién después de esto podrá cometer un sólo pecado, ni siquiera por intención? Era imposible imaginar <sup>1</sup> un misterio que tuviese á los hombres más firmemente ligados á la virtud."

Avanza ahora en el camino de la vida, joven comensal de todo un Dios, y dile á tu Huésped como le decían los discípulos de Emaús: "Quedaos conmigo, Señor, porque se hace tarde y el día va declinando." Mientras Él guíe tus pasos, no temas extraviarte, y entre tanto sean regulados por Él los movimientos de tu corazón, no dudes ostentarlos, porque ni tu madre tendrá lágrimas que derramar, ni la sociedad escándalos que deplorar ó excesos que reprimir.

Germen de caridad y de virtud en el individuo, la Comunión lo es igualmente en la sociedad. Todas las maravillas de caridad que diez y ocho siglos há cubren al mundo de uno á otro polo, son producidas por la Eucaristía, verdad poco conocida que hoy más que nunca conviene recordar. La comparación en ese particular del Catolicismo y del Protestantismo, ofrece un fenómeno notable del mundo moral, que el mismo citado Voltaire hubo de entrever: "Los pueblos separados de la comunión Romana," dice, "no han imitado sino imperfectamente la generosa caridad que á ésta caracteriza."

<sup>1</sup> Imaginar es la verdadera palabra.

6

# LOS TRES SUEÑOS

REFLEXIONES

QUE PUEDE HACER AL ACOSTARSE EL CRISTIANO

QUE SE PREPARA

A LA SAGRADA COMUNION

POR UN CATÓLICO.

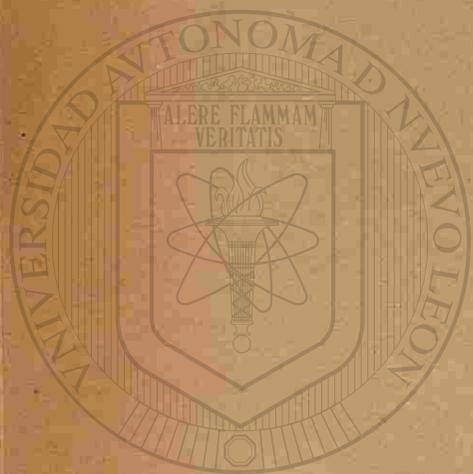


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
MEXICO

Tip. y Lit. «LA EUROPEA» DE J. AGUILAR VERA Y C<sup>a</sup> (S. EN C.)  
Calle de Santa Clara núm. 15.

1904



LOS TRES SUEÑOS  
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# LOS TRES SUEÑOS

REFLEXIONES

QUE PUEDE HACER AL ACOSTARSE EL CRISTIANO

QUE SE PREPARA

A LA SAGRADA COMUNION

POR UN CATÓLICO.

UANL

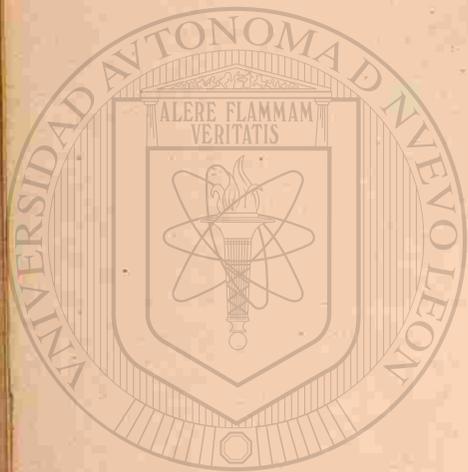


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
MEXICO

TIP. Y LIT. «LA EUROPEA» DE J. AGUILAR VERA Y C<sup>IA</sup> (S. EN C.)  
Calle de Santa Clara núm. 15.

1904



## DICTAMEN DEL CENSOR.

*Ilmo. y Rmo. Señor:*

*En cumplimiento del decreto de V. S. I. que antecede, he leído detenidamente el opúsculo, que devuelvo, titulado: «Los tres sueños. Reflexiones que puede hacer, al acostarse, el cristiano que se prepara á la Sagrada Comunión. Por un católico,» contenido en veinte páginas.*

*Nada he encontrado en él que no esté conforme con el dogma y con la moral; por el contrario, advierto que bajo una forma agradable, hay en él mucho bueno.*

*Las cristianas reflexiones que sugiere, al marcar la diferencia que existe entre uno y otro sueño, y la amena*

novedad con que están escritas, creo que excitarán en muchos de los lectores, pensamientos saludables, y creciente amor á la pureza de alma con que debemos recibir el inefable sacramento de la Eucaristía.

Soy, pues, de opinión que puede concederse al autor la licencia que solicita para la impresión de este opúsculo; salvo el superior juicio de V. S. I.

México, 30 de Enero de 1904.

LAUREANO VERES, S. J.

## LICENCIA.

Secretaría del Arzobispado de México.

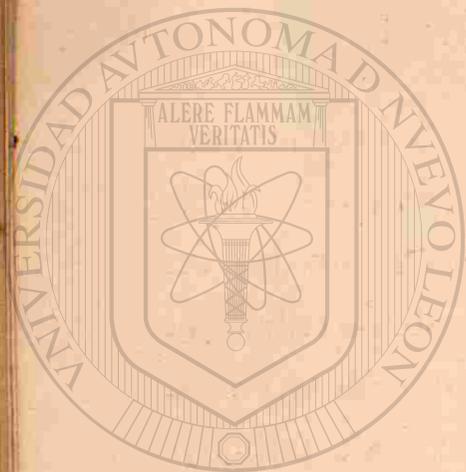
El Ilmo. Sr. Arzobispo se ha servido, en vista del dictamen del Censor, conceder su superior permiso para que se imprima y publique la obrita titulada «Los tres sueños,» presentada por V., con calidad de que se inserte esta licencia.

Dios guarde á V. muchos años.

México, Febrero 8 de 1904.

GERARDO M. HERRERA,  
Secretario.

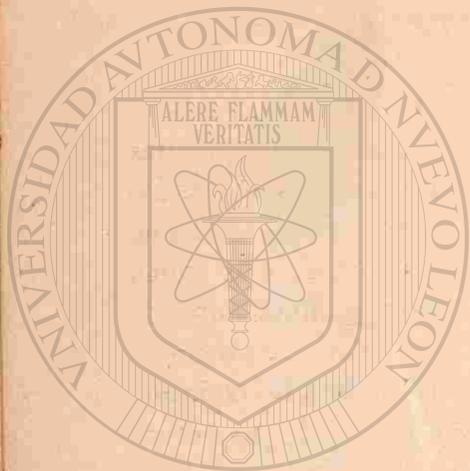
Sr. D. Santiago Ramírez.— Presente.



## SÚPLICA.

El autor hace respetuosamente á los lectores, la de que favorezcan con los sufragios que su caridad les inspire, el alma en cuyo recuerdo se hace esta publicación, y á cuyo obsequio se destina el producto de su venta. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



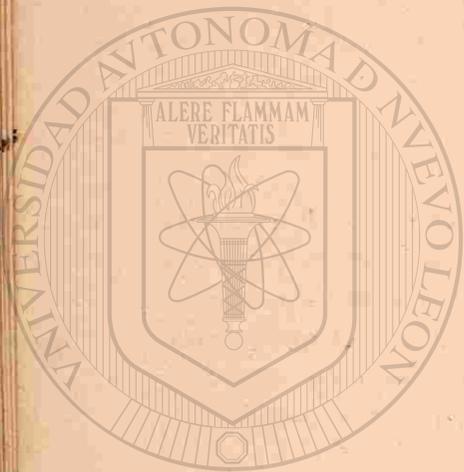
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### LOS TRES SUEÑOS.

Dígnate, Oh Dios de la Eucaristía, venir al lecho de mi descanso en las alas de mi pensamiento, como espero que te dignarás venir al lecho de mi agonía en el Sacramento de tu amor; y así como entonces fortalecerás mi alma, antes de entregarme al sueño del que ya no se despierta, santifícala ahora, antes de que me entregue al sueño, del que pronto despertaré.

Ahora que todavía te puedo hablar, escúchame; ahora que puedo todavía sentir, atiéndeme; ahora que puedo todavía lanzar á ti mi grito de socorro, otórgame clemente tu generosa protección. ®



---

I

Voy ya á entregarme al sueño del descanso; dentro de unas breves horas, que mi corazón tiene contadas, me entregaré al sueño de la Eucaristía; pasados unos días, que sólo Tú, Dios mío, puedes contar, voy á dormir el sueño de la muerte.

Para este primer sueño, estoy en mi lecho; mañana, para mi segundo sueño, estaré en el altar; después, para el tercero, estaré en el sepulcro.

Durante el primero, la naturaleza reparará mis miembros fatigados, devolviéndoles el vigor, la flexibilidad y la energía; durante el segundo, la gracia restituirá la robustez á mi alma decaí-

da, porque es el trigo de los escogidos y el vino que hace germinar la virtud que es el fundamento de la fortaleza: <sup>1</sup> durante el tercero, no quedará ni sombra de la fatiga, ni huella del cansancio.

En mi primer sueño, todo desaparecerá para mí, pues habrá en mí una suspensión de la vida; en el segundo, todo desaparecerá ante mí, pues me alejaré á una distancia inconmensurable del mundo; en el tercero, todo desaparecerá en mí, pues habré vuelto á la nada por el camino de la destrucción.

Mi sueño de hoy, es un prelude de mi sueño de mañana; y mi sueño de mañana, una preparación para mi último sueño. . . . como las angustias de mi Redentor en el Gethsemaní, fueron el prelude de su Pasión, y su Pasión tuvo por término su muerte.

Las palabras que escucharon los discípulos en aquel huerto, las escucho yo

<sup>1</sup> Zac. IX, 17.

hoy en su sentido material, cuando oigo que por la voz de la naturaleza me dice: *duerme y descansa*; <sup>1</sup> las que en el mismo lugar escucharon aquéllos, cuando «sus ojos estaban cargados de sueño,» <sup>2</sup> las escucharé yo mañana, cuando mi corazón esté abrumado por la felicidad, en los instantes en que, saliendo del tabernáculo para reposar en mi pecho, me diga con el lenguaje de la gracia: *vela y ora*; <sup>3</sup> y las que de los mismos augustos labios salieron en los momentos en que se entregaba á la muerte, las escucharé en mis últimos instantes, cuando por los labios de su Ministro, intimo á mi alma la orden de salir, me diga: *levántate y vamos*. <sup>4</sup>

En mi sueño de hoy, estaré, en la apariencia, reducido á la nada; en mi sueño de mañana, estaré, en realidad, iden-

<sup>1</sup> S. Mat. XXVI, 45. S. Marc. XIV, 41.

<sup>2</sup> S. Mat. XXVI, 43. S. Marc. XIV, 40.

<sup>3</sup> S. Mat. XXVI, 41. S. Marc. XIV, 18. S. Luc. XXII, 46.

<sup>4</sup> S. Mat. XXVI, 46. S. Marc. XIV, 42.

tificado con el infinito; en mi sueño final, mi cuerpo se reducirá á la nada, volviendo al polvo de que fué hecho, y mi alma, envuelta en el todo de su inmortalidad, se remontará á Dios para quien fué criada.

Para mi sueño de hoy, mi cuerpo busca el abrigo bajo las blancas sábanas; para mi sueño de mañana, mi alma quedará hermoseada por la infinita belleza de aquel Señor altísimo, que se oculta bajo las cándidas especies; para mi último sueño, mi cadáver será envuelto en blanco sudario.

Hoy, para entregarme al sueño de mi descanso, me despojo de mis habituales vestidos; mañana, para reposar en el sueño de la Eucaristía, me despojaré de la levadura del hombre viejo; después, para el sueño de mi muerte, me desprenderé de mi envoltura material.

Una buena noche me desean—quizá sólo con los labios, y cediendo á las exigencias de una costumbre—los que se

despiden de mí, cuando me voy á entregar á mi primer sueño; la indulgencia, la remisión y el perdón de mis pecados, me desea con el corazón el Sacerdote, haciendo uso de su autoridad, cuando me voy á dormir en el segundo; que descanse en paz, me deseará la caridad cristiana en mi último sueño, cuando entre el luto de su dolor recoja para mí todos los tesoros de la Iglesia.

Para que mi sueño de hoy sea tranquilo, me reclino, buscando su protección, en el regazo de Jesucristo; para que mi sueño de mañana sea santo, descansaré mi cabeza sobre su bondadoso corazón; para que mi último sueño sea feliz, me arrojaré de lleno en los brazos de su Misericordia.

Mi sueño de hoy, voy á dormirlo en mi hogar; para mi sueño de mañana, necesito ir al Santuario; para mi sueño final, me aguarda el Cielo.

En el sueño natural, descanso de mis sufrimientos; en el sueño Eucarístico, mis

sufrimientos se convierten en goces; en mi último sueño, no tendré ni goces ni sufrimientos.

Los primeros pasos que doy cuando acaba el día, son para dirigirme al lecho en que me espera el sueño de mi descanso; los primeros pasos que doy cuando la noche termina, son para acercarme al altar, donde me espera el sueño de la Eucaristía; los primeros pasos que daré cuando mi vida se apague, serán para ser conducido al sepulcro, donde me espera el sueño de la muerte.

Mi sueño natural representa un día más en mi vida; mi sueño Eucarístico, una gracia más en mi alma; mi sueño de muerte, el fin de todos mis días y la conclusión de todas las gracias.

Después de mi sueño, ya no puedo volver á dormir: el trabajo me reclama; después de mi comunión, ya no puedo volver á comulgar: en el mismo día; después de mi muerte, ya no puedo volver á morir; la muerte es única.

Junto á la cruz que está fija en la cabecera de mi lecho, me entregaré al sueño de mi descanso; al pie de la cruz que se eleva en el altar del Sacrificio, gustaré el sueño de la Eucaristía; bajo la cruz que ha de coronar mi sepulcro, dormiré el sueño de la muerte.

El sueño de mi descanso, no dura más que unas horas que rápidamente pasan; el sueño de la Eucaristía, dura tan sólo un instante que casi no se siente; el sueño de la muerte, dura por toda la Eternidad. El primero lo paso en mi lecho; el segundo lo duermo en el altar; el tercero lo dormiré en el sepulcro.

Para cuidar el sueño de mi descanso, el Señor ha puesto á la cabecera de mi lecho un ángel que aleje de mí las imaginaciones que puedan perturbarlo; para protegerme en el sueño de la Eucaristía, me ha preparado al pie del altar un espléndido festín contra todos aquellos que me persiguen; <sup>1</sup> en el sueño de

<sup>1</sup> Ps. XXII, 5.

mi muerte, me hará salir de las batallas de la vida por las puertas de mi sepulcro, victorioso de todos mis enemigos.

Al ocupar mi lecho para dormir el sueño de mi descanso, apago la luz de mi bujía para quedar entre las sombras de la noche, secuestrado de todo lo que me rodea y entregado á mí mismo; cierro los ojos para no ver más que mi reposo, é insensiblemente me voy reduciendo á la nada: dormido en este sueño, ya no soy un hombre. Al acercarme á la Sagrada Mesa para recrearme con el sueño de la Eucaristía, sofoco la luz de mi razón para quedar entre las sombras del misterio, separado del mundo de los sentidos y concentrado en mí; cierro los ojos para no ver más que mi alma, é insensiblemente me voy dilatando en el infinito: dormido en este sueño, de alguna manera me he trasformado en Dios. Y al descender á mi sepulcro, para dormir el sueño de la muerte, se extinguirá la luz de mi vida, para dejarme

entre las sombras del no ser, alejado de la tierra, en cuyo seno avanzaré rápidamente á mi destrucción: en este sueño, desligada el alma del cuerpo, no seré más que un cadáver primero; un esqueleto después; un puñado de polvo en conclusión, la misma nada.

## II

Muchas veces, al entrar al lecho de mi descanso para buscar el sueño, hallo el insomnio! Muchas otras, al acercarme á la Sagrada Mesa para recibir la Eucaristía, siento la sequedad! Muchas más, al pensar en la muerte, me hieló de espanto!

En aquel insomnio, en vez de la tranquilidad, siento la inquietud; dejo una postura para tomar otra postura; á un movimiento se sigue otro movimiento; una incomodidad se eslabona con otra incomodidad. Las ropas me estorban,

las almohadas me molestan, el lecho mismo me causa malestar. Los oídos me zumban, los ojos me arden, los miembros me duelen, mi cerebro se quema, y ansío por ver brillar la luz del día, que ponga fin á esa noche interminable. . . Es que el organismo no está muy sano.

En esa sequedad, en vez del recogimiento, me derramo en la disipación; en cualquiera posición me siento incómodo; con cualquier pensamiento estoy distraído, y sin cesar me encuentro perturbado. Los recuerdos me asaltan, los dolores me oprimen, las tentaciones me atribulan, y ansío. . . . qué horror! porque termine el Sacrificio para alejarme del Santuario. Es que la conciencia no está muy limpia.

En este pensamiento, casi no acepto la idea de la muerte; casi no veo en ella la consecuencia del pecado; casi pongo en tela de juicio su certidumbre; casi no me conformo con su necesidad. Es que la vida no está muy arreglada.

Pero ay! que ésto no es lo debido, ni lo natural, ni lo deseado! Se necesita buscar en la medicina ó en la higiene, un remedio contra aquel insomnio; en la penitencia y la oración, un antídoto contra esa sequedad; en la confianza en la bondad divina, un preservativo contra esta rebeldía.

Hay en el organismo humano numerosos medios naturales, que por su aplicación lo regularizan: son los confortativos. Hay entre su marcha general, recursos, no pocos, que por su eficacia lo fortalecen: son los estimulantes. Hay entre sus facultades una, y tal vez la principal, que por su esencia lo reconstituye: es la de la conservación. De la misma manera, hay en el espíritu del cristiano una luz sobrenatural, que con sus resplandores lo ilumina: es la Fe. Hay en sus afectos una fuerza ascensional, que por sus aspiraciones lo elevan: es la Esperanza. Hay en su corazón un fuego divino, que con sus ardores lo abra-

sa: es el Amor. Y estas tres virtudes, en el sueño de la Eucaristía, como en el sueño de la muerte, producen en el alma los mismos saludables efectos, que los recursos que devuelven al cuerpo, con la salud, el sueño del descanso.

## III

Con mucha razón los mitologistas no designan el sueño sin acompañarlo del adjetivo *dulce*, que parece que le es inseparable! Con mucha más razón los cristianos no designan la Eucaristía sin acompañarla del adjetivo *Sagrada*, que le es esencial.

El sueño natural es dulce, por las sensaciones agradables que lo acompañan; el sueño Eucarístico es dulce también, porque encierra en sí toda delicia.<sup>1</sup>

El sueño natural repara las fuerzas

<sup>1</sup> Sab. XVI, 20.

del cuerpo, porque proporciona á éste el descanso; el sueño Eucarístico sustenta el alma, porque es «el Pan vivo bajado del Cielo.»<sup>1</sup>

El sueño natural produce en el cuerpo un delicioso enervamiento, porque es un bálsamo que proporciona el placer; el sueño Eucarístico envuelve el alma en una celestial embriaguez, porque es «el vino que engendra vírgenes.»<sup>2</sup>

El sueño natural suspende la vida del cuerpo; el sueño Eucarístico desarrolla la vida del alma.

El sueño natural inhabilita al hombre para el pecado; el sueño Eucarístico lo sumerge en la gracia.

El sueño natural separa, por decirlo así, al hombre de sí mismo; el sueño Eucarístico lo une estrechamente con Dios.

El sueño natural cercena á la vida todo el tiempo que mide su duración; el sueño Eucarístico le inyecta sin cesar

<sup>1</sup> S. Juan VI, 51.

<sup>2</sup> Zac. IX, 17.

la gracia, mientras no se destruyen sus efectos.

El sueño natural le dice al cuerpo: descansa; el sueño Eucarístico le dice á el alma: merece.

El sueño natural conserva al hombre su cuerpo para la vida transitoria; el sueño Eucarístico guarda su alma para la vida eterna.

El sueño natural es un don de Dios; el sueño Eucarístico es el don de los dones.

En el sueño natural nos da Dios mucho; en el sueño Eucarístico nos lo da todo.

En el sueño natural dormimos; en el sueño Eucarístico gozamos.

En el sueño natural nada vemos y nada sentimos; en el sueño Eucarístico vemos el Cielo y sentimos á Dios.

En el sueño natural todo nuestro mundo está en nuestro lecho; en el sueño Eucarístico todo nuestro mundo está en el Altar.

En el sueño natural nuestra vida se confunde con la nada; y la miseria, que casi se identifica con la nada, es la condición de nuestra vida: en el sueño Eucarístico, el infinito baja á encerrarse en nuestra nada, y nuestra nada se sublima hasta llenar el infinito.

Todos los pasos, las preocupaciones, los quehaceres, las necesidades y aún los padecimientos del día, terminan en el sueño; todas las aspiraciones, las virtudes, los merecimientos, los goces y aún las sequedades del alma, convergen hacia la Eucaristía. . . . .

Tiene el sueño natural un accidente especialísimo, cuyo carácter principal es el misterio. Tomando la vida las apariencias de la nada, imprime á la nada las apariencias de la vida.

El que vive, muere en el sueño: el sueño es la apariencia de la nada. El que duerme, vive en los sueños: los sueños son la apariencia de la vida.

Así como en la muerte el espíritu se

desprende de la materia, y en esta separación es en lo que consiste, así en el sueño esta separación se efectúa de una manera aparente, y tal vez parcial. La materia se conserva inerte; pero el espíritu recobra nueva vida, y vive con caracteres especiales.

Posee una sutileza tal, que por todas partes penetra; se mueve con tal velocidad, que instantáneamente recorre inmensas distancias; es tan rico, que posee todos los tesoros; tan feliz, que están á su alcance todas las delicias.

Crea, y se pone en contacto con seres que nunca han existido; resucita, y extiende ante su vista seres que ya se han olvidado.

Se sostiene en el aire, como libre de la pesantez; marcha sobre las aguas, como sobre una superficie resistente. Tiene el don de inventar, y hace portentos; tiene la facultad de descubrir, y parecele ver lo que encierra el futuro. En la oscuridad ve las luces más resplande-

cientes; en el silencio escucha las armonías más melodiosas; establece sus posesiones en el espacio; dilata sus dominios en la inmensidad, y esa nueva vida está caracterizada por nuevas propiedades.

Los sueños le hablan, cuando el Señor quiere, con el lenguaje de la advertencia como á los Reyes Magos; <sup>1</sup> con el del aviso como á S. José; <sup>2</sup> con el de la promesa como al copero de Faraón; <sup>3</sup> con el de la amenaza como á Nabucodonosor; <sup>4</sup> con el de la profecía como á Faraón; <sup>5</sup> con el de la glorificación como á José el hijo de Jacob; y sin hipérbolo puede decirse que le hablan en todos los idiomas y con todas las significaciones.

No de otra manera sucede en el sue-<sup>®</sup>

1 S. Mat. II, 12.

2 Ib. 13.

3 Gen. XL, 13.

4 Dan. IV, 7 á 23.

5 Gen. XLI, 1 á 32.

ño Eucarístico, cuya esencia y encanto es el misterio.

Del anonadamiento más completo á que la humildad reduce al cristiano, pasa á la elevación más inconcebible á que la gracia lo levanta.

El que comulga, muere para el pecado; y el que está muerto para el pecado, vive para la Eucaristía. Porque el que está muerto para el pecado, no vive ya en el pecado; es decir, no vive en sus costumbres, no vive en sus placeres, no vive en sus pasiones, no vive en sí, y puede con toda exactitud decir con el Apóstol: «no soy yo quien vive; Jesucristo es quien vive en mí;»<sup>1</sup> y viviendo Jesucristo en él, él á su vez vive en Jesucristo; y esta mutua, recíproca y común vida, sólo puede darla la Eucaristía.<sup>2</sup>

Como en el sueño, y más que como en el sueño, como en la muerte, el es-

<sup>1</sup> Gálat. II, 20.

<sup>2</sup> S. Juan VI, 57.

píritu se aparta del amor á la materia, en la Sagrada Eucaristía: pues mientras el cuerpo queda olvidado de sí mismo en el silencio más absoluto y en el recogimiento más completo, el alma, arrebatada por los ángeles, que á su lado opacan su brillo y empequeñecen su hermosura, va á vivir, en una vida celestial, á regiones desconocidas.

Con la sutileza y la agilidad propia de los espíritus angélicos, y que como dotes celestiales adornaron en su resurrección gloriosa el cuerpo de Aquel, con quien por la Comunión se halla identificada, penetrará más allá de la superficie del misterio, y podrá contemplar las grandezas que en él están escondidas, y las seguirá en el encadenamiento infinito con que se eslabonan,<sup>®</sup> hasta llegar al Corazón de Dios; y encontrando en él una segura prenda de lo que el ojo no vió, ni el oído oyó, ni puede comprender la inteligencia ni sen-

tir el corazón,<sup>1</sup> se verá ya como dueño de las más grandes riquezas y rodeado de la más completa felicidad.

Con la facultad de crear, hará salir de su propia nada, donde antes sólo residía el pecado, afectos tiernos, sentimientos nobles, pensamientos elevados, homenajes dignos, propósitos firmes, resoluciones inquebrantables.

Con la facultad de descubrir, verá algo de lo que vió el Discípulo predilecto aquella noche memorable, cuando se reclinó donde ahora este cristiano venturoso se halla reclinado.

La fuerza de la pesantez que debía atraerlo hacia la tierra, está destruída por una fuerza ascensional que lo eleva al Cielo.

En su fervor inventa medios para corresponder á los beneficios de tan maravillosa invención; en su contemplación

<sup>1</sup> 1ª Cor. II, 9.

descubre la fuente de donde brotan esos beneficios.

Su Fe está llena de luz; su oración, llena de armonías; sus deseos se extienden en la inmensidad; sus posesiones se limitan en el infinito.

Como los Reyes Magos, ofrece á su Dios, en cuya presencia se siente, el oro de su caridad, la mirra de su penitencia y el incienso de su adoración; como su Padre Putativo, guarda en su corazón al huésped divino que en él reside, para ponerlo al abrigo de las ofensas de la impiedad; como el copero de Faraón, llena su propia copa con el vino más generoso, para embriagarse dulcemente con su contenido; como las vacas salidas del Nilo y las espigas agostadas, destruye con la austeridad y la mortificación, los robustos y vigorosos efectos del regalo y el sensualismo; y como el hijo predilecto de Jacob, contempla que, al verlo á él tan íntimamente unido con su Dios, los espíritus angélicos le tribu-

tan el homenaje de la más cariñosa fraternidad.

## IV

«Mas ay que todo fué un sueño!»<sup>1</sup> . . .

Ay! cuántos cristianos infieles que han tenido la desgracia de volver á caer en la culpa, han hecho desaparecer tan encantadora realidad; y al chocar contra el fondo del abismo, abierto bajo sus pies por el pecado, se sienten solos, aislados y tristes, en el abandono, en la desolación y en el vacío; y cuando al despertar buscan, sin encontrarlo, aquel conjunto de bienes ya perdido, exclaman con amarga desesperación: «ay, que todo fué un sueño!»

Revolcándose en el lecho de su impotencia, de su pecado y de su desconsuelo, echan de menos al amado de su alma; al que á tan alto precio la compró; al que tanto hizo por ella; y al echarlo de

<sup>1</sup> Cant III, 1.

menos, *lo buscan pero no lo encuentran*.<sup>1</sup>

Es que ese sueño celestial y dulce, el sueño de la Eucaristía, formado por tan inexplicables goces y por tan encantadoras realidades, fué el reclamo apacible del amado, que llamando á la puerta de esta alma infeliz, que dormía velando, es decir, que olvidada de Dios se agitaba en el pecado, parecía decirle: «Abreme, amiga mía, porque está mi cabeza llena de rocío, y del ralente de la noche mis cabellos:»<sup>2</sup> como si dijera: alma prevaricadora y desdichada, vuelve en ti y conviértete á mí: porque el frío de tu indiferencia me hiela de dolor, y los sufrimientos que tu pecado me causa, son tan numerosos como mis cabellos.

Y esta alma indolente y perezosa, contesta con criminal ingratitud: Cómo he de levantarme para abrirte! «Si ya me despojé de mi túnica, me la he de

<sup>1</sup> Cant. III, 1.

<sup>2</sup> Ib. V, 2.

volver á poner? Ya lavé mis pies, y me los he de volver á ensuciar?»<sup>1</sup>

La túnica del amor, del arrepentimiento, de la gracia, del hombre nuevo, que tú, por tu clemencia me vestiste, me la quité ya para entregarme al sueño del pecado: acabo de quitármela; cómo me la he de volver á poner!

Mis pies, que por la humildad y la mortificación había puesto en contacto con la tierra, confundiéndome con ella, ofreciéndole en cada paso mi cuerpo como cosa que le pertenece, y renovando mi protesta de sumisión y acatamiento á la maldición que fulminó el Señor contra el pecado,<sup>2</sup> me los lavé ya con el agua de la soberbia y del sensualismo; cómo me los he de volver á ensuciar!

Y todavía el amado no se ofende con esta negativa! Y todavía no retrocede ante esta repulsa! Y todavía «mete su

<sup>1</sup> Cant. V, 3.

<sup>2</sup> Gen. III, 19.

mano por la ventana de la puerta, probando si podrá abrirla;»<sup>1</sup> la puerta del corazón ingrato, infiel, rebelde y obstinado, probando si podrá conmoerlo.

Mas este corazón permanece endurecido. Se lanzó al mundo entre la oscuridad de la noche, no como la Esposa arrepentida que busca á su amado á quien ya abrió la puerta; sino como el enemigo obstinado que huye de él, conservándosela cerrada.

Este infeliz fué encontrado «por las patrullas que rondan la ciudad,»<sup>2</sup> es decir, por las tentaciones, las concupiscencias y los peligros que rodean á el alma, que lo hirieron y lo maltrataron; y «las centinelas de los muros,» es decir, los sentidos, despojaron al hombre interior del manto con que se cubría, dejándolo á la vista de sus numerosos enemigos exteriores.

Para este desventurado, la Eucaristía

<sup>1</sup> Cant. V, 4.

<sup>2</sup> Ib. 7.

no es más que un sueño de felicidad que le hace más insoportables los tormentos que sufre al despertar en el pestilente fango de la tierra; para el cristiano fiel, que lejos de destruir su unión con Dios, realizada en este Sacramento, trabaja por consolidarla, es, por el contrario, un sueño también; pero un sueño por el que descansa en el regazo de su Dios, y del que despertará un día sin noche en las delicias de la Gloria.

## V

He aquí los tres sueños en que está compendiada toda la vida del cristiano: el sueño natural, el sueño de la Eucaristía, el sueño de la muerte.

El primero afecta puramente al cuerpo, y sólo de una manera accidental el espíritu; el segundo es exclusivo del alma, y sólo por relaciones secundarias afecta el cuerpo; el tercero se hace sen-

tir de la misma manera en ambas partes, pues con el mismo grado de intensidad las afecta.

He aquí que mi vida no es más que un sueño, puesto que en estos tres sueños está compendiada: el sueño natural; mi sueño de hoy: el sueño de la Eucaristía; mi sueño de mañana: el sueño de la muerte; mi último sueño.

Después del sueño natural, despertaré para volverme á dormir; después del sueño de la Eucaristía, despertaré para volver á comulgar; después del sueño de la muerte, ya no despertaré.

Después de mi sueño de hoy, despertaré para reanudar la lucha de la vida; después de mi sueño de mañana, despertaré para volver á la vida de la lucha; después de mi último sueño, no tendré que temer la lucha de la vida, porque viviré una vida sin lucha.

Después de mi primer sueño, tomaré mis vestidos de hombre para seguir viviendo; después del segundo, tomaré mis

armas de cristiano para seguir peleando; después del tercero, no necesitaré ya vestidos, porque no tendré ya necesidades; ni necesitaré armas, porque tampoco tendré enemigos.

Por eso modelando en estos tres sueños mi vida toda, no me entrego al sueño de mi descanso, sin examinar mi conciencia, implorando de Dios el perdón de mis caídas; no me acerco al sueño de la Eucaristía, sin reconciliarme con Dios, aplicando á mi alma los remedios sacramentales, pidiendo á Dios con David, que si por su misericordia estoy ya lavado, por su liberalidad me lave todavía más,<sup>1</sup> y todo mi empeño se reduce, y todos mis esfuerzos se encaminan, y todas mis plegarias se dirigen, á alcanzar de mi Dios, de mi Redentor y de mi Padre, el beneficio sin nombre, de que cuando vaya á cerrar los ojos al sueño de la muerte, me conceda la indulgencia, la

<sup>1</sup> Ps. L. 2.

absolución y la remisión de todos mis pecados; tenga misericordia de mí; me perdone todas mis faltas; me rocíe con el hisopo, mojado en su Preciosísima Sangre; venga á mi llamado, cuando yo lo implore como Padre, antes que yo acuda al suyo cuando me cite como Juez; me marque con la señal de los escogidos, y haciendo valer en mí los efectos de la Redención y los merecimientos del Redentor, me conduzca á la Vida Eterna.

Oh Dios de Belén, de Jerusalén y del Calvario, que en el Pesebre dormiste el primer sueño natural; en el Cenáculo te recreaste con el sueño de la Eucaristía, y en la Cruz cerraste los ojos al sueño de la muerte. . . . Y todo esto por darme la vida!

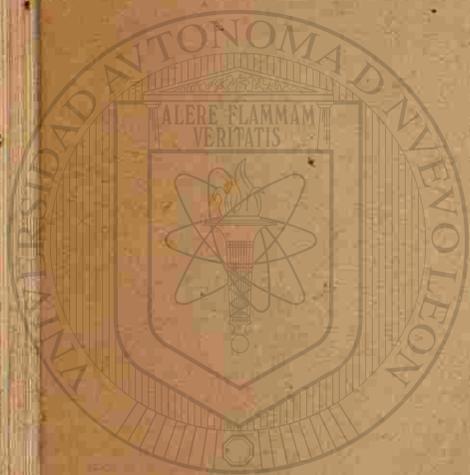
Tú que quisiste compendiar esta vida en un triple sueño, para que ni un solo instante se aparte de mí el pensamiento de la muerte, dignate escuchar la súplica que reverente y humilde te dirijo,

antes de entregarme al sueño natural, desde el lecho de mi descanso, que pronto será el lecho de mi agonía, del que no saldré, sino cuando me retiren para llevarme al sepulcro.

Confiado en tu Providencia que ni un instante me abandona; en tu protección que tan urgentemente necesito; en tu amor de que me has dado tantas pruebas y en tus misericordias que no tienen número, te pido, con todo el anhelo de una esperanza que se abriga; con todo el ardor de un deseo que se alimenta; con toda la angustia de una necesidad que se siente, que me favorezcas con tu protección en el sueño de mi descanso; que me llenes de tu gracia para entregarme con disposiciones cristianas al sueño de la Eucaristía; y que, preparado por ésta, me abras las puertas de la eterna Bienaventuranza, cuando dispongas enviarme el sueño de la muerte.

antes de entregarme al sueño natural, desde el lecho de mi descanso, que pronto será el lecho de mi agonía, del que no saldré, sino cuando me retiren para llevarme al sepulcro.

Confiado en tu Providencia que ni un instante me abandona; en tu protección que tan urgentemente necesito; en tu amor de que me has dado tantas pruebas y en tus misericordias que no tienen número, te pido, con todo el anhelo de una esperanza que se abriga; con todo el ardor de un deseo que se alimenta; con toda la angustia de una necesidad que se siente, que me favorezcas con tu protección en el sueño de mi descanso; que me llenes de tu gracia para entregarme con disposiciones cristianas al sueño de la Eucaristía; y que, preparado por ésta, me abras las puertas de la eterna Bienaventuranza, cuando dispongas enviarme el sueño de la muerte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

72  
PENSAMIENTOS

SOBRE

LA DIVINA EUCARISTÍA

compilados de obras  
de Santos y demás devotos  
escritores,

POR EL

*Lic. Manuel Septián y Cosío.*



MÉXICO

Librería Católica de José I. Gloria  
San José el Real N° 21.

1905

PENSAMIENTOS

SOBRE

# LA DIVINA EUCARISTÍA

compilados de obras  
de Santos y demás devotos  
escritores,

POR EL

*Lic. Manuel Septièn y Cosío.*



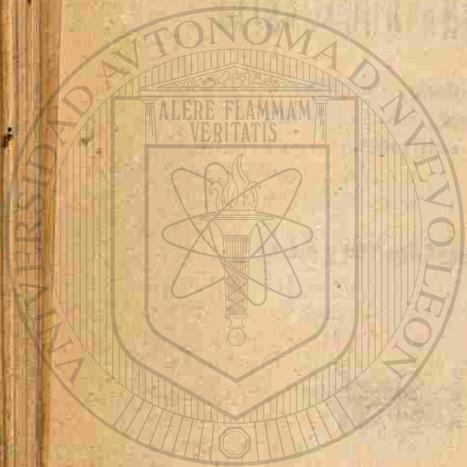
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Librería Católica de José I. Gloria  
San José el Real N<sup>o</sup> 21.

1905



SECRETARIA  
DEL  
ARZOBISPADO DE MEXICO.

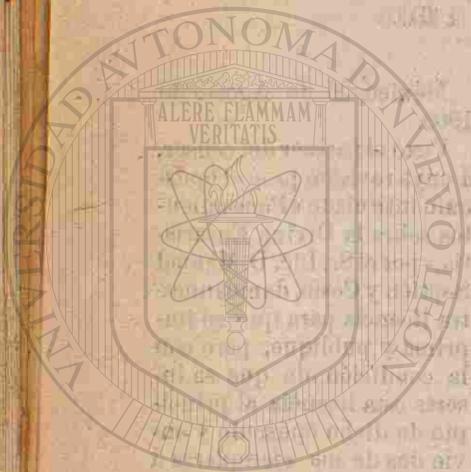
México, 26 de Agosto de  
1905.

Visto el parecer del censor,  
á cuya revisión pasó el opús-  
culo intitulado «Pensamien-  
tos sobre la Divina Eucaris-  
tía,» por el Sr. Lic. D. Manuel  
Septién y Cosío, damos nues-  
tra licencia para que se im-  
prima y publique, pero con  
la condición de que se in-  
serte esta licencia al princi-  
pio de dicho opúsculo y en-  
vÍe dos de sus ejemplares á  
esta Secretaría, para que se  
archiven. Lo decretó el Ilmo.  
Sr. Arzobispo. Doy fé.

*Gerardo M. Herrera,*  
Secretario.

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B

### LA EUCARISTÍA.

La noche de la última Cena, el Divino Maestro, el dulcísimo Jesucristo, próximo á abandonar ya este valle de miserias, sintió una piedad indecible hacia nosotros. Parecióle que, elevándose tan alto, no subirían hasta su trono excelso nuestras quejas, y que habrían de perderse los suspiros de nuestros pechos y las lágrimas de nuestro infortunio.

Entonces, con el alma desbordante de ternura, debe haberse dicho: «Iré cerca de mi Padre, que me llama; iré á recibir los homenajes de los ángeles y de las potestades; pero, al mismo tiempo, me formaré una morada entre los hombres, y en ella permaneceré hasta que se consumen los siglos, Yo que soy el

rey de la gloria, el grande entre los grandes, el Omnipotente, la esencia de todo sér, para que me halle así más cerca de los dolores y pueda aliviar las penas y enjugar el llanto.»

De este sublime pensamiento nació, sin duda, la Eucaristía.

Por eso, en aquella noche eternamente memorable, la instituyó, bajo los símbolos de pan y vino, que representan la preciosidad de su Cuerpo Augusto y la riqueza infinita de su Sangre Redentora.

Y desde hace veinte centurias, está el Salvador, inmóvil sobre nuestros altares, hablando al corazón del que lo busca, repartiendo, con mano munificente, sus gracias y beneficios aun á aquellos que jamás se acercan á pedirselos; y como correspondencia, solo recibe ingratitudes.

Solitario en su tabernáculo, ve correr á los hombres tras el oro y los placeres, sacrificándolo todo á la ambición y orgullo que los domina, sin acordarse que tienen que cumplir un nobilísimo destino. Así reside sobre la tierra, Jesús, oponiendo siempre sus finezas, á los desdenes y al olvido, á la indiferencia y al menosprecio,

¡Qué insensatez tan grande la del hombre! No ve en su ceguedad que va caminando derecho á su perdición.

¿Por qué no oye la voz del Mansísimo Cordero que le llama para calmar su hambre y apaciguar la horrible sed que le devora? ¿Por qué no se detiene á escuchar los suavísimos acentos del Carpintero de Nazareth, que le promete los tesoros inefables de la eternidad, si come su Carne y bebe de su Cáliz?

¿Acaso encuentra, aquí abajo, la completa satisfacción de sus anhelos? ¿No siente, en mil ocasiones, que desfallece de fatiga y desengaños? ¿No le agitan, por ventura, innumerables inquietudes y zozobras? ¿Es, en una palabra, dichoso, como aspira?

No; en este mundo todo es mentira, vanidad de vanidades. La dicha verdadera solo se encuentra muriendo para él, abrazándose á la Divina Eucaristía, que es el alma de Nuestro Señor, la fuente de toda gracia y de todo bien, el río caudaloso que embellece la Ciudad de Dios, la luz esplendente que ilumina al cielo, el alimento de todas las virtudes, el fuego que enciende la caridad y anima la oración, la fe, la terneza y la esperanza.

Sí, fuera del Cristo Eucarístico, no tendríamos guía: nos perderíamos en el laberinto de las pasiones y el pecado; porque es evidente, conforme á las frases de Santo Tomás de Aquino y San Dionisio el Areopagita, que la Santa Mesa es la perfección de todo lo que perfecciona, la consumación de todo lo que santifica.

Recibamos, pues, sin cesar, este alimento más rico que el maná del desierto, y meditemos siempre en la hermosura, pureza y divinidad de este santísimo misterio, con el que, según San Crisóstomo y Santa Teresa, la tierra nada tiene que envidiar al cielo.

#### AMORE LANGUEO.

Tan grande ha sido el amor de Dios á sus criaturas, que se vió obligado á bajar del Seno delicioso de su Padre, para desposarse con la humana naturaleza. Ese mismo amor lo hizo nacer en un pesebre, á Él, que moraba en un trono de oro y pedrería, rodeado de la grandeza de los cielos y del fulgor radiante de los astros. El Omnipotente se convirtió en la nada; el Señor, el rico,

arrastró harapos durante 33 años y le aquejaron injurias é indecibles trabajos.

Y como si no bastaran pruebas tan infinitas de su caridad hacia el hombre, cuando se conspiraba contra su vida y determinádose había clavar Su Cuerpo adorable al madero infame de la cruz, este Amante sin igual, concibió en recompensa á las abominables ofensas que recibiera, un beneficio inmenso, incomparable: dar de comer á la humanidad hambrienta su Carne y de beber su Sangre.

¡Qué muestra tan abrumadora de pasión para nosotros!

Antes de que le vendamos, con ósculo traidor, por un puñado de escudos, El se apresurará á acercarnos sus labios, para comprarnos á la vida eterna. Su mirada dulce y de una tristeza, en extremo apacible, nos dirá: «Discípulo ingrato, come esta Carne y bebe esta Sangre, que ahora te brinda mi amor, antes que la derrame el odio infernal que te consume; mira como abro mis venas sobre este cáliz, antes que los azotes en la Columna y los clavos de la Cruz me arrebatan hasta la última gota. Conserva esta prenda de la nueva alianza; cuida este manantial precioso que da la

salud. Por tu bien he sufrido atroces injurias y horribles ingratitudes: me han herido con azotes y con espinas, despreciado con oprobios: el primero de mis discípulos me ha negado; apenas si encontré una Magdalena que me amara.»

¡Corazones duros! ¡Aquí teneis al Dios de la Majestad, convertido en vuestro prisionero! ¡Oh amor tirano, amor cruel!

Oíd sus palabras, que suenan como los ecos arrobadores de una música celestial: «Es verdad que en lo alto descansan sobre las alas rutilantes de los serafines; es cierto que los coros entonan en mi honor, himnos de estruendosa gloria y de majestad infinita y que me rodean, con nimbos de indeficiente luz, los santos y los mártires, mas á grande dicha tengo, ocultarme en el tabernáculo, para no separarme ya de vosotros, para que me lleguen más vivas, más sonoras, más frescas vuestras plegarias y alcance mejor con mi brazo á remediar vuestras miserias.»

«Bajo los accidentes de pan y vino estoy yo. ¿No son estos los mismos ojos que con una mirada serenan á los más afligidos corazones? ¿No es esta la boca

que tiene siempre palabras de vida eterna y que destila miel más dulce que la de los panales? ¿Acaso no conocéis estas manos que han criado tantas maravillas y estos piés, que en la tierra dieron tantos pasos por vuestro amor?»

¡Qué bien definió ese amor quien dijo que era un círculo dentro de otro círculo, que continuamente gira!—Amor est circulus circa circulum perpetuo revolutus.—¿Y quién no ve que el que nos tiene Jesús no está en continuo movimiento? Del pesebre al Calvario; del Calvario al Altar y allí aún corre y padece. Después que Dios crió al hombre descansó, mas después de que le ha redimido, no reposa ni un momento solo en sus incontables sufrimientos. ¡Qué insaciable amor! ¡Qué incendio de amor! Jesús amantísimo ¡Bendito seas!

#### Pensamientos.

La Carne del Señor, es de verdad, carne y su sangre, embriagadora. El único bien que puede tenerse en esta vida, es comer la una y beber la otra. Está en peligro de perderse el que vuelve á su hogar sin este Pan del cielo. (San Gerónimo in Eccles.)

Cuando participamos del Cuerpo y Sangre de Dios Nuestro Señor, comiendo Su Carne y bebiendo Su Cáliz, aprendemos á morir para el mundo, á ocultar nuestra vida en Jesucristo y á sacrificar nuestros vicios y concupiscencias. (San Fulgencio).

Recibamos el Cuerpo de Aquel que murió en la Cruz, para que el fuego de nuestro intenso deseo, aumentado por la llama que se eleva de esa brasa divina, borre nuestros pecados é ilumine nuestros pechos. (San Juan Damasceno, De Fide Orthod).

¡Cuánto debe lamentarse que reciban temerariamente los hombres, al Sacratísimo Misterio del Cuerpo de Nuestro Señor! Porque este don es el mayor de todos los dones que ha recibido la criatura. En ese Misterio, ha impreso Dios su inmenso amor á la humanidad: en él se resume la salvación del mundo. (San Odo de Cluni, Colación).

Estrecha á tu esposo, que es Nuestro Señor Jesucristo, con los brazos de la verdadera caridad; deleítate, sobre todas las cosas, en el Señor, y El te dará

todo lo que le pida tu corazón. Recibe frecuentemente este Cuerpo y Sangre, para que seas digno de oír estas palabras: «Tus labios están destilando miel, esposa mía, y en tu lengua hay leche y dulzura.» (Cant. San Pedro Damían).

Siempre que trates de imitar á Jesucristo, come Su Cuerpo y bebe Su Sangre, y mientras que vivas en El, por la caridad y viva El en tí, por obras de santidad y justicia, formarás parte de sus miembros y serás del número de los suyos. (San Bernardo, Sermón).

Ve, hija mía muy amada, qué excelencias adquiere el alma que recibe como debe este Pan de Vida, este Alimento Angelical. «Al recibir este sacramento, el alma está en Mí y Yo en ella. Así como el pez se halla en el mar y el mar en el pez, del mismo modo estoy Yo en el alma y el alma está en Mí, como en océano de paz.» (Vida de Santa Catalina de Sena).

Una experiencia de veinticinco años en el cuidado de las almas, me ha convencido de lo poderosa que es la virtud de este sacramento, para que se confir-

me el espíritu en el bien, preservándolo de todo daño, consolándolo y, en una palabra, divinizándolo. (Cartas de San Francisco de Sales).

—  
 Por su Encarnación, Dios Nuestro Señor se dió á todos los hombres en general; pero por este Sacramento se ha dado á cada uno, en particular, para testificarnos el amor especialísimo que siente por cada criatura. (Sermones de San Alfonso de Ligorio).

—  
 ¡Qué feliz debe ser en la eternidad el alma que ha recibido á Dios, digna y frecuentemente! El Cuerpo de Nuestro Señor brillará á través de nuestro cuerpo, Su Adorable Sangre, á través de nuestra sangre y nuestro espíritu se unirá al Suyo por toda la eternidad. Nada hay tan grande como la Divina Eucaristía. (Cura de Ars).

—  
 El amor al Santísimo Sacramento, es la grande y regia devoción de la fe, es la fe multiplicada, glorificada, que permaneciendo fe es también gloria. (Fa-ber).

—  
 Por una invención maravillosa de sabiduría, en el Santísimo Sacramento, el Hijo de Dios se convierte de visible en invisible, cubriendo su Sagrada Humanidad con la apariencia de pan y vino, para que pueda alimentarnos con su Cuerpo y Sangre. (Nouet).

—  
 Cuando Jesucristo está dentro de nosotros, extingue el fuego de nuestra concupiscencia, calma las inclinaciones viciosas de la carne y aumenta la piedad. (San Cirilo de Alejandría).

—  
 Durante la Santa Misa, los ángeles acompañan al sacerdote, todos los órdenes de espíritus celestiales levantan su voz, y las inmediaciones del altar están llenas de coros, que tributan homenaje á Aquel á quien se inmola. (San Juan Crisóstomo).

—  
 Día y noche, en el Santísimo Sacramento, habita El, como víctima viviente á los ojos de Su Padre, para ablandar Su ira y satisfacer Su justicia, dando la vida de la gracia y la semilla de la gloria, á aquellos que se le acercan dignamente. (Lallemant).

La Eucaristía no solo es alimento para nuestra alma, sino que lo es también para nuestro cuerpo. (Santa Teresa).

En el cáliz está todas las mañanas el Sagrado Corazón, con toda la plenitud de su poder redentor, de sus infinitos méritos, de su invariable amor y de su exquisita ternura para los pecadores. (Cardenal Manning).

En virtud de la Sagrada Comunión, estamos obligados á morir, para que asumamos una nueva vida, por la conversión perfecta del alma. Esta muerte es de estricta obligación: «Porque tan pronto como tú comas este Pan y bebas este Cáliz, representarás la muerte del Señor hasta que Él venga.» (Nouet).

El Santísimo Sacramento se da á los vencedores como una corona de vida. Es la perla evangélica, la piedra preciosa sobre la que están grabados los nombres de los predestinados; es la aurora que precede al día de la eternidad, el árbol de vida que nos alimenta para ser inmortales. [Nouet].

Así como Jesucristo nos invita á Su Mesa celestial, así nosotros debíamos prepararle un banquete, ofreciéndole estos frutos que son dulces á su paladar: caridad, paz, modestia, liberalidad, paciencia, alegría en el Espíritu Santo, y todas aquellas virtudes que vienen de una digna Comunión. [Nouet].

Después de la Comunión, es importantísimo saber gozar de la dulce presencia del Húésped que hemos recibido, porque no hay tiempo más á propósito para tratarle que cuando está dentro de nosotros. (Luis du Ponte).

¿Qué pastor ha alimentado alguna vez á sus ovejas con su propia carne? Solo Jesucristo nos ha nutrido con Su mismo Cuerpo, para unirnos é incorporarnos íntimamente con Él. [San Juan Crisóstomo].

Deseo que los santísimos misterios del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, se honren y reverencien sobre todas las cosas. [San Francisco de Asís].

El Sacramento de la Eucaristía está en Jesús, en Dios hecho hombre, presente y oculto bajo la especie de pan en la hostia consagrada..... manifestando á todos los cristianos, la grandeza de Su amor por la de Su humildad. (Monseñor de Segur).

La Comunión es el acto más sublime, más perfecto y más santo que puede realizar el hombre, aquí, en la tierra. Comulgar es recibir en nuestro cuerpo y alma al Hijo de Dios, á Nuestro Señor Jesucristo, y con El, al Padre y al Espíritu Santo, á la Santísima Trinidad, al único Dios, vivo y eterno: esto es recibir á Dios, alimentarse de Dios. [Segur].

Cuando Dios baja á un alma, no deja en el cielo, ni en el Tabernáculo Sus riquezas y poder, Su dulzura y Sus consuelos. No viene con las manos vacías, sino llenas de mercedes. Todo el que lo posee, posee también aquellas cosas que El mismo tiene. [Alvarez].

¿Quieres aprender la gran ciencia de la oración, que no es otra, sino la ciencia única para salvarse? ¿Quieres amar

á Dios sinceramente..... mantener en tu corazón la vida eterna y divina de Jesucristo? Pues comulga con frecuencia y regularidad. (Segur).

El que comulga debe esforzarse en no perder ni un momento ese tiempo precioso, en el que la Divina Magestad habita en su corazón. Es preciso escuchar atentamente esa voz interior, por la que El se digna hablar al alma, para aprovechar Sus luces y seguir Sus consejos. [Alvarez].

La Comunión es Jesucristo. Esta es la Fuente Divina de inmaculada pureza, de fraternal caridad, de paciencia, de fe viva, de amor de Dios..... en una palabra, de todo lo que es bueno, de todo lo que es grande, de todo lo que es bello, verdadero y sólido. [Segur].

¡Alma cristiana! Si quieres conservar tu hermosura, nunca abandones la mesa de tu Esposo celestial; si deseas vivir eternamente, come todos los días Su Carne. [San Agustín].

Vive de manera que puedas comulgar diariamente. El que no está dis-

puesto todos los días para la Comunión, no será digno al fin del año. [San Ambrosio].

—  
 ¡Oh Dios que estás presente en este Santísimo Sacramento! ¡Oh Pan de los Angeles! ¡Oh Alimento celestial!; yo te amo para que me llenes de tu amor y te unas conmigo, Tú, que eres el que día á día descende á nuestros altares! [San Alfonso de Ligorio].

—  
 Comulga con la frecuencia que te permita tu confesor; y créeme, tu alma llegará á ser, toda belleza, bondad y candor, por medio de la hermosura, benevolencia y pureza de este Divino Sacramento. [San Francisco de Sales].

—  
 El que ha recibido una herida ¿no busca un remedio? El pecado, que nos esclaviza, es la herida y nuestro alivio está en la Celestial Eucaristía, y puesto que se peca sin cesar, debe constantemente acudirse á esta Medicina Divina. [San Ambrosio].

—  
 ¡Oh Pan exquisito, en el que encontramos toda dulzura, todo deleite, todo

remedio, toda fuerza y consuelo, todo reposo y bien! [San Eusebio].

—  
 Este Sacramento es poderoso y eficaz, para borrar el pecado, para destruir el poder del enemigo y para conducir á los peregrinos de la tierra á su patria: el cielo. [San Bernardo].

—  
 ¡Oh admirable grandeza! ¡Oh extraña mansedumbre! ¡Oh sublime humildad.

—  
 ¡El Dios, el Señor del Universo, el Hijo del Altísimo, se humilla hasta ocultarse bajo la forma de un pedazo de pan, para dársenos como alimento! [San Francisco de Asís].

—  
 Este Divino Alimento es la fuerza de nuestra alma, el vigor de nuestro espíritu, la cadena de nuestra confianza..... nuestra salvación, nuestra luz y nuestra vida. Inclina á la virtud é infunde ardor para practicarla; imparte inexplicable alegría y hace dulce y fácil el camino de la perfección. (San Crisóstomo). ®

—  
 ¡Jesucristo, permíteme no solo verte, sino tocarte, comerte y reciberte! No nos aproximemos á El con indiferencia y

disgusto, sino inflamados, fervientes y llenos de ardor. [Faber.]

Este Pan que supera á todas las sustancias, es el holocausto y el remedio que cura nuestras debilidades y borra nuestros crímenes. [San Cipriano].

Nada hay más puro, más sereno y más hermoso, que el espíritu que prepara una morada para el Señor. [San Gerónimo].

La Eucaristía es nuestro sustento cotidiano. El pan de ayer no basta para hoy. Renovándose sin cesar nuestras necesidades, debe también renovarse nuestro alimento. [Fenelón].

Si el mundo te pregunta por qué comulgas con frecuencia, dile que lo haces para saber amar á Dios, para librarte de las imperfecciones, para librarte del infortunio, para buscar consuelo en las pruebas y fuerza en la debilidad. [San Francisco de Sales].

Tengo necesidad de luz y de ciencia para resolver los asuntos complicados: por eso voy todos los días, á consultar

en la Santa Comunión, á Jesucristo. [Beato Sir. Tomás Moore].

Recógete devotamente el día que comulgues, suspirando por Aquel que está dentro de tí; míralo, sin cesar, con los ojos interiores de tu alma, sentado en tu corazón como en Su Trono; preséntale, uno á uno, tus pensamientos y tus fuerzas; escucha Sus mandatos y prométele fidelidad. (San Francisco de Sales).

La Eucaristía preserva del pecado mortal, obrando como apoyo, como remedio y como arma contra los ataques del demonio. [Santo Tomás].

Quando os acerqueis á la Santa Mesa, traed á vuestra imaginación, con religioso afecto, el amor sublime con el que Nuestro Señor y Dios quiso sufrir y morir por nosotros. [Blossius].

Nuestro Señor Jesucristo nos llama ÁGUILAS con el propósito de enseñarnos que el que se acerca á la Eucaristía, debe exaltarse y sublimarse para no tener nada de común con la tierra. No debe de arrastrarse, como sierpe, en el

suelo, sino volar siempre, á lo alto, para contemplar al Sol de Justicia. [San Juan Crisóstomo].

«Aquel que me come vivirá para Mí»  
La Carne de Jesucristo es la que comemos; pero Su Espíritu es el que nos da la vida. (Fenelón).

Este misterio es un misterio de fe. Debe escucharse lo que enseña y creerse sin que se vacile, que lo que está sobre el altar, es Su mismo Cuerpo y lo que está en el cáliz, es Su misma Sangre, que se derramó por la remisión de los pecados. (Bossuet).

No hay lengua que pueda expresar la grandeza con que Jesucristo ama á nuestras almas..... Antes de su partida de este mundo, nos dejó, como prenda de amor, este Santísimo Sacramento, en el que El mismo se quedara. (San Pedro de Alcántara).

¡Oh Sabiduría! ¡Oh Verbo! ¡Oh Verdad Eterna! Tú te ocultas bajo esta Carne, y esta Sagrada Carne, bajo el accidente de pan. ¡Oh, Dios oculto, cuanto

deseo vivir contigo para participar de Tu Vida Divina! (Fenelón).

Examina si después de haber tomado este Alimento Divino, tu corazón se aleja de aquello que no es Dios; si la vida que Él ha producido en tí, se hace sensible en tu exterior, en tus sentidos, hábitos, palabras y obras. (Touler).

Si Dios ha descendido á tu alma por este Alimento, El mismo se revelará en tu conducta, en tu amor, en tus intenciones y en tus pensamientos. Todo se tornará más nuevo en tí, más puro y más divino. (Touler).

Las águilas que vuelan en torno del Cuerpo de Jesús, son aquellas que tienen alas espirituales: son los ángeles santos, los espíritus puros que aman la limpieza del corazón, que adoran al Cuerpo inmaculado de Nuestro Señor y que protegen á los fieles que están presentes. (San León).

Sé que el pan que tomamos en este santísimo misterio, es el que se formó en las entrañas de la Virgen, por obra del Espíritu Santo, y el mismo que se

abrazó en la Cruz con el fuego de su Pasión. El Pan de los ángeles se ha convertido en el alimento de los hombres. (San Ambrosio).

No hay inteligencia humana que pueda comprender el amor y bondad con que Nuestro Señor consuela al alma que ardientemente desea recibirle. (San Eusebio).

En calidad de Salvador, desciende Jesucristo á nuestros altares, para encerrarse en este Sacramento. En El, hay infinitos tesoros de gracia é inagotable fuente de celestiales dones. (Bourdalone).

Si la Santísima Virgen recibió tanto honor por haber llevado á Jesucristo en sus entrañas; si el bienaventurado Juan, tembló, sin atreverse á tocar la corona de la Cabeza de su Señor; si el sepulcro en que permaneció El, por corto tiempo, es tan venerado. ¡Cuán santo, justo y digno deberá ser el que toque con sus manos, reciba con sus labios y corazón y dé á los demás, á Aquel que no morirá ya, sino que tiene que vivir, glo-

rioso, por toda la eternidad! (San Francisco de Asís).

Por la recepción de la Eucaristía, cesan nuestros cuerpos de ser corruptibles y reciben la prenda de una resurrección eterna y gloriosa. (San Irineo).

Para que sigas en tus comuniones no es necesario que tu alma sienta aumentar su fervor. Con frecuencia operan los sacramentos en nosotros sin que lo apercibamos. (San Lorenzo Justiniano).

La Eucaristía cura las enfermedades del alma: fortifica á ésta contra la tentación, destruye el ardor de la concupiscencia y nos incorpora á Jesucristo. (San Cirilo de Alejandría).

Le recibimos y le introducimos á nuestra alma, porque El es nuestro alimento, nuestra vida. Por tanto, el alma que no le recibe, ni descansa, ni se refresca en El, no obtendrá la herencia del Reino de los Cielos, ni entrará en la Ciudad Celestial. (San Macario).

El Espíritu del Señor es el Descanso, la Alegría, el Deleite, la Vida Eterna de to-

das las almas dignas. El Señor se ha convertido en Bebida y en Alimento. como está escrito en el Evangelio. (San Macario).

Vas á recibir á tu Rey, en la Sagrada Comunión; pero cuando El entre, es necesario que haya gran tranquilidad, profundo silencio y sosiego de espíritu. (San Crisóstomo).

Sin la Santa Eucaristía no habría felicidad en este mundo. La vida sería insoportable.....En presencia de este hermoso sacramento, somos como aquel que muere de sed en las márgenes de un río, cuando le bastara inclinar la cabeza.....como aquel que se encuentra cerca de un gran tesoro del que puede apoderarse con solo alargar la mano. (Cura de Ars).

¡Oh alma mía! ¡Qué grande eres cuando solo Dios puede satisfacerte! El pan del espíritu es el Cuerpo y la Sangre de Dios. ¡Oh admirable Alimento! Si meditásemos un poco, nos perderíamos, en ese abismo de amor, por toda la eternidad. (Cura de Ars).

Dios es Todopoderoso y puede hacer todo lo que quiere, en el cielo y en la tierra,

en el mar y en los abismos. Le es posible, si así lo desea, crear miles y miles de mundos, excediendo cada uno al otro en belleza y excelencias, pero con todo Su Poder, no alcanza á otorgarnos don más grande que el de la Eucaristía. (San Agustín).

Nuestro cuerpo se hace inmortal cuando se une al Cuerpo sin mancha de Jesucristo. (San Gregorio de Niza).

Por este Cuerpo y Sangre que comemos y bebemos diariamente, en la Iglesia, participamos de un Dios Soberano. (San Agustín).

Una de las razones por las que Nuestro Señor Jesucristo instituyó este Sacramento, bajo las especies de pan y de vino, fué para mostrarnos que así como el pan está hecho de muchos granos de trigo y el vino de muchos racimos de uva, así los fieles que participan del mismo sacramento llegan á formar un cuerpo místico. (San Agustín).

¡Oh prodigio maravilloso! ¡Oh exceso de la Divina Misericordia! Aquel que está sentado en lo alto, á la derecha del Padre, es el que en esa hora se sostiene en todas

las manos, para ser tocado y recibido. (San Crisóstomo).

No pueden expresarse con frases humanas, los beneficios que vienen de recibir dignamente este Sacramento. Si es imposible medir el oceano de gracias impartidas por una sola comunión. (Santa Angela de Foligno).

Ninguna lengua puede expresar, ni corazón alguno sentir cuán grandes son los dones que vienen al hombre por recibir piadosamente este Sacramento. (Blossius).

Creo, con toda certeza, que si nos aproximamos á la Santa Eucaristía, con gran fe y amor, una comunión bastará para hacernos riquísimos. ¿Qué no debemos esperar, con mayor razón, de muchas comuniones? (Santa Teresa).

Este Pan que has recibido, este Pan viviente que bajó de los cielos, penetra todo tu sér con la substancia de la vida eterna. (San Ambrosio).

Ve, con gran confianza, pero también con gran humildad á recibir este Alimento Celestial, que nutre para la inmortalidad.

Y después que hayas repetido estas sagradas palabras: "Señor, yo no soy digno de que entres en mi corazón", recibe, lleno de fe, esperanza y caridad, á Quien, por Quien y para Quien creés, esperas y amas. (San Francisco de Sales).

Comulgar todos los días y participar del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, es la práctica más hermosa y saludable para Aquel que claramente dijo: "El que come Mi Carne y bebe Mi Sangre, tendrá la vida eterna". (San Basilio).

El que se aleja de la Comunión, se parece al que dice: "No me aproximo al fuego, porque tengo frío; no quiero médico, porque estoy enfermo", (Gerson).

¡Oh qué lugar de peregrinación hay dentro de cada uno de nuestros pechos, después de recibir á Jesús y hospedarle allí, triunfante y glorioso, lleno de energía y de vida, animado por ese Espíritu Divino, que solo tiene para nosotros, pensamientos de paz y de salvación. (Cardenal Wiseman).

El Cuerpo adorable y la Sangre de nuestro querido Salvador...constituyen nues-

tro refugio y protección en las tribulaciones, nuestro consuelo y nuestro último aliento cuando emprendemos la peligrosa jornada de esta vida á la eternidad. (Cardenal Wiseman).

La Santísima Eucaristía encierra tan exquisitos deleites, que todos los placeres del mundo desmerecen al lado suyo. (San Cipriano).

Uno de los efectos más admirables de la Sagrada Comunión, es preservar á las almas de las caídas y ayudar á las que caen de debilidad, para que se levanten; de consiguiente, es más provechoso aproximarse, con frecuencia, á este Divino Sacramento, con amor, respeto y confianza, que permanecer retirado por un exceso de temor y de cobardía. (San Ignacio).

¡Cuán dulce es creer en presencia de Jesucristo! ¡Cómo conmueve, anima y refrena. (Fenelón).

¡Qué rico es el que lleva su tesoro en el corazón y no apetece algún otro! ¡Cuán fuerte é invencible es, á pesar de su debilidad, el que posee, en su interior, á Jesucristo. (Fenelón).

¡Oh sagrado convite en el cual se recibe á Jesucristo, se renueva la memoria de su pasión, se llena el espíritu de gracia y se nos da una prenda de la futura gloria. (Santo Tomás).

Basta algunas veces recibir en una ocasión al Santísimo Sacramento, para que cambien inmediatamente las inclinaciones del corazón y para que el más dulce reposo y el más grande contento, sucedan á las mayores penas y tristezas. Muchos se acercan lánguidos y abrumados de dolor y han vuelto henchidos de ánimo, de fuerza, de alegría y de regocijo. (Bourdaloue).

«Todo aquel que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed nunca». (San Juan IV. 15).

Su Cuerpo es el verdadero Pan que bajó de los cielos, el alimento de todos los que tienen hambre de justicia. No solo nutre al cuerpo, sino que vigoriza, también, el corazón del hombre. (San Paulino de Nola).

«El que viene á Mí, no estará hambriento y el que en Mí cree nunca tendrá sed.»  
¡Qué es lo que promete Jesucristo? Segu-

ramente nada que sea corruptible, sino un banquete en el que se divide Su Sagrado Cuerpo y Sangre para preservar á todos los hombres del pecado. (San Cirilo de Alejandría).

Sabe que un cuarto de hora empleado ante Jesucristo, en el Santísimo Sacramento, te hace ganar más que todas las buenas obras del resto del día. (San Alfonso).

Dulce es el Señor en el pensamiento, dulce en las páginas de los Santos Evangelios y más aún, en la Bendita Cruz; pero donde se muestra dulcísimo, sobre toda comparación, es en el Adorable Sacramento de Su Amor. Por eso la Iglesia canta estas palabras sagradas:

«Jesu dulcis memoria,  
Deus vera cordi gaudia.  
Sed super mel et omnia  
Ejus dulcis Praesentia.» (Oakley).

¿Quién no sabe que Nuestro Señor, en la Eucaristía, ha sido para la tierra, el Alivio de los males, el Mediador entre los hermanos, el Amigo de los elegidos, el Pastor de la grey, el Médico de los enfermos,

la Esperanza de los agonizantes, la resurrección de los muertos? (Oakley).

Jesús nos ha amado con todo Su Corazón, pues, con pasmo de los ángeles, nos legó, en un solo donativo, todo lo que podía ofrecer: Su Alma, Su Cuerpo, Su Sangre, Su Corazón, Su Divinidad, Su Vida. (San Leonardo de Puerto Mauricio).

Sé puro si quieres recibir al Rey de las almas castas; sé puro si quieres dar asilo en tu corazón, al Rey de las vírgenes. (San Leonardo de Puerto Mauricio).

¿Con qué sentimientos deberíamos acercarnos á este Divino Sacramento ante el cual los Serafines mismos tiemblan?..... Preparemos un corazón, lleno de santos afectos, un corazón que arda en deseos de unirse á nuestro Dios único, un corazón, enriquecido doblemente, para que se pueda decir como el Santo Rey David: "Mi corazón está pronto, ¡Oh Señor! Mi corazón está pronto" (San Leonardo de Puerto Mauricio). ®

Si comprendiésemos, con verdad, nuestra pobreza y la necesidad extrema que tenemos de este Alimento celestial, gusto-

nos iríamos, á través de mil espadas, á recibirle. (San Leonardo).

—  
 Cuando no recibas á Jesucristo Sacramentado, no dejes de recibirlo en espíritu, preparándote y deseando que venga á tu alma. Ninguno puede impedirte esta Comunión espiritual, todos los días, si así lo quieres. (Blossius).

—  
 Así como hay un pan de naturaleza, así hay un pan de gracia. Creo en Jesucristo cuando dice: "He venido á darles vida." Y creo en Él, también, cuando dice: "Yo soy el Pan de Vida que ha bajado de los cielos." (Padre Lacordaire)

—  
 ¡Ven, oh Adorable Jesús! ¡Ven Divino Amigo mío, ven! Tengo más que palabras para hablarte, más que castos y ardientes besos que imprimir en Tus Sagradas Llagas. Tengo un corazón profundamente abierto de amor. Entra en él ¡Oh Señor! y descansa allí, en paz. (Monsabré).

—  
 Todos los Santos han considerado la devoción al Santísimo Sacramento, como el medio más poderoso para regenerar el espíritu. Las enseñanzas de la religión nos hacen conocer á Jesucristo: la Eucaristía

nos hace sentirle y gozarle. (Monseñor Dupanloup).

—  
 La felicidad de un alma que recibe frecuentemente á Jesucristo, en la Santa Comunión, tan grande es, que en cierto modo podemos decir que este privilegio es más precioso que el admirable que se concedió á María de ser concebida sin pecado. (Padre Huly).

—  
 Si los peregrinos tienen en tanta estima y se consideran tan dichosos en llevar consigo de los santos lugares un poco de polvo del pesebre ó del sepulcro de nuestro Salvador, cuán felices deberíamos juzgarnos, cuando recibimos en los altares sacrosantos, dentro de nuestros pechos y para llevárnoslo, á nuestro mismo Redentor. (San Paulino).

—  
 Jesús, en la Eucaristía, es ese Hombre-Dios, cuyos discursos y cuyos fascinadores encantos, llenaron de admiración á la mujer de Samaria; ese Hombre cuya presencia inspiró tan casto afecto á la Magdalena; ese Hombre cuyo poder venció al demonio, á las enfermedades y á la muerte. (Fr. de la Colombière).

Mirad como ese Dios que no cabe en todo el mundo, se convierte en nuestro Prisionero, en el Santísimo Sacramento. (San Buenaventura).

Nuestro Señor desea que le hablemos y le pidamos sus gracias, llenos de confianza, y sin temor. Por eso es que ha revestido Su Majestad con la apariencia de Pan. (Santa Teresa).

"Soy yo: no temáis." Palabras dulces, que en su misterioso lenguaje nos dirige en la Eucaristía y que á la vez que expresión tierna del amor que Dios nos tiene, significan un motivo de confianza ilimitada, que nos invita Él á depositarle. (Monseñor de la Bouillerie).

El cuerpo de Jesucristo es el precio de nuestra alma; tesoro que nunca perece, inagotable y esplendoroso siempre. Con este Tesoro compramos las riquezas celestiales, la posesión de la gloria, la paz que nunca acaba, la confianza firme y la vida eterna. (Pedro de Blois).

Si en Pan tan soberano  
Se recibe al que mide cielo y tierra,  
Si el Verbo, la verdad, la luz, la vida

En este Pan se encierra;  
Si Aquel por cuya mano  
Se rige el cielo, es el que convida,  
Con tan dulce comida  
En tan alegre día;  
¡Oh cosa milagrosa!  
Convite y quien convida es una cosa,  
Alégrate alma mía,  
Pues tienes en el suelo  
Tan blanco y lindo Pan como en el cielo.  
(Miguel de Cervantes, 1547-1616).

En todos los siglos, los fieles de todos los países, han tenido la más profunda veneración hacia esta maravilla de caridad. Todos los odios del infierno, todos los furros de Satanás, los biblistas modernos, los racionalistas, los positivistas, se esfuerzan en arrebatarlos ese supremo consuelo en el tremendo batallar de nuestra existencia. ¡Vano esfuerzo! (Conde de Walsh).

Nunca la dignidad incomparable del hombre, elevada por Nuestro Señor Jesucristo, ha aparecido más brillante que en el Sacrificio Eucarístico. (Tesnière).

El Pan celestial es la vida de nuestra alma, el lazo de nuestra unión con Dios,

el fundamento de nuestra esperanza: rehusar alimentarse con ese Pan, sería rehusar el vivir. (San Juan Crisóstomo).

En presencia de Jesucristo Sacramentado, toda grandeza se eclipsa, toda santidad se humilla y se anonada: Jesucristo está allí. (Monseñor de la Bouillierie).

No confundamos al Dios del Sinaí con el Dios del Tabernáculo. En el Sinaí es un Dios que ordena el respeto, en el Tabernáculo, un Dios que pide amor. (León XIII).

El Señor nos ha alimentado con la flor del trigo y nos ha saciado con la miel que mana de la roca. (León XIII).

Cada época de iniquidad y de novaciones ha sido salvada por una devoción especial. La nuestra, que es la más perseguida de todas, no puede salvarse, si no es por la devoción de las devociones, la devoción a la Eucaristía muy frecuentemente recibida. (León XIII).

No os alejéis nunca de la Comunión, á pesar de todas las faltas que podáis cometer; no os priveis del socorro, de las fuer-

zas y de la gracia de estos misterios, que son la salud y la vida de vuestras almas. (San Cirilo).

Cuando se comulga, el alma se embriaga en un bálsamo de amor como la abeja en las flores. (Cura de Ars).

El alma que se abstiene de la Comunión, porque no se siente bastante fervorosa, obra como el que teniendo frío, por eso rehusa aproximarse al fuego. (Jerson).

Pedid á Pedro su fe, á Santiago su espíritu de penitencia, á Juan su amor; y cuando hayais subido con ellos á este nuevo Tabor, en el que resplandece la Hostia Santa, Jesucristo se transfigurará. (P. le Doré).

A los que excitamos al combate y á los que alentamos al martirio, no los dejamos débiles é inermes: les damos, como armadura invencible, el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. (San Cipriano).

Después de haber recibido á Nuestro Señor Jesucristo en vuestros corazones

¿podrá haber algún sacrificio que os sea imposible? (San Vicente de Paul).

La Eucaristía tiene un perfume que aun los impios perciben..... Así, pues, madres, esposas y hermanos que pedís la conversión de un sér querido, comulgad. (Eymard).

Confieso que durante largo tiempo procuré encontrar un centro en todas las devociones; hoy no tengo ya, sino á una sola, en la que lo encuentro todo: es la Sagrada Eucaristía. (P. Chanuet).

La Eucaristía..... pues es el grande, el más grande sostén y fortaleza de la Iglesia en estos tiempos tan malos. (Pío IX).

Puede decirse que las almas que comulgan con buenas disposiciones, no sienten ya el peso de la corrupción corporal, ni la fuerza de las pasiones: su carne está como angelizada en Cristo. (P. Ventura).

### LA EUCARISTÍA.

¿Qué misterio de amor reside en tí  
Que abandonado á tu divino afán,  
Del cielo, en forma de sagrado pan,

Bajas, Señor, hasta llegar á mí?  
¿Como tan grau prodigio merecí?  
¿Dónde los méritos escritos están  
En esta prole mísera de Adán,  
Para encontrarme sustentada así?  
Como la madre presta su calor  
Y alimenta con sangre de su sér  
Al fruto, imagen de su casto amor;  
De la misma manera tu poder  
Hace que pueda el hombre pecador  
De su propia flaqueza renacer. (José Selgas)

Cuando yo te haga conocer que la divina justicia está irritada contra los pecadores, me adorarás y me ofrecerás á mi Padre, para apaciguar su justa cólera y alcanzar misericordia. (Nuestro Señor Jesucristo á la Beata Margarita).

Así como aquellos por los que corre sangre de rey en sus venas, son de familia real, así todos los que tienen en sus venas, sangre de un Dios, son de familia divina. (Monsabré).

Solo la Eucaristía puede ser la salvaguardia de un corazón de veinte años. (San Felipe Neri).

Además de la gracia, la Santa Eucaris-

tía nos da devoción, fervor de caridad, dulzura y alegría de espíritu. (Viva).

El Santísimo Sacramento es esa presencia que hace de una Iglesia Católica, un lugar diferente á otro cualquiera en el mundo. (Cardenal Newman).

Ninguna inteligencia creada puede comprender nunca el amor y bondad con que Nuestro Señor consuela al alma que desea ardientemente recibirle. (San Eusebio).

Es con la calidad de Salvador con la que Jesucristo baja á nuestros altares y se encierra en este Sacramento. En Él se hallan infinitos tesoros de gracia é inagotable fuente de dones celestiales. (Bourdoulou).

No hay remedio más poderoso para penetrar todas las facultades del alma y todas las partes del cuerpo, para curar, purificar y renovar todo, que la frecuente Comunión. (San Cipriano).

¡Oh cuán feliz soy durante la Santa Misa! Por grandes que sean mis necesidades, con tal de que ofrezca el divino sacrificio, recibo socorro. Cuando tengo á Jesucristo

delante de mí, en el altar, obtengo todo lo que deseo. (Venerable Padre Avila).

El Cuerpo de Nuestro Señor produce estos efectos: hace al alma agradable á la vista de Dios, digna de Él y la procura la gloria celestial. (Alberto el Grande).

Ave, Salvación del mundo, Palabra del Padre, Verdadera Hostia, Carne Viva, Dios Perfecto, Verdadero Hombre! . . . Nos unimos á Tí, para que algún día podamos ser partícipes de tu eternidad, compañeros de Tu Beatitud, incorporándonos con tu sacratísimo Cuerpo. ¡Honor y Gloria sean siempre para Tí! (Alberto el Grande).

Nuestro Señor dijo una ocasión: «Cada vez que comulgues desea tener el ardentísimo amor que han poseído los santos y tu amor me será grato en proporción á tu deseo.» (San Ligorio).

Más bien moriría que perder una sola Comunión. (Santa María Magdalena de Pazzi).

La Eucaristía, hé aquí el corazón de la religión, el alma de la Iglesia, la fuente de

la que nacen todas sus virtudes, el río divino que derrama las aguas de una vida inmortal. (Eucaristía Meditada).

Jesucristo es para nosotros, por su presencia en la Eucaristía, un maestro que nos enseña, un médico que nos cura, un amigo que nos ayuda, y un hermano que nos protege. (P. Chaignon).

¡Oh Dios, vos nos habeis dado un pan que encierra todas las dulzuras celestes! (Lib. Sabiduría 16.20).

No hay idioma que pueda expresar la suavidad de este Sacramento, por el cual se gustan, en su fuente, todas las dulzuras espirituales. [Santo Tomás].

No hay para nosotros, en este mundo, sino un solo bien: comer la carne del Hijo de Dios. [San Gerónimo].

¡Oh mi querido Maestro! ¿qué hay después de la Comunión, aquí en la tierra, que pueda darme dulzura y contento? [Berchmans].

La Comunión es la fuente de los pensamientos puros, de los hábitos virtuosos.

Ella inspira la humildad, protege la pureza, alimenta la dulzura, hace más viva a la fe, más firme a la esperanza y a la caridad, más generosa y ardiente. [Chaignon].

La devoción a la Eucaristía es el fundamento de la esperanza cristiana y el de la verdadera paz.

Centro de todas las grandezas, de todos los destinos, de todos los deberes y de todas las fuerzas del cristiano, la Eucaristía es, por excelencia, el ejercicio de su fe, el apoyo de su esperanza, el fuego que enciende en su alma el incendio del amor, el incomprensible abatimiento que confunde su orgullo, el recuerdo de las agonías divinas que lo despierta de su languidez y fortifica su paciencia, la prenda de la más inenarrable ternura que excita su piedad y conserva siempre vivas las llamas de su devoción. [Lic. Agustín Rodríguez. Obra La Divina Eucaristía].

Es el tabernáculo, para la sociedad entera, un foco de luz de donde parten esas secretas influencias, esas fuerzas misteriosas, ese soplo, esa respiración, esa sangre de la caridad, que sólo mantienen en ella

esa vida de que goza sin reconocer su fuente. [Lic. Ag. Rodríguez].

Jesús viene á cantar, entre nosotros, las glorias de su Padre, á animar nuestra lira, á hacer de todas nuestras facultades las cuerdas de un laúd armonioso. Viene á consagrarnos á las alabanzas de Dios y al entregársenos, nos comunica el poder de darle gracias. [Tessnière].

Comulgar para Jesús es consolarle en su soledad, es decirle que no se ha engañado instituyendo la Eucaristía; es darle un corazón pacífico para sufrir, una libertad para que continúe en nosotros sus méritos y virtudes; es transformarlo para que reviva en la gloria de su Padre. [Eymard].

Ya no tengo gusto por el alimento corruptible: sólo tengo hambre del Pan de Dios y sólo sed de la sangre de Jesucristo, bebida divina, que da la vida eterna. [San Ignacio].

La Eucaristía es el resumen de toda la religión cristiana. [Conde de Walsh].



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

